



THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE

THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE  
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC  
SOCIETIES

**BUILDING USE ONLY**

AP63  
.C7  
Ano 5  
Tomo 15  
1917







Digitized by the Internet Archive  
in 2014



B40  
JL

AP63

.C7

AÑO 5

TOMO 15

1917

# Cuba Contemporánea

—\*—

REVISTA MENSUAL

==

DIRECTOR:

CARLOS DE VELASCO

AÑO V

—  
TOMO XV

(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1917)

—  
DIRECCION:

APARTADO POSTAL 1909

**HABANA**

CUBA

REDACTORES:

Julio Villoldo.

Mario Guiral Moreno.

José S. de Sola.

(† el 6 febrero 1916)

Max Henríquez Ureña.

Ricardo Sarabasa.

Leopoldo F. de Sola.

# Cuba Contemporánea

AÑO V

Tomo XV. Habana, septiembre de 1917.

Núm. 1.

## NUEVAS ORIENTACIONES DE LA JUVENTUD CUBANA

### I



S innegable que en el espíritu de los cubanos jóvenes se viene operando, a partir del advenimiento de la era republicana, una transformación, un cambio de orientaciones radical y profundo.

La proximidad de los Estados Unidos; las relaciones tan íntimas y continuadas que desde 1908 mantenemos con ese pueblo; la gran cantidad de jóvenes que visitan esa nación, o se educan en sus planteles; los numerosos núcleos norteamericanos que en ciudades y en centros rurales nuestros se hallan establecidos, todo ello ha influido de manera tan enérgica sobre el agregado social cubano, que es asombrosa la reacción que se está operando. Por la nueva senda emprendida, Cuba ha de alcanzar prosperidad y auge extraordinarios.

La juventud cubana, desechando antiguos prejuicios, abandonando prácticas y procedimientos ya anticuados, abriendo su mente a nuevos y más amplios horizontes, ya empieza a darse cuenta de que ha nacido en una isla maravillosa—especie de Edén de las Indias Occidentales—, dotada pródigamente por la naturaleza, pletórica de todos los elementos de riquezas que una vez puestos en producción han de convertirla en un emporio, en un verdadero centro de atracción mundial.

664153

Y el cubano, que unas veces engolfado en conspiraciones y sangrientas revueltas, y otras, indiferente y apático, contemplaba cómo el español se hacía dueño del comercio, de la industria, de casi todos los medios de vida, ha reaccionado y está entrando en la lucha, en la competencia, con tales bríos, fuerza y entusiasmo, que hacen concebir esperanzas muy halagüeñas para un próximo futuro.

\*

El espíritu de la colonización española en el llamado Nuevo Mundo, no obedeció a los dos principios clásicos que originaron ese movimiento en otros pueblos, aun desde los tiempos de los griegos y romanos.

Los colonos que vinieron de España no lo hicieron por exceso de población allá u obedeciendo a diferencias o antagonismos políticos y religiosos; vinieron tan sólo guiados por el espíritu de aventuras propio del siglo XV; por la indisciplina y el ansia de conquista que las continuas guerras habían engendrado en Europa; y más que nada, por la fascinación que ejercían en la mente de aventureros, soldados y marinos, los relatos de las fabulosas riquezas que encerraban los países orientales, ya de antaño visitados por los cruzados.

Y el español, fanatizado por una lucha de siete siglos contra los moros que ocupaban el territorio nacional, llega a América, poco después de haber liberado a su patria del yugo opresor, ávido de riquezas, con la mente exaltada por el fervor y el celo religiosos, y pone en práctica estos dos principios que sintetizan toda la colonización ibérica: conseguir oro a toda costa y propagar la religión católica entre los elementos étnicos que poblaban las vastas regiones americanas. La mina y la cruz fueron los emblemas. La espada y el pico, los instrumentos de muerte o de logro del codiciado metal.

Y Cuba no fué, no pudo ser, una excepción a estos procedimientos, a estos métodos de colonización "a la rancia usanza española".

Su población de siboneyes, de los dulces y apacibles indios cubanos, fué bárbaramente extinguida por las matanzas que por la historia todos conocemos; el factor "ébano", la intro-

ducción de los infelices negros, fué la natural consecuencia del aniquilamiento de la raza nativa; y el establecimiento de la esclavitud, con su secuela de horrores, con la corrupción de las costumbres públicas y privadas, originó esa peligrosa mezcla de razas que tantas dificultades había de engendrar para el gobierno de este pueblo.

La importancia de Cuba, en los primeros siglos de la colonización española, fué muy pequeña; la propia España apenas si se preocupaba de ella. Los colonos blancos llevaban una vida lánguida cultivando la tierra, ayudados en sus faenas por los escasos indios que aun quedaban, o por los negros de reciente importación.

Y uno de los fenómenos que más ha llamado nuestra atención en el desenvolvimiento de la vida colonial española en Cuba, ha sido la carencia de tradiciones marítimas. Los descendientes de los antiguos marinos que cruzaron tan repetidas veces el Atlántico y el Pacífico, que rivalizaron con ingleses, portugueses y holandeses, durante los siglos XV y XVI, en los más gloriosos y arriesgados viajes y aventuras, se establecen en una de las mayores y más bien dotadas islas del mundo, por su extensión, por sus numerosos, inmejorables y extensos puertos y bahías; y se da el caso insólito, único tal vez en la historia del mundo, de que un país con tan excelentes condiciones para despertar y fomentar en él el amor a las empresas navieras, no haya tenido nunca verdaderos hombres de mar, gente dada a esas tareas, que tanto contribuyen, como sucede en Inglaterra, el Japón y las propias islas Filipinas, a hacer arraigar en los naturales el amor al comercio y a todas las actividades que con él se relacionan.

Fué necesario que, ya algo entrado el siglo XIX, un grupo de vecinos de Regla, “sin más estímulos que sus buenos deseos, ni más apoyo que sus escasos recursos”—como decía José de la Luz y Caballero en memorable informe—, fundara una Escuela de Náutica, que más tarde fué patrocinada por la Real Junta de Fomento. Del propio informe se desprende que, a pesar de la protección del Gobierno, la Escuela arrastró una vida lánguida y no logró formar una corriente de opinión fuerte y estable, ni crear un núcleo de marinos nativos.

Como puede verse, los españoles llegaron en su imprevisión, en su falta de preparación para colonizar, a neutralizar la fuerza del medio ambiente, a no saber preparar a sus descendientes, a los hijos de una isla de extensísimas costas, para que fueran hombres de mar, y, sobre todo, comerciantes. Apenas si lograron producir hombres de campo, verdaderos agricultores. Fué Luz y Caballero quien, con notable clarividencia, señaló esas orientaciones.

Y es ahora, precisamente, cuando la juventud cubana se percata de estas cosas; cuando, sin olvidar el cultivo de su inteligencia por medio de profesiones liberales, ya de suyo muy prodigadas, se da cuenta de que su porvenir radica en la creación y el fomento de empresas navieras, en la práctica del comercio, en la formación de compañías industriales de todas clases.

\*

La importancia y el desarrollo de Cuba datan de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

La toma de La Habana por los ingleses, la independencia de los Estados Unidos, el establecimiento por el Conde de Aranda, en 1774, de servicios marítimos postales y la autorización para comerciar con siete de los principales puertos de la Metrópoli (autorización que años más tarde, en 1777, se tradujo en un "Decreto de la libertad de comercio"), iniciaron una nueva era para Cuba.

En 1809 se abre la Isla al tráfico con las naciones europeas, y de entonces data la prosperidad que de año en año alcanzó todo el territorio, muy especialmente el puerto de La Habana.

Si el español de entonces hubiera sido clarividente, es indudable que habría asociado a sus hijos a todas sus empresas comerciales, a semejanza de lo que, por lo general, hicieron norteamericanos e ingleses con sus descendientes. Pero, por lo que se desprende de crónicas y novelas, prefirió, en tanto que él trabajaba ruda y activamente—tal vez con la mejor de las intenciones—, que la mayoría de sus hijos fueran profesionales: médicos, abogados y farmacéuticos, pues los ingenieros datan, principalmente, de épocas posteriores.

De este sistema nació un gran antagonismo en el seno de la propia familia. El padre español prefería, por lo visto, para sus negocios comerciales, la ayuda de los sobrinos, de los recomendados que le enviaban de España; el hijo criollo, de cultura superior, de hábitos más refinados, de tendencias políticas más liberales, chocaba casi siempre con el padre, rudo, poco o nada educado, apegado a la rancia tradición española, estrecho de pensamiento y miras, sin esas lecturas que fortifican la mente y abren el corazón; llena la cabeza de números, de ambición, de desafortadas ansias de lucro, de ganancia, de pingües negocios. . .

De este desequilibrio, de esta pugna de intereses y de cultura en el seno de la familia, unido a los detestables procedimientos administrativos que España ponía en práctica, nacieron el separatismo y, más luego, la Revolución de 1868.

En el interior, sobre todo en Oriente y Camagüey, la tradición agrícola se había conservado en toda su pureza, dándose el caso de que hombres de una gran cultura, poseedores de títulos académicos, se dedicaran preferentemente al fomento de sus grandes haciendas de crianza de ganado, al cultivo de cañaverales, a la siembra y recolección del café y cacao, al corte de maderas preciosas, etc., etc.

Estalló la Revolución del 68. Hombres como Aguilera, Céspedes, Betancourt, Agüero, Agramonte y otros, lo sacrificaron todo en aras de la consecución de sus ideales de Patria y Libertad. El ganado fué inmolado; cafetales e ingenios fueron convertidos en pavesas; las familias quedaron arruinadas y dispersas. El predominio del español se intensificó; y, una vez destruida la riqueza nativa, entre padres e hijos se ahondaron las diferencias de tal suerte, que ya no era posible esperar que el ascendiente español asociara, salvo en muy contados casos, a su descendencia cubana en sus empresas comerciales.

En los almacenes y tiendas, en las fábricas de cigarros y tabacos, en las empresas y talleres de otras clases y giros, se excluía al nativo por sistema, a no ser cuando su concurso era de todo punto indispensable; los barcos de España venían abarrotados de jóvenes de 12 a 20 años, quienes eran los que ingresaban en las tiendas de ropas, en los comercios de víveres, en los grandes depósitos de mercancías, en donde, sometidos a un

régimen casi penitenciario, o morían de la fiebre amarilla o del paludismo, o se enriquecían al cabo de largos años de privaciones y sinsabores. De tales elementos salían los contingentes que formaban los regimientos de voluntarios, los guardadores de la integridad nacional española.

En las oficinas públicas, en los tribunales de justicia, en todas las demás esferas de la administración, también se excluía, por lo general, al cubano. Sólo en el bufete de abogado, en el gabinete del médico, en el mostrador de la farmacia o en el sillón del dentista, le era dable al nativo demostrar su superioridad sobre el elemento español, que, por falta o escasez de profesionales de su propio origen, se veía en la necesidad de valerse de los servicios del "hijo del país".

En los campos, el español se encontraba posesionado de casi todo lo que en alguna forma fuera materia de lucro, de especulación: las iglesias, las llamadas "bodegas de ingenio", las tiendas de ropa, etc. Para el cubano que no fuera hacendado, quedaban las rudas faenas del campesino; cuando más, era "el maestro de azúcar".

Y en esas condiciones, sembrando caña o tabaco; explotado, perseguido; luchando en la tribuna política, en el periodismo, en todas las demás esferas de la actividad humana que le era dable o permitido escalar, llega el cubano a la fecha más trascendental y decisiva de su vida: a la Revolución de 1895.

\*

La historia de esta guerra, la crítica de este memorable período, no se ha escrito aún como es debido; y mucho ha de pasar todavía para que se realice. Pero, a juicio nuestro, el país, la gran masa de la colonia, no quería la revolución; esperaba que por medio de procedimientos suaves, evolutivos, España, que nunca fué ni podría ser una Inglaterra, le diera la libertad.

Martí vió más claro y más lejos que los hombres que, animados del mayor entusiasmo y llenos de buena fe, patrocinaban y divulgaban esas doctrinas; él, el Apóstol, predicó, impuso e importó la revolución. El resultado ya sabemos cual fué.

De la terminación de la guerra, de la ingerencia e interven-

ción del factor norteamericano, data, a nuestro ver, la intensa, la radical transformación que viene sufriendo el espíritu cubano, sobre todo en su nueva generación: en la juventud que actúa y en la que se está formando.

La tradición, el viejo espíritu español, tiene profunda raíz en el alma de lo que nosotros llamamos *la generación de las tres banderas*. Pero aun ésta, en sus elementos más jóvenes, está dotada de un gran espíritu progresivo, de un fuerte poder de asimilación, de una marcada tendencia a seguir todas las corrientes del movimiento de ideas moderno; sobre todo, muchas de las más sanas prácticas norteamericanas.

La lucha está entablada: en estos momentos presenciamos inequívocos síntomas de regresión al pasado, de auge y predominio de ciertas inteligencias tal vez poco conformes con determinados procedimientos e ideas modernos; pero, al propio tiempo, ¡cuánta actividad en todos los órdenes de la vida!

\*

A pesar del mal ejemplo que viene recibiendo la juventud, en cuanto a prácticas políticas y administrativas, se emancipa y corre en pos de nuevos ideales.

Fueron los norteamericanos los que le dieron entrada al cubano en los bancos; y una pléyades de jóvenes activos, hábiles, inteligentes, invade todos los establecimientos de crédito, desempeñando las funciones más complejas y difíciles, formando un fuerte núcleo de hombres preparados para ser los futuros financieros, los hombres de empresa y acción de la nueva nacionalidad.

A despecho de perturbaciones, de asonadas, de locas y suicidas convulsiones que ensangrientan los campos y enrojecen de llamas el horizonte, multitud de hombres fuertes, animosos, llenos de entusiasmo, abandonan la molición de la vida ciudadana y las comodidades del hogar, van a los campos y, luchando contra el paludismo, la inclemencia del tiempo, las plagas de insectos y la imprevisión de los hombres, desmontan los terrenos, que man troncos de árboles y maleza, roturan y labran la tierra, siembran la dulce y productiva gramínea y elaboran la principal riqueza del país: el azúcar.

La industria minera va adquiriendo gran desarrollo merced al descubrimiento de ricos yacimientos de cobre, hierro, asfalto, hulla, petróleo, etc., siendo ya muchos los jóvenes que dedican preferentes estudios e iniciativas a este nuevo venero de riquezas.

El elemento español, que ya hemos visto qué conducta observó durante la época colonial, empieza a asociarse al cubano, en particular a aquellos jóvenes educados en el extranjero, quienes, poseedores de grandes iniciativas, de cultura variada y sólida, de actividad incansable, son excelentes promotores de planes, de proyectos, de empresas industriales altamente beneficiosos para crear en Cuba un espíritu que hasta ahora se creía que no era posible formar entre nosotros por falta de medios y de ambiente.

Gracias a ese fecundo empuje surgen nuevas plantas eléctricas, fábricas de hielo y cerveza, proyectos de ferrocarriles y tranvías, plantas de regadío, empresas navieras y multitud de variadas industrias que adquieren rápido y próspero desarrollo.

Nuestro porvenir, como ya tuvimos ocasión de decir en el bello número que el semanario *Gráfico* publicó el 20 de mayo del año pasado (trabajo titulado *Cadenas Espirituales*), radica en el mar. A crear líneas o empresas de barcos de travesía y cabotaje, debemos llevar todos los esfuerzos y actividades.

Cuba, a más de país agrícola, productor de caña y tabaco, es una isla, es decir, una nación esencialmente marítima, situada a la entrada del Golfo de México, junto al canal de Panamá, y sirviendo de nexo, de intermediaria entre las dos Américas.

El Gobierno de Cuba, ayudado por capitalistas, financieros, y, muy en particular, por la juventud, debiera estudiar seria y detenidamente todo lo relacionado con el establecimiento de una marina mercante que, a más de estrechar nuestras relaciones con los Estados Unidos, nos pusiera en comunicación directa con la Argentina, Uruguay, Brasil, Venezuela y Colombia en el Atlántico, y con Chile y Perú en el Pacífico, y en más estrecha relación con los puertos de la América Central y las Antillas menores. En los puertos de Cuba podrían establecerse excelentes astilleros, diques y todo lo que se relaciona con la industria naval.

La adquisición de los cruceros *Cuba* y *Patria* fué un gran acierto del gobierno del general José M. Gómez; como lo ha sido también el establecimiento de la Escuela Naval, en el Mariel, por el Ldo. Aurelio Hevia, ex Secretario de Gobernación en el gobierno del general Menocal. Pero se necesita impulsar la Escuela de Náutica casi ignorada del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, y crear otras en diversas localidades de la República; urge formar un gran contingente de marinos mercantes; es indispensable abrirle a la juventud esta nueva ruta de progreso y riqueza.

Hemos de parodiar al Kaiser alemán: "El porvenir de Cuba está en sus costas, en su azul y profundo mar Caribe."

\*

Y la juventud cubana no tan sólo se dedica a todo lo que acabamos de enumerar, sino que constantemente rompe con antiguas tradiciones y añejos prejuicios.

Jóvenes de muy buenas y linajudas familias no desdeñan ser contratistas, corredores, negociantes en tierras y solares, agentes de automóviles de marcas acreditadas y sus accesorios, propagadores de todos los productos que representan vida, movimiento, acción. Se levantan fábricas para zunchos de goma, se construyen grandes y bien provistos "garages"; se proyectan hoteles para atraer turistas, y suntuosos parques de residencias y de diversiones, al igual que los mejores de los Estados Unidos y Europa.

En Arquitectura hay un renacimiento: de cinco años a la fecha, la Universidad ha producido un gran contingente de jóvenes aprovechados que se han apoderado de casi toda la construcción de los nuevos edificios públicos y casas particulares, y han desalojado a la nube de los llamados "maestros de obras", extranjeros en su mayoría, que sin títulos, ni ciencia, ni estética, llenaban calles, plazas y repartos de adefesios, de verdaderos palomares.

Aun en las clases bajas, entre los humildes hijos del pueblo, se ha operado una verdadera revolución. En la actualidad existe un gran número de hombres jóvenes dedicados a la mecánica, y otros empleados como "chauffeurs"; todos aspirando a se-

guir el ejemplo de otros pueblos: saturarse del ambiente de movimiento que se ha apoderado del universo.

La tendencia a la vida militar, al ingreso en el ejército, es otro aspecto muy interesante de la nueva orientación de la juventud cubana. Sobre este asunto pensamos hablar largamente, cuando terminemos el examen de la notable tesis titulada *El Estado y el Ejército*, que hace poco tiempo publicó el joven Dr. Juan C. Zamora López.

En este importante tema, nuestro espíritu fluctúa entre dos principios: creemos que la juventud cubana tiene campos más prósperos, más prolíficos que el de la milicia o militar profesional; pero tampoco desconocemos que la defensa del país requiere ciertos sacrificios y una gran dedicación de buen número de sus hijos al estudio y ejercicio de las armas, a prepararse para las incertidumbres que encierra el porvenir.

\*

Y expuesto lo que antecede, ¿quiere decir que la juventud cubana debe renunciar a su brillante tradición literaria, profesional, en una palabra: intelectual, y dedicarse a ser únicamente marinos, agricultores, comerciantes, industriales y militares?

Al hablar de las nuevas orientaciones de nuestros jóvenes, ¿significa que éstos deben materializarse, ocuparse tan sólo de los bienes terrenos, del acaparamiento de riquezas, abandonando el cultivo de su mente, el desarrollo de su inteligencia?

No, de ninguna manera; a juicio nuestro, Cuba lo que necesita es que sus hijos, al igual que los de Alemania, Francia, Italia, Estados Unidos y varias de las naciones de la América del Sur, como Chile, la Argentina, Uruguay y el Brasil, cultiven todas y cada una de las fuentes de riqueza de su territorio, no dejando a un lado lo que se relaciona con su vida intelectual, con el desarrollo de sus facultades espirituales.

Precisamente los *sembradores de ideas, de proyectos; los forjadores de ideales*, tales como deben ser los periodistas cultos y bien intencionados; los literatos, los profesionales no metalizados, son los que encauzan, los que dirigen las orientaciones de los pueblos; los que desde el libro, la revista, el diario, la

tribuna pública y las esferas oficiales, conciben, proyectan, publican, divulgan; en una palabra: los que señalan rumbos a la opinión pública.

En Cuba lo que se necesita es quitar a la inmensa mayoría de su elemento joven la idea de no querer ser más que médico, abogado o ingeniero; sino que junto a estos profesionales es preciso tener químicos industriales, hombres entendidos en asuntos financieros, agricultores con bagaje científico, marinos mercantes, comerciantes e industriales de espíritu amplio y conocimientos variados; es decir, que todas las actividades humanas tengan un personal idóneo, eficiente y cubano.

## II

Hace ya once años—cuando después de una era de paz, de ventura, de progresos rápidos y maravillosos, los cubanos, olvidándonos del más rudimentario instinto de conservación, parecíamos dispuestos a echar a rodar lo que tantos esfuerzos y sacrificios había costado obtener—, en octubre de 1906, fué cuando Mr. William Taft, en funciones de Gobernador Provisional de Cuba y en representación de los Estados Unidos, pronunció, en el acto de la apertura de curso en la Universidad Nacional, un discurso que fué vivamente comentado.

Mr. Taft, después de establecer un hábil y halagador paralelo entre las tendencias de la colonización española y la anglosajona, decía, al referirse al tropiezo dado por los cubanos, que había descubierto que una de las causas de ese tropiezo era “que nuestros ideales eran muy elevados”; y añadía: “cuando un ideal es tan elevado que se halla fuera del alcance de la realidad, ese ideal no es de gran utilidad”.

Se refería después a la tradición que existe entre los cubanos, de “que las carreras facultativas son la única ocupación digna de los que obtienen grados universitarios y de las personas educadas”; y a renglón seguido agregaba:

Ese es grave error. Una educación universitaria no es obstáculo para el buen éxito en la vida industrial y comercial. Es, si se la emplea bien, una ayuda; pero temo que a los jóvenes que ahora emprenden el camino de la vida no se les haya inculcado suficientemente el espíritu mercantil que

acaso predomina demasiado en los Estados Unidos. Lo que hace falta aquí, entre los cubanos, es sentir el deseo de ganar dinero, de establecer grandes empresas, de desenvolver la prosperidad de esta hermosa isla. La mayoría de vuestros jóvenes debería dedicarse a los negocios. Todo el mundo reconoce vuestra capacidad y vuestra habilidad, y en la próxima generación no tendréis dificultad en colocaros en primera línea a fin de que los bancos y las casas de comercio y navieras de este país estén en manos de cubanos y no de extranjeros.

Y terminaba con este sólido y profundo consejo:

...Por lo tanto, recomiendo a los jóvenes que hoy salen a la vida pública, y que han alcanzado en los estudios la excelencia que atestiguan sus diplomas, que dediquen toda su atención, los que tengan propiedades en la Isla, al mejoramiento de ellas, y los que no poseen bienes de fortuna, a buscar colocación en casas mercantiles y dedicarse al comercio, a fin de que dentro de veinticinco años, cuando los visite un extranjero simpatizador, no encuentre, como ahora, la clase gobernante o política, la comercial y la que representa la ciencia y las letras, separadas y divididas, sino que ya estéis gozando de los beneficios de la combinación de todas esas clases, sin la cual es absolutamente imposible una república próspera, una opinión pública segura, conservadora y patriótica, pronta a hacer cualquier sacrificio que exijan las circunstancias...

Estas palabras pronunciadas por Mr. Taft ante el selecto concurso que todos los años se congrega en el Salón de Actos de la Universidad, produjeron honda impresión. En aquellos momentos de tristeza, de incertidumbre, de amargo desencanto, la opinión pública las recogió y comentó durante muchos días.

Sin embargo, setenta y tres años atrás, en 1833, un prócer cubano, una excelsa figura nacional, que cada día irradia mayor luz en la obscuridad de aquel período, José de la Luz y Caballero, se anticipó al estadista norteamericano. En el informe que en dicho año aparece presentado a la Real Junta de Fomento, presidida por el Conde de Villanueva, por los señores Nicolás de Cárdenas y Manzano y José de la Luz y Caballero—informe que se contrae a la creación del *Instituto Cubano*, y cuya redacción exclusiva se atribuye a Luz y Caballero—, esta inteligencia privilegiada, este auscultador del alma cubana, se da cuenta de muchas cosas, señala a los gobernantes y a la juventud las orientaciones que, años más tarde, se han venido a comprender.

El informe es un documento extenso, que no podemos pen-

sar ni siquiera en compendiar. Pero hay un párrafo tan interesante, tan revelador del genio de su redactor, que vamos a transcribirlo. En un apartado que lleva por título *Lenguas Vivas*, dice en su primer párrafo lo siguiente :

Siendo uno de los objetos de la institución *formar comerciantes instruidos*, nada contribuye más eficazmente a la educación mercantil, ni nada llena más cumplidamente las necesidades diarias de un negociante, que la posesión de los idiomas más usuales en el tráfico y en la correspondencia. Bajo estos principios la comisión juzga que para los negociantes de nuestro país *no hay lenguas más útiles que la inglesa y la alemana*, por ser vastísimas nuestras relaciones con los angloamericanos, bien considerables con la Gran Bretaña y de poca monta con las ciudades anseáticas.

Vemos, pues, que ya en la fecha citada señalaba un ilustre compatriota nuestro la necesidad a que se refirió muchos años después Mr. Taft: que el cubano fuera comerciante y, sobre todo, instruido. Y, con una maravillosa intuición, Luz y Caballero se había dado cuenta de que la Alemania que él había visitado en años anteriores, la que todavía no había realizado su unidad y aun no estaba repuesta de los quebrantos sufridos durante las guerras napoleónicas, iba a ser la rival comercial de la Gran Bretaña, ya entonces en el apogeo de su gloria, e invitaba a la juventud cubana a que estudiara el alemán como vehículo de comunicación mercantil.

Y en otro lugar del propio informe, donde preconiza las ventajas que reportaría el Instituto, dice :

También el Instituto nos traerá, el día en que contemos sobrados géómetras para medir nuestros campos y ciudades, geógrafos para situar nuestras posiciones; *químicos* para hacer más productivo el suelo e ilustrar el arte de curar; arquitectos para levantar nuestras habitaciones con ornato y comodidad; *hidráulicos* para abrirnos acueductos y canales; *náuticos para dirigir nuestras proas*; intérpretes que nos pongan en comunicación directa con todas las naciones; maestros, en fin, dignos de guiar a nuestra juventud; y, sobre todo, *mayor número de cabezas capaces de guiarse por sí mismas...*

Difícilmente al avisado enviado de Mr. Roosevelt le sería posible igualar, ya que no superar, estas orientaciones en que no se habla de médicos, ni de abogados, sino precisamente de todas aquellas carreras de que ha estado siempre más necesitada Cuba.

Y no fué únicamente el sabio mentor cubano quien se ocupó de estas cosas en las primeras décadas del siglo XIX, ni quien señaló las deficiencias y los remedios.

El Teniente General español don José de la Concha dice, en la parte de sus Memorias en que se refiere a la instrucción pública, lo siguiente:

En los mismos momentos que tenía la Isla cinco establecimientos abiertos a la carrera de la abogacía, la instrucción primaria se hallaba en extraordinario atraso, y no existía *una sola escuela* en que pudieran formarse maquinistas y maestros de azúcar, tan necesarios para la primera industria del país; pero ni tampoco ninguna dedicada a la formación de arquitectos, de maestros de obra, de agrimensores... (Véase *Memoria sobre el estado político*, etc.; págs. 242-43.—Madrid, 1853.)

Vea, pues, Mr. Taft, ante esta paladina confesión de un gobernante español que no era "laborante", a qué se han debido nuestras deficiencias.

\*

Siete años después de haberse oído en el Paraninfo de la Universidad Nacional la, a juicio nuestro, autorizada y bienintencionada palabra del comisionado norteamericano, en el acto de la apertura del curso académico de 1913-14 un ilustrado profesor de ese Claustro, el Dr. Ricardo Dolz, catedrático de Derecho Procesal, pronunció un brillante y elocuente discurso inaugural, que él mismo intituló *Defensa de los intelectuales*.

En aquel entonces no oímos de viva voz la palabra de nuestro estimado maestro de los días de luchas y labores universitarias; leímos su oración, que se publicó y comentó en muchos periódicos; y ahora, transcurridos otros cuatro años, y al plantear en las páginas de CUBA CONTEMPORÁNEA el tema de este artículo, nos ha parecido que debíamos consultar de nuevo el discurso del Dr. Dolz, ya que en él se encierra una franca, abierta y un tanto agresiva refutación a la tesis de Mr. Taft, que, con las salvedades ya expuestas, viene a ser también la nuestra, como fué en su día la del sabio y cubano mentor Luz y Caballero.

Tenemos sobre nuestra mesa de trabajo el texto íntegro del discurso de Mr. Taft, tal como se publicó en el número de la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, correspondiente al mes

de noviembre de 1906. Y, francamente, con todos los respetos y consideraciones que nos merecen los conceptos emitidos por el Dr. Dolz, no vemos el alcance que él quiso dar a las palabras del "afortunado Secretario de la Guerra", como él le llama. No se trata de un llamamiento al espíritu de lucro, ni de una condenación de la intelectualidad cubana, para la que tuvo Mr. Taft, en los comienzos de su oración, frases tan halagadoras como éstas:

...los que hemos tenido ocasión de ponernos en contacto con la civilización de la raza española y *de sus descendientes*, no hemos podido menos de advertir que la raza anglosajona tiene mucho que aprender del refinamiento intelectual, de la capacidad de raciocinio, del temperamento artístico, de la imaginación poética, de los grandes ideales y de la cortesía de las razas latino-españolas;

se trataba únicamente de un sano y profundo consejo, de una orientación, ya que no original, por lo menos llamada a producir en Cuba resultados muy satisfactorios.

Que los sucesos de agosto de 1906 les produjeron a los norteamericanos un profundo desengaño, una amarga decepción, es una verdad. Que aquella revuelta, en la que todos "pusieron las manos", les ha hecho expresarse con cierta y merecida dureza de nosotros, es también cierto. Pero, ¿de quién fué la culpa?

Creemos, al igual que Mr. Taft, que el mejor antídoto para nuestra endémica rebeldía, para nuestras injusticias y violencias, para nuestro inmoderado afán de vivir de la política y del presupuesto, es que la mayoría de la juventud se oriente por el camino de las empresas que producen ganancias, que permiten el ahorro, que no ponen al individuo a merced de las influencias, del favor o del odio de los personajes que dirigen nuestros llamados partidos políticos. Además, es un principio elemental que todo aquel que tiene algo que perder, que ha puesto su dinero en el fomento de una empresa, en el desarrollo de cualquier actividad industrial, es, por lo general, un hombre de orden, un elemento que se opone a todo intento de violencia y destrucción.

Una de las causas que han hecho que los recientes y lamentables sucesos ocurridos en nuestro país no hayan tenido un

desenlace distinto, es, a nuestro modo de ver, la gran cantidad de elementos autóctonos que se habían dedicado al fomento y explotación de colonias de caña, a la siembra de frutos menores, a la crianza de ganado y a las múltiples actividades que once años de paz habían engendrado en toda la Nación.

Mr. Taft, en el curso de sus atinadas observaciones, que no son de “un vuelo tan corto” como indicaba el Dr. Dolz, no pretendía que se clausurara la Universidad, ni que los jóvenes cubanos dejaran de estudiar y de cultivar su inteligencia; lo que apuntaba era que “la mayoría debía dedicarse a los negocios”, esto es, a fomentar, a hacer productivos los innumerables elementos de riqueza que encierra Cuba en su feraz territorio.

Y después de todo, ¿qué son los profesionales hoy en día más que promotores de negocios? ¿En dónde se incuban las empresas más ricas, más productivas, más llenas de halagadoras promesas? En los bufetes de los abogados, en esos “entreabiertos” estudios de que con tanto acierto hablaba desde las páginas de esta publicación el Dr. Enrique José Varona en el mes de julio de 1916.

En estas improductivas y un tanto infecundas *prédicas de ideales*, a las cuales, desde que abandonamos las aulas universitarias, nos venimos dedicando, es donde hemos podido apreciar más de cerca que no son las tareas de la inteligencia, la difusión de ideas y conocimientos, lo que más atrae a nuestros intelectuales, universitarios y hombres de saber.

En cierta ocasión nos dirigimos a un sabio maestro diciéndole: —Doctor, ¿por qué usted no escribe con más frecuencia? ¿Por qué usted no le señala a la juventud rumbos y orientaciones? —¡Es que usted cree que yo tengo tiempo para escribir!, nos contestó con cierta dureza. Nos abstuvimos de replicarle con la acritud que subió a nuestros labios, por el cariño y el profundo respeto que siempre le profesamos.

Que en nuestro país se intenta a diario zaherir al que estudia, al que piensa, al que tiene cierto y merecido renombre, es una verdad; pero también lo es que casi todos los que valen se retraen y, por lo general, con inadmisibles excusas y pretextos, no quieren levantar su voz, dejar oír su autorizada opinión.

¿A cuál de nuestros intelectuales le diría el pueblo de Cuba lo que se asegura que en cierta ocasión le manifestaron los obreros de París a Lamartine: “No nos hables, porque nos convencerías”?

Y es que, entre nosotros, casi ningún hombre de valer trata de llegar hasta el alma del pueblo, de hacerse querer de él.

\*

Si bien es cierto que las listas de la matrícula universitaria vienen aumentando desde hace años, no lo es menos que hay muchos padres cubanos que se dan cuenta de que las carreras “están en bancarota”; de que los jóvenes, a pesar de sus títulos y diplomas, caen, en su mayoría, en la vida burócrata, poblando departamentos y oficinas del Estado, la Provincia y el Municipio, y que otros muchos tienen que buscar el sustento desempeñando puestos modestos en empresas y compañías particulares. Debido a esa tangible realidad, que no es posible negar porque está a la vista de todos, hay muchos jefes de familia que están encaminando a sus hijos, aun a las propias mujeres, hacia una vida más práctica y propia para ganarse el sustento. Se está operando de manera lenta, que tal vez pase inadvertida para muchos, un cambio radical y profundo; se están venciendo las preocupaciones, ese funesto “qué dirán” que tanto ha pesado en nuestro desenvolvimiento nacional.

Si el cubano no quiere tomar por modelo a los Estados Unidos de la América del Norte; si, de acuerdo con su tradición latina, se inclina más hacia el ejemplo que presentan otros pueblos, ninguno como Francia puede ofrecerle campo más variado. Allí se hace una intensa vida universitaria; del seno de sus academias, liceos y corporaciones científicas, salen hombres preparados, intelectuales y universitarios, que cultivan todas las ramas del saber humano, que dirigen, encauzan y aun *perturban* la vida nacional. Pero también es cierto que en ningún otro país se le rinde mayor culto a la vida material, a la importancia del dinero, a los beneficios del ahorro público y privado. Allí la industria, el comercio, la agricultura, las explotaciones mineras y las empresas marítimas han adquirido un desarrollo tal, que en las épocas de desastre, como en 1871, o en las de prueba, como ahora, han sido el nervio, el sostén de la nación.

De este eclecticismo, de esta ponderación de fuerzas espirituales y materiales, ha surgido la grandeza de Francia. Y esto mismo, si bien en menor escala, es lo que queremos para Cuba.

Creemos que una vez pasada, o, por lo menos, atenuada la crisis que se inició en noviembre del pasado año, todos se habrán dado cuenta de los peligros tan serios, de los riesgos tan inminentes por que ha pasado la nación cubana; de que es un error profundo querer reivindicar reales o supuestos agravios, injusticias, abusos, atropellos y transgresiones, amenazando y destruyendo la riqueza de naturales y de extranjeros; de que ningún pueblo, en el apogeo de su producción, se lanza a locas y perversas revueltas, a quemar e inutilizar el esfuerzo de los que producen, haciéndoles, arbitrariamente, víctimas inocentes de los desaciertos y desafueros de los políticos; de que el patriotismo sano, consciente, no se traduce en teatrales vociferaciones, en malsanas prédicas, en violencias horripilantes, sino en una digna y tenaz acusación que haga resaltar lo que se estima como una injusticia, como una inexcusable transgresión de los principios democráticos, de los preceptos constitucionales.

### III

Tenemos fe ciega en el ulterior desenvolvimiento de Cuba; creemos que la nueva generación está llamada a desarrollar planes gigantescos, a realizar una estupenda y maravillosa transformación en las ideas, en la vida material; creemos que Atenas no excluirá a Fenicia; que Roma no volverá a destruir a Cartago.

Situados en el camino de la civilización, junto a la más concurrida vía marítima que han conocido los siglos, Cuba, próspera y feliz, no tendrá más ideales que convertir a sus hijos en ciudadanos, en adoradores de la verdadera Democracia ennoblecida por las lides de la inteligencia y fortificada por el trabajo.

JULIO VILLODO.

## EL ALMA DE AMÉRICA



JOFFRE, el Mariscal del Marne, al gritar hace poco aun en el Capitolio de Washington: "Vive l'Amérique", equivocó ingenuamente, con suprema satisfacción para los anglosajones, este nombre común con el de Estados Unidos que él quería vitorear. Y no hace un año todavía el preclaro José Enrique Rodó contemplaba desde las gradas del Capitolio Romano una "inquietud presagiosa" de la loba-nodriza de la raza latina, que parecía buscar en este lejano Occidente "nueva libertad y nuevo espacio".

Sin saberlo, surgente del acaso, el insigne escritor de la América Latina y el héroe francés acaban de plantearnos el problema panamericano por excelencia: ¿Cuál es el alma que representa al Continente? ¿Hay *una* alma americana?

Por ley de la memoria retenemos de las combinaciones de palabras los últimos fonemas, y así de "Estados Unidos de América" la humanidad ha conservado "América" como denominación suficiente. Y, siguiendo el instinto, las grandes naciones, al mirar a un lugar, sólo ven al más peligroso de sus adversarios; por lo cual Europa, al nombrar este Continente, sólo se acuerda de los Estados Unidos. De ahí, pues, que ante el mundo, como en los labios del Mariscal Joffre, "Viva la América" signifique el triunfo de la nación anglosajona, aunque veinte banderas libres y gloriosas también floten dignamente en el suelo americano que va del Rio Grande al extremo sur de la Patagonia.

Mas es hoy el caso de preguntarnos a nosotros mismos, ame-

ricanos del norte y del centro y del mediodía, si en verdad existe algún ideal común o interés común que en el pasado o en el presente o en el futuro constituya “un alma americana” definida y armonizadora. Algo que corresponda al esfuerzo de la doctrina panamericana de las cancillerías y de los congresos. Yo me lo he preguntado allá en las mesetas de los Andes Suramericanos, y aquí a la ribera del Potomac, allá en San Pedro Alejandrino y aquí en Monte Vernon, y hallo preciso, urgente aún, establecer la verdad.

No hay *una* alma americana todavía. El alma anglosajona domina con su lengua y por sólo la virtud de su lengua en la América del Norte. Los Estados Unidos recibieron sangre de la raza germana de varias nacionalidades, hasta el período contemporáneo, la última generación, para decirlo claramente, en que obtiene, muy a su pesar por cierto, una inundación de todo origen étnico, hebreo y latino sobre todo. Pero fué el habla y es el habla lo que constituye su personalidad. Ni el alemán, ni el italiano aportan un ápice del alma nacional, porque no tienen el habla. La sangre no vale un punto ante la lengua. Alemania misma, que le dió millones de sus hijos, muchísimas veces más que Inglaterra, que todo el Reino Unido; Alemania, que le dió toda su civilización, porque Estados Unidos es, hasta esta hora en que estoy escribiendo, una colonia intelectual de Alemania, no pudo ni con su sangre, ni con toda su inmensa sabiduría, imponerle un ápice de su espíritu; y al llegar el conflicto universal que vamos viendo, Estados Unidos se ponen del lado de su cultura, de su habla, al lado de Inglaterra, y son ellos, con Bélgica, quienes causan la derrota de los Imperios Centrales.

El alma de los pueblos es el habla. Al llegar aquí el americano del Sur es... “*Spanish*”. En la mente del yanqui esto es confuso, significa “*Spaniard*”, y le preguntan por Alfonso XIII. A veces son más ilustrados y comprenden la separación que hay entre España e Hispano-América, y con mucha precaución tratan de saber si *su* país (el Continente Suramericano) es república o algún reino. Otros hay que han tenido más comunicación con los “*Spanish*” y le preguntan, digamos, a un colombiano del extremo Norte por el Sr. X de Santiago de Chile o Buenos Aires. Excepción hecha de la Cancillería, de algunas

buenas empresas periodísticas y de las agencias comerciales, Sur América es para el norteamericano una nebulosa geográfica, indescifrable, fantástica.

El sentimiento no está mejor diferenciado que el conocimiento: el "Spanish" no es más estimado que el calmuco, digamos, o el albanés. Se le mira de arriba a abajo con la rápida percepción del yanqui, y con la más ingenua naturalidad le preguntan: "¿No prefiere Vd. este país a su tierra natal?"... Le cantan himnos a una "Colombia" ideal que sería el alma común americana a través de la gloria del inmortal genovés; pero los Peregrinos, William Penn y aun el casi legendario Leif, predicán en sus corazones el amado nexu anglosajón.

En las intenciones sí alcanzan mayor definición y consecuencia. Las intenciones de grandes y pequeños, de políticos y comerciantes, unas son, una solo es, quizá: que se trasluzcan las estrellas de los Estados Unidos a través de las banderas de los pueblos americanos. Tal vez hoy "América para los Americanos" no significa más tierras para la Unión Americana, sino simplemente más gloria, riqueza y poderío. De algo más tendrán aún que apoderarse por la inercia misma del impulso imperialista que los lanzó sobre istmos y archipiélagos, mas no lo quieren ya y sólo se someten a ello por una determinante previsión. No entienden, sin embargo, que una república americana piense y quiera lo que no quieren y piensan los Estados Unidos: eso sería extravagante, inconducente y aun creo que "injusto". Ellos son como los jefes de un hogar... pero de un hogar a la antigua; pues creo que la moral de esta nación, como la de todas las grandes naciones, anda varios siglos atrás de la moral de sus propios ciudadanos. Tal vez se parezcan un poco a los antiguos señores feudales—¿cómo ver uno tan hondamente?—, y allá en lo íntimo de su alma seamos para ellos sólo sus mesnadas: Recuerdo que al entrar algunas Repúblicas del Sur en protestas contra Alemania, sus declaraciones eran tenidas aquí como lo más natural del mundo... "¿Y qué es que no nos siguen las otras todavía?", preguntaban asombrados.

En los Congresos panamericanos se extreman las manifestaciones de cordialidad. Ello parece que fuera una alma americana palpitante y uniforme la que los preside. Mas no es así.

Al despedirse el anglosajón de sus camaradas latinos, un suspiro de descanso se percibe, a pesar de la gratitud de una hidalguísima hospitalidad. La sonrisa franca de las relaciones cordiales aparece, y, en la pura lengua de Castilla se oye un exabrupto: "Ahora sí estamos aquí... nosotros"; y entre la risa fresca de espíritus aliviados del rigor de la etiqueta y del rigor de una lengua gutural, desde el joven adjunto de la embajada hasta el anciano profesor saltan a la mitad del aposento y charlan de anécdotas salerosas y de agridulces comentarios. El mismo brasilero en su idioma es entendido y entiende el castellano, y quizá contribuye con el exotismo de sus palabras a brillantar la conversación.

Es un hábito de fraternidad que brota de las entrañas del instinto racial. Por las torcidas calles de la académica Boston vamos un par de colombianos. Un transeunte oye nuestra plática en español, se detiene y mirándonos nos dice: "Buenos días, camaradas". ¿Quién es él? No lo sabemos. Vamos a comer juntos, juntos vamos al teatro. Estamos felices, se charla de todo, cada cual cuenta su vida a su manera. Y ya a tiempo de despedirnos—¿quién es él?—se nos antoja preguntar: es un chileno del extremo sur del Continente, y tan hermanos como si hubiera nacido en Antioquia la nostálgica ciudad de Robledo, o en Cartagena de Indias...

Allá en Bogotá se reunió por el año de 1910 un Congreso Internacional de Estudiantes. Fué una fiesta de ideales universitarios bajo el amparo del amor a Colombia, la grande, la indivisa, la de la Guerra Magna. Un día, al entrar a una sesión en el Capitolio Nacional, uno de los delegados ecuatorianos me dice con marcada emoción: "Esta es, ésta sí es el alma del pueblo." —¿Pero, ¿qué ocurre?, le pregunto yo; y él me responde: Andaba por los suburbios curioso de ver costumbres populares, y al pronto comprendo que me miran las gentes y hablan entre sí diciéndose: "Este es de los de Ecuador, yo los quiero porque son como nuestros hermanos". Y el joven delegado repetía: "Esto sí, esto viene del alma nacional", y le brillaban de entusiasmo patriótico las negras pupilas de latino-americano. "Esta sí es el alma del pueblo." Y recuerdo yo todavía que los universitarios de Chile, al ver al H. Teodoro Roosevelt

que recorre ufanamente las avenidas de Santiago, resienten su crueldad para con Colombia y por encima del silencio de las cancellerías lo silban en masa como reprobación inapelable de un Continente libre a su agresor inmune. ¡Qué diferencia de sentimientos si comparamos este hecho con la apoteosis que Caracas rinde a Carlos Arturo Torres y Lima a Samuel Ramírez Arbeláez, los esclarecidos diplomáticos colombianos a quienes la muerte sorprendió en mitad de su carrera buscando la gloriosa y apenas soterrada fraternidad de las Repúblicas Bolivianas!

Y este es el sentimiento real y palpitante que puede engendrar el alma de América. Es el panamericanismo verdadero que existió siempre en la historia de nuestras nacionalidades. *Un panamericanismo a la manera latina*: Veinticinco mil veteranos españoles, de los veteranos que sabe engendrar España, dominan el Perú y el alto Perú. Bolívar y San Martín oyen en sus corazones la palpitación de ese panamericanismo de hidalga cepa española y —¡Vamos!, se dicen, ¿cuál de los dos irá a batirse por la tierra de sus hermanos? Y surgen en la historia americana Ayacucho y Junín; y surgen dos repúblicas más en el Mundo de Colón. Años más tarde el *americanismo anglosajón* hizo su obra en Nicaragua y Panamá.

¡Cuán diferentes son! El panamericanismo latino se yergue en las Repúblicas hispanas ante el ataque al Perú que intentan los españoles a mediados del siglo XIX, y hay un bullir como de lobeznos airados de la vieja loba latina. Pueblos y gobernantes simpatizan con la libertad de Cuba y tratan de ayudarla en cuanto les es posible: Simón Bolívar y más tarde el Presidente Tomás Cipriano Mosquera acarician el plan de expediciones libertadoras, en cierne muerto por la oposición categórica de los Estados Unidos. Ante el derecho internacional naciente, Colombia, cuando según la expresión de Monroe, era la república más grande y promisoría del mundo, proclama el arbitraje obligatorio y trata de reunir a los plenipotenciarios de todas las naciones americanas en el Istmo en que más tarde había de efectuarse la afrenta de ese Derecho por parte de la diplomacia anglosajona.

Y este panamericanismo latino tiene también su doctrina Monroe consuetudinaria: Colombia oye decir que el Paraguay, el para ella remoto Paraguay, está amenazado de guerra por

potencias europeas, y declara, ¡oh belleza de los hechos!, que todo paraguayo será en adelante ciudadano de Colombia también. Y Estados Unidos, ante la anarquía asoladora que engendraron en México las Compañías explotadoras de petróleo, aprovecha la situación para ridiculizar ante el mundo al pueblo hermano, enfermo entonces de locura revolucionaria, y presentarlo en los cinematógrafos populares como una madriguera de bandidos cuyas hordas son vencidas mil y mil veces por héroes y heroínas yanquis, para estímulo grandilocuente del patriotismo de los párvulos de la inmensa República Sajona!

Es una lejanía infranqueable y una incomprensión total las que nos separan en el espacio y en el espíritu. Nuestros grandes hombres son propiedad común latinoamericana, y todos a una nos enorgullecemos de Francisco García Calderón, Machado de Asis, José Enrique Rodó, Carlos Arturo Torres, Cuervo, Bello, Sarmiento, Montalvo, etc., y todos los queremos como algo propio latinoamericano. Pero a Norte América no llegan estos nombres que han logrado aun pasar sobre el Atlántico y hallar eco de amor en Europa. No. Y nosotros, que sí conocemos a Poe, Emerson, Longfellow, James y a cuantos descollaron y descuellan en la cultura norteamericana, no los consideramos como propios, ni su gloria se refleja en ninguna de nuestras nacionalidades. Así también en el campo de la ciencia; así, y mil veces más intensa aún la incomprensión, cuando se trata de políticos y estadistas latinoamericanos. Son dos mundos diferentes, con una zona de silencio entre los dos.

\*

Mas no debemos proclamar ninguna animadversión, ingenua por otra parte y muy perjudicial. La Gran República Norteamericana tiene sus gloriosas tradiciones, su glorioso presente y un porvenir imponderable. Ha prestado servicios inmensos a la civilización y a la democracia. Tiene virtudes envidiables, excelsas aún. La personalidad del norteamericano se distingue por su sano concepto de la vida, optimista, muy fecundo y audaz. Su entendimiento formado para las aplicaciones inmediatas, a la manera del entendimiento femenino que, por otra parte, triunfa ya y seguirá triunfando en este me-

dio ambiente, se subordina al propósito más útil por la vía más corta y eficaz, con una presteza de soluciones que asombra. Sus emociones y pasiones obedecen a la ley común y a la conveniencia personal con tal naturalidad, que parecen seguir cauces propios ya formados. Sus sentimientos, de los cuales el patriótico está un poco exagerado y quizá un poco deprimido el familiar, pero bellamente desarrollado el meramente social, siguen las normas de la más pura democracia, de la justicia y del mutuo apoyo, aun en los negocios, y más que todo en la religión y en el gobierno. Su carácter firme, verídico, ingenuo aún, de mucha laboriosidad y laudable filantropía, con una infinita ternura por los niños y un respeto profundo por los derechos de los demás, constituye una personalidad sin pliegues que no sabe generalizar ciertamente, ni es muy idealista por lo tanto, pero sí buena en sus designios y eficaz en sus propósitos. Una personalidad práctica, contenta de su vivir.

De ahí, pues, que a esta Gran República debemos volver los ojos en busca de preparación para las lides del trabajo, en busca de industria y de comercio y de profunda especialización científica. En busca de ecuanimidad política y de previsión internacional, sobre todo. A ella deben venir las jóvenes generaciones latinoamericanas en busca de sólida preparación. A ella deben venir nuestros estadistas en busca de laudable ecuanimidad y justicia. Porque la civilización será norteamericana: todas las corrientes de la humanidad convergen a estas onduladas planicies, serenas y fecundas. Todas las corrientes internas del alma de este pueblo le conducen a la especialización, reglamentación y subordinación a un fin, que engendrarán la máxima civilización del mundo. El está resolviendo casi todos los grandes problemas de la vida contemporánea—los más escabrosos problemas—, y si es verdad que ya se inicia donde menos lo ve una carcóma de su grandeza futura, ello dará tiempo todavía a maravillosas realizaciones.

El alma de la civilización americana será, pues, anglosajona.

No así la cultura: Aquella espiritualidad excelsa que abarca el arte, las buenas maneras y la filosofía; aquella depuración del espíritu que busca las tesis trascendentales de la vida y las

emociones sublimadas, que mira a los fines remotos con mirada sibilina y crea valores ideales para la lucha humana: Esa será latina, esa será el alma de la cultura americana. De esos pueblos de enardecidas pasiones, de emociones rápidas y de anhelos indefinidos y misteriosos; inquietos, generosos y audaces; religiosos hasta el fanatismo, imprevisores políticos e industriales; mártires de su propia alma, con una personalidad enferma, triste, disociada entre ideas del siglo veinticinco y sentimientos del siglo doce; con heroísmo desordenado y prodigiosas capacidades mentales, infecundas a veces por exceso de generalización; capaces de lo máximo, emprendedores de lo imposible, realizadores de muy poco por lógica y torturadora resultante; aristocráticos, soñadores de supremos ideales en la verdad, el bien y la belleza, pero que, descuidados en el proceso útil de la hora y del espacio próximos, resultan a su pesar ineficaces, injustos, irreducibles, de una personalidad portentosamente compleja, pero débil al fin, y que aislada luce, en la familia es un tesoro, y en la comunidad a veces poco menos que inadecuada y estorbosa; de una personalidad que recorre en un segundo todas las etapas, para caer agobiada de fatiga muy cerca ya del triunfo real, de la realización aprovechable y definitiva.

Pero aun así, de la producción desconectada de su alma inquieta y genial, surge una diadema de fulgurantes resplandores, una diadema de cultura.

¿Cuál de las dos predominará? El juicio nos favorece, a mi entender: Roma codificadora, conquistadora, ejemplar; y Atenas embriagada de misteriosas cavilaciones, son el ejemplo de un triunfo fallado ya en la historia de las naciones.

Nuestro puede ser el porvenir. Pero es preciso contribuir a su advenimiento. Sembradores previsivos, debemos tomar semillas de aquella civilización sajona para que, arraigadas en nuestro suelo, su raigambre lo consolide y el follaje de su robusta vegetación dé sombra propicia a la delicada estructura de la vegetación cultural.

Así dentro de nosotros mismos, en lo interior de nuestras nacionalidades. Pero sin olvidar algo fundamental: aquello que el publicista chileno Teodomiro Yáñez proclamó en frase que es una campanada clamante y armoniosa: "Ha llegado la

hora de hacer pensar a la personalidad internacional latinoamericana.”

La personalidad internacional latinoamericana puede pensar un formulario de limitaciones a la doctrina de Monroe; que la conveniencia de recibir beneficios tiene también determinada restricción, pues—tomando un símil delicado—podemos decir que es más prudente la doncella que declina el excesivo agasajo de un galán, que la incauta que confía demasiado en una protección que puede ser principio de desdolorosa propiedad.

Aquellas naciones latinoamericanas que con demasiado celo diplomático buscan el regazo de la amistad norteamericana en defensa de su comercio y de su benévola actitud internacional en relación con sus vecinos, hallarían las mismas soluciones que buscan sin desertar del hogar latino; las hallarían ciertamente, con más el honor indeclinable de ser factores de primer orden en nuestro Continente, dentro de la hermosa autonomía que han sabido conquistarse y pueden conservar aún. La renunciación de la propia soberanía en la vida diplomática americana no constituye factor de triunfos duraderos, pues si alguno hubiera todos querrían aprovecharle, deprimiéndose al fin a bajo precio el sumo bien de constituir una personalidad internacional. De la misma manera el inmoderado afán, desconcertante y pueril, que se presiente en las cancillerías latinoamericanas de ejercer predominio moral y tutoría diplomática sobre otros Estados menos favorecidos quizás por la fortuna, es un espejismo falaz para ellas mismas y dilatorio de un concierto útil. Mejor que eso, la unión diplomática del mundo latinoamericano, igualatoria y sincera, nos engrandecería, sin menoscabar en nada, ni ofender, hoy aún, a la Gran República del Norte. Que antes bien, unidas así ante el mundo, la civilización sajona y la cultura latinoamericana se apoyarían mutuamente sin esta recelosa preocupación actual.

Y así, también, el alma de América sería el alma de la cultura latinoamericana en ese territorio inmenso que riegan y fecundan el Amazonas y el Plata, el Orinoco y el Magdalena, como otros cuatro ríos misteriosos del legendario Edén, quizá del Edén futuro que la humanidad trae dormido entre ilusiones en el fondo de su corazón desde los comienzos de su vida

racional; en estas dilatadas florestas de frondosa e inagotable vegetación; en estas cordilleras de ricas gemas y metales preciosos que domina el Chimborazo cual una deidad de la tierra que nos indicase el porvenir de la humanidad, libre y feliz y señora de nuevos e inescrutables recursos... En esas incomprendidas democracias latinoamericanas, donde la loba nodriza de la raza realizará por fin las ilusiones de su "presagiosa inquietud".

LUIS LÓPEZ DE MESA.

Washington, 5 de julio de 1917.

Noble espíritu, inquieto, observador, inquisitivo, el del muy notable escritor colombiano que nos honra con estas bellas y sugerentes páginas. Es uno de los jóvenes que más brilla hoy y más gloria promete a su patria en el orden intelectual. *Cultura*, la importante revista mensual fundada por él en Bogotá y ahora dirigida por otros dos escritores de mérito, Agustín Nieto Caballero y Gustavo Santos, guarda no pocos estudios importantes de Luis López de Mesa, cuya característica es el pensamiento sólido y elevado y la forma sutil y elegante. Ávido de saber, viaja desde hace varios meses por los Estados Unidos de la América del Norte. Desde Nueva York nos acaba de remitir este trabajo, fruto del útil cambio de horizontes; y si la primera parte de él denota la digna exaltación del dolor que le produce aún al patriota el acto, injusto para Colombia y provechoso para el Mundo, de la segregación de Panamá por obra de un gobernante del gran pueblo que hoy visita, la segunda parte, a más de contener una delicadísima y ajustada alusión al caso de naciones como Cuba, revela al hombre perspicaz y razonador, al hombre que ve hondo y siente alto, y que también siente bullir en su alma, como en toda la América nuestra, la "presagiosa inquietud" del porvenir. Este interesantísimo estudio nos recuerda en algunos puntos, por su tendencia, aunque las conclusiones no sean exactamente las mismas, si bien semejantes en ciertos aspectos, el que titulamos *El alma americana*, de nuestro malogrado Jesús Castellanos, publicado en el número de agosto, 1916 (págs. 289-95, t. XI), de CUBA CONTEMPORÁNEA, que al agradecer al estimado compañero colombiano su valiosa colaboración, renueva a los demás de su patria y a todos los de América el ofrecimiento de estas páginas "abiertas a todas las orientaciones del espíritu moderno".

## LA CRÍTICA EN CRISIS (\*)



O mucho que hoy se lee puede apreciarse de diversas maneras; y una de ellas, y no de las menos significativas, es considerando lo que se ha esparcido la crítica y notando la abundancia de críticos.

Pero no sólo se ha esparcido la crítica, y como consecuencia se ha adulterado en no pocas ocasiones, sino que, en todo el pasado siglo y lo que va de éste, ha tomado matices muy distintos. Desde la bonachona o mal humorada crítica de pedagogo de un La Harpe, un Lista o un Hermosilla, pasando por la amena, petulante y curiosamente escrudiñadora de un Sainte-Beuve, hasta llegar a las generalizaciones tan amplias como resbaladizas de un Taine o los minuciosos análisis e inagotables clasificaciones de un Hennequin, no cabría en muchos volúmenes lo que en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en España y en todas partes se ha escrito para justipreciar y aguilatar lo que otros han escrito. Y no hablo, desde luego, de la crítica impresionista, porque no es crítica, sino una forma muy moderna de literatura exquisita.

No trato de sentar una paradoja mortificante. Disecciones literarias y, sobre todo, panegíricos o diatribas de escritores y artistas, los ha habido siempre. Tipo Aristarco. Pero la crítica, tal como se comprende en nuestros tiempos, capaz de penetrarse del espíritu de un autor y de asistir a su íntima labor creadora, de darse cuenta del caudal de ideas y sentimientos que han venido a confluir en él, y de avalorar los influjos de

---

(\*) Prólogo a los artículos y discursos de don Fernando de la Vega.

atracción y repulsión de su sociedad habitual y de su medio más amplio; poseída de la imparcialidad que da la costumbre de objetivar la materia de estudio y de la tolerancia que infunde el comercio desinteresado con las opiniones, esta crítica es producto natural y en cierto modo exclusivo de la libertad de pensar, fruto el más preciado de la gran civilización moderna.

Al discurrir sobre este hecho, de tanta importancia moral, no puede uno menos de recordar, sobrecogido de espanto, la serie continua de catástrofes estruendosas que se ha desencadenado sobre el mundo desde hace ya tres largos años, sin que alboree por parte alguna su término. Porque su inmediata consecuencia, la que se va sintiendo casi por igual en todos los países occidentales, ha sido la reducción a límites muy estrechos, cuando no la supresión pura y simple, de ese derecho humano, el de expresarse libremente de palabra y por escrito, sin el cual no es el ciudadano tal ciudadano, sino mera unidad viviente o mera máquina automática.

El hombre ha hablado siempre, es decir, ha empleado, desde que aparece en la historia, el lenguaje articulado. Pero, durante siglos y siglos, no lo ha usado para expresar públicamente su pensamiento, cuando éste implicaba censura o disconformidad, sino con toda suerte de circunloquios y atenuaciones. De las naciones que conocemos, la primera en romper el freno, que la autoridad y la costumbre le tenían sujeto a la boca, fué Inglaterra. Los países que no recibieron directamente la herencia latina, funesta por tantos aspectos sociales, precedieron a éstos en el libre empleo de la palabra, y se lo enseñaron. El hombre de occidente aprendió poco a poco a no temer a los déspotas de fuera, al soberano y sus agentes, y poco a poco también a soltarse del terror de sus tiranos interiores, de sus prejuicios, creencias y supersticiones.

Esta espléndida fábrica de la libertad, que es fuente de todas las otras, se estremece y bambolea. Hasta en las naciones que pasaban por modelo y paladión del derecho político, como la federación norteamericana, ocurren sucesos que nadie hubiera creído realizables hace cuatro años. Ahora mismo, con motivo de una gran manifestación llevada a cabo por los negros de

Nueva York, para protestar de crueles atropellos contra los negros de San Luis, ha tenido lugar uno, que ha debido pasmar y llenar de recelo a los americanos que aún conservan el amor a sus libres instituciones. La policía, la policía neoyorquina, ha arrebatado de las manos a los manifestantes una bandera, en cuyo campo se destacaba una mujer de hinojos, implorando del presidente Wilson que vele por la democracia de América, antes de ir a defenderla a Europa.

¡Qué clarividencia la de las víctimas, y cómo contrasta con la imperturbable obcecación de los que debieran ser sus defensores! Porque a esto nos contestarán en coro millares de voces, que la magna empresa, a que se ha lanzado seguido de su pueblo ese democrático prócer, exige que se desatienda, es decir que se sacrifique, a unos pocos, para pensar sólo en las grandes ideas generales que se van a sacar a salvo mañana o pasado mañana.

Bajemos la cabeza, reconociendo que lo malo es ser pocos, y lo peor, lo pésimo, ser uno. Los socialistas y, si no ellos precisamente, sus ideas triunfan; y el individuo desaparece aplastado, triturado, reducido a polvo impalpable. Por desgracia, el individuo, cada individuo, sufre él solo su aplastamiento, su trituración y pulverización, y de todo ello se da clara cuenta en ese funesto sacrario de su conciencia.

¿Cómo han de seguir siendo fructuosos para la crítica tiempos como los presentes? Esta poderosa actividad del espíritu es de lo más individual que puede concebirse. Criticar significa en puridad juzgar; y el juicio en su esencia es siempre y en todas partes unipersonal; aunque luego se refleje en muchos y haga partícipes de su decisión a multitudes. Por eso la gran edad, el siglo de oro, de la crítica, ha sido la que ha precedido, durante más de ocho décadas, a la estupenda guerra actual. Antes pesaban demasiadas cadenas sobre la mente humana, y lo peor era que no se las tenía por tales. Los cojos habían decretado la necesidad universal de las muletas. Andar derecho resultaba una monstruosidad. Disentir, el crimen de los crímenes. Y en Valladolid como en Ginebra solía purgarse en la hoguera.

Poderosa fuerza, sin embargo, es la que lleva a escudriñar, con el deseo sincero de ver, y de acertar en el juicio que la

vista impone. Por lo mismo que han venido tiempos adversos para la crítica, conviene en alto grado aplaudirla y estimularla, dondequiera que se presente, en cualquier dominio de la actividad humana que se ejercite. Gran disolvente de preocupaciones, en el espíritu en que prende y echa raíces, crea el hábito poderoso de investigar, y al fin le pone alas para aventar ideas rancias y para volar. Peores tiempos de los que pueden preverse vendrían para la humanidad, si se perdiese el camino de ese alto refugio de las mentes inconformes con la realidad deficiente y que anhelan luminosos horizontes.

El joven escritor colombiano don Fernando de la Vega ha reunido en este libro no pocas muestras de su capacidad crítica; pues hasta en los discursos que aquí inserta sale a flor de tierra la vena de esta predisposición de su espíritu. Gusta de ver en lo hondo y de manifestar lo que descubre. Sabe escudriñar, don venturoso que promete a cada paso felices hallazgos. Va por el mundo y por los libros con ojo avizor. Todavía su radio visual no abarca mucho, pero en esta materia el ejercicio indefectiblemente afina el órgano y lo robustece. Pertenece a los selectos de quienes puede asegurarse que *faranno da se*; porque no es poco lo que hace ya. Ostenta la generosidad de los años juveniles, como pendón no maltrecho ni manchado; todavía no se detiene lo bastante a sopesar, y deja a veces pasar alguna granza entre el buen grano. No importa, porque su juicio es sincero, y lo que priva de todo valor a las opiniones es la falsía. Lo más triste de la vida en su madurez consiste en que nos llena de recelos y nos empuja al disimulo. A esto se llama aprender en el libro de la experiencia: mezquino libro y fementida lección.

Escribe el señor de la Vega como quien ha bebido, en materia de estilo, en la fuente más pura de las letras hispanoamericanas, la que ha corrido por la patria de Rafael Pombo, de Rafael Núñez y los Caro. Tal cual vez se nota en la trama de su buena prosa alguna marca de infición extraña; pero esto no pasa de lunares salteados. Y en nuestra época, además, en que se lee tanto y se lee tan de prisa lo escrito por tan diversos autores, no hay quien se escape fácilmente de ese sutil contagio.

Con estilo y con ideas, ya puede el que escribe demandar

el título de escritor. No me aventuro mucho afirmando que el autor de este volumen posee ya el uno y las otras en grado tal, que abren ante sus pasos camino bien espacioso. Que vaya hacia su cumbre resplandeciente, que vaya con bizarría y confianza, cual responde a sus años, no obstante lo adverso de la hora y las voces de temor y desaliento que oírás más de una vez en torno suyo. Como en el viejo cuento ancestral, las piedras del sendero tomarán voz para tratar de ponerle espanto y detenerlo. Tápese los oídos cual otro perseverante Odiseos, y prosiga.

La esperanza del mundo, esa preciosa simiente de mejores destinos, está depositada en manos de nuestros mancebos. Que no contaminen su espíritu ferviente los miasmas deletéreos de nuestra desesperación. Que esperen a pesar de todo y contra todo; y que sepan realizar con generoso esfuerzo lo que les promete para el mañana el noble ardor que los espolea. Que sepan desnudarse de veras del hombre viejo, y que logren realizar, en hora más bonancible, la necesaria palingenesia de la humanidad.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

La Habana, 10 de agosto de 1917.

## LA REPÚBLICA DOMINICANA (\*)



El primer país colonizado por los españoles en el Nuevo Mundo fue la isla de Santo Domingo, situada entre Cuba y Puerto Rico, y dividida en dos naciones, la República de Haití y la República Dominicana, víctimas hoy, ambas, de injustificada intervención extranjera.

“País quizá el más hermoso del globo, pero que en sus arcanos destinó la Providencia a ser el más desgraciado”, dijo Washington Irving. Hace unos ochenta años que esta frase salió de la pluma del patriarca de las letras norteamericanas, pero todavía, y hoy tal vez más que nunca, es verdadera.

Geográficamente, el país no pudiera estar mejor situado: hállese en la orla exterior de la región tropical de las Américas, en la cadena de islas que circundan el Mar Caribe, en la ruta hacia otro océano, hacia el golfo de México, hacia *los paraísos de la América Central*, hacia Venezuela y Colombia. Otro paraíso es él también. Cálido, a veces con exceso, en las costas;

---

(\*) El joven e ilustre autor de esta sintética y brillante conferencia pronunciada acerca de su oprimida patria en la Universidad de Minnesota, Estados Unidos Norteamericanos, donde es profesor de Literatura Española, tiene la atención—que mucho le agradecemos—de enviárnosla desde Madrid. A la capital de España ha ido invitado por el Centro de Estudios Históricos, presidido por D. Ramón Menéndez Pidal, para pronunciar una serie de conferencias. En breve regresará a ocupar su puesto en la Universidad norteamericana citada, en la cual ha dado también un curso sobre la civilización española e hispanoamericana. Además, pronunció en la ciudad de Minneapolis varias otras conferencias: una sobre las Universidades de las Antillas y otra acerca de literatura hispanoamericana en el Club Cosmopolita, una sobre Méjico en el Club de la Mujer, y dos sobre Panamericanismo en el Club Argosy y en el Club Pathfinder.

más templado en porciones del interior, es inagotable en fertilidad, en variedad de plantas florales y frutales, y a la vez inofensivo y manso en su fauna: no hay allí, como dijo el poeta Gastón Deligne, “ni ofidiano ponzoñoso, ni felino feroz: tampoco hay buitres”. Colón describe la isla: “La Española es maravilla: las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganado de todas suertes, para edificios de villas y lugares.”

Colón llegó a Guanahaní el 4 de agosto de 1492. El 5 de diciembre descubrió la isla que llamó, en latín, *Hispaniola*, nombre que luego, erróneamente traducido al castellano, se convirtió en *Española*. Dejó allí una guarnición, que los indígenas atacaron y destruyeron. En su segundo viaje, 1493, fundó la primera ciudad cristiana del Nuevo Mundo, la Isabela, llamada así en honor de la Reina Católica. Más tarde, el hermano del Descubridor, el Adelantado don Bartolomé Colón, fundó, el día 4 de agosto de 1496, la ciudad de Nueva Isabela, llamada más tarde Santo Domingo de Guzmán. Esta ciudad, la más antigua existente hoy en América, fue establecida en la orilla oriental del Ozama; poco después se trasladó a la orilla occidental. Otras ciudades y villas se fundaron luego: en pocos años la Isla fue colonia importante y centro de las expediciones de conquista y colonización de las islas vecinas y de la tierra firme.

Bajo esta aparente prosperidad, sin embargo, existían los gérmenes de la inmediata decadencia. La Isla se hallaba poblada por indígenas del grupo *lucayo*. Es punto menos que imposible fijar con certeza el número de ellos. El P. Las Casas, con su exageración característica, los calcula en cinco millones; otros cálculos los reducen a un millón. Lo prudente parece estimar que la población no sería menor de quinientos mil, pero no debía llegar al millón.

Viviendo en aquella isla fertilísima, donde el calor incita al reposo y la abundancia evita el trabajo, estos indígenas eran pacíficos e inactivos. Su estado de civilización era rudimentario: hallábanse en la edad de la piedra pulida. El contacto con la civilización española les aniquiló: no tuvieron fuerzas para resistir, como los indígenas que habitaban los continentes. Según parece, los habitantes de las regiones del Norte eran po-

co guerreros; los del Sur (especialmente los del cacicazgo de Higuayagua), acostumbrados a resistir a los caribes de las islas menores, peleaban más. Los que pelearon fueron destrozados; los que cayeron bajo el dominio español perecieron en gran número, agobiados por el trabajo y las epidemias. El último núcleo de rebelión, a cuya cabeza se hallaba el cacique Guarocuya, bautizado con el nombre de Enriquillo, pudo resistir con las armas, y logró obtener el derecho a vivir con relativa autonomía. Poco a poco, este núcleo, y los pequeños grupos subsistentes bajo el dominio español, fueron fundiéndose con la población europea. Al principiar el siglo XIX, probablemente no existía ya en la isla ningún indígena de raza pura.

La raza india, aunque sometida de hecho a los conquistadores, tenía derechos; derechos no desemejantes a los del menor de edad. Se consideraba al indígena como necesitado de protección. De ahí las *encomiendas*, instituidas en su favor, pero en realidad más ventajosas para el patrono que para el protegido, obligado a pagar la protección con su trabajo. Socialmente, el indígena podía ser igual al conquistador, y los matrimonios entre las dos razas eran frecuentes.

Pero la disminución de la indígena provocó la aparición de otra raza extraña, la africana, traída al Nuevo Mundo para sustituir a la diezmada población nativa. Esta nueva raza vivió en esclavitud durante trescientos años. En la isla de Santo Domingo, dejó de ser esclava a principios del siglo XIX. En la actual República Dominicana la desigualdad social ha desaparecido también, en gran parte, y el hombre de raza africana obtiene allí, proporcionalmente, mayores ventajas que en cualquier otro país donde su número sea menor que el de la raza blanca.

No hubo, como se ve, graves problemas sociales de raza o casta en esta colonia española; pero sí apuntaron desde temprano problemas económicos y políticos. La primera mitad del siglo XVI está llena de grandes conquistas en los dos continentes del Nuevo Mundo; todos los conquistadores partieron de Santo Domingo, o pasaron por allí, para emprender sus conquistas. Junto a estas nuevas adquisiciones, la importancia de Santo Domingo se redujo a bien poca cosa. El vasto imperio colonial

adquirido por España era un problema nuevo en la historia; y a nadie debe sorprender que la nación conquistadora no dispusiera de elementos suficientes para desarrollar por igual todas sus colonias. Unas tenían que sufrir para que otras crecieran. Mientras México y el Perú se desarrollaban, las Antillas comenzaron a vegetar. En Santo Domingo quedó sólo un núcleo de instituciones de alta dignidad, un régimen gubernativo complicado, en una población reducida y dentro de un sistema económico de aislamiento e improductividad sorprendentes. Durante el siglo XVIII, la colonia no tenía ya razón de ser: no producía nada; España no sacaba de ella ningún beneficio, y la sostenía meramente como lujo: los fondos para pagar a los empleados gubernativos tenían que llevarse de México.

La parte occidental era la menos poblada; y allí, desde el siglo XVII, por iniciativa privada al principio, oficialmente después, Francia fué adquiriendo dominio. En el siglo XVIII, España había reconocido los derechos de Francia: la colonia francesa, enteramente extraña a la española, se había desarrollado hasta adquirir gran esplendor; y finalmente, en 1795, con el Tratado de Basilea, Carlos IV cedió a Francia toda la isla. Sin embargo, la antigua colonia siguió siendo española por el espíritu; no se mezcló con el elemento francés de la porción occidental. Cuando los esclavos de aquella porción se rebelaron contra Francia y organizaron (1804) la nación que lleva el nombre de República de Haití, la porción oriental sufrió incursiones y depredaciones de parte de los rebeldes, pero no se unió a ellos: no había, entre los habitantes de Santo Domingo y los de Haití, ninguna comunidad de intereses y de ideales. Francia perdió, pues, la colonia que había fundado sobre tierras arrancadas día por día a España y conservó la que diez años antes era española, donde nadie hablaba aún el francés. Pero en 1808, cuando Napoleón invadió a España, el sentimiento español de la antigua colonia se exaltó con los ecos del Dos de Mayo, y los habitantes de la antigua colonia arrojaron a los franceses y se reincorporaron a la metrópoli primitiva.

La reincorporación, muestra rara de lealtad, no trajo beneficios ningunos: España atravesaba la más aguda crisis de su historia contemporánea; por una parte, luchaba contra Fran-

cia en Europa; por la otra, contra sus colonias rebeldas en los dos continentes del Nuevo Mundo. En 1821, cuando la libertad de la América española estaba cerca de su consumación, don José Núñez de Cáceres, hombre de grande inteligencia y energía, proclamó la independencia de Santo Domingo. España no se esforzó en reconquistarnos.

Al año siguiente los haitianos invadieron a Santo Domingo: los dominicanos nunca se mezclaron con los invasores, y en 1844 lograron expulsarles. Dos hombres de cultura y de patriotismo, Duarte y Sánchez, dirigieron este movimiento de libertad.

La República Dominicana tuvo entonces diez y siete años de vida independiente; pero, fatigada por la lucha contra sus vecinos, y dudando de sus propias fuerzas, se reincorporó a España, por segunda vez, en 1861. No agradó esta nueva reincorporación al espíritu nacional, que iba adquiriendo conciencia de sí propio, y se entabló entonces una nueva guerra, que terminó en 1865 con la retirada de las tropas españolas.

Libre ahora por tercera vez, y sin temor ya de los haitianos, la República comenzó a desarrollarse con relativa rapidez. Setenta años de incertidumbres, de guerras y de calamidades no eran la mejor escuela de democracia; pero la diminuta nación hacía esfuerzos por aprender, sola, sin ayuda alguna, la difícil lección del gobierno propio. Hubo momentos de grande actividad; hubo períodos de paz fructífera. Hombres eminentes dieron, en ocasiones, ejemplos de gobierno magnánimo.

Al comenzar el siglo XX, cuando la nación parecía salir a flote hacia mares tranquilos, la fatalidad trastornó su fortuna. Nuevas complicaciones, políticas y económicas, se atravesaron en la ruta; y de ahí nació, en 1907, la oficiosa ingerencia de los Estados Unidos. De esta ingerencia oficiosa, complicada más tarde con intrigas y connivencias, había de surgir la presente e inusitada intervención, que parece haber aniquilado, con su injusticia esencial y sus injusticias diarias, el espíritu del pueblo dominicano. Parece, he dicho.

\*

¿Cuáles son los títulos de la República Dominicana como nación. Geográficamente son pocos sus títulos: es sólo una porción

de una isla. Sin embargo, hay otras naciones, en Europa y en América, menores, o poco mayores, en cuanto a territorio. En realidad, Santo Domingo debería ser parte de la Confederación de las Antillas, ideal de Hostos y de Martí, acaso irrealizable, si no ha de cesar la situación de dependencia en que se halla Puerto Rico.

Los títulos de Santo Domingo no son principalmente geográficos: son más bien espirituales. Santo Domingo es un fragmento de la gran familia hispánica, que ha vivido vida precaria, pero propia, durante más de cuatro siglos; y que luchará por persistir mientras habite en la tierra nativa el último descendiente de los colonizadores.

Políticamente, no parece que pueda alegar mucho en su abono. Pero sí hay algo, y no es muy poco, para quien sepa observar. Basta estudiar la actuación de sus libertadores, Núñez de Cáceres, Duarte, Sánchez, Mella, Luperón y la obra de sus mejores gobernantes, para comprender que existe allí el verdadero germen del gobierno propio, germen que sólo necesita desarrollarse libremente, sin ajena intervención ni presión extraña, para convertirse en planta fructífera. País que produjo estadistas distinguidos en la época colonial, como lo fue don Francisco Javier Caro, Diputado a las Cortes liberales y ministro del Supremo Consejo de Indias; país que produjo hombres en quienes la alteza del pensamiento y la energía del patriotismo iban siempre juntas,—tales Núñez de Cáceres, Duarte, Sánchez; país que ha tenido gobernantes como Espaillat y Billini, y realizado esfuerzos meritorios, entre inmensas dificultades, para alcanzar la vida democrática, especialmente desde 1874, no puede decirse que no revele capacidad política.

En las costumbres privadas, Santo Domingo conserva las tradiciones españolas. A los ojos de los hombres educados en la tradición anglosajona, esas costumbres aparecerán como exóticas, y aun extrañas, sobre todo en lo que atañe al amor y a la valentía personal. Pero, en muchos órdenes, esas costumbres son patriarcales y excelentes. Todo viajero advierte, al recorrer la República, la tradicional ausencia de bandidos y la seguridad de los caminos.

Como toda la América latina, el pueblo dominicano es, ofi-

cialmente, católico; pero en las clases superiores predomina la indiferencia, al igual que en otros países españoles. Nunca ha habido en el país luchas religiosas, ni religioso-políticas, como en México. La religión sólo ha motivado disputas relacionadas con la instrucción pública; ya se han resuelto en favor de la educación laica.

Seguramente los mayores títulos que puede ostentar Santo Domingo son sus esfuerzos en pro de la cultura. No encontraremos allí grandes florecimientos de las artes plásticas o de la música; los dos campos en que se han concentrado los esfuerzos de cultura son la educación y las letras.

Las mejores obras de arquitectura que posee la República son las de la época colonial, especialmente las iglesias y las casas señoriales de la ciudad de Santo Domingo. Allí también pueden encontrarse las mejores muestras de escultura (la estatua coloreada de iglesia) y de pintura, especialmente los apóstoles de Mateo Velázquez (siglo XVIII). Quien quiera alcanzar idea justa de los restos artísticos que subsisten en el país, así como del ambiente arcaico y de las costumbres, lea las páginas, admirables de color, de Tulio M. Cestero en su novela *Ciudad romántica* (especialmente en el capítulo IV).

En tiempos modernos, sólo la pintura ha florecido un tanto (Desangles, Grullón, García Obregón, Navarro, Adriana Billini, a los que se suma hoy el dibujante Mendoza), y junto a ella la música ha ensayado sus tanteos, que suelen ascender hasta la ópera (con Pablo Claudio) y la obra eclesiástica de alienato (con José Reyes y otros).

Pero las tradiciones culturales se concentran en dos corrientes: la educación y la literatura. (1) Fue Santo Domingo el primer país de América que tuvo escuelas y conventos, el primero a que se concedió Universidad (1538), así como fue el primero que tuvo sede episcopal y Real Audiencia. El antiguo colegio de los frailes dominicos (fundado en la segunda o tercera década del siglo XVI), se convirtió en Universidad; en el si-

---

(1) Así lo observa Francisco García Calderón en su libro *Les démocraties latines de l'Amérique* (Paris, 1912).

glo XVIII, también alcanzó categoría universitaria el colegio de los jesuitas.

La cultura estuvo a punto de desaparecer con los reveses sufridos por el país durante la primera mitad del siglo XIX. Sus hombres cultos, nutridos en la tradición de una de las tres mejores Universidades de la América española, emigraron entonces, y dieron lustre a la actividad intelectual de países extraños, especialmente de Cuba.

Cuando Santo Domingo volvió a relativa tranquilidad, tuvo que reconstruir, con su solo y penoso esfuerzo, su propia civilización sobre masas de ruinas. El país rehace sus escuelas, adquiere y produce libros y alcanza períodos de seria labor mental. El amor a la cultura había persistido: sólo ha faltado el empeño de hacerla general, el esfuerzo constante para que a todos los rincones del país llegase el alfabeto. A ello se ha aspirado, con todo. Y entre tanto, de 1873 a 1903, el delirio del progreso intelectual se apoderó de unas cuantas almas férvidas, que lo habrían hecho universal si hubieran encontrado apoyo suficiente en los gobiernos. Jefe de aquellas almas fue el portorriqueño Hostos; y junto a él, apóstol sin desmayos, la devoción por la cultura alcanzó intensidad nunca superada en América.

En la literatura, nuestra tradición tiene cuatro siglos. Desde el siglo XVI produjimos escritores y poetas (nuestras son las más antiguas poetisas del Nuevo Mundo), y entre nosotros vivieron españoles ilustres,—el mayor de todos, el maestro Tirso de Molina.

En el siglo XVIII nuestros hombres de letras brillaron aun fuera del país: el historiador Morell de Santa Cruz, obispo de Cuba; don Antonio Sánchez Valverde, prosador de valía; el abogado Meléndez Bazán, rector de la Universidad mexicana; don Jacobo de Villaurrutia, fundador, en México, del primer diario de la América hispana.

De nuestra *emigración*, en el siglo XIX, proceden muchos americanos eminentes, nacidos en Santo Domingo o de padres dominicanos: los Heredia, los Del Monte, los Foxá, Baralt, Esteban Pichardo, y muchos otros menores.

Pero, aun desmedrado por la emigración, Santo Domingo se rehizo lentamente, y de 1850 en adelante colabora en la vasta

y floreciente literatura hispanoamericana. Mencionaré unos cuantos nombres, ya que el tiempo apremia: el novelista Galván, el teólogo y orador Meriño, el historiador Tejera, el político Espaillat, los poetas José Joaquín Pérez, Salomé Ureña de Henríquez, Gastón y Rafael Deligne, Arturo Pellerano Castro. Hoy, entre los vivos, a nadie que estudie la producción intelectual del Nuevo Mundo son extraños los nombres de García Godoy, Lugo, Cestero.

Junto a la literatura, la educación propaga el amor a la ciencia, y, por lo menos en las biológicas (especialmente en la medicina, bajo la influencia de la Universidad de París), tenemos hombres distinguidos.

En suma, la República Dominicana, por lo mismo que ha sufrido mayores miserias y más hondos desastres que ningún otro pueblo de América, es la mejor prueba de la virtualidad esencial de ellos. Allí se da, dice don Marcelino Menéndez y Pelayo, “el memorable ejemplo de un puñado de gentes de sangre española que olvidados o poco menos por la metrópoli desde el siglo XVII, como no haya sido para reivindicaciones tardías e inoportunas; coexistiendo y luchando, primero, con elementos exóticos de lengua, después con elementos refractarios a toda raza y civilización europea: empobrecidos y desolados por terremotos, incendios, devastaciones y matanzas: entregados a la rapacidad de piratas, de filibusteros y de negros: vendidos y traspasados por la diplomacia como un hato de bestias: vejados por un caudillaje insoportable y víctimas de una anarquía perenne, han resistido a todas las pruebas; han seguido hablando en castellano; han llegado a constituir un pueblo; han encontrado, en medio de las durísimas condiciones de su vida, algún resquicio para el ideal, y tarde o temprano han tenido poetas. *Lo pasado es prenda de lo futuro*, aunque hoy se ciernan negras nubes sobre Santo Domingo, y el porvenir de nuestra raza parezca más incierto allí que en ninguna otra parte de la América española.”

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

# EL PASADO

DRAMA EN UN ACTO, EN PROSA, POR ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.

## *Personajes.*

*Julián.*

*La Niña.*

*Mariano.*

*La Madre.*

*Ramona.*

## *Época actual.*

## ACTO ÚNICO

Plazoleta ante la casa de la señora Julia, en plena sierra, cerca de un pueblécito. El sol es dorado y dulce durante gran parte de la acción, pero luego se debilita, se oculta y en el azul gradualmente sombrío de crepúsculo va desvaneciéndose el perfil del pinar. Bajo el cobertizo de palos, cubierto con ramaje seco, Mariano está sentado ante una mesa y se obstina en sacar un solitario; su hermano Julián, a quien los mozos de la comarca llamaban "El Lindo" y ahora llaman "El cojo", aparece en la puerta, arrastrando su pierna de palo. Al verlo Mariano se encorva más sobre los naipes ennegrecidos, para rehuir la conversación. El Cojo comprende, empuja al pasar los costales de paja hacinados cerca de la puerta, sonríe sin alegría y lo interpela al fin.

JULIÁN      Qué, ¿sale o no?

MARIANO    Igual da... Ya lo tenía medio sacao y se metió por el medio esta maldita sota.

JULIÁN      Mujer había de ser... Yo no sé qué gusto le tienes a sacar solitarios; es como pelearse contra uno mismo. A mí me gusta jugar, ganar o perder si se terciá, pero por algo y contra alguien... Toda

- tu vida ha sido como en los solitarios. Aquí naciste y aquí te morirás. ¡Vaya una vida!
- MARIANO Pa lo que te sirvió a ti el desasosiego de ir y venir. Como no sea pa hablar como los señorones... Sacando solitarios no se queda uno cojo.
- JULIÁN Nunca hemos tenido los mismos gustos; es decir...
- MARIANO Ojalá fuera cierto...
- JULIÁN Agua pasada, créeme; aunque tú te empeñes en seguir agriándome la estancia aquí con tus sospechas. He venido no sé por qué: por la madre, por ti mismo, hasta por los árboles y los lugares que me vieron de muchacho... Al salir del hospital con una pierna menos, me sentí tan solo, tan desvalido, como si volviera a ser chico otra vez, y en vez de suicidarme me vine aquí. Tonterías que hace uno... Ya hoy somos todos viejos y yo estoy ridículo con mi cojera... Al fin y al cabo tú, con tu genio cazurro y tu voluntad de todas las horas, te llevaste el gato al agua... Recuerda que si me fuí de aquí fué por no hacerte sombra, para que no parásemos mal, como tú decías.
- MARIANO Yo no hubiera venío.
- JULIÁN Ahora me pesa, no creas... No he hallado aquí la tranquilidad que necesitaba para emprender otra vez la lucha... El contrabando es duro... Se gana... Hay alijos buenos, pero a lo mejor un día cualquiera, por unos kilos miserables de seda o de tabaco, se pierde la vida o una pierna, que es aún peor.
- MARIANO De toos modos yo no hubiera vuelto. Con tu dinero no te habrían faltao lugares. Cuando dos hombres, aunque sean hermanos, tienen lo que nosotros tuvimos y uno dice que se va pa siempre, no debe volver.
- JULIÁN La casa es de la madre. A tu casa no hubiera ido... Además, me marcharé pronto, no tengas miedo.
- MARIANO Miedo no... Como tú dices, el tiempo ha pasao

y la Ramona y yo somos uno mismo y tenemos a nuestra nena... Pero es que aquí, ni tú lo pasas bien ni nosotros tampoco. Nosotros nunca nos quisimos, ni antes de aquello, ¿no es verdad? ¿Hacerme sombra? Siempre: de chicos, por la comía, por la listeza, por tóo; y luego, de mozos y cuando estabas lejos también, y hasta después de muerto creo que me la harás, te soy franco. A veces cuando andabas por esos mundos, yo cavilaba en ti y creía empezar a quererte y... ahora has venío y he visto que no... no pué ser.

JULIÁN El campo da franqueza... Dicen que la franqueza es una gran cosa, ¿eh? Yo no acabo de vencerme.

MARIANO La franqueza es cosa del campo. Aquí hay que vivir con la verdá.

JULIÁN Hay verdades que son peores que las mentiras.

MARIANO Eso son infundios inventaos en esas ciudades de donde vienes.

JULIÁN Pues a pesar de ser hombre de ciudad te diré que también yo quisiera quererte más, que a veces me sube del corazón como una cosa que casi me ahoga y que son ganas de abrazarte, de pedirte que seamos lo que debemos ser el uno para el otro... (*Después de espiar un instante el rostro de Mariano, que sigue ceñudo.*) Y tú, con tu carácter, con...

MARIANO Lo que no pué ser no pué ser. Y ya que estoy en vena de decir las cosas por su nombre, aunque te pique quiero decirte que lo de la enfermedá ha sío invención tuya pa quedarte unos días más aquí.

JULIÁN Parece mentira que seas mi hermano.

MARIANO Creo que no hay dos más diferentes.

JULIÁN Y yo también... y sin embargo, debemos parecer-nos mucho; es que no podemos vernos bien con los ojos de los demás... pero tenemos que parecer-nos a la fuerza, cuando todos lo dicen.

MARIANO (*De súbito, levantándose.*) Mira... No lo tomes a mala parte, pero es mejor... El tiempo que

estés delante de la madre, pa no hacerle pena y delante de ella y de la niña, háblame si quieres; pero cuando estemos solos, como ahora, no: tó cuanto podamos decirnos es mal, y hasta a las palabras más tontas les nacen espinas cuando vienen de ti pa mí o si yo te las digo.

JULIÁN

Bien está.

MARIANO

¡Y es que si pudiera hablar claro, claro una vez! ¡Si tú me juraras una cosa y yo creyera en tu juramento!...

JULIÁN

Jurar... ¿Para qué? Aunque sólo fuera para pagarte con la duda el mal que me haces cerrándome el cariño de la familia, cuando tanta falta me hace, no juraba...

MARIANO

¿Lo ves? ¿Lo ves?

*La niña aparece en la puerta; trae una cestita en el brazo y la risa, feliz de inconsciencia, en la boca. Los dos hombres quedan en suspenso al verla, como desarmados.*

LUISITA

¡Papá! ¡Tío Julián!

MARIANO

Ven acá.

JULIÁN

Toma un caramelo, ven.

MARIANO

Aquí, Luisita.

LUISITA

¿Me acabarás de contar el cuento cuando vuelva, tío?

JULIÁN

Sí, toma.

*La niña va hacia Julián y la detiene la voz áspera de Mariano.*

MARIANO

¡Te he dicho que aquí!

JULIÁN

¡Qué ganas de asustar a la niña!

LUISITA

¿Queréis que me ponga ahí en medio con los ojos cerrados y cuando me llaméis voy a donde quiera?

JULIÁN

No, primero a papá... Siempre primero a él.

LUISITA

Claro, porque lo quiero más que el cielo... Y además, que aunque cerrara los ojos ya sé donde estáis... Pero si no me podría confundir... Bueno, yo no, porque... ¡Tenéis tan igualitas las voces!...

- JULIÁN           ¿Oyes?
- LUISITA           (A Mariano.) Toma el beso.
- MARIANO          No, déjame... Luego me lo darás. ¿No ibas al pueblo con la abuela?
- LUISITA           Sí, ahora viene... Traeremos caracolitos y piñas, y si encontramos nidos, también. Volvemos en seguida.
- MARIANO          Mátalos tós, que no nazcan; pa que los cojan después... es mejor...
- JULIÁN           No le digas esas cosas al angelito... Anda, el caso es que corras, que te repongas pronto...
- MARIANO          La niña no está enferma.
- JULIÁN           Está pálida, delgaducha...
- MARIANO          Nació antes de tiempo; eso es...
- LUISITA           No quiero que os miréis así... Ya sé la canción de los pajaritos, tío... Las palabras sólo... El tono lo aprenderé en seguida también... Lo cantaré por el camino a la vuelta y así no tendré miedo... El no hablar es lo que da miedo, ¿verdad? Por las noches, cuando me dejan solita en el cuarto...
- JULIÁN           A ver, di las palabras.
- MARIANO          Déjala ir.
- LUISITA           Tú me corrijes si me equivoco; verás:

Pajarito, pajarito,  
 pajarito volador  
 no te pares en la rama  
 que te acecha el cazador.  
 Vuela aprisa, vuelta alto  
 sobre el monte y sobre el mar  
 que la bala matadora  
 quizás fundiéndose está.  
 Y el pájaro le contesta:  
 No me importa el cazador  
 si voy alto y voy de prisa  
 pierdo flores, pierdo amor.

- JULIÁN           Eso es... Y ahora el estribillo:

¡Ay!, si amas, el amor tiene perdida  
 por todos los caminos la partida.

*Hechizados por la gracia infantil, los dos hermanos, inclinados hacia la niña, parecen unidos por una onda cordial. La madre, viejecita caduca, los sorprende así, y al verlos sonrío a una postrera esperanza, desde la puerta.*

- LA MADRE ¡Qué piquito de oro!
- JULIÁN Debían enseñarla a leer, y cuentas y de todo.
- LA MADRE Rezar ya sabe.
- MARIANO A la mujer con que sepa no ser mala le basta.
- JULIÁN Hoy las cosas van por otro camino y el saber no estorba... La niña es muy inteligente, todo se le queda en seguida.
- LA MADRE En eso sale a ti.
- MARIANO Pero tiene mis mismos ojos, todos lo dicen.
- JULIÁN Sí, eso sí... Y la boca es la de su madre.
- MARIANO Y también tié mi corte de frente... y las cejas son las tuyas, madre...
- JULIÁN Ojalá saque lo mejor de cada uno.  
*Mariano va hasta el límite de la plazoleta y mira hacia el horizonte hoscamente, con el brazo un poco convulso echado sobre el cuellecito de la niña, como si alguien se la quisiera arrebatar. La madre y el hijo menor hablan en primer término, en tono concentrado y furtivo.*
- LA MADRE Yo no hubiera querido dejaros solos... Esta enemiga vuestra es mi mayor pena en el mundo.
- JULIÁN Váyase usted tranquila, mamá.
- LA MADRE Creo que si al verte inválido hubiera visto a tu hermano abrirte los brazos, hubiera creído, y Dios me perdone, que era un bien del Cielo.
- JULIÁN Ya ve usted... Diez años de estar lejos no nos han cambiado a ninguno... porque yo también debo tener alguna culpa... Y al volver encuentro los mismos dolores, las mismas cosas, como si el tiempo y los sacrificios hubieran sido en vano.
- LA MADRE *(Con súbita congoja.)* Vete pronto, hijo... y perdona a tu hermano que también debe sufrir hondo... Yo nunca le hablo de ti, ya lo sabes; pero

a veces me parece como si tuviera alguna mala idea escondía. Sabe Dios si alguien te habrá levantado una calumnia, hijo. Tú sabes lo que son los celos, y después de aquello que pasó...

JULIÁN Me iré, me iré para no volver nunca. Usted misma, para quererme sin sobresaltos, necesita tenerme lejos, querer en recuerdo, que es casi no querer.

LA MADRE No hables así, hijo...

JULIÁN Tiene razón; dispéñeme. Usted es quien lleva la peor parte, que sufre por todos.

LA MADRE Yo hubiera preferío no ir hoy al pueblo... Me da miedo dejaros solos... Dígate lo que te diga, no le contestes... (*Al ver acercarse al otro hijo.*) Hablábamos de la cosecha, de los diezmos... (*A la niña.*) ¿Nos vamos, paloma?

MARIANO Sí, aprovechen el poco sol que queda y vuelvan pronto.

LA MADRE Si no alcanzamos el coche, nos volveremos desde el robledal y mañana se mandará al pueblo... Casi sería mejor...

MARIANO No, madre, vayan.

*Se oye de súbito la voz de Ramona que pregunta primero desde dentro y luego aparece en la puerta.*

RAMONA ¿Se fueron ya?

MARIANO No, ¿qué pasa?

RAMONA Las tijeritas de la nena, para cortar las flores.

LA MADRE ¿Verdád que sería mejor ir sólo a que la nena haga el ramo y dejar para mañana lo otro?

MARIANO Le digo que tienen tiempo, madre... Probar ná cuesta.

LA MADRE Si no encontramos el coche de Guardamar nos volvemos... No quiero que se nos haga demasiado de noche.

MARIANO Si os empeñáis en hablar en vez de ir a camino...

RAMONA De noche han de volver de todos modos; ya queda poca luz.

JULIÁN ¿No tendrás miedo?

LUISITA ¡Mira éste!... Viniendo con la abuelita, no... Y

como será oscuro, cantaré la canción y así el tono acabará de pegarseme... ¿Nos haréis señas con la luz igual que el otro día?

JULIÁN

Sí.

MARIANO

Ea, divertirse.

JULIÁN

Hasta luego... Un beso, mamá.

MARIANO

Ve... Aluego me besarás, mujer... ¡Ni que te fueras al fin del mundo!

*La vieja interrumpe el ademán de ir a despedirse, y cogida a la nietecita bajan por el sendero. Los dos hombres y Ramona, desde el umbral, las ven marchar, y, a medida que la sonrisa va borrándose de sus labios, se comprende que la anciana y la niña se alejan... Ramona no es joven, no es bella, y si lo fué sólo quedan de su belleza unos ojos profundos por entre los cuales pasa y hiende la frente una arruga vertical, de tesón... Como el silencio pesa, Ramona hace ademán de entrar en la casa, pero su marido la detiene con bruscas frases.*

MARIANO

¿Por qué te vas? Quédate aquí.

RAMONA

Es que tengo que hacer adentro. El día se va pronto.

MARIANO

Pues hoy no se trabaja más... No quiero que digan que te tengo esclavizá o presa, eso es. Bienes tenemós pa no afanarnos tanto.

RAMONA

Los bienes no tienen que ver con la holganza. Una trabaja porque sí y trabaja siempre. El cansancio hace bien.

MARIANO

Pero hay que descansar, y airearse, y hasta correr mundo, como mi hermano. Metío en el cuarto ná o casi ná pué pasarle a uno, eso es. Mucha gente que cojearía anda derecha, y uno duda si es por eso; y ese dudar es peor que si viera uno dar el mal paso. Tienes bienes y libertá, ya lo sabes, te lo digo yo.

RAMONA

No sé a qué vienen esos requilorios.

JULIÁN

No lesagas caso y vete a tu faena... El vaho del cañamo siempre hizo mal a los labradores.

- MARIANO Vienen los requilorios a que vayas a encender el candil, lo traigas y te sientes aquí a tomar el fresco. Que no te lo diga dos veces.
- RAMONA Hijo, ¡cómo te pones!... Ya se ve que no le falta a una la libertad.  
*La mujer penetra en la casa y los dos hermanos quedan solos, sin atreverse a mirarse, perdida la vista en el paisaje casi oscuro en el fondo y aun dorado por el último sol en las cimas de árboles y montañas... Así transcurre un angustioso momento. De improviso Mariano se levanta y dice:*
- MARIANO Me voy...
- JULIÁN ¿Adónde?... Has dicho a la madre que te quedarías... No te vayas, hermano.
- MARIANO Mejor es que me vaya... Todavía las puedo alcanzar. Nunca me gustó que se metieran en mis cosas; lo sabes demasiao.
- JULIÁN Tienes razón; ve.
- MARIANO No me mires así; me voy porque necesito irme, porque lo determiné hace rato cuando le dije a ésa lo de la cojera; porque si tú y ella os quisísteis y yo te la quité, como dijeron en el pueblo entonces, por el aquel del caudal, y hoy casi ni os miráis ni os atrevéis a hablaros a causa de que yo estoy cerca y vigilo, prefiero casi que pase lo que pase a este temor, a esta zozobra de toos los minutos, que me come hasta en sueños... Yo me pensé más de una vez no quererla, que era sólo una costumbre, cosa del tiempo y del vivir juntos; y ahora, desde que has venío, es yo no sé si querer entrao de repente o una rabia sorda... mas quisiera tenerla a toas horas junto a mí, y verle hasta dentro del pensamiento, cortarle el mirar, oír yo solo su voz...
- JULIÁN Mañana volverás a vivir tranquilo... Me traerán del pueblo un telegrama falso para engañar a madre y me iré; anda, siéntate.
- MARIANO No... Lo que es ahora necesito irme. Sin esta prueba, todavía estando lejos me parecería que al-

go tuyo quedaba aquí, algo como el arrepentimiento de no haber aprovechado la ocasión... Mientras que así, me parece que si algo pasara entre vosotros lo conocería en los ojos, en la manera de hablar o de callar que tuvierais...

JULIÁN Hoy me das lástima... lástima en buena forma, no pongas ese ceño... ¿Quieres que te jure lo que pediste antes?

MARIANO No, no; me voy, me voy.

*Julián ve al hermano vencer en un recio además el deseo recóndito de quedarse, de evitar "lo posible", y bajar a pasos largos una de las sendas, hasta perderse en el bosquecillo ya lleno de noche. Su emoción al encontrarse solo es tanta, que tiene que sujetarse a la mesa y poner muy rígida su única pierna para no caer; mira al fondo de los barrancos, mira los árboles por entre cuyo ramaje se vislumbra el cielo vagamente salpicado de plata, mira el fondo de su alma oscura, confusa y ardorosa... De abajo llegan brisas cargadas de olor a tomillo, a resina... ¡Los olores de su mocedad!... Y de nuevo vuelven a parecerle familiares los árboles, el suelo, el banco donde se ha tenido que sentar; y los ojos se le nublan de lágrimas.*

RAMONA *En la puerta sobreviene Ramona trayendo la luz.* Pero... ¿Estás solo? Así al pronto dudé un momento si eras tú.

JULIÁN Soy yo... Mariano se fué... Le entró un pronto y preferí dejarlo marchar... No sé lo que tiene conmigo.

RAMONA Yo sí.

JULIÁN Hazme el favor de no decírmelo.

RAMONA Haré lo que mandes... ¡Si al menos lo hubiera hecho siempre!

JULIÁN Ahora es a él a quien debes obedecer... Su genio no es fácil, ¡figúrate si lo sabré yo!

RAMONA *(Sordamente.)* Tú no lo conoces.

JULIÁN Lo que hace conmigo es una iniquidad; me obliga

a dejar este reposo, a dejar la madre y a irme desesperado no sé a dónde... ¡Después de haber hecho por él tantos sacrificios!

RAMONA Y no es desde que volviste; es desde antes.

JULIÁN Tú debieras haberle quitado eso de la cabeza... Los hombres hacemos y hasta pensamos siempre aquello que las mujeres quieren.

RAMONA Lo dices de un modo...

JULIÁN No, lo digo sin intención, porque es la verdad.

*Hay un silencio en el cual ambos buscan en vano palabras sencillas que al salir de la boca no se llenen de reproches, de dolor, de recuerdos. Ella habla al fin:*

RAMONA Lo que tiene es celos, tú lo sabes...

JULIÁN Es mejor que no hablemos, Ramona; vete allá dentro a tu quehacer.

RAMONA Si vieras las veces que yo me he dicho: ¿le podré decir algún día por qué hice lo que hice? Sentada aquí mismo, ¡cuántas noches pensaba en los años pasados, en cuando tuvimos amores en que por despecho y por malditos celos de la Rosalía, que gloria haya, te dejé y tuve por novio al hijo del tío Dionisio, y luego, como aquél no pareció dolerte, le hice cara a tu hermano. ¡Fué mi culpa!

JULIÁN Bien; ya eso pasó... Ahora hay que pensar sólo en madre, en la niña y también en...

RAMONA Hay que pensar también un poco en una.

JULIÁN ¡No quiero oírte así!

RAMONA Porque tú has estado por ahí, sabe Dios por dónde y con cuántas, mientras que yo he estado acá, en los mismos lugares, pasando por las mismas verdades que crucé contigo... Cuando te fuiste, yo iba a dejarlo a él, a decirle que no lo quería, que aquello había sido sólo por darte mortificación, y pedirle que me perdonara... Pero... ¿tú sabes por qué no lo dejé? Puede que de día, a la luz del sol, no me atreviera a confesártelo... Seguí con él porque una voz de dentro me gritaba que tú no ibas a volver

más, y porque... él se parecía a ti. Y me casé con él sólo por eso, y he sufrido su genio y su avaricia... y hasta sus golpes—porque me maltrata, quiero que lo sepas—, sólo por eso... ¡Si no te hubieras ido! El cura de la Olmeda me dijo un día que estaba embrujada, que tú debías tener algo de diablo, ya que así te habías metido en mi cuerpo y en mi voluntad; y desde entonces ni siquiera pude tener el consuelo de confesarme... De pensar en ti, se parece a ti la hija de mis entrañas... Y ya que te vas, y como nunca más hemos de hablarnos, te lo digo así, a borbotones, sin vergüenza, porque esa vergüenza han sido diez años de mi vida toda y no los puedo borrar ni renegar de ellos. Te lo digo para que sepas lo que es un cariño de mujer.

- JULIÁN Todos hemos tenido nuestro castigo.
- RAMONA ¡Nuestro castigo! Yo lo merecía sola... Cuando se es joven se juega a engañar, y luego pesa...
- JULIÁN ¿Te acuerdas una vez que estuvimos sentados aquí, hace ya once años?
- RAMONA Oh, sí... Me acuerdo siempre.
- JULIÁN Las cosas cambian menos que nosotros... Yo era entonces joven, sano, con mis dos piernas y toda la vida por vivir.
- RAMONA Así sentado no se te nota nada... ¡Qué impresión tuve al verte! ¿No notaste que apenas si te pude hablar? Y él me miraba, me miraba...
- JULIÁN Hay balas que se equivocan de camino... También yo tenía vergüenza de presentarme así... Y no por ti sola: por todos.
- RAMONA No me hables más de eso... a mí me pareces el mismo de antes.
- JULIÁN Lo que menos nos ha cambiado es la voz... Hace ya muchos años, tú ni te acordarás, yendo una tarde hacia los molinos, yo te pedía algo con insistencia y tú me dijiste: "No hables más de eso"... Pues ahora tu voz me ha parecido la misma...

RAMONA Y a mí me parece esta de hoy la misma tarde que estuvimos aquí hablando juntos. ¡Ya han llovido penas y canas desde entonces! Y sin embargo, al recordar, me parece que no soy tan vieja... El cura tenía mucha razón, Julián: tú me embrujaste; por ti iré al infierno; por ti he cometido todos los pecados, y lo que es peor, porque de eso se arrepiente todo mi cariño de mujer, los he cometido sin ti... ¿Me oyes?

JULIÁN Sí, te oigo; te oigo.

RAMONA Muchas noches, estando él sentado en ese mismo banco, cuando ya era bien sombrío y no podía verlo claro, me acercaba a él y le pasaba la mano por el pelo, y él me decía: "¡Qué cariñosa te has has vuelto hoy!" Y yo entonces me separaba bruscamente, porque en cuanto hablaba ya volvía a ser él... y no era a él a quien yo había ido a acariciar. Por lo que tenía de ti, olvidé mi orgullo de chica que se creía una reina por haber estado interna en el colegio de la ciudad, y me resigné a casarme con un zafio... ¡Ninguna mujer habrá peor que yo, no lo niego, mas tampoco habrá ninguna que haya sido más fiel a un recuerdo que yo al tuyo!

JULIÁN ¡Pobre Ramona!

RAMONA Me tienes lástima... Sólo lástima.

JULIÁN Los dos debemos tener, antes de separarnos, un poco de lástima de nosotros mismos... ¿De qué nos sirve este recuerdo? Hay entre tú y yo un hombre y muchos años... También yo he pasado lo mío: penas hondas... Cuando se lleva en el alma una idea, la variedad del mundo no distrae; mil veces busqué en diversiones y en peligros el poder olvidar, y tampoco pude. El pasado me abría los brazos a cada instante, y cuando me quedaba solo, sobre todo en los crepúsculos, el alma entera se me venía para acá, hacia ti... Y es que cada hora hay que vivirla completa, porque si se

corta sin causa, como hicimos nosotros, luego vuelven a resucitar aquellos momentos que faltaron, y exigen, obligan... ¿De qué me ha servido el estudiar, el apartarme de la ignorancia de los míos?: para ser desgraciado y tenerme que refugiar en un oficio a espaldas de la Ley... A espaldas de la Ley en el cariño y en el dinero... En todo... Él bruto, yo listo, según la gente y hasta según yo, somos igualmente infelices... Tú dices que eres mala... Peor soy yo, que si he venido fué más por verte que por ver a la pobre vieja. Para engañarme me decía a mí mismo: "Todo pasó; de aquello sólo quedará una sombra, quizás ni una sombra"... Y cuando me he visto de nuevo aquí, entre los muros que tienen aún las mismas grietas de hace quince años; cuando he visto los árboles, los senderos; cuando he olido la salvia y la mejorana de mi terruño y he escuchado tu voz, tu voz que no varía, me ha parecido que mi vida, desde que me fuí hasta que he vuelto, se borraba, que era como un paréntesis... y este mirar temeroso de hoy, este temblar al oír nuestras propias voces, se ha juntado con el ayer... Me parece que no me he ido nunca Ramona, que tengo los mismos derechos y los mismos bríos de aquellos años; que entre tú y yo no hay obstáculo alguno...

RAMONA

¡Ay Julián... mi Julián!

JULIÁN

¿Qué haces? No, no te acerques... El menor movimiento hará crujir mi pata de palo y nos romperá la ilusión. Quédate quieta y háblame nada más, nada más...

RAMONA

¿Te acuerdas de una carta que escribiste contando de una mujer que te cuidaba?

JULIÁN

Sí, desde Navia, la primera vez que me hirieron.

RAMONA

Pues yo la rompí, ¡me dolió tanto!... Días y días lloré... y luego, una noche me vino al alma un consuelo así como divino, si es que algo divino podía venir para mi pecado... Una noche, medio dor-

mida, pensé que aquello de la mujer era embuste; que tú lo habías escrito a propósito... ¿Me equivoqué?

JULIÁN Era verdad.

RAMONA ¿Por qué me lo dices? No quiero que te parezcas a él en lo de ser duro conmigo.

JULIÁN Era verdad, pero no como lo escribí... Aquellos detalles estaban inventados sólo para ti, casi por vengarme... Tú no sabrás que al recibir yo la noticia de vuestra boda caí enfermo...

RAMONA ¡Pobre!

JULIÁN Ahora eres tú a tenerme lástima... Ténmela, que yo no me incomodo...

RAMONA Pensar que sin aquella locura maldita ahora estaríamos aquí, ¡y de qué otra manera! y mi hijita sería tuya... de los dos... Mira, Julián, para que comprendas mi castigo: cuando no se parece a ti le tengo odio, odio de muerte, odio que me hace temblar las manos... Y antes, siquiera, la imaginación me engañaba y hacía que se me pareciera a ti de vez en cuando; ¡pero ahora, ahora que he vuelto a verte!...

*Hay otro silencio; ya es la noche. Cuando el aire hace oscilar la llama del candil y alumbra el muro, las dos siluetas humanas se perfilan inclinadas ansiosamente una hacia otra.*

JULIÁN Mañana me iré; es lo mejor...

RAMONA ¡Qué días más negros me esperan! Sobre todo allá abajo, en el pueblo, en aquella casa que odio porque no hay nada que te recuerde.

JULIÁN Yo también volveré a vivir días muy duros... ¡Qué hacer! Y ahora, de aquí a que yo me vaya, nos quedan que vivir también unas horas difíciles. ¿Sabremos disimular lo que hemos hablado? Él ha de buscar en nuestros ojos el eco de nuestras palabras, y aunque sólo sea por la madre y por la nenita, es preciso que no las descubra.

RAMONA ¡Ah, si no fuera por ellas dos! ¿Habría disimulado,

soportado, estrangulado tantas veces la verdad deseosa de salirme de la boca? Mucho sé disimular, Julián; pero soy tan feliz, que no sé si la dicha será tan fácil de ocultar como la tristeza... El saber que tú por allá te acordabas de mí, me paga los llantos, los rencores...

JULIÁN No hables así... Al hablar de odios y rencores ya no me parece tu voz... Yo quisiera, Ramona, que esta noche en que estamos viviendo aquel resto de juventud que malogramos, tú por no sé qué, yo por ansia de ver mundo, no se acabara nunca, o, por lo menos, guardar de ella un recuerdo menos duro que todo lo que nos rodea... Quisiera que me hablases con tu voz de entonces, como la otra vez que estuvimos sentados aquí mismo.

RAMONA ¿Dónde encontrar la voz de entonces? Entonces todo era claro en mi vida.

JULIÁN Búscala bien dentro de ti... ¿Te acuerdas de la última romería a que fuimos juntos?

RAMONA La de Santa Elena... ¡Qué manojito de lirios me llevaste!

JULIÁN Por la noche aún tenías oloroso el delantal y traías una campanilla azul prendida en el corpiño.

RAMONA Del cielo cayó una estrella y tú me dijiste: Pide una cosa, aprisa...

JULIÁN Y a ti te entró tal aturullamiento que no te dió tiempo de pedir.

RAMONA Porque te estaba mirando a ti, es decir, a tus ojos que brillaban en la oscuridad lo mismo que ahora.

JULIÁN Y estuvimos callados mucho rato, ¡quién sabe cuánto!

RAMONA Y tú me cogiste una mano, y te la llevaste a la boca; y luego me la apretaste, más... así... hasta hacerme daño... el mejor daño de mi vida.

*Se oye ruido y las manos se desenlazan con terror, sin casi darse cuenta de que se habían juntado. Durante un instante la mujer queda con el busto erguido, en acecho, y luego vuelve a tender la diestra*

*a Julián, que ya no la toma... Las breñas cercanas se agitan otra vez: es Mariano que viene. Llega a paso cansino y se deja caer en un banco.*

- MARIANO He tornao pronto, ¿eh?
- RAMONA Creímos que habías ido con ésas.
- MARIANO No pude alcanzarlas, y me estuve dando vueltas por el robledal. Ya deben estar pa volver. ¿Entrásteis en la casa?
- JULIÁN No, estuvimos aquí, charlando.
- MARIANO Recordando.
- RAMONA Charlando de todo, de ayer y de hoy.
- JULIÁN Y de mañana que he de irme; de todo se habló.
- MARIANO Cuando subía oí las voces, pero no sé si es que el viento iba de otro lao o que hablabais quedo...
- RAMONA Lo mismo que ahora; ¡siempre has de andar con figuraciones!
- MARIANO Está bien... ¿Quieres hacerme un favor, tú?
- JULIÁN El que tú digas.
- MARIANO Poner el candil de este lao, que ahí el pilar se come la luz y no podemos vernos las caras.
- RAMONA Para eso estará mejor sobre la mesa; yo lo pongo.
- JULIÁN No, voy yo, mujer.  
*Julián se levanta y va a descolgar el candil; cuando su cara está en la zona de luz, Mariano lo observa ávidamente y en seguida desiste de su propósito.*
- MARIANO Ahora que pienso, mejor será dejarlo ahí pa que madre y la nena lo vean.
- JULIÁN Como quieras. ¿Lo dejo?
- MARIANO Sí... Gracias de tóos móos.
- RAMONA El caso era molestar... ¿No ves que a tu hermano le cuesta trabajo levantarse?
- MARIANO Tienes razón... *(A Julián.)* Dispensa... Es que venía cansao y por eso no me levanté... Asíéntate aquí, hombre.  
*Mariano se aparta y deja a Julián un sitio en su mismo banco, al lado del taburete que ocupa Ramona. A todos les cuesta reanudar la conversación un*

*esfuerzo que se siente en el silencio y en la penumbra.*

- JULIÁN Ya empieza el airecillo a soplar.
- RAMONA Si tienes frío voy por algo dentro.
- JULIÁN No, gracias; es un fresquito que no molesta.
- MARIANO Más frío habrás pasao por esos mundos o cuando esperabas las barcas cargás de cosas prohibías, con la escopeta al hombro y metío hasta las corvas en la mar... Ganar se debe ganar, ya se ve; pero la vida no debe ser ná buena.
- JULIÁN Oficio de desesperados... Y peores los hay, que siempre en este mundo, por mal que se esté, mirando para abajo hay consuelo. Los que viven de una renta o de una cosecha, como tú, no pueden saber lo triste de una de esas profesiones en que para ganarse la vida hay que estarle viendo todos los días la cara a la Muerte.
- MARIANO Si te hubieras casao y hecho casa... Partíos no debieron faltarte, qué demonios... De mozo te llamaban el linde.
- JULIÁN Eso hubiera sido vender mi vida, y prefería venderla de otra manera.
- RAMONA Lo que es casarse por cochino dinero...
- MARIANO Claro, hay que casarse por enamoriscamiento, como en las historias...
- JULIÁN Cada cual hace lo que le parece, y es lo mejor.
- RAMONA O lo peor.
- MARIANO Ea, que la plática aquí solos os ha templao mal, y no hay cosa que no toméis a mala parte... Si os hubiérais marchao a dar una vuelta en lugar de estaros acá, no estaríais tan... como estáis. Está ese campo que da gloria. Ahora, yendo en la linde del seto, vi pasar a los leñadores de la Pinada, con sus hachas... ¡Les tengo una mala ley! Tú, que te descastaste de aquí, no pués saber el cariño que a los árboles se les coge. Hay castaños, robles, cerezos, que se les quiere más que a personas, más que a familia... Uno tengo yo en la raya misma de la

hacienda de los Benito, que ya les he mandao decir a éstos—verdugos de monte los llamo yo—que si lo tocan, mande quien lo mande, van a saber cómo suena mi escopeta cargá con postas de las gordas. Desde aquí se le ve alto y bien plantao más que ninguno y pa abril se pone tóo bermejo de flores, y parece una mancha de sangre en el campo. Hace una sombra toa suave y perfumá, que da gusto... Yo no sé cómo tú tienes alma de dejar estos sitios de tu mocedá, de tus buenos tiempos... *Solapadamente, mientras habla, Mariano ha cruzado una mano detrás de Julián para ir a buscar la diestra de Ramona. La mano femenil, instintiva, duda un segundo y al cabo se abandona y corresponde a la caricia; la presión, primero suavísima, se hace enérgica, violenta, furiosa... tanto que la mujer no puede resistirla y de su boca surge un quejido.*

RAMONA

¡Ay!

MARIANO

¿Quién creías que te acariciaba?

JULIÁN

¿Qué es eso?

MARIANO

Creíste que era él; no lo niegues... ¡dilo!

RAMONA

¡Suéltame!

MARIANO

Me lo has de decir... Pensásteis que por hablar bajito no iba a oiros: ¡os oía con el corazón! ¿De qué os sirvió la malicia de quedaros apegaos a la sombra pa que no os viera las caras?...

RAMONA

¡Suelta, cobarde!

JULIÁN

¿No ves que le haces daño?

MARIANO

¿Y el que ella me ha hecho a mí en tanto tiempo? *(A Ramona.)* Tosco soy, mas he sentío tu odio que tan poco disimulaba... Lo he visto muchas veces en tus ojos, como vería ahora la verdá.

RAMONA

Pues míralos hasta el fondo; coge la luz...

*Con la mano libre, ella misma descuelga el candil y se lo pone a la altura del rostro. Luego lo deja encima de la mesa.*

¿Qué ves, qué ves?

- MARIANO Hoy no veo ná, ni me importa... Creíste que mi mano era la suya, igual que otras noches en que te ponías de pronto melosica... ¡Mira, mira cómo acaricio yo!
- RAMONA ¡Me has hecho sangre, bruto!
- JULIÁN ¡Déjala!... Que pueden venir.
- RAMONA Y llamas verdugos de árboles a los leñadores... ¡Verdugo de cristianos eres tú!... ¡Ay!
- JULIÁN Ea, suéltala; basta ya.
- MARIANO ¿Eres tú quien lo mandas? Tú el listo, el santo, el lindo... el maldito según mi sentir... Pué que te figuraras que la mujer de tu hermano era también contrabando y que a mí me ibas a engañar igual que a los civiles... ¡Aquí tienes cómo la suelto!
- RAMONA ¡Defiéndeme, Julián!  
*Mariano tortura con sus dos manazas la mano prisionera, y la mujer se tuerce de dolor. Ciego ya, va a atenzarle el cuello en un ademán fatal de extravío, pero Julián lo detiene con un gesto tan enérgico, tan desesperado, que las acciones se paralizan un instante.*
- JULIÁN Hermano, yo no te mando nada... Me arrodillo si quieres delante de ti... Sólo te digo que eso que ahora haces no está bien... Por la madre, por el ángel que va con ella, por la misma sangre que llevamos los dos, cálmate y escucha. Nadie quiere engañarte... ¿A qué seguir así? Mía es la falta por haber vuelto, y me iré mañana para no volver nunca... nunca más, te lo juro.
- MARIANO ¿Y lo que quea hecho entre vosotros?
- RAMONA ¡Por qué te pusiste en medio tú?
- JULIÁN ¡Cállate!
- MARIANO ¿Y lo que me tié martirizao sin tú estar aquí? ¡Si casi lo de menos es que hayas venío!
- RAMONA Es verdad.
- MARIANO ¿Lo ves?
- JULIÁN Cada cual ha tenido su parte de pena... Déjala

ya... Lo que hubo entre nosotros tú lo sabes... Fuimos novios, yo me marché por el hervor de los años y tú te casaste con ella.

RAMONA Por mi hacienda sólo.

JULIÁN Por lo que fuera... ¡Cállate!, también te ruego a ti... Te casaste para sufrir después; y en eso, si hubo culpa de alguno, fué tuya, porque el pueblo entero sabe lo que nosotros nos quisimos...

MARIANO ¡Y os queréis aún!... ¿Ves como ahora calláis?

RAMONA Me haces un daño horrible.

MARIANO Dime que os queréis aún, quiero oirlo.

RAMONA ¡Ay! Déjame o mátame.

MARIANO He de apretar hasta rompértela, y así no podrá acariciar más... Ten el valor de confesarme que lo quieres.

JULIÁN ¡Suéltala!

RAMONA No, que no suelte... ¿qué me importa ya que me haga daño?... Hazme más, más; córtame hasta el aliento si no quieres oirme... Nos queremos, sí... Y antes sólo hablamos de nuestro querer, y te dejé la mano porque creí que era la suya; y si en espíritu fuera posible, suya sería mi hija, porque en él pensé cuando la tuve y siempre, ¡siempre!

*Por la cara de Mariano pasa una nube roja... Suelta a la mujer que sigue gritando, y de un salto, ágil y terrible, se lanza contra Julián que cae al suelo del empuje. En la sombra se oye el jadear, las blasfemias entrecortadas y, de tiempo en tiempo, el choque de la pata de palo. Con toda el alma puesta en los ojos, Ramona sigue las peripecias de la lucha y ve que Julián está debajo, casi vencido; entonces se lanza también a la pelea.*

JULIÁN ¡No, déjanos, déjanos! Apártate tú.

MARIANO ¡Suéltame, maldita!

RAMONA No podré acariciar más, pero sí ahogarte por ladrón de mi vida, de mi juventud, de...

MARIANO ¡Julián, quítamela!... ¡Suel!...

- JULIÁN            ¡ Ramona!... ¡ Ramona!... ¿ Qué hacéis?  
*Curvada contra la espalda del marido, las manos crispadas sobre el cuello, Ramona oprime con toda su fuerza exasperada, con todo su rencor, y él apenas puede defenderse. Sin lograr desasirlos, Julián se ha quedado separado un trecho y se esfuerza por acercarse; en uno de los vaivenes del fiero rodar, los pies de Mariano hacen caer la mesa; la llama del candil parece agonizar contra el suelo y todo queda oscuro... De pronto el tumulto de la refriega se aquieta, y la voz de la mujer dice muy bajo:*
- RAMONA            ¿ Dónde estás, Julián?
- JULIÁN            Aquí... Oídme... Mariano, escucha... Los dos tenemos que perdonar.
- RAMONA            No se mueve.
- JULIÁN            ¿ Qué dices?
- RAMONA            ¡ Tengo miedo, Julián!... Llámalo tú.
- JULIÁN            Hermano... ¿ no me oyes?... Tócalo; ponle la mano sobre el corazón.
- RAMONA            ¡ Oh, no!... ¡ Su corazón!... Está quieto... Y tiene muy abiertos los ojos..., horribles.
- JULIÁN            ¿ Qué has hecho, Ramona?... ¿ Qué hemos hecho?
- RAMONA            ¡ He sido yo! ¡ He sido yo!  
*Un terror súbito sucede a la bravura de antes; Ramona va a refugiarse en los brazos de Julián y ambos se apartan hasta el extremo de la plazoleta, estupefactos, casi perdida la razón, sin ver que el cuerpo, que poco a poco se delinea sobre el suelo, es visible porque una llama chisporrotea, primero débil, bajo los haces de paja, y luego los recorre todos, se agranda, lame la puerta y se propaga a los cañizos de las persianas, al cobertizo y al techo. Tal vez bastaría un rápido esfuerzo de los dos para apagarla, mas hay que pasar sobre el cadáver y no se atreven... De allá abajo, de la negrura de la campiña, surge una voz virginal que canta:*

Pajarito, pajarito,  
pajarito volador,  
no te pares en la rama  
que te acecha el...

*De pronto las llamas se elevan en inmensas lanzas de oro; la canción se corta, se oye un grito que domina el sollozar de los culpables y el chisporroteo de la hoguera... Sigue un largo minuto en el cual el silencio del campo lo ahoga todo. Después se oye el sonar de una campana, y otra y otras le responden más lejos.*

FIN

Junio 12-15, 1917.

## LOS ESLAVOS ENTRE LAS NACIONES

(CONFERENCIA DEL PROFESOR T. G. MASARYK, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE PRAGA, CON NOTAS GEOGRÁFICAS E HISTÓRICAS DE MANUEL F. CESTERO.)



L ilustrado profesor T. G. Masaryk ha celebrado últimamente, en la Universidad de París, una interesante conferencia sobre el papel importante que han desempeñado los eslavos entre las naciones. Dicha conferencia ha sido traducida al inglés e impresa en forma de opúsculo por la sociedad que dirige en Londres los trabajos de propaganda en pro de la alianza nacional checa.

Antes de dar a conocer el trabajo del profesor Masaryk nos permitiremos suministrar a los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA algunos datos históricos sobre la combatida raza eslava.

Esta raza es absolutamente distinta de la germánica, de la tártara y de la mogola. Los eslavos son de stirpe indoescítica, familia innumerable que se extendió desde el Adriático al estrecho de Behring, y desde el Báltico al Kamschatka. La historia nos cuenta sus grandes conquistas hechas en África, donde se apoderaron de Egipto, y de donde fueron arrojados viéndose obligados a atravesar el Asia Menor y a ocupar la Tracia. En el norte del Cáucaso, del Cáspio y del Eusino, vivían otros eslavos llamados por los griegos *sármatas*. Y los historiadores, tratando de clasificarlos en grupos, los dividieron en esta forma: a los situados al sur del Báltico los llamaron *vénedos*; a los radicados a las orillas del Dnieper y el Dniester, *antos*; y a los que moraban a orilla de los manantia-

les del Vístula y el Oder, *eslavinos*. Estos últimos se retiraron a las regiones hiperbóreas, se mezclaron con los *roxolanos* y fabricaron una nueva ciudad que bautizaron con el nombre de Novgorod, la cual llegó a ser importantísima. Los *vénedos* se establecieron entre los Carpacios y el Volga, confinando con los montes de la Bohemia, en donde vivían los *chescos*. En la Polonia habitaban los *leskos*, regidos por vaivodas, del eslavo *vaivod*, que quiere decir príncipe, título que se les daba a los soberanos de Moldavia, Valaquia o Transilvania. Después ha sido reemplazado por el de *hospodar*. Los vaivodas gobernaron a Polonia, hasta que fué elegido rey Craco, fundador de Cracovia. Después de nueve divisiones, Premislao unió a toda la nación.

Los eslavos *antos*, oriundos del Mar Negro, se apoderaron de la Mesia y la Iliria; años más tarde prestaron ayuda a los romanos de Constantinopla para echar a los *avares*, y con el consentimiento de Heraclio se instalaron en el interior de la Iliria. La historia nos cuenta que dondequiera que los eslavos llegaban destruían las ciudades reduciéndolas a escombros; pero la tradición nos dice, a un tiempo mismo, que los eslavos eran tranquilos, inofensivos, hospitalarios, de porte distinguido, agradable lenguaje y aficionados a la música, al canto. La religión que profesaban reconocía dos principios, el bien y el mal, el blanco y el negro. Eran adoradores de la Naturaleza e interrogaban a las fuentes y a las encinas sagradas.

La mayor parte de estos eslavos ocuparon los territorios que luego se nombraron Rusia y Polonia. Entre los ilíricos preponderaban los montañeses o croatas.

El reino que los moravos constituyeron fué formidable; pero luego fueron sojuzgados por los bohemios. Recobraron más luego su independencia y eligieron por capital a Belograd. Carlomagno no logró dominar a los bohemios.

No obstante el poder de los eslavos, la estirpe germana prevalecía sobre ellos, y los detuvo en sus correrías por temor de que produjeran una nueva barbarie.

Tales son las primeras noticias que la historia antigua nos suministra acerca de esta raza sufrida, vejada, escarnecida, para la cual no ha existido jamás piedad, y que en los actuales

momentos padece todos los martirios imaginables bajo yugo formidable del conquistador.

El geógrafo Reclus, al ocuparse de esta raza, la clasifica del modo siguiente: eslavos del norte y eslavos del sur. Estos últimos separados de los primeros por los alemanes, los magyares y los húngaros. A no ser por la larga hilera de heterogéneos que va desde Baviera hasta el Mar Negro, se juntarían *checos* con *eslavones* y *eslovacos*; *rutenios* con *croatas* y *serbios*; y *malo-rusos* con *búlgaros*.

Los eslavos del norte comprenden: los checos propiamente dichos, moravos y eslovacos; millones de hombres que viven en la Bohemia, el occidente de la Silesia austriaca, la Moravia y diversos distritos del noroeste de Hungría. Su lengua la forman diferentes dialectos y se parece al polaco. De todos los eslavos son éstos los más aborrecidos de los pangermanistas.

Los polacos, al norte de Galitzia y al este de la Silesia austriaca. Apoyados en los polacos de Polonia, parecen destinados a soldarse con aquéllos, pero sin que se sepa cuándo ni cómo. Quizás el final de esta guerra nos señale y aclare el modo como han de unirse unos y otros.

Los rutenios viven en la Galitzia meridional, en la Bucovina del norte y en los distritos de Hungría, de donde bajan el Tisza, el Szamos, el Ung y el Bodrog. Malo-rusos por su dialecto, griegos unidos por la religión, defienden su idioma en Galitzia contra estos polacos que antes fueron sus amos.

Los eslavos del sur comprenden unos cuantos millones de personas, en Austria Hungría (sin contar con la Bosnia Herzegovina), y en otros países de la península ilírica. Serbios de religión griega, croatas católicos, eslovenos papistas también, todos hablan la misma lengua: el serbio muy parecido al ruso. Pueblan distritos de la Estyria y la Carintia, la Carniola, la Istria, la Dalmacia, algunos campos de la llanura húngara, la Croacia, la Eslavonia y los confines militares.

El profesor Masaryk cree que basta con ocuparse solamente de rusos, polacos, búlgaros, serbios y checos, para hacer un extenso estudio de la raza eslava.

Los eslavos, dice el profesor, no están de acuerdo con el número de naciones dentro de las cuales deben ellos ser clasificados y estudiados. Este número varía entre siete y diez, no faltando historiadores que lo eleven a catorce; omitiendo, desde luego, las naciones ya extinguidas.

La cuestión del número exacto de naciones eslavas ha dado lugar a numerosas discusiones entre filólogos, historiadores, literatos y etnólogos. En mi opinión, continúa el conferenciante, y a fin de evitar discusiones y de completar la lista de las naciones eslavas que figuran como tales en la presente centuria, deben ser añadidos los eslovacos y los serbios de Lusatia.

¿Constituyen ellos un todo homogéneo? Yo creo que la contestación debe ser afirmativa. Nosotros lo hemos confirmado, en grupos de naciones distintas, cada una con su lengua propia, su independencia, su literatura nacional, su historia particular y su civilización propia. Las diferencias que se notan entre ellas no esconden la existencia de una conciencia uniforme, de una misma aspiración en constituir un solo organismo eslavo.

Esta conciencia no se ha desarrollado de igual manera en todas las naciones eslavas. No ha sido la misma en todas las épocas, ni entre todas las clases sociales; pero ha sido común a todos.

Entre nosotros los checos, yo hablo por experiencia personal, ha sido muy poderosa desde ha largo tiempo. Los que no pertenecen a nuestra raza pueden, por comparaciones y analogías, entender perfectamente la conciencia y la aspiración a que me refiero.

El latinismo da una idea de ello, aunque una débil idea. La diferencia de lengua entre los latinos es mucho más acentuada que entre los eslavos; y la comunidad entre ellos es tanto causa de celos como de unidad entre los mismos.

El germanismo, la afinidad que existe entre las naciones germanas, incluyendo como tales a los ingleses y a los escandinavos; el germanismo, decimos, está representado de modo menos determinado, menos preciso, encontrándose más extendido entre los escandinavos, en quienes se funden de manera más clara los sentimientos del sueco, del noruego y del danés. Pero

este mismo escandinavismo no constituye un todo compacto, como lo constituyen los eslavos. Estos son más unidos, desde el punto de vista del idioma y del intelectualismo. Y desde el punto de vista geográfico, el contacto entre ellos es mucho más cercano que el de los grupos germanos. A los eslavos no los separa el mar. Y como ellos no han sido nunca, como otras razas, pueblos errantes, de ahí que sean idénticos entre sí, con raras excepciones.

Además de esto, contribuye a mantenerlos unidos el desarrollo escaso de su civilización y de su vida económica. Todo lo cual ha contribuido a la uniformidad de su carácter.

Esta comunidad de sentimientos ha sido interpretada en el oeste de Europa, desde el punto de vista político. Y se ha visto en ella lo que ha sido denominado con el nombre de panslavismo, el molde para formar una colosal monarquía bajo la dominación de Rusia. Y los que han pensado así, repiten en seguida las palabras de Napoleón acerca del peligro cosaco en Europa.

Si se examina el número de los habitantes de las naciones eslavas se verá que sobrepasa al de las demás naciones.

Según los cálculos hechos por el profesor Niederle, cálculos no del todo exactos, los eslavos constituyeron en el año de 1900, 136 millones. En 1916 su número puede ser estimado en 153.700,000. Los alemanes suman 70 millones; los ingleses, 45; los franceses, 40; los italianos, 36. No hay, pues, motivos para sentir temor alguno ante el peligro pan-eslavo.

Este peligro no intranquiliza tanto por el presente como por el futuro. Y la razón es sencilla: los eslavos son una raza más prolífica que todas las demás razas. La natalidad entre ellos es mucho mayor que entre latinos y alemanes, de manera que pronto serán dos veces más numerosos que alemanes y latinos. Y esta fecundidad de la raza eslava es lo que realmente preocupa a todos los estadistas del oeste de Europa.

Los eslavos tienen, en particular Rusia, cuya densidad de población es poca comparada con sus vastos territorios, la gran ventaja de poseer tierras suficientes para el futuro crecimiento de su población.

Políticos alemanes llaman la atención de sus compatriotas

sobre este punto, en particular sobre la posición ventajosa que ocupa Rusia; y al volver sus ojos sobre Alemania se muestran atemorizados ante la insuficiencia de tierras alemanas para dar albergue al crecimiento futuro de la nación. De aquí que el presentimiento de Napoleón sea, a simple vista, una verdad demostrable. Pero esta verdad no ha alcanzado en política ningún éxito bueno hasta el presente. Lo empezó a ser en literatura, cincuenta años después de la muerte de Napoleón, con la llegada a París del gran literato ruso Turguenief como primer representante en la capital francesa de la invasión intelectual rusa de carácter pacífico.

Examinemos los hechos que justifican el temor que sienten algunas naciones ante el pan-rusianismo.

En la hora presente Rusia tiene bajo su poder algunos grupos eslavos que claman desde ha largo tiempo por su independencia nacional.

Alemania retiene dos naciones eslavas bajo su real yugo, y Austria Hungría opresa cuatro. Estas últimas tienen aspiraciones pan-eslavas mucho más definidas que las otras, aspiraciones que ha descrito Havlicek con el nombre de pequeño panslavismo. En Viena y Budapest son los dos lugares donde más preocupa el panslavismo. Y en Hungría se reputa de traidor a todo súbdito que profese estas doctrinas.

Las advertencias contra el peligro ruso, en Berlín, han crecido también últimamente; y Bethmann Hollweg se ha expresado en este punto del mismo modo que lo hizo la prensa vienesa. Las otras naciones no demuestran temor alguno ante el panslavismo, o, al menos, no le temen como los alemanes y los magyares.

Francia tiene íntimas relaciones con Rusia. Durante mi visita a París pude hacer el análisis de las diferentes faces por las cuales ha pasado la política franco-rusa. En los Balcanes Francia ha impuesto una política completamente eslava.

Durante algunos años Inglaterra volvió los ojos a Rusia; pero, debido a celos de ésta y a las advertencias de estadistas ingleses, Inglaterra desvió el camino y, tratando de darle a Alemania pruebas de confianza, le facilitó los medios a su alcance para que ella extendiera su influencia política no solamente

en Austria-Hungría, sino también en los Balkanes, Asia Menor y Mesopotamia. Inglaterra ha reconocido últimamente su error al abandonar a Alemania los intereses políticos de los eslavos de Austria-Hungría y de los otros pueblos del Danubio y de los Balkanes, incluyendo a Turquía.

El error de esta política inglesa antirrusa lo originó el no haberse tenido presente a los demás pueblos eslavos a quienes los estadistas creyeron demasiado insignificantes para concederles un puesto en el *gran mundo político*. (!)

Actualmente los italianos son los únicos que temen al peligro eslavo. Ellos acusan a los serbios de ambicionar el Adriático, olvidándose de que esta raza tiene ocupadas esas costas, desde tiempo inmemorial, por derechos históricos legítimos.

Los italianos temen la intromisión rusa, cuyas principales industrias rodean el Mar Negro y están principalmente concentradas en Odessa. Y, en vista de estos grandes intereses, Rusia se ve obligada a asegurar el libre tránsito por los Dardanelos. Pero ¿debe verse peligro eslavo en la defensa de estos derechos legítimos y naturales? Italia no debe temer a Rusia ni a Serbia por el hecho de que sean ellas las defensoras de los derechos eslavos.

Los pequeños pueblos eslavos ven en Rusia al brazo fuerte y poderoso que ha de defenderlos en sus aspiraciones legítimas. Y no puede ser de otro modo, viéndose como se ven de continuo amenazados por los alemanes, los magyares y los turcos. Viéndose rodeados de naciones poderosas que miran con cruel indiferencia sus intereses políticos. De aquí que yo declare sin temor que las responsables del llamado peligro pan-eslavo son las naciones del oeste de Europa. Son las responsables, ya por haber visto una amenaza en los poderes del centro y del sur de Europa, ya por haber abandonado los intereses de las pequeñas naciones eslavas a la hegemonía austro-húngara-alemana. No son los eslavos los que han creado el peligro pan-eslavo. Los eslavos son tan celosos de su individualidad, que aun viviendo continuamente amenazados por los alemanes no vacilan en tener graves diferencias entre ellos mismos por razones políticas; unas (los polacos con los rusos y los serbios con los búlgaros) por la supremacía de sus

dialectos, y por la de sus nacionalidades respectivas, otras. Los ucranianos, por ejemplo, piden el reconocimiento de su nacionalidad; los eslovacos muéstranse interesados en mantener su dialecto con todo el prestigio de una lengua literaria; los eslovenos, que bien pueden ser refundidos con los serbios y los croatas, declaran el mantenimiento firme de su lengua. Y todas estas mismas diferencias, a más de las dificultades geográficas, son poderosos obstáculos que se anteponen al pan-rusianismo. Los rusos solamente están en contacto con los polacos y con los checos; con estos últimos, al través de los austriacos ucranianos. Los rusos están separados de los búlgaros y de los serbios por Rumania. Y los serbios, a pesar de tener por vecino al búlgaro, solamente están en relación con los checos al través de los grupos croatas, los cuales se extienden desde el Drave hasta el Presburg, siguiendo la línea que rodea a Hungría. Los croatas están formados por los últimos restos de eslavos que existieron durante el siglo diez y nueve en el norte y el sur, y los cuales fueron divididos por las invasiones de los magyares.

Examinemos las posiciones geográficas que actualmente ocupan los eslavos.

Los eslavos son las naciones que cuentan con el mayor número de vecinos. ¡Qué contraste, por ejemplo, entre ellos y los ingleses! Francia tiene solamente tres o cuatro vecinos; Italia tres; Alemania siete y los eslavos doce.

La parte que los vecinos toman en los intereses políticos de la nación vecina está en razón directa con el tamaño y la naturaleza de la civilización alcanzada por aquélla.

Con excepción de los alemanes, los franceses viven en contacto con pequeños estados que tienen una misma civilización y una misma religión.

Los vecinos de los eslavos son grandes y pequeñas naciones. Algunas de ellas son poderosas como Alemania, China y Japón, con civilizaciones diferentes y religiones distintas. La posición de los eslavos en el mundo (Europa y Asia) es una posición geográfica central. Tienen al oeste a los alemanes, a los magyares y a los italianos; al este el Japón y China; al sur Turquía, Persia, etc. De ahí que, por fuerza de las cir-

cunstancias, la política eslava sea política del mundo. Política que debe prestar toda su atención, no solamente al futuro inmediato, sino a las contingencias del presente.

Esta posición central de los eslavos ha obligado a sus vecinos a celebrar alianzas recíprocas enderezadas contra aquéllos. La alianza anglo-japonesa es un ejemplo.

Esta posición central de los eslavos los ha expuesto siempre a todas las influencias más contradictorias. De ahí la diferencia que se nota en el carácter de sus civilizaciones. Los eslavos de sangre pura son raros. Desde este punto de vista no podemos blasonar como otros pueblos. La teoría de Gobineau tiene pocos partidarios entre nosotros. Nosotros estamos conformes con la opinión de Renán.

En ningún caso puramente político puede el panslavismo, estudiado como política de centralización, satisfacer las aspiraciones de los pueblos eslavos. Tal centralización tropieza con las dificultades que la misma evolución histórica de esos pueblos le ofrece. Cada una de las naciones eslavas tiene su historia de miles de años y su propia posición geográfica, la cual las ha obligado a tener su particular civilización.

Por estas razones la política pan-rusa y la centralización pan-eslava, tal cual son ellas descritas por alemanes y magyares, no han formado nunca parte de nuestro programa. Nosotros deseamos algo más que esto.

¿Qué deseamos nosotros? Nosotros deseamos, hemos deseado siempre, formar una gran federación moral en la cual cada uno de sus miembros pueda moverse libremente, desarrollar su genio, su personalidad en beneficio de la civilización del mundo. Y para lograr estos fines pedimos libertad e independencia absolutas. Y al pedir el ejercicio pleno de nuestros derechos, buscamos en el poder de Rusia la ayuda eficaz para lograrlo. Ayuda que nosotros esperamos encontrar a la vez en las potencias aliadas en la presente guerra, en Inglaterra y Francia.

La Rusia oficial ha demostrado ser nuestro mejor amigo. Ella sostuvo guerra con Turquía por libertar a Bulgaria, y últimamente ha hecho la defensa de Serbia y Montenegro. En esta guerra desastrosa Rusia se ha señalado como la verdadera protectora de los estados eslavos.

Y bajo esta protección, las diferencias de nuestra civilización y las características de nuestras nacionalidades pueden ser coordinadas en pro de las fuerzas hoy dispersas de los diferentes pueblos eslavos. Es imposible para el gobierno oficial de Petrogrado, y todavía más imposible para el gobierno de Praga, hacer la organización municipal de Varsovia, Belgrado, Odessa, Samarkand o Vladivostok.

Algunos eslavos son ortodoxos, otros católicos, protestantes o mahometanos. Los eslavos del oeste son grandes industriales, mientras los del sur y del norte continúan siendo simples agricultores. En el oeste los eslavos son notables por la densidad de su población y por su desenvolvimiento intelectual. Los checos tienen menos ignorantes que los alemanes de Austria-Hungría. En suma, la centralización pan-eslava no es apetecible desde el punto de vista geográfico, ni desde el punto de vista de la evolución histórica. Oprimidos por los alemanes, nosotros reclamamos nuestra independencia nacional; y es absolutamente lógico que nuestras simpatías sean guiadas por las relaciones de la lengua, las cuales facilitan el intercambio comercial.

Kollar quiere que cada un eslavo conozca, de acuerdo con su grado de educación, una, o más de una, o todas las lenguas eslavas. Es fácil para nosotros aprender otras lenguas eslavas, por la familiaridad que existe entre ellas y porque el conocimiento de una facilita el aprendizaje de las otras.

Al mismo tiempo se ha hablado mucho de elegir una lengua común a todos los eslavos, la de la liturgia, por ejemplo; pero esto no ha sido aún resuelto. El ruso puede llegar a ser el idioma de todos los eslavos, no sólo por lo valioso de su literatura, sino también por ser la lengua hablada por los pueblos más numerosos de nuestra raza.

Quiero dar a conocer las opiniones de algunos pensadores eslavos, quienes desde el siglo diez y ocho hasta el presente han venido analizando las aspiraciones de sus pueblos respectivos. En efecto, desde el siglo diez y ocho historiadores y filósofos han venido ocupándose con verdadero interés del porvenir de los pueblos eslavos.

En Bohemia, Joseph Dobrovsky, el fundador de la filología

comparada de las lenguas eslavas, ha buscado en la ciencia del lenguaje, y lo ha averiguado, las características esenciales peculiares a los checos y a los eslavos en general. Últimamente John Kollar se consagró por completo a interpretar el pensamiento de la literatura y de la poesía eslava. Su ideal no es de carácter político. Inspirado en ideas humanitarias, él desea solamente una comunidad intelectual y literaria entre los eslavos. Él ha desarrollado las teorías del filósofo alemán Herder, según las cuales los latinos y los alemanes tendrán que ceder a los eslavos el primer puesto en la civilización. Llega a la conclusión de que los eslavos deben, sobre todo, trabajar por su desenvolvimiento intelectual, no debiendo conformarse solamente con simples grandezas materiales.

Si Kollar y algunos de sus sucesores se pierden en vagas ideas, Polacky, el más grande historiador y estadista checo, propuso en 1848 los medios prácticos para la defensa de los derechos de los checos y la conservación de todo aquello que los hizo gloriosos en el pasado. Él fué también un partidario del esclavismo; y si sostuvo, al principio, la noción de un Austria igualmente justa con todas las razas, pronto se convenció y reconoció su error al explicarse el dualismo austro-húngaro y la opresión de los eslavos bajo la monarquía austriaca. Entonces dió la espalda al austro-eslavismo y volvió los ojos a Rusia, pero sin dejar por eso de defender la individualidad de los checos. Las ideas de Polacky han sido aceptadas por el pueblo checo. Las teorías ideales de Kollar y los esfuerzos de aquellos que desearon reemplazar la individualidad nacional por las vagas concepciones pan-eslavas, no tuvieron existencia perdurable.

*(Concluirá.)*

## LA CARICATURA EN SUDAMÉRICA (\*)

LOS DOS CRITERIOS. RIÁN--MÁLAGA GRENET Y EL PROCEDIMIENTO NUEVO.



A caricatura deformativa y la caricatura esquemática dividen actualmente la opinión de los humoristas suramericanos. Son los dos criterios que hasta hace poco tiempo han venido luchando en Europa. Son los dos aspectos de uno de los problemas de fondo y forma que hubo de solucionar, al fin, el impresionismo de la línea. Esta dualidad de criterio vino a la América latina junto con las influencias de escuela. Cuando la evolución terminó en Europa, ya el canon deformativo estaba muy arraigado entre los humoristas del continente nuevo. La lucha tenía, pues, que renovarse en él, para llegar a las mismas conclusiones aceptadas por las tres escuelas europeas. Los humoristas franceses primero, y los alemanes después, determinaron un cambio en el procedimiento. La mayor parte de los caricaturistas se afiliaron al criterio reciente, cuyo fin primordial es dotar al humorismo de un estilo propio, inconfundible. Esta reacción se reafirma en Cuba. El impresionismo de la línea, la orientación alemana y el procedimiento esquemático vulgarizado por de Losques, Capiello y Sem, anulan nuevamente el antiguo con-

---

(\*) Este estudio es un capítulo de la obra en dos volúmenes, *La Caricatura Contemporánea*, que en breve llegará a La Habana. La publica en Madrid la Editorial América, que dirige D. Rufino Blanco-Fombona. Su autor, nuestro estimado colaborador D. Bernardo G. Barros, joven literato cubano distinguidísimo, nos anticipa hoy estas páginas como antes nos favoreció con las referentes a *La Caricatura en Cuba*, capítulo muy interesante de la propia obra, publicado en los números de julio y agosto de 1914, págs. 313-25 y 428-73 del tomo V de CUBA CONTEMPORÁNEA.

cepto de la caricatura propiamente dicha. Francia y Alemania encauzan la técnica de los humoristas. La evolución se repite. Y sólo en el Sur pugnan todavía los dos criterios, dando lugar a que los artistas constituyan dos grupos distanciados entre sí desde el punto de vista gráfico.

Prescindiendo de Acquarone, el dibujante de *La Semana* de Montevideo, cuya labor de humorista nada puede significar porque adolece de todos los errores de técnica y de concepto, es en el Brasil donde se fija la atención de la crítica. Allí vivió y laboró durante varios años un caricaturista que llenó en su patria—Portugal—una época: Bordallo Pinheiro. Lo llevó a las tierras que en un tiempo fueron colonia de Portugal, el entusiasmo, el afán de lograr éxitos pecuniarios más considerables que los alcanzados por él en Lisboa. El artista juvenil que desdeñó establecerse en Londres cuando el señor Joaquín Nabuco lo invitaba a fundar allí un periódico, pensó más tarde en que debía procurarse una desahogada posición. Los años le habían hecho más razonador, más práctico. Y un día partió hacia el Brasil, donde lo esperaba, satisfecho de contarle entre los colaboradores de *O Mosquito*—un semanario humorístico—, el señor Manuel Carneiro, “comerciante dado al periodismo”, según el decir de Sousa Pinto, director y propietario de dicha revista. Corría entonces el año de 1875; y en Rio de Janeiro se publicaban, además de *O Mosquito*, dos semanarios de esa misma índole: *Vida Fluminense* y *A Semana Ilustrada*.

En *O Mosquito* laboró Bordallo Pinheiro durante algún tiempo. Fué en el Brasil uno de los caricaturistas más populares. Sus dibujos eran tan solicitados como en Portugal. En el Brasil ya lo conocían. *O Mosquito* se vendió más desde que en él dibujaba el célebre humorista portugués. Después, disgustado con Carneiro, fundó *Psit!!!* y *O Besouro*, en donde colaboraba, al igual que en *O Mosquito*, los más distinguidos escritores brasileros. Las firmas de José do Patrocínio, Luiz d’Andrade, Lucio d’Assumpção, Arthur Azevedo, Alberto de Oliveira, Fontoura Xavier, y Lucio de Mendoga, alternaban con las de Almeida, Henrique Chaves, Dermeval da Fonseca, Alfredo Camarate, Simao da Motha, Gerim dos Santos, Julio Xavier y otros muchos escritores distinguidos...

Junto a Bordallo Pinheiro—cuya obra no es necesario analizar de nuevo—estaban otros humoristas que desde *O Mosquito* o desde *Vida Fluminense* comentaban cotidianamente la actualidad y trazaban crueles siluetas de personajes conocidos. Esos humoristas eran, entre otros, Faria y el italiano Luis Borgomainerio. El primero fué, además de un hábil caricaturista, un litógrafo admirable que más tarde se distinguió mucho en París. No era, desde luego, un caricaturista... moderno. Al contrario. En su obra encontramos esas figuras minuciosamente retocadas que hoy no es capaz de trazar ningún humorista. Luis Borgomainerio fué, sin duda, superior a él como dibujante humorístico. Sus caricaturas agresivas, sus grandes conocimientos del dibujo, su amor a los grandes maestros del género, tuvieron, evidentemente, mucha influencia en la obra de Bordallo Pinheiro, que, además, fué su íntimo amigo.

La labor de Faria y de Borgomainerio significa bien poco en el Brasil desde el punto de vista de la evolución—creación más bien—del arte humorístico. La fecundidad de Bordallo Pinheiro los empequeñecía. En el Brasil, como en Portugal, hubo un momento en que Bordallo Pinheiro fué el humorista representativo. Tras él comienzan a surgir esas nuevas figuras que hoy cultivan allí dicho arte.

Junto a Aryosto, mal humorista y peor dibujante, se destaca la obra de Raul Pedrosa, Kalixto y Yantok, que colaboran asiduamente en *A Illustração Brazileira*, sustentando las más opuestas tendencias. Pedrosa cultiva la caricatura deformativa, tal como la hemos visto concebir en Italia por Mario Bettinelli. Kalixto, afiliado a la escuela germana, es realmente, en el Brasil, un innovador. Yantok es un amanerado de lo deforme; siendo muy notable como dibujante, su obra de humorista está plagada de esos absurdos tipos, de cabezas enormes y cuerpos diminutos, que estamos cansados de ver en los trabajos de los humoristas antiguos. Ha tenido a su cargo, durante algún tiempo, la sección *A quinzena comica*, que se publicaba en *A Illustração Brazileira*. Gusta de las grandes líneas sintéticas; pero Kalixto es, indudablemente, muy superior como dibujante humorístico.

Este artista ha tenido también a su cargo *A quinzena, comi-*

ca de *A Ilustração Brasileira*; y allí, entre rasgos sencillos y escenas del más chispeante humorismo, ha sabido comentar, como pocos en el Brasil, la política y todos los asuntos de actualidad. Es un muy notable impresionista de la línea, a quien sólo podría señalársele en su patria un competidor: *Rián*, seudónimo tras el cual se ocultan el esprit y la gentileza artística de una mujer que ama y cultiva también el impresionismo de la línea. En su procedimiento no imperan los cánones de la caricatura deformativa. Es un arte sencillo y preciso, que recuerda bastante la factura de de Losques. Como el conocido caricaturista francés, *Rián* prefiere los rasgos esenciales combinados con el uso frecuente de los negros planos. Es la misma caricatura esquemática que acaba de triunfar en París, pero más cruel, menos sonriente. Son *charges* en las cuales lo grotesco ni se oculta ni se disimula: vive en cinco o seis trazos cuyo efecto es completado por la contraposición de la mancha, que nunca llega a aceptar plenamente el eufemismo de los medios tonos o de la sombra definida, retocada con esmero. Lo deforme no aparece jamás en esas caricaturas. Fiel a los principios de la actual escuela francesa, busca la manera de no darnos un retrato de exageradas facciones. Los labios, la nariz, los ojos, toda la persona, en fin, está allí caricaturada, sin que la artista haya acudido a la fórmula sostenida por Léandre en Francia y por Mario Bettinelli en Italia. Es la fina percepción del punto característico y de la psicología del individuo, expresada sin necesidad de forzar lo grotesco. Arte sencillo y difícil, que hace considerar a *Rián* como una de las figuras más importantes dentro del humorismo suramericano.

Personalidad distinguidísima, dotada de un gran temperamento artístico, oculta, bajo el seudónimo, su nombre—Nair de Teffé—y su abolengo. Porque es hija del Barón de Teffé, “el viejo y prestigioso marino—como ha dicho Belisario Junior—que en el declive de la vida se dora con las glorias de su pasado—como un sol en el ocaso—que se rejuvenece en el talento y la mocedad de sus hijos”. Escritora y caricaturista, su temperamento observador y analítico sabe precisar todos los matices, revelándolos con esa aparente serenidad que constituye, a menudo, la característica de una vocación y una inteligencia

bien cultivadas. No hace mucho tiempo verificó en Rio de Janeiro una exposición de sus trabajos. Fué un triunfo para la artista aristocrática que ha fundido, en la concisa brevedad de su seudónimo, la nobleza, la distinción y el talento.

La señorita Nair de Teffé es la primera mujer caricaturista. Caso excepcional y simpático, que debe satisfacer a las feministas que con sobrada razón pretenden conquistar los mismos lauros que hasta ahora nos hemos dividido los hombres. El triunfo de una mujer—siempre que no sea sufragista u otras cosas peores—regocija y conforta. Porque es completar y reafirmar el prestigio de una aristocracia intelectual con el interés y el entusiasmo de quienes reclaman honores sin más armas que el talento, ni otro interés que el de compartir la satisfacción de los éxitos, sin perder la adorable gentileza de mujer. Esto ha hecho *Rián*, la joven artista que no se ha conformado con ser, únicamente, la bella y distinguida señorita Nair de Teffé, hija del Barón de Teffé. Su talento, su vocación y su cultura merecían algo más que el triunfo pasajero de las *soirées* o las recepciones oficiales. Por eso un día, sin olvidar las fáciles reverencias y las amables sonrisas, quiso conquistar el arte, dominando la literatura, al mismo tiempo que dibujaba *charges* intencionadas en donde predomina el esquema.

Las caricaturas de *Rián* sustentan la supremacía del criterio moderno, que es incomprensible para Leudo o para Ascátegui, dos distinguidos caricaturistas colombianos que aun dibujan, con una frecuencia bastante lamentable, enormes cabezas deformadas sobre cuerpecillos de guignol. González Gamarra—asiduuo colaborador de *Variedades* de Lima—es, sin duda, superior. Modifica en el Perú el antiguo criterio de la caricatura deformativa, pero sin aceptar plenamente el impresionismo de la línea. Al contrario de *Rián*, no desdeña los medios tonos que restan vigor a la expresión del rasgo sintético. Son trabajos en los cuales se entretiene el interés del público con mil detalles que nada significan dentro de la visión general, rápida y concisa, hoy exigida al humorista, ya sea caricaturista, parodista, fantasista o satírico. El observador necesita la precisión. Varios trazos deben revelar de momento la psicología del personaje. La eliminación de los detalles superfluos proporciona mayor intensidad

a las escenas. Esto, que es un canon primordial para el humorismo, resulta una verdadera exigencia para el humorista que, como González Gamarra, se dedique a la caricatura política. Porque este es un género en donde la concisión cobra mayor importancia, puesto que se ensalza o combate el asunto del día, expresando al público, lo más rápidamente posible, una opinión. Bien lo sabe el aludido colaborador del semanario peruano, cuando trata de presentar, en todo su vigor, el rasgo escueto. Lo lamentable es que confunda un procedimiento con otro, dibujando, a menudo, rostros deformes en donde ese rasgo se pierde anulado por el afán meticuloso de la sombra. Estilo incoloro en donde naufragan los otros elementos que completan el arte humorístico. Poco importa que el artista procure precisar en dos o tres rasgos inconfundibles la exactitud del parecido físico-psicológico. El exceso de detalles anula la concisión. La intensidad desaparece fundida en una armonía que no es la recomendada por el humorismo actual. Y en los trabajos se aprecian las condiciones de un buen dibujante que aun no es un buen humorista.

Challe—otro de los colaboradores de *Variedades*—no acepta esta dualidad de principios. Su factura preconiza el verdadero impresionismo de la línea. Para él la fuerza conceptiva reside en el trazo sencillo. La simplificación es la base de su técnica. El rasgo determina contornos, expresa y condensa valores, descubre la característica del individuo y domina la psicología. Procedimiento que tiene mucho del concepto alemán-japonés, porque establece una relación inmediata entre el vigor de la línea y la aparente uniformidad de los negros planos. Challe con su gráfica trata de expresar lo esencial y sugerir lo superfluo. Es el secreto de la síntesis defendida por el criterio nuevo. Frente a él subsiste el antiguo principio cuya influencia González Gamarra modifica, adaptó y combina con algunos preceptos modernos. En el Perú no existe ya una verdadera lucha de criterios.

En vano algunos dibujantes de Chile, como Martín y como Andueza, persistirán en confundir la caricatura propiamente dicha con el simple retrato deformado. El impresionismo señala también nuevos derroteros al humorismo en América. Lo

acepta, en Chile también, un artista que oculta su nombre bajo el seudónimo de *Moustache*. Cultiva la historieta cómica, el comentario humorístico, empleando un procedimiento sintético que recuerda a *Caran d'Ache*. Es, sin duda, un discípulo del famoso dibujante francés. Como él, ama la sencillez del rasgo que lo matiza todo. Y al igual que *Rián*, Kalixto o Challe, contribuye a anular en América la caricatura deformativa. Pero ésta se refugia en Buenos Aires y allí encuentra acendrados cultivadores, cuya reacción preparan unos cuantos artistas que, al aceptar el procedimiento moderno, establecen y confirman la verdadera aspiración del humorismo contemporáneo...

La capital argentina es, actualmente, uno de los centros suramericanos donde con más eficacia se cultiva el humorismo—la caricatura sobre todo. Los dos criterios se enfrentan, se discuten y se estudian. Las modificaciones descubren, a veces, un deliberado afán de hacer lo que González Gamarra: fundir dos tendencias diferentes. La preponderancia de la caricatura deformativa impide la supremacía de la línea. Los dos principios antagónicos encauzan la vocación de los dibujantes. Y surgen distintas apreciaciones que dan lugar a técnicas diferentes, basadas en cualquiera de los dos criterios.

Junto a Huergo, que sabe destacar el rasgo sencillo y obtiene, a menudo, la difícil visión sintética, aparece Redondo, con sus *charges* de cabezas desproporcionadas; son trabajos en donde se nota, con mucha frecuencia, la percepción del punto característico, cuya importancia consideran afanosamente Mayol y Cao. El primero es uno de los asiduos colaboradores de *Caras y Caretas*, la revista en donde alternan las firmas de Zavattaro, Alonso, Columba y Málaga Grenet. Mayol, Cao y estos cuatro humoristas, personifican en Buenos Aires la oposición de criterios. La caricatura deformativa se encuentra representada por Mayol, Cao, Zavattaro y Alonso. El procedimiento nuevo tiene sus exaltadores en Columba y Málaga Grenet. Uno y otro principio no están aceptados en toda su pureza. Lo que predomina de la caricatura deformativa es el canon. La forma ha sufrido modificaciones que, sin dejar de responder a ese canon, no realiza ya aquella caricatura *ampliamente deformativa* que hemos visto en Europa. Y en cuanto al criterio nuevo, se acepta con

ciertas restricciones de técnica que restan algo de intensidad al impresionismo de la línea. Para muchos esta manera de considerar las dos tendencias acaso indique una desorientación que... no existe. En el fondo no hay más que una próxima anulación de la caricatura deformativa. Porque ésta va perdiendo su verdadera característica: el *engruesamiento*, hasta lo deforme, de cualquiera de los elementos físicos, buscando la comicidad o el ridículo. Al mismo tiempo el impresionismo de la línea impone ciertos preceptos que los artistas bonaerenses admiten, aun cuando se trate de *charges* deformativas. De ahí resulta que en muchas caricaturas aparezcan estrechamente unidos ambos principios. Con frecuencia hay un rostro dibujado según el antiguo criterio, y, en ese mismo rostro, o más abajo, en el cuello, en las manos, sorprenden tres o cuatro rasgos plenamente sintéticos que hacen pensar en el criterio nuevo. Los artistas han modificado de tal modo la caricatura deformativa, que muchas veces lo que han logrado no es una *charge*, sino un retrato en donde el dibujo, el colorido, la observación son muy notables. La caricatura del Dr. Pedro N. Arata, por Mayol, y la del ingeniero Agustín González, por Zavattaro, son un ejemplo. Pero no es éste el propósito actual de la verdadera caricatura. Deformar no es caricaturar. Precisar dentro del esquema apreciaciones de lo cómico, de lo ridículo o de la psicología del caricaturado, es un empeño más formidable que expresar eso mismo por medio de la fácil exageración de valores, cuyo resultado puede apreciarse en Léandre o en Mario Bettinelli. En este último sobre todo. Porque Léandre es más sintético.

La mayor parte de los caricaturistas que colaboran en *Caras y Caretas* defienden, desde cierto punto de vista, el concepto de la caricatura deformativa. En el fondo comprenden que el género ha puntualizado una evolución. Pero quieren unir, en lo posible, dos criterios que están separados por razones de origen, concepto y forma. Ni la caricatura deformativa puede aceptar plenamente el impresionismo lineal, ni éste quiere encerrar un concepto que está en pugna con el canon nuevo. Porque el impresionismo—y la caricatura esquemática por tanto—se preocupa muy poco de la imperiosa necesidad de abultar o de engruesar (es más gráfico este galicismo) determinadas fases del ros-

tro de una persona. El impresionismo persigue la síntesis, trata de condensar el parecido, busca la impresión de momento, y al mismo tiempo persigue la psicología. Por eso es imposible la fusión de ambos criterios. Porque siendo, como son, antagónicos, al unirse, cada cual tiende a conservar su supremacía, y resulta que, o se mantienen con idéntico vigor ambos conceptos, o uno trata de anular al otro. Y el resultado es nulo, porque la solución queda siempre reducida a una hipótesis que fracasa en la realidad.

Cuando Cao, Zavattaro y Mayol modifican el principio de la *charge* deformativa, restando, en lo posible, preponderancia al engruesamiento, no logran concebir una verdadera caricatura. Lo que entonces predomina es el retrato. Porque la caricatura deformativa no es otra cosa, en el fondo, que un retrato de exageradas facciones. Suprimida la exageración, aquél reaparece. Poco importa que derrochen todo un apreciable conocimiento académico. Las pinceladas serán tan precisas como admirable la observación. Pero no existirá la *charge*. Aceptando uno de los procedimientos de la caricatura deformativa, se ha prescindido de lo que es factor primordial dentro de esa apreciación del género: el elemento deformativo. Al querer modernizar el canon, evitando el concepto que encierra de lo deforme, se le ha quitado su espíritu. Por lo tanto, tiene que predominar el concepto del retrato. Pero no bien estos artistas se ciñen al criterio, sin esas modificaciones, la verdadera *charge* deformativa aparece. Su concepto se mantiene preciso, como en las caricaturas de Alonso. Éste no lo modifica. Lo acepta, para combinarlo en casi todos sus trabajos con el precepto de la sintetización esquemática. Pero es una combinación especial, en donde cada precepto se mantiene aisladamente, separado del otro. Así hay caricaturas en las cuales el rostro se halla dibujado obedeciendo a los principios de la *charge* deformativa, y el cuerpo con arreglo al criterio del impresionismo y la sintetización. A menudo el artista ha prescindido del primero, concediendo preponderancia al esquema, cuyo secreto domina. Mas nunca es tan notable esa preponderancia como en Columba o en Málaga Grenet. En éstos el procedimiento alemán influye veladamente. Y el antiguo criterio es vencido, con mucha frecuen-

cia, por la imposición del procedimiento nuevo. La caricatura que ha hecho Columba del doctor Albarracín, ¿no revela una gráfica sencilla, concisa, que ya hemos visto al hojear los semanarios de Munich? Es el mismo concepto del rasgo considerado en su justo valor y apto para expresar todos los matices. El artista se crea una factura basada en ese procedimiento cuya eficacia no desconoce Málaga Grenet, el humorista peruano que labora constantemente en *Caras y Caretas*.

Julio Málaga Grenet comenzó su carrera artística colaborando en dos revistas limeñas: *Actualidades* y *Varietades*. Más tarde pasó a Buenos Aires, donde actualmente reside. Trabajador infatigable, allí ha cultivado la caricatura, la parodia y la sátira, al mismo tiempo que el dibujo que no es humorístico. Su obra de ilustrador es tan notable como su obra de humorista. En aquélla tiene algunos competidores, como Alonso, Dumont, Ribas, o Fortuny. Pero dentro del humorismo suramericano es única su personalidad. Ni Alonso, ni Zavattaro, ni Mayol, ni Columba, tienen esa agilidad sorprendente, esa rápida visión del conjunto, esa percepción que él sabe exteriorizar dando a cada rasgo su verdadero valor, procurando siempre condensar los matices, suplirlos por medio del trazo decisivo y sintético. Con frecuencia ha cultivado—y cultiva—la caricatura deformativa, apreciándola con un criterio sustentado ya por Zavattaro y Alonso. Con esas modificaciones se acepta el antiguo criterio en la Argentina. Es una apreciación falsa. Porque resulta una paradoja exaltar la *charge* deformativa, desdeñando su consistencia deformativa. Así aparecen estas caricaturas, que lo son porque la revista en que se publican las denomina *Caricaturas Contemporáneas*. Título genérico que muchas veces responde a su fin, porque cobija una verdadera caricatura que, deformativa o no, es siempre... una caricatura. Pero a menudo lo publicado es un retrato, que el autor y la revista consideran como una caricatura. El propio Málaga Grenet, cuando caricaturó al señor Jorge A. Mitchell, ¿qué hizo sino un retrato con más o menos carácter de apunte ligero? En cambio su *charge* del doctor Enrique S. Pérez es un verdadero acierto, dentro de ese antiguo criterio modificado. Y lo es, porque en esa caricatura

el canon deformativo subsiste con más o menos precisión, pero subsiste al fin...

La obra de Málaga Grenet tiene la importancia de haber adaptado el procedimiento nuevo. La caricatura esquemática, fundada en el concepto japonés de la simplificación de valores, ha influido en la factura de este humorista. Su gráfica se caracteriza, a menudo, por el vigor del trazo y la importancia concedida al contraste de los colores planos. Es una técnica que expresa y al mismo tiempo sugiere, cualidad imprescindible, hoy en día, para la caricatura propiamente dicha. No importa que Málaga Grenet dibuje con frecuencia *charges* deformativas. Al igual que Alonso, unas veces logrará un retrato en lugar de una caricatura; otras, la caricatura llevará con justicia este calificativo. Pero por encima de esta cuestión de criterios se halla esa otra fase de su obra; esa propensión al concepto nuevo; esa reacción mantenida, muy acertadamente, por Columba y por él, desde el semanario argentino.

El arte de Málaga Grenet significa y asegura la preponderancia del criterio nuevo. Es cierto que con frecuencia ha sustentado cánones antiguos, dibujando figuras desproporcionadas (cuerpos diminutos coronados por cabezas demasiado grandes); es cierto, también, que no rechaza, a menudo, el concepto modificado de la *charge* deformativa; pero su adaptación de los principios que informan el procedimiento alemán, su estudio de la caricatura esquemática y su precisión para determinar el punto característico, le señalan un puesto de honor dentro del humorismo contemporáneo. Es, en la América del Sur, el humorista representativo. Su personalidad—aunque no es tan definitiva como la del cubano Rafael Blanco—marca una orientación y prepara el triunfante advenimiento del criterio nuevo. Blanco no preconiza una escuela determinada. Málaga Grenet acabará por significarla. Blanco es el impulso revolucionario. Málaga Grenet es, en la América, el precursor de la escuela germana. Éste es un artista con más experiencia académica. Pero aquél es un innovador que, guiado por el instinto de crear, somete la forma a la idea.

En este sentido, Blanco es superior.

Málaga Grenet, al interpretar los cánones germanos, no ha

falseado en nada el vigor de la línea. Y aunque otros, como Ríos y Cancalón (los caricaturistas de *Nosotros*) tratan de simplificar los rasgos, nunca llegan a esta precisión, a esta admirable seguridad que se observa en las *charges* del joven colaborador de *Caras y Caretas*. Su obra señala una transición fundamental para el humorismo suramericano. Ignoro si alguna vez ha concebido carteles. Pero varias portadas que ha dibujado en el semanario donde colabora, me han hecho presentir a un maestro del *affiche*. Tengo ante mi vista un número correspondiente a febrero. Y la sencillez en el asunto, la hábil combinación de colores, en donde se mezclan el amarillo, el negro y el azul, hacen de la portada un pequeño cartel. Así las conciben los dibujantes de Munich o de Milán. Si Málaga Grenet no es cartelista, debiera serlo. Porque en ese arte triunfaría también...

Con Columba, Challe, *Rián* y Málaga Grenet, el humorismo —la caricatura, muy especialmente—se reafirma en la América del Sur, señala el predominio del criterio nuevo. La lucha de tendencias va a terminarse. Dos escuelas—la francesa y la germana—señalan una orientación definitiva. Mientras en el Norte se inicia la reacción contra lo deforme, y en México, como en Cuba, prevalece el concepto moderno, los artistas que trabajan en el Sur observan los dos criterios. Los titubeos y las preferencias traen la división. De ella nace la lucha. Y los dos criterios, enfrentados, midiendo sus fuerzas (procedimiento y concepto) discuten una supremacía que en el Brasil, el Perú, la Argentina o cualquiera de las otras naciones pertenece—o ha de pertenecer—al procedimiento nuevo.

BERNARDO G. BARROS.

La Habana.

## REVISTA DE REVISTAS

LA REVISTA DEL MUNDO, Nueva York; agosto, 1917.—*Embajadores de amistad panamericana.*

En el último número de esta interesante revista trimestral norteamericana, publicada en español en Nueva York por la casa Doubleday, Page & Co., editora de la famosa mensual titulada *The World's Work*, aparece un artículo del señor Charles du Bois Hurrey, Secretario General de la Comisión de Relaciones de Amistad entre los Estudiantes Extranjeros en los Estados Unidos, titulado *Embajadores de amistad panamericana*. Después de afirmar y comprobar, con estadísticas, que este año el número de estudiantes latinoamericanos en dicha nación es un veinticinco por ciento mayor que en el pasado; que los continentes más numerosos los dan Puerto Rico, Cuba, Brasil, Méjico y Colombia, respectivamente cada uno de estos países con 300, 247, 111, 104 y 40 estudiantes en varios colegios y universidades norteamericanos; y después de relatar someramente la vida y las ocupaciones principales de aquéllos, afirmando que antes de cinco años habrá cinco mil, pues toma como base el número actual, que pasa de dos mil, dice:

Mucho mayor que la influencia del comercio y de la diplomacia es la que ejerce la presencia de varios centenares de estudiantes latinoamericanos de mérito en las escuelas y colegios de los Estados Unidos. Ellos revelan a los ciudadanos norteamericanos los mejores rasgos y las obras de la civilización de la América Latina, y, al regresar a sus respectivos países, exponen en ellos las verdaderas aspiraciones y propósitos de los *yanquis*. Lo que ellos digan y escriban podrá acelerar o retardar la causa del panamericanismo. Los resultados de este contacto intelectual dependen en

gran parte de la actitud y conducta de los norteamericanos; y es preciso que la ignorancia, las preocupaciones, y el egoísmo cedan su puesto al conocimiento exacto, al juicio sereno e imparcial, y a la cooperación amistosa. Muchísimo importa que quienes han de regir los destinos de las veinte repúblicas latinoamericanas descubran e interpreten debidamente los más nobles rasgos de la vida social, comercial, y escolar de los Estados Unidos. Deben también recordar los estudiantes de la América latina que por su conducta se juzgará a sus pueblos y naciones respectivas.

Que los estudiantes selectos de la América latina vengan a los Estados Unidos perfectamente preparados y con el firme propósito de alcanzar éxito completo; de aprender, para enseñar luego, lo mejor que la civilización norteamericana ha producido, y entonces despuntará la aurora de una nueva era en que la confraternidad intelectual triunfará de la explotación y la codicia.

Dignos son de estudiarse los cambios que la guerra actual ha producido en la emigración de estudiantes de las Américas Central y del Sur. Antes de la guerra, muchos iban a Europa a estudiar; durante la guerra, apenas si ha ido alguno. Muchos han venido a matricularse en las universidades norteamericanas, mientras otros aguardan el fin de la guerra para irse a Francia, Inglaterra, o Alemania. ¿Continuarán las instituciones docentes de los Estados Unidos atrayendo los estudiantes de la América latina y satisfaciendo sus aspiraciones después que vuelva a abrirse el camino a las célebres viejas universidades de Europa? La respuesta a esta pregunta depende de las variables exigencias educativas de las repúblicas del sur. La semejanza de raza, idioma y religión impulsará hacia algunos países de Europa a aquellos que busquen instrucción superior en la música, las artes, o la literatura; mientras que aquellos que aspiren a fomentar el desarrollo industrial y la expansión comercial de la América latina vendrán a los Estados Unidos a recibir la experiencia que este país les brinda. Estos últimos serán la mayoría: serán los que ven venir la revolución industrial de sus países; los que ven que allí hay que construir ferrocarriles, puentes y caminos; cultivar el rico suelo, extraer de las montañas sus valiosos minerales, conquistar la selva virgen, convertir las cataratas en fuerza productiva, levantar edificios, etc.

Mas ¿dónde están el capital, el material, y la habilidad para llevar a cabo estas grandiosas empresas constructivas? ¿Habrà de continuar la América latina exportando materias primas e importando maquinaria y artículos manufacturados de toda clase? Los ricos depósitos de hierro y carbón aguardan al ingeniero experto, sostenido por el capital. ¿Qué servicio más patriótico puede hacer un joven a su patria que el establecer y desarrollar grandes industrias que la enriquezcan y ensanchen sus horizontes? Durante sus estudios en los Estados Unidos no sólo se preparará para tan vastas tareas, sino que interesará en ellas a hombres pudientes, que invertirán en ellas el dinero necesario. Después de todo, éste quizá sea el medio más importante de fomentar la amistad panamericana. Los educadores, banqueros, y mag-

nates industriales de los Estados Unidos recibirán con la mayor buena voluntad a los futuros corifeos de la América latina, y cooperarán con ellos de todos modos para desarrollar los recursos inexplorados de esa rica y vasta región.

Tiene razón el articulista en cuanto dice, aunque también, desde otro punto de vista, hay otros servicios patrióticos que no son precisamente el establecimiento y desarrollo de grandes industrias. Por ejemplo, la fundación y el sostenimiento de obras de cultura general que contribuyan a mantener vivo el amor por las cosas del espíritu; que “no sólo de pan vive el hombre”. Mas, es indudable la razón que asiste al señor Du Bois Hurrey cuando afirma que no hay mejor medio de entenderse los americanos de todo el Continente que conociéndose de un modo recíproco y justipreciando y propagando las ventajas y virtudes de cada país. Indudable también es que en no pequeña parte el gran desarrollo actual de muchas industrias en Cuba se debe al influjo de jóvenes cubanos educados en los Estados Unidos de Norteamérica, y a métodos y procedimientos norteamericanos implantados en nuestro país.

Y de que—dejando a un lado rencores más o menos justificados y suspicacias más o menos fundadas—el articulista norteamericano dice verdades irrefutables en su trabajo, buena prueba son dos importantes artículos que en este número de CUBA CONTEMPORÁNEA aparecen: Uno del notabilísimo joven escritor colombiano Luis López de Mesa, titulado *El alma de América*, y de un redactor de esta Revista el otro: *Nuevas orientaciones de la juventud cubana*, por el Dr. Julio Villoldo. Ninguno de estos dos escritores conoce, de seguro, el trabajo del señor Du Bois Hurrey; y, sin embargo, los tres articulistas vienen a decir, en el fondo, lo mismo: parecen inspiradas sus ideas en las mismas observaciones. Y es que los tres ven lejos y columbran el porvenir, los tres se dan cuenta de las necesidades de nuestros países, y cada uno de ellos, desde su punto de vista nacional o personal, expone casi los propios razonamientos, según su manera de apreciar los hechos y las circunstancias, de distinta manera y con mayor o menor comprensión total de los detalles que les sirven para establecer las conclusiones a que llegan, pero muy semejantes, casi idénticas éstas en lo fundamental.

La diferencia consiste en que mientras el articulista norteamericano

americano ve principal y casi exclusivamente la necesidad de una educación práctica, para preparar hombres que abran a las industrias y al comercio nuevos horizontes en la América latina, el escritor colombiano y el cubano procuran, al señalar las ventajas y los frutos que esa educación da, exponer los inconvenientes de olvidar o descuidar la del espíritu, la de las bellas artes, la que da una cultura superior por lo refinada; es decir, reflejan ambos, según el peculiar temperamento de cada uno, el sentir unánime de nuestra América y el alma de nuestra civilización latina modernizada: aunar lo útil y lo bello, fundir en un solo bloque lo fuerte y grande con lo delicado y resistente.

C. DE V.

# Cuba Contemporánea

AÑO V

Tomo XV.

Habana, octubre de 1917.

Núm. 2.

## PROBLEMAS DE NUESTRA AMÉRICA

LECTURAS DE BUNGE Y RODÓ

### I



ARLOS Octavio Bunge estudia en su libro *Nuestra América*, de sobra conocido por las varias ediciones que ha alcanzado, el problema sociológico de la América hispana, y atribuye a la pereza el origen de todos los vicios de la raza. La raza hispanoamericana, producto de tres razas inferiores, lleva sobre sus hombros un cúmulo de herencias fatales. Los españoles, que abundan en rasgos típicos de carácter, aportaron a la nueva raza *arrogancia* e *indolencia*; los aborígenes, *resignación*, *pasividad* y *venganza*; y los africanos, *volubilidad* y *servilismo*. De la amalgama de esas tres razas ha resultado el tipo hispanoamericano, en el cual predominan como *rasgos comunes*, fundamentales, la *pereza*, la *tristeza* y la *arrogancia*.

La pereza—dice Bunge—se manifiesta de dos maneras: la absoluta inacción es la una; la falta de disciplina, de método e higiene en el trabajo, es la otra. Unos no trabajan; otros trabajan mal. La *pereza colectiva* manifiesta su influencia dondequiera que hay un mal: pereza de la sensibilidad y la imaginación es la

falta de ideales; pereza de la voluntad, la falta de iniciativas prácticas; pereza de la inteligencia, la ausencia de originalidad, de previsión y de precisión; pereza de los músculos, la decadencia física; pereza en el ejercicio de los derechos y deberes políticos, las ridículas parodias de la democracia, que el pueblo, por no tomarse la tarea de fiscalizar y dirigir, acepta; pereza el odio al extranjero, porque comprenderlo e imitarlo serían trabajo; pereza el culto del coraje, porque ninguna hazaña exige menos esfuerzo que las impulsivas de la cólera y la propia defensa; pereza la mentira, que es un continuo engaño de acomodamiento a una inacción instintiva, el *dejar-hacer* transformado en *dejar-fingir*; pereza la inacción; pereza el orgullo; pereza, en fin, el aticismo criollo, la espiritualidad sutil que exige menos esfuerzo a la imaginación que la firme actividad del pensamiento entregado al estudio de arduos problemas.

Esa pereza imaginativa se manifiesta, en la literatura hispanoamericana, aniquilando la alta labor del pensamiento y creando una legión de escritores estérilmente fecundos, “banqueros de palabras y mendigos de ideas,” que hablan y escriben porque ello no exige gran esfuerzo intelectual, pero que no piensan. ¡Y el público hispanoamericano, indolente y apático, sanciona con su aplauso esa labor ligera e infecunda, porque hay menos esfuerzo en deleitarse con la lectura de frivolidades espirituales que en comprender una alta concepción del espíritu humano!

La tristeza, dolencia de los agotados, es hija de la pereza: un individuo laborioso y activo, absorto en su trabajo, aunque se sienta herido por la adversidad, lleva en su pecho un ruiseñor; en tanto, aquel que charla y ríe constantemente en los cafés, lleva en sí la tristeza y el tedio de la vida. La herencia, ¡siempre la herencia! nos trajo en sus entrañas la tristeza: triste y resignada era la raza de los aborígenes; triste era la española conquistadora, en la cual la vieja risa goda y la franca alegría morisca fueron extirpadas por la Inquisición; triste era la raza africana, que, aunque alegre en su tierra nativa, fué agobiada en América por los rigores de la esclavitud. Por eso nuestra raza lleva en sí la tristeza, diosa de la derrota, que agota el ánimo de la producción y el trabajo.

La arrogancia, valor de los vencidos, herencia directa de la

raza hispana, es hija también de la pereza, porque generalmente es una faz de la mentira: es el orgullo de la pereza, el alarde de una fuerza que no se posee, de una superioridad ficticia. El soneto *Soy español*, de Enrique de Alarcón, es magnífico para señalar ese rasgo típico de la raza.

Bunge se extiende sobre la faz más peligrosa de la pereza: la inacción o inconsciencia del pueblo respecto a sus derechos, origen de innobles e injustificadas preponderancias que él llama *caciquismo*. ¡Aún perdura, con el antifaz de república, el *caciquismo* indígena! Verdaderos *caciques* son los hombres que gracias a un golpe de estado o a un ridículo sainete electoral, escudados siempre en la fuerza o en su prestigio personal, ocupan incesantemente en América, por largo tiempo, la cumbre del poder público. En muchas repúblicas hispanoamericanas los partidos o agrupaciones políticas son esencialmente personalistas, y siempre tienden al encumbramiento de determinado prestigioso caudillo, que una vez en el poder es el cacique omnipotente, pero no al triunfo de principios liberales o democráticos. Bunge presenta y estudia tres diversos tipos de *caciques*: Rosas, el cacique sanguinario; García Moreno, el cacique inquisidor; y Porfirio Díaz, el cacique progresista, como los más salientes ejemplos del caciquismo de América. (1)

El origen del régimen de caciquismo está en la pereza colectiva del pueblo; el pueblo tiene en sus entrañas la aspiración de ser bien gobernado, pero no es capaz de realizar el trabajo de opinión que sirva de orientación a sus destinos, ni de imponer el libre ejercicio de sus derechos. Prefiere descansar a la sombra de los árboles, bajo el gran sol ardiente, conseguir sin grandes

---

(1) En el libro de Bunge figuran unos párrafos, falsamente atribuidos a Tolstoy, en los cuales se hace un elogio fervoroso de la labor política de Porfirio Díaz. Los párrafos atribuidos a Tolstoy fueron escritos por el señor Adolfo Carrillo, mexicano, por mero pasatiempo, y publicados con la firma de Tolstoy para ganar una apuesta que el señor Carrillo hizo con otro periodista respecto a que el público no pondría en duda el origen del artículo. El propio señor Carrillo se encargó de referir el caso en un periódico mexicano, en el año de 1908, y el autor de estas líneas, que a la sazón se encontraba en la jefatura de redacción del diario bilingüe *The Monterrey News*, en Monterrey, capital de Nuevo León, comentó el hecho en las columnas de dicho diario. Por más que nunca se encontrará en ningún volumen de Tolstoy el artículo que fué el fruto de esa superchería, pues sólo se publicó en periódicos de la América española, no está de más dejar diáfano aclarado de nuevo el punto, ya que el propio Bunge fué llamado a engaño.

afanes el sustento diario, y dejar que se consume la parodia de la democracia.

Todos los progresos y todas las decadencias—sigue diciendo el escritor argentino—pueden reducirse a la mayor o menor actividad de los pueblos. El trabajo es progreso, la pereza es decadencia. El europeo, a la inversa del hispanoamericano, es activo y alegre. La civilización es la riqueza; la riqueza es el trabajo; el trabajo es el frío. La razón de nuestra decadencia está en la pereza para el trabajo. ¿Es incurable el mal? ¡No podemos cambiar de clima ni transvasarnos la sangre! Necesitamos *européizarnos*; ¡europeicémonos por el trabajo! Cortemos radicalmente el cáncer que nos roe las entrañas. Mientras no dominemos nuestra pereza idiosincrática, América no podrá tomar un firme derrotero en la civilización.

Tales son, en síntesis, y condensadas en lo posible con sus propias palabras, las ideas que expone Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América*. Señala el mal, exagerando su intensidad, según dice Rafael Altamira, y esboza vagamente el medio de curación. Europeicémonos por el trabajo, démosle carácter a nuestra civilización. Pero, ¿cómo?... José Enrique Rodó había indicado antes, en su libro *Ariel*, que ya ha alcanzado diez ediciones, la necesidad de un ideal de civilización y de raza en la clase dirigente. De las diversas fases de la pereza, la primera que debe desaparecer es la intelectual; y puesto que pereza de la imaginación y la sensibilidad es la falta de ideales, es necesario, ante todo, que la clase dirigente adquiera esos ideales y, arrojando en el fecundo surco de la muchedumbre la simiente reproductora, trace la vía segura y franca de la civilización robusta sobre la cual debe descansar nuestra América en el porvenir.

## II

Tenemos una gran tradición étnica que mantener, dice Rodó en *Ariel*. La América hispana está llamada a levantar el crédito de su raza, y para esa empresa magna necesita grandemente de su juventud.

Toca a la juventud intelectual abrazarse a un ideal de civilización. La juventud, que posee las fuerzas nuevas; la juventud,

cuya voluntad no está aún definitivamente quebrantada, debe compenetrarse bien de la ímproba labor que le toca realizar, frente a la muda esfinge del tiempo que no espera. La masa ignorante necesita instrucción; la clase dirigente necesita ideales. A la juventud intelectual, llamada a formar en su día la clase dirigente, predica Rodó la necesidad de mantener un ideal de raza y un concepto alto y definido de la civilización.

Para el sostenimiento de ese ideal invoca Rodó, como fuerzas poderosas, las prendas del espíritu joven: el entusiasmo y la esperanza. El entusiasmo y la esperanza, padres de la alegría, presidieron la civilización adorable de la Grecia antigua. Esa civilización enseñaba a cultivar no un solo aspecto, sino la plenitud del espíritu, y a no despreciar ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana. La belleza incomparable de Atenas—agrega Rodó—nace de que esa ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas. Atenas, a la vez, con su *ocio griego*, con la reflexiva tranquilidad del pensamiento, enseñaba a cultivar como un sagrario el reino interior, que debe ser estancia impenetrable y nunca profanada de lo más íntimo de nuestro ser.

Aboga Rodó por el sentido del cultivo estético, del buen gusto, como “rienda firme del criterio”. El sentimiento de la belleza es una gran cualidad para el bien. El que sepa distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, fácilmente distinguirá lo malo de lo bueno. La doctrina de Jesús no era nueva, pues que podía reconstituirse sin salir de la moral de la Sinagoga; pero su gran influencia benéfica viene de que él hizo sensible con su prédica la belleza íntima, la poesía del precepto.

Luego se extiende el escritor uruguayo sobre el desbordamiento del utilitarismo en el siglo XIX, atribuyéndolo a la muerte de muchas idealidades por los adelantos de la ciencia de la naturaleza y, principalmente, por la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas. Ciertamente que no debemos, con Renán, condenar la democracia como el guía que lleva a la humanidad hacia lo mediocre y lo utilitario, ni debemos creer que los *intereses ideales* de la especie son opuestos a ella; pero es necesario evitar que la democracia mal entendida autorice el desenvolvimiento de todas las ambiciones individuales, con lamentable

perjuicio para la alta cultura. Dentro de la universalidad e igualdad de derechos hay que mantener muy en alto la noción de las legítimas superioridades humanas. América es buen ejemplo de los daños causados por la democracia mal entendida, porque las injustificables e innobles supremacías del *caciquismo*, que denuncia Bunge, no tienen otro origen. La mediocridad predominante odiará el mérito como una rebeldía y consagrará al pontífice "cualquiera", coronando al monarca "uno de tantos". Hay que evitar los perjuicios que ocasiona la mediocridad envalentonada por la nivelación y la irresponsable tiranía del número.

Pero es innegable que la democracia y la ciencia son y deben ser los grandes factores de la civilización moderna; hay que *educar* la democracia, haciendo concebir a las masas la noción de las superioridades verdaderas. La selección es una necesidad social. Dentro de la democracia debe quedar al alcance de todos el desarrollo de la inteligencia y debe despertarse el sentido de la emulación, demostrando que los más aptos y los mejores han de obtener el premio de la preponderancia. Asimismo los "mejores" deben saber que esa preponderancia les ha sido concedida para hacer el bien de los demás, que esa superioridad moral debe ser, también, superior capacidad de amar.

Continúa Rodó diciendo que la concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse en Europa el espíritu de "americanismo". Los Estados Unidos de Norte América, que encarnan el verbo utilitario, ejercen una conquista moral, pacífica, sobre los países hispanos del Continente. Esa conquista ha invadido el campo económico y, por último, el campo político. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que se difunde cada día más, a pesar del recelo que ese mismo poderío pueda inspirar. Es necesario oponerse a que por ese camino lleguemos a la *deslatinización* de nuestra América. (2) No son los Estados Unidos el modelo absoluto, ni mu-

(2) Sin necesidad de referirnos a problemas étnicos, dentro de los cuales sería candoroso llamar "latinos" a los hispano-americanos, cabe hablar de "deslatinización". La cultura, el espíritu, la tradición y, en fin, la civilización de los hispano-americanos, son *latinos*. Romper con esa cultura, con ese espíritu, con esa tradición, con esa civilización, es obra de "deslatinización".

cho menos el único, que debemos seguir. América debe alimentar en el seno de su civilización un formidable espíritu de perfectibilidad y un alto ideal de elevación intelectual, dentro del genio propio que le señalan su tradición, su historia y su cultura.

Es innegable que los americanos del Norte tienen el sentido absoluto, innato, de la libertad; han demostrado, nuevos Robinsones, la virtud y el poder del trabajo; han hecho del espíritu de asociación el instrumento de su grandeza y de su imperio; han hecho de la escuela un taller prodigioso; tienen el culto de la destreza, de la fuerza, de la voluntad, y de su civilización en vías de desarrollo se desprende una nota de salud y de fe.

No es en esa civilización donde podemos encontrar la imagen perfecta, el modelo de lo que debe ser la nuestra. Por centuplicar la actividad del trabajo y del espíritu utilitario, los norteamericanos han descuidado otros aspectos de la civilización contemporánea. La civilización de aquel pueblo, por asombrosa que sea, es hoy solamente *voluntad y utilidad*; es hasta ahora, ha dicho Rodó, un boceto toscos y enorme que ha de pasar por sucesivas rectificaciones. Aquel titánico organismo social tiende a ser y es también, en gran parte, inteligencia, sentimiento, idealidad; pero no lo tomemos como guía; asimilemos solamente sus rasgos más valiosos para la finalidad de una civilización firme y ecléctica.

Toda civilización tiende a producir un fruto de alta cultura que ha de pasar, consagrado, a la posteridad. América debe fundar su civilización, perdurable y fuerte, sobre la base de un grande ideal que se abra como flor de gloria a los besos del sol del porvenir.

### III

En *Nuestra América* señala Carlos Octavio Bunge graves males, y sólo esboza el remedio. En *Ariel*, José Enrique Rodó predica un noble ideal a la juventud y formula un definido concepto de lo que debe ser nuestra civilización.

Bunge señala los males típicos de la raza: pereza, tristeza y arrogancia. Rodó, sin aludir a la existencia de esos males, predica el cultivo asiduo y especial de la intelectualidad, porque la primera actividad que debe suscitarse es la de la inteligencia, que

es la más alta. ¡Extirpemos la pereza, estimulando el desarrollo de las actividades intelectuales y físicas!

Rodó predica la imitación de Atenas, el cultivo del entusiasmo y la esperanza. ¡Dominemos la tristeza con una sonrisa de esperanza que recuerde la cultura helénica!

Por último, Rodó, manifiesta el ideal de una democracia justiciera, que establezca las legítimas superioridades humanas, pero donde toda superioridad sea reconocida como superior capacidad para el bien y el amor de todos. ¡Desterremos la arrogancia, estableciendo un orden social basado en el reconocimiento de las superioridades legítimas!

La voz de la civilización imperiosamente nos llama. Tenemos sobre nuestras espaldas el peso abrumador de cuatro siglos ávidos de luz. No es hora de descanso estéril ni de adormecimientos infecundos. La roja aurora del porvenir inunda los cielos con fulguraciones trémulas, y los primeros rayos de luz caen sobre terrenos sin cultivo. Es hora de arar la tierra y arrojar la simiente en el fecundo surco.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

## ACERCA DEL MUNDO NUEVO



VIENDO que día por día la contienda se anima y va alcanzando horizontes más extensos, se pregunta uno, desarraigados los optimismos, ¿a qué tanto ruido? ¿Para qué ese derroche de oro, sangre y lágrimas, creciendo en progresión y sin intermitencia desde casi tres años? ¿Cuál es su significado ideal, su línea de fuerza? Y entre la confabulación de anhelos y miserias, ¿qué gestos definitivos se perfilan, qué rutas definitivas se columbran? ¿Es ésta una contienda más, o la implitud exagerada del sacrificio será fecunda para la era incipiente? Cuando la paz y el silencio se hagan, ¿cómo ha de ser el mundo nuevo, el nuevo mapa geográfico y espiritual de los pueblos?

Hoy todos comprenden que en los momentos que emergen, desbordados de tragedia, no hay extranjería posible. A quienes no se enredan en el combate, incumbe, por simpatía y por interés vital, empinarse y buscar entre la incoherencia de la revuelta qué signos de la post-guerra se bosquejan.

Acerca de problemas tan apremiantes muchas voces han sonado desde el comienzo de la guerra. Las más nos hablan de justicia, de nacionalidad, de derecho y de fuerza, en un prolongado eco periodístico. Hay fórmulas consagradas que se repiten en estribillo perpetuo; poco o nada se dice sobre la realidad intrínseca de la guerra, ni sobre su significación en el tiempo.

Por fortuna, pensadores de otra estirpe han traído una palabra sincera, sin caer en generalizaciones demasiado fáciles y de retórica. A este linaje de voces firmes pertenece la de Gui-

lhermo Ferrero en su conferencia del centro "Foi et Vie", leída hace algunos meses.

La tesis del historiador revolucionario es de médula histórica. La guerra—dice—reveló incompatibilidades latentes en el seno de las sociedades más cultas. La gente vivía al día, sobre credos incompletos. Llegado el momento de conmoción integral, salieron a flor las deficiencias; las convicciones y los sistemas políticos más diversos vacilaban cohibidos frente a la llamarada, y fué general la crisis de incertidumbre. Porque sentimientos más entrañables, despertados en un día, encontraban artificiosas y mezquinas las preocupaciones de ayer. Hasta los socialistas mismos fueron a echarse voluntariamente en la hornaza, desconociendo propagandas que no bastaban a detener el desastre. El propio Anatole France—se recordará—el príncipe del diletante pirronismo, pedía un fusil de soldado. Y los más convencidos andaban sin orientación.

Es que la incoherencia de las modernas democracias procede de un exceso de conciencia inactiva y cierto eclecticismo tolerante llevado no sólo a la filosofía, sino en el corazón. No se sabe por qué ideal de transigencia se había creído posible confundir, en un mismo molde de cultura, tendencias fundamentalmente opuestas, como lo son el internacionalismo y la plétora de armamentos, la perfección y la rudeza... Quiso fundirse el ideal de la ciudad antigua con el "cosmopolitismo" de la Edad Media.

Ahora bien, la antigüedad se caracteriza por la aislada soberanía de la ciudad y saca su fuerza de la cohesión de un nacionalismo estrecho. El concepto global de humanidad carece entonces de sentido. El mundo para un egipcio, para un romano, es exclusivamente Egipto, Roma. En la Edad Media, al contrario, germina un internacionalismo fecundo. (1) Algunos Estados tienen ideales en común y se entreyudan... Claro está que cada sistema posee sus ventajas: lo uno da potencia, lo otro armonía. Pero en los pueblos, la perfección, la justicia, son antítesis de la fuerza. Toda amalgama entre esas oposiciones resultará bastarda y, por ende, anémica. En vez de aristas nacionales firmes, ha de prosperar un pasivo eclecticismo. De ahí la deca-

---

(1) Es la concepción de Ferrero, un tanto forzada en este punto.

dencia moral, artística, política, de ciertas democracias contemporáneas, que no supieron optar por una de esas modalidades prístinas, con exclusión de la otra. La situación era paradójica, “suerte de mezcla explosiva.” El remedio consistía en contrarrestar las influencias germánicas y decidirse exclusivamente por el ideal latino. (2)

Entretanto Alemania sí sabía optar, decidida y con todas sus fuerzas, por el ideal antiguo, aprovechando la confusión y el debilitamiento de esos otros pueblos atormentados de conciencia, cohibidos por la mezcolanza de doctrinas incompatibles. Hecha a la guerra, especializada con una minuciosidad asombrosa, pudo Alemania concentrar—en medio de países distraídos—la mayor potencia militar que existiera nunca. Todo concurre allí a la unidad, en detrimento de la unidad verdadera que es la conciencia individual. Durante medio siglo las fuerzas del Imperio se orquestan en una monstruosa sinfonía wagneriana. Las recientes declaraciones del conde Andrassy son, en este particular, ampliamente reveladoras y demuestran que hasta los planes de la postguerra estaban no sólo previstos con respecto a Alemania, sino concordes y ajustados a las ambiciones diplomáticas de sus partidarios; mientras la política de la Entente fué siempre obra de *virtuosos* improvisados. Así los imperios centrales realizaban no ya sólo la unidad de los frentes, sino la de miras políticas y de anhelos comunes.

¿Por qué, pues, no triunfan?

Desde luego, fuéronles las circunstancias particularmente desfavorables. Buenos naturalistas y metafísicos, pero psicólogos insuficientes, no supieron medir el valor de otros elementos virtuales de los pueblos. Y es que, como el individuo, la nación vale por sus potencialidades activas; no por lo que es, sino por lo que puede ser positivamente. El ejemplo de Inglaterra lo está demostrando. Un carácter—fuerza esencial y proteica—cuenta

---

(2) Lo que puede prestar cierto aire de inverosimilitud a la síntesis audaz de Ferrero, es la confusión habitual entre lo que se llama en propiedad “espíritu latino”, con la tradición política del Lacio o de Roma. Porque si a política vamos, la heredera de la genuina tradición romana es, sin duda, Alemania. La idea imperialista, o sus maneras, vinieron a los germanos de Roma, con la diferencia de que el imperialismo alemán es colectivo y era el de Roma individual. El *espíritu*, los ideales latinos son otra cosa; significan, como su maestro, el helenismo: claridad, coherencia, gracia, en oposición a la nebulosa alma germana.

más para el triunfo que cualquier especialización accidental. La victoria inglesa es la apología de la voluntad: querer, querer siempre, más que el que quiera más. ¿Para vencer no hay sino mecanizarse, germanizarse, hacer del individuo una cifra, oponer a la ordenada brutalidad una brutalidad más intensa? Pues manos a la obra. Y surgieron las nubes de aeroplanos, y los *tanks*, y los grandes cañones, y los millares de obuses.

Por un momento se creyó inútil todo esfuerzo y que—como en otras cien ocasiones—las fuerzas de ceguera y retroceso darían el golpe de gracia. Por esta vez parece que no. Respiremos, deteniéndonos sobre el significado de tan duras experiencias.

\*

Tales son las realidades de estos días pasados, que caro cuestan. Los optimistas presienten un renuevo de paz y de descanso y la caída de la idea de imperio. Algunos llegan hasta imaginar que con la desproporción enorme del sacrificio vendrá la era definitiva y veremos unas tierras de Canaán.

Las soluciones abundan para ese mundo nuevo y venturoso. Propone Ferrero escoger la belleza y la perfección como únicas finalidades humanas y realizar en plenitud el espíritu de la Hércules; y esto con un grande esfuerzo intelectual y de sinceridad. La limitación de nuestras inclinaciones y su coherencia, son asuntos vitales; pero esas flores de espíritu necesitan de un claro sol, imposible con las nubes de allende el Rin. A la obra primordial de los soldados ha de seguir, pues, la de los pensadores. Semejante conclusión—como se ve—tiene sobre todo un valor intelectualista y romántico.

Un profesor del Colegio de Francia, el señor C. Jullian, trae una solución colectiva y política. Para la armonía internacional de la nueva era—dice Jullian—precisa suprimir las ambiciones materiales de los pueblos, conservándoles su unidad moral; importa oponer a los egoísmos imperialistas el espíritu de patria. La concepción amplia y noble de patria—no como fin, sino como un medio— es la forma estable del progreso, porque origina una sociabilidad superior entre los pueblos. “El camino de la vida universal pasa por las naciones.”

Pero—se podría objetar—esos Estados, resultantes de ele-

mentos humanos, adolecerán de los defectos de sus componentes. Habrá luchas internas entre egoísmos individuales, y luchas exteriores fomentadas indirectamente por un estado de cosas que, dando origen a diferencias, acarreará odios. Ese perfecto equilibrio es tan difícil, que, aun logrado por meses o por años, basta un mínimo impulso de celos—¡y tan frecuentes en nuestra ánima pecadora!—y toda la torre de nacionalidades de Monsieur Julian se nos viene abajo.

Quédanos, por último, el “sermón” (3) jurídico—tan conocido—de Mr. Wilson: concierto de naciones que fuese al mismo tiempo una liga por la paz, a fin de hacer virtualmente imposible toda nueva catástrofe; arcaísmo de una potencia internacional más fuerte que cualquier nación o alianza—todo sobre bases de colaboración y equilibrio; democracia de Estados democráticos, suerte de universalización de la doctrina Monroe. Y eso realizado con impecable espíritu conciliador, posible, sobre todo desde la tribuna del señor Wilson—y acaso menos real para los combatientes—para el Wilson de hoy.

A tan bellos idealismos se ha respondido con una objeción característica: no faltarían sino hombres nuevos.

Soluciones todas—se ha visto—más o menos hipotéticas, que mal encajan en nuestro valle lacrimoso, y que implicarían en todo caso un renacimiento universal o condiciones inusitadas para el mundo nuevo de post-guerra.

\*

¿Pero cuál es la realidad de ese mundo?

Desde luego, el elemento humano estará en él menguado, adolorido, mutilado, diferente. Los largos años de guerra habrán endurecido a los hombres por un vivir cercano al estado de naturaleza. En cambio, hechas a todo, esas sociedades desangradas se han de inclinar, por anemia, a un fanatismo exagerado o a cierto amoralismo de abandono. Paralelamente, y en dirección contraria a la recrudescencia religiosa, corre un acrecentamiento de vicios. La familia, herida en sus bases económicas y sentimentales, si no se acendra en heroísmo, queda desmigajada. La

---

(3) La palabra es de Clemenceau.

proporción de miserias, con la vertiginosa sangría de oro y de vidas, se va agigantando. Es cierto, también que la tristeza y el dolor ennoblecen (4), que de la tortura saldrán los fuertes, limpios y depurados; que la guerra ha movido una asombrosa manifestación de energías y heroísmos, hasta entonces latentes, y que ello constituye una revelación de potencia. Pero el dolor, la energía, el estoicismo, la heroicidad a secas ¿son acaso por ellos mismos la verdadera finalidad humana?

Las ciencias, las ciencias físicas y naturales, como último recurso en la lucha desesperada por la vida, se han desarrollado considerablemente. Nadie ignora los progresos de la aviación y de la navegación submarina, de la cirugía, de la química, etc. Un progreso de habilidad, intelecto y previsión ha seguido a esos descubrimientos. Pero tampoco la habilidad ni el intelecto constituyen nuestra manifiesta finalidad terrena.

En política los adelantos son increíbles. La mayor de las autocracias del mundo se pulveriza en república. Y Turquía, según la expresión de un político, dejará de ser nube negra sobre las comarcas más asoleadas de la tierra. (5) La doliente Polonia, libre; autonomía para buena parte del imperio británico, y Sión quizás dejará de ser un mero sueño místico para el judío errante. Por fin, en Rusia el sufragio universal se ha hecho extensivo a la mujer. De la noche a la mañana, como cosa de cuento, las pretensiones más inverosímiles se ven realizadas en ese imperio fabuloso. El Czar, el papa, el dios, en la cárcel, mientras se pasean, aclamados por Petrogrado, los miserables presos de Siberia para quienes era perdida toda esperanza.

Entretanto el socialismo hace de las suyas y va tomando un incremento progresivo en las cosas de guerra y de paz. Ya se empiezan a ver en Petrogrado las manos ocultas de los comités obreros, y por todas partes las agitaciones de la Internacional. Mas esa inconsciente democracia y ese socialismo populachero apenas si realizan una sustitución de valores y de habilidades. Rusia los ensaya; luego veremos. Pero puede afirmarse de una vez que sus ventajas son muy de ponerse en duda. Todo nos lo

---

(4) Aunque otros piensan lo contrario: "La douleur abaisse, humilie, porte à blasphèmes" ha escrito Renán.

(5) Lloyd George.

está demostrando aquí y allá y ayer y hoy... Y más vale no hacer hincapié sobre otros inconvenientes posibles con la miseria, la despoblación y el amoralismo generales.

El arte reflejará las aristas de esa alma deformada, su cansancio, su morbidez, su escepticismo. De ahí acaso, por reversión, un retorno a la naturaleza, o cierta recrudescencia individualista. El arte será más sincero y más acre, o más exacerbado con la neurosis de cerebros sacudidos por las más extrañas vacilaciones y padecimientos. No es de olvidarse que las guerras del Imperio cuentan por buena parte en las causas de la literatura romántica.

La filosofía misma—si no es que un triunfo definitivo improbable trae cierta embriaguez de entusiasmo—florecerá quizás escéptica, sobre una historia emborronada.

En cuanto a la guerra, por una reacción natural, trocése de guerra de naciones en guerra de principios y de formas gubernamentales. Rusia exultó el Imperio; los aliados protegen, por tradición y por antítesis de antipatía, las doctrinas nacionalistas. Es de esperar que el triunfo aliado—con un favorecer general de la democracia—destruirá esa fuerza manifiestamente contraria al desarrollo humano. Mas esto no es todo, porque si existe un solo modo de bien, las formas de inarmonía son múltiples y pueden aún combatirse revestidas de apariencias contradictorias. Entre mil ensayos inútiles la armonía es un ensayo feliz.

Además, los progresos armoniosos de los hombres no se realizan sino por plenitud. Como en el simbolismo del mito brahmánico, antes de crear, la humanidad se recoge y exalta. Y como la guerra trae, con el debilitamiento consecuente, la supremacía de los móviles materiales, la parte de la sociedad que personificaba con su actividad libre esa plenitud espiritual—la casta de los pensadores y de las almas fuertes—no planea ya fácil sobre la muchedumbre. Está tirada hacia abajo por el dolor, la duda y la desesperanza.

Por ello los adelantos adquiridos son formales, aparentes. Podría objetarse que les falta un paralelismo de espíritu, es decir, el signo del progreso verdadero. La mano del hombre conquista fuerza y supremacía de dioses, pero la mente queda humana. Ya lo dijo Michelet cuando afirmaba, en su balance de

la historia universal, que “todo progresa menos el corazón”. Y, por los días que corren, ese mejoramiento cardíaco no está muy manifiesto que digamos. Los cambios no son tan radicales para arrancar al hombre su psicología eterna y pecadora. Y es de suponer—sin exageración—que mientras existan seres de carne y hueso, habrá no sólo poesía, como afirmaba el romántico, sino—y con mayor razón—sensualidad, envidia, idiotez y los demás atractivos componentes de nuestro barro bíblico.

\*

Teóricamente, para los racionalistas, la finalidad histórica es punto de interrogación, cuando no una certidumbre negativa. Las concepciones de Gustavo Le Bon y la teoría energética de Ostwald están en boga. Huyendo de semejante desolación, los más acuden a una fe cualquiera, espiritualismo o deísmo, en una de sus múltiples modalidades filosóficas y religiosas. Porque la historia, la historia de aquí, de todos los días, la historia real, empírica, no nos muestra más que una cuitada humanidad dando tumbos al correr de los siglos, contradiciéndose a cada paso, detenida por intermitencias del empuje vital, reeditando experiencias seculares que tornan en círculos concéntricos, floreciendo aquí y allá, de manera esporádica, en civilizaciones ruidosas, que apenas nos dejaron un rastro de letra y de leyenda. Tales el “milagro judío”, perpetuado en la Biblia y en las más vitales de las religiones, y el “milagro griego”, al que debemos la armonía y el pensamiento. Esos ciclos cerraron—diría el pobre Vico; y lo que nos distingue de ellos, a más de nuestra bastardía espiritual, es cierto desarrollo intelectualista y científico, a despecho del cual los hombres, mientras sigan siendo hombres, continuarán pidiendo pan, pidiendo gozo, pidiendo una suprema embriaguez que les atempere ese sentimiento trágico del vivir de que habla Unamuno. Es así que hoy por hoy los finalistas en historia son gente discreta, de una irreprochable paciencia. Apostaron una vez al progreso integral y definitivo: salió negro... Eran los tiempos de la invasión siria en Egipto. Apostaron otra vez: tornó a salir negro... Las últimas ciudades griegas caían bajo Roma... y después era Jerusalén. Apostaron: negro... Fué la invasión de los Bárbaros. Y así otra vez y otra vez. Por donde

algunos han barruntado que acaso la rueda de las probabilidades históricas carezca de otro color.

Sin embargo—hay que reconocerlo—, en el movimiento general de la historia se nota una oscura tendencia hacia la libertad individual, cuyas últimas etapas han sido las instituciones inglesas, la Constitución de los Estados Unidos y la Declaración de los Derechos del Hombre. Eso, ante todo, teóricamente...

\*

Sea como fuere, las soluciones colectivas, construídas sobre las masas inferiores, tienen que acomodarse al nivel de esas masas. Todo progreso verdadero ha de ser en espíritu o en dicha. Y la experiencia establece que progresos semejantes—suerte de idealidad inconsciente del Universo—no llegaron a plenitud más que en individualidades de selección. Ninguna forma política, ningún molde religioso pudieron generarlos. La humanidad vale sólo por esas cristalizaciones individuales con las cuales pudo acuñar su escaso tesoro de luz y de amor. Porque la luz, como el fuego de los mitos antiguos, descendió siempre a la humanidad sobre sus cumbres; la revelación vino siempre al hombre del Hombre, o por intermedio de él, poco importa. Si en el mundo de la materia, por un milagro de circunstancias, los cuerpos se hacen fuego, movimiento, vida, y si el reino orgánico culmina en flores y en torsos armoniosos, encarna la virtud de la masa humana en individualidades potentes “cuya aparición da impulso nuevo a las tendencias colectivas y crea nuevos valores”. (6) Son almas *prismáticas*, que funden las dispersas tonalidades del ambiente en un haz blanco y puro.

Pero las muchedumbres—que para las cosas de espíritu conservan una inteligencia insospechable—serán siempre, en historia, *colectivistas*. Ellas han de refugiar en la masa, en el volumen, en la potencia, una aspiración de mejoramiento que no comprenden realizada en individuales formas de perfección. No pudiendo creer en quienes andan solos y con sus pies, creen en la eficacia de los ómnibus. Harto ejemplo luctuoso cuenta la historia de esta *incomunicación* entre las colectividades y el genio.

---

(6) Th. Ribot.—*Revue Philosophique*; París, enero 1917.

Toda solución histórica espiritualista tendrá, pues—por su posible individualismo—más carácter de verosimilitud. La tesis de Ferrero adquiere así plena significación en un sentido individualista. Entendiendo por individualismo la concepción que hace del individuo una unidad, una finalidad, un todo, una energía particular por medio de la cual la sociedad avanza. (7) Confundirlo con el egoísmo es confundir el orgullo con la vanidad. Wilde pudo escribir de Jesús que fué él el primer individualista de la historia. (8) Por otra parte la naturaleza, haciendo de cada ser un universo hermético, pide individualismo.

Que ello pueda o no ser encasillado y mensurado en fórmulas psicológicas—como observa Ribot—nada prueba contra su realidad. Tanto peor para la psicología social. Que algunos pretendan ver en él signos de predestinación y otros lo reduzcan, con Taine, a las tres unidades concretas—esos son achaques de creencias. Y la fe no se discute. La concepción *heroica* de Carlyle es—como las anteriores y como las más de las teorías filosóficas—“verdadera por lo que afirma, errónea por lo que niega”, es decir, incompleta. Pero es lo cierto que de todo tiempo el individualista aparece a la vez modelador de la sociedad y surgiendo de ella, como una combinación nueva de antiguas sustancias, que modifica el conjunto. (9)

En toda la extensión de la historia se divisan, levantándose contra la brutalidad de los hechos, algunos meditativos, algunos solitarios que parecían vivir fuera de la época y traían extrañas palabras. Pues bien, esas palabras—que no las luchas de los partidos políticos, ni todas las codificaciones justinianas—cuentan por única riqueza espiritual de la humanidad. Ellas componen los Vedas y el libro de Job, Fedón y los Evangelios. Y nada más fecundo en consuelo y en alegría, es decir, en divinidad. La obra de Jesús, sola, supera los más pujantes esfuerzos de todas las civilizaciones. Para el progreso verdadero, es decir,

---

(7) Las teorías de Durkheim y otros modernos—que sólo conceden personalidad al Estado—son, como alguien lo ha dicho, misticismos análogos al bizantino realismo de San Anselmo.

(8) *De Profundis*.

(9) Ver, más adelante, la nota sobre la revolución americana.

para el progreso en bien, en dicha, en amor, nada iguala la fuerza del cristianismo original. Otras doctrinas han querido ver la existencia como una ocasión de desdén y de esfuerzo; otras buscaron realizar aquí y allá esmerada selección de hermosura, mas ninguna alcanza la selección universal del cristianismo prístino, porque todas las cosas en amor se tornan selectas.

Eso en cuanto a dicha esencial. Porque en lo tocante al gozo, a la alegría ligera y vibrante, ahí está el alma de la Grecia incomparable, encarnada en el mito de su Dionisos, en el cuerpo de sus arquetipos y en la vida de sus grandes individualistas.

Esos individualistas—emancipados del tiempo y del lugar, pero surgidos de ellos—se llaman en nuestros días el ruso Tolstoy, el belga Maeterlinck, y ese sincero, noble y admirable Guyau.

Véase, por último, en la política de nuestros días, la influencia de personalidades intensas—buenas o malas—tales como un Wilson, un Kerensky, un Lloyd George, un Hindenburg, cuyas vida o muerte han representado más para la lucha que centenares de existencias humanas. (10) Considérense en cambio, por ejemplo, los titubeos de España por falta de un hombre.

\*

Claro está que las formas nuevas valdrán en la medida que favorezcan esos florecimientos espirituales; se les pedirá que al

---

(10) Basta echar un vistazo hacia Sur América para convencerse de que en ninguna parte el individualismo histórico ha tenido más patente realidad. Nuestra independencia fué sólo la obra de algunas personalidades salientes. El pueblo—o la plebe—no contaba: era ambiguo, y tan pronto realista como patriota; mientras de alguien se dijo: "él es la revolución". Y no hay corolario más demostrativo que la historia contemporánea. Desaparecidas las individualidades de sostén, ¿qué han hecho ciertas democracias sino desbaratar con pie torpe la obra de aquellas manos? Y la gente le comprende. Todavía los que tratan de arraigar una esperanza miran hacia los *hombres* probables. Cerca está el ejemplo de México bajo Díaz. Pero pudiera oponérsenos el caso de los E. E. U. U. y otros, progresando de continuo. Aquí figura el empuje del elemento étnico. El problema adquiere entonces significación nacional y es asunto de momento y de raza. Mas la superioridad espiritual, la aparición de los espirituales, no está subordinada ni a una raza, ni a un tipo de cultura, como lo pretende Alemania. Ciertos ambientes, ciertos momentos pueden serle más o menos favorables. Ningún pueblo monopolizó ni realizó nunca en conjunto esas apariciones—que toda nación ha dado esporádicamente. Un chino es Confucio, un indú Buda, etc. . . . italiano es Leonardo, inglés Byron, teutón Goethe, hispano Miranda.

Resulta así aventurado aplicar al germen de la espiritualidad humana ese criterio colectivo de la raza, que explica, cuando más, el origen de ciertas energías nacionales.

menos permitan el germinar del genio libre en medio de las muchedumbres impuras. Teóricamente, la democracia parece la modalidad más propicia; una democracia meramente política, sin menoscabo de la aristocracia de la voluntad y del espíritu. Pero predicarlo, predicar la personalidad, la conciencia, es inútil; esas cosas se cultivan, se valorizan; no se crean. Con la libertad—si la hay—en torno a las nuevas cimas—si las hay—, se hará ciertá luz.

Pero—se pregunta uno—¿el mundo nuevo dará nuevos cuocientes? ¿La luz alcanza esferas más amplias, conquistas definitivas? Las ventajas que hoy pudieran manifestarse—hemos visto—no contribuyen más que indirectamente al progreso esencial; ellas se limitan a eliminar posibilidades francamente contrarias. Porque la armonía—hay que repetirlo—es un ensayo feliz entre mil ensayos; y la armonía continuada, perseverante, implica un cambio radical de nuestra naturaleza. Ante tan flacas conclusiones, predecir o concluir resulta ridículo. El fondo del alma humana permanece idéntico, pero en él todas las combinaciones—hasta la divinidad misma—son posibles. Sólo que las formas elevadas son menos probables y frecuentes.

Eso—se ve—nadie lo ignora. Pero a las veces pasan las cosas como si tal. Además, es bueno recordarlo, siempre que la fascinación de los acontecimientos nos sitúa en una condición extraviada de la conciencia y la serenidad.

El problema de la guerra actual alcanza un máximum de complejidad dolorosa. Al fin y al cabo es el problema eterno que se plantea con nuevos factores. Para la solución del conflicto entre lo divino y lo humano del hombre—como diría Pascal—, los más se refugian en una ultratumba que disolverá y acoplará tanta inarmonía; otros ponen sobre la tierra su fe y su esperanza; otros sonríen... Porque nuestra pobre realidad tenebrosa no hace más que traernos a cada nueva aurora cien nuevas adivinanzas que se resuelven—si acaso—a medias, mientras el número infinito de las incógnitas queda flotando, como fantasmas inquietantes, en la conciencia de los hombres, por los siglos de los siglos.

Entre las combinaciones humanas probables, entre las personalidades posibles, ¿estará—no ya la definitiva—pero, latente,

al menos, un paso hacia el bien, la dicha, la conciencia, la plenitud de los que anhelan desesperadamente?

La historia va andando. Entretanto, los optimistas juegan a ese número de lotería.

ANTONIO CASTILLO PLAZA.

París, 5 de julio, 1917.

---

El autor es un joven venezolano que estudia en París, desde donde nos ha enviado este importante trabajo, por el cual le damos expresivas gracias. Hay en él observación, serenidad, método y amplio y generoso criterio, excelentes cualidades que, unidas a la sencilla y sugerente forma de expresión, revelan una personalidad y un talento bien orientado y nada vulgar. Sus puntos de vista tienen indudable interés para nuestros pueblos americanos.

## JUICIO ACERCA DE LOS SUCESOS POLÍTICOS DE CUBA EN 1906



A guerra civil, apenas comenzada, ocasionó la intervención extranjera. El gobierno norteamericano quitó de las manos a los cubanos las armas con las cuales iban a desangrarse y las teas encendidas ya, que convertirían en pavesas los edificios y los cultivos hechos después de la independencia. Los desastres de entonces, apenas borrados, amenazaban tener nueva y más asoladora resurrección. ¿Era justa la guerra? Seguramente no. Las civiles lo son muy pocas veces; casi pudiera decirse no lo son nunca, tan contadas resultan las ocasiones en que pudiera reputarse indispensable solución, y siempre por cuestiones fundamentales, que afecten de manera honda a la sociedad, no por intereses personales, pequeños ante los inmensos colectivos que se lesionan con las revueltas intestinas; ocasionan retrocesos tales, que requieren muchos años para repararse. Eche, quien quiera, una mirada sobre el cuadro que habría ofrecido Cuba, dejada a sí misma, si la contienda civil hubiera tomado vuelo. El crédito público extinguido; los campos y las fábricas incendiados; hasta las poblaciones posiblemente destruídas; los ferrocarriles sin tráfico, con sus locomotoras silenciosas en las estaciones escapadas de las llamas, o volcadas entre los escombros de los puentes o las alcantarillas; y, como complemento de todo esto, la sangre brotando de las entrañas del pueblo cubano, aun no restablecido de la tremenda herida de su lucha por la independencia. Y consumada tamaña desolación, para que no continuase en el poder un hombre que había cometido errores, pero, naturalmente bueno, administra-

dor intachable de la fortuna pública, de la cual no hizo derivar nunca, en su provecho, ni un solo centavo, y al que asesoraba un Consejo de Secretarios también equivocado en no pocos de sus métodos de gobierno, pero compuesto, en su mayor parte, de elementos prestigiosos de la guerra de independencia y de intelectualidades del país.

Si alguna lucha civil armada pudiera justificarse, sería aquella que tratara de derrocar formas de gobierno arbitrarias, fundadas en privilegios tradicionales, no derribables por otros medios extraños a la violencia. Aun así, precisaría agotar los recursos de la propaganda y de la lucha pacífica. ¿A título de qué derecho, con qué fundamento de justicia una parte de un pueblo, siquiera sea la mayoría de él, puede aniquilar la riqueza y el bienestar de todos?; bienestar y riqueza, que no son, siquiera, de los que en determinado momento los poseen, sino que son la herencia legada por las generaciones que fueron, y que, tras el usufructo por la presente, debe ser transmitida a la venidera. No puede admitirse que sea buena doctrina, y argüiría siempre un estado imperfecto de organización social, afirmar el derecho a la rebelión para cambiar un gobierno, cosa muy otra que una forma o un sistema de gobierno, aunque sea para sustituirlo por elementos mejores.

Si la finalidad de toda acción social colectiva debe ser el bien, ¿qué beneficio puede derivarse de la destrucción de la riqueza existente y de las vidas de miles de ciudadanos, para cambiar sencillamente unos hombres por otros hombres en la administración de los asuntos públicos? La existencia de los individuos es demasiado corta para que una sociedad no pueda aguardar su término y decida su propia ruina para libertarse de un mal necesariamente pasajero. Cualquier resolución violenta que en casos tales se adopte, podrá encubrirse con frases altisonantes, podrá afirmarse que se toma en nombre de grandes principios; pero siempre, ahondando un poco, se hallará un móvil personal y pequeño, aunque la apoyen masas numerosas, y será posible sólo en aquellos países de nivel muy bajo de cultura, que haga deficiente la percepción real de sus conveniencias sociales.

La guerra civil de los Estados Unidos estuvo incubándose más de setenta años, y los estados antiesclavistas agotaron todos

los medios de propaganda para hacer triunfar sus ideas de justicia, de progreso y de libertad. Tras de vencer en los comicios con su candidato Lincoln, sólo impusieron su solución por la violencia cuando los esclavistas del Sur los llamaron al terreno de la guerra, al disparar el primer cañonazo contra la Unión. Se trataba, no obstante, de la más justa de las rectificaciones y de los grandes intereses industriales y agrícolas de los estados no esclavistas; sostenían ruinoso concurrencia con las producciones del trabajo servil de los del Sur.

Don Tomás Estrada Palma y sus consejeros incurrieron en faltas gravísimas; no cabe negarlo, aunque no lo fué el aspirar a la reelección. Aspiró a ella, pero esto era perfectamente legal. La Constitución la autoriza, y hasta puede reputarse conveniente la autorización. El período de cuatro años, señalado al desempeño del cargo presidencial, es corto; lo sería, sin duda, para un gobernante de iniciativas fecundas, de buenas prácticas administrativas. La conveniencia pública demandaría, o, por lo menos, debería demandar, la prolongación de sus funciones, y a ello atiende el Código Fundamental; por eso acepta la reelección. No ha sido puesta allí a humo de pajas y de caprichosa manera. Lo malo para un país no es que un gobernante lo dirija ocho años; lo malo en todo caso sería que perdurase durante ese tiempo un sistema deficiente, y que aun cupiera prolongarlo por período indefinido. En ocho años se obtiene de un hombre bueno todo el beneficio posible; como en el caso de ser malo, puede, sin grave perjuicio social, reducirse su daño limitando a un cuatrienio su gobierno. Es, pues, la reelección fórmula práctica de continuar con un gobierno conveniente; como la elección cuatrienal es la de acortar o reducir a un límite soportable las gestiones de uno inconveniente.

Don Tomás Estrada Palma pudo aspirar a la reelección; tenía títulos sobrados para pretenderla. Bajo su gobierno alcanzó la República una prosperidad material extraordinaria. La producción creció; las vías de comunicación se multiplicaron; los capitales extranjeros acudieron, confiados, a la explotación de las riquezas naturales, y en todas partes reinó el orden y el respeto a las leyes, aplicadas sin platónicas conmiseraciones. El Tesoro, ahito de fondos, permitió acometer nuevas obras públi-

cas y esperar, sin temores, cualesquiera de las dificultades económicas y financieras propias de un pueblo joven. Sin haber recurrido sus Secretarios de Despacho a los procedimientos violentos, es presumible que hubieran ganado las elecciones por las solas ventajas del renombre de Estrada Palma entre los elementos productores y por las que proporciona el disfrute del poder. Esa misma apreciación formaron los comisionados norteamericanos después de hecho, sobre la situación de Cuba, el juicio cabal que explanan en su informe al Presidente Roosevelt.

El error de Estrada Palma fué entregarse en cuerpo y alma al Gabinete llamado de Combate, y no haberlo sabido refrenar a tiempo y limitarlo a la acción natural del poder. No requiere éste grandes violencias, por cierto, sobre todo, en países de sistemas centralizados como lo es históricamente Cuba, para dejarse sentir, con pesadumbre de plomo, sobre el cuerpo electoral. Son demasiado halagadoras sus mercedes para que se las resista fácilmente. Exteriorizar la acción y sacarla de los límites de lo excusable, para entrar de lleno por el camino de la arbitrariedad, fué jugada peligrosa y de todo punto innecesaria, aun en el caso de intentar el triunfo en condiciones peores que aquellas en las que se encontraban don Tomás y sus amigos políticos.

Los elementos liberales no formaban un todo homogéneo, ni mucho menos. El núcleo de las Villas, tan poderoso, estuvo, hasta muy adelantado el período electoral, en unión con los moderados; comenzaron juntos la organización del partido. Separáronse por cuestiones secundarias, sin importancia real. Tan pequeña resultó la causa de la ruptura, que la fórmula rechazada la aceptaron después, sin discusión, esos mismos elementos, al unirse a los nacionales acaudillados por el doctor Zayas. Fué un pretexto, cogido por los cabellos, para no seguir con los que se decidían por la candidatura del señor Estrada Palma. El deseo de los villareños era pura y sencillamente llevar a la magistratura suprema al general José Miguel Gómez. Los hechos posteriores evidenciaron que la unión de los nuevamente asociados era aparente y circunstancial; en el fondo palpitaba un antagonismo tamaño; que no había entre ellos soldadura posible, ni alianza verdadera.

Las corporaciones municipales las cambió, sin miramientos, Gobernación. No se habían portado bien en la mayoría de los casos y eran las mismas dejadas por la Intervención; pero se pregonó, *urbi et orbi*, que las medidas tomábanse más por convenientes al partido en el poder, que por justas. Se hizo alarde de encaminarlas a asegurar, por el distinto matiz dado a los ayuntamientos, el triunfo moderado; no lo contaban muy en la mano. Se hizo también perder el respeto y la confianza en la Guardia Rural. Se la mezcló más de lo conveniente en los asuntos políticos, y se debilitó, por tal modo, la base fundamental de la paz. Por añadidura, y para colmo de desaciertos, utilizóse la administración de justicia para los fines electorales perseguidos. Se exasperó así a cuantos sintiéronse faltos de la más grande de las garantías sociales. Formóse un cúmulo tal de combustible, por éstos y otros análogos hechos, que hizo peligroso el más mínimo chispazo, siquiera tuviese apariencias de débil y desmedrado en sus comienzos.

La muerte de Enrique Villuendas, y las violencias del día siguiente, para copar las mesas de inscripción, llenaron la medida. La colmaron el desenfreno e impudicia con que se llenó el censo de nombres supuestos, a veces indecorosos, como para mayor befa de las elecciones definitivas; y no se dejaron puestos para la oposición, cual si fuera cantidad inapreciable en el país y digna de echarse a un lado sin miramientos ni peligros. Y tras semejante conducta, ni un mendrugo para los hambrientos, ni una esperanza para los caídos, ni una hoja de parra para los necesitados pudibundos, ni una palabra de reconciliación o de aliento para los vencidos. Por lo contrario, la intransigencia triunfante en todos los órdenes; las frases burlonas en todos los labios para las amenazas de sacudidas; y la vigilancia descocada de los agentes policíacos sobre cuantos no comulgaron en oportuno momento en la iglesia moderada y se significaron algún tanto en el contrario bando.

No se tuvo en cuenta la realidad de existir, entre los por tal manera proscriptos, no pocos hombres de pelo en pecho y muchos prestigios revolucionarios con parciales devotos, capaces de concurrir a cualquier llamamiento, y muy prácticos, y hasta, en cierta manera, encariñados con la vida de aventuras y emociones

de la manigua. No pocos eran generales que habían combatido en la guerra de independencia, y muy capaces, a una sola voz, de hacer montar sobre sus caballos a sus antiguos conmitones, faltos, en mayoría, de la percepción indispensable para apreciar en su alcance las consecuencias de sus resoluciones. A ellos seguirían, sin duda, la gente maleante y levantisca, sobrada siempre en los países de explotaciones agrícolas centralizadas; de esos latifundios que demandan grandes masas de hombres trashumantes y sin nexo con la tierra y con sus producciones. Gente ganosa de novedades, como esperanza de remedio a sus estrecheces, y salida, en fecha reciente, de un período de emociones, aventuras y relajamiento de los lazos fundamentales de toda sociedad bien constituida: la familia, la religión y la disciplina colectiva acatada y mantenida por los más.

La acción realizada por los moderados, aun admitiendo en sus elementos prominentes el propósito sincero del bien; aun aceptando que reconociesen por móvil el convencimiento de que las condiciones del país, por su falta de preparación, demandaban una acción tutelar interna, y que esa acción la ejercitaran los elementos cultos y solventes desde el triple punto de vista moral, intelectual y económico, debieron contar previamente con la fuerza para imponerse. Fué error supino no presumir la resistencia y no prepararse a vencerla por el solo medio de conseguirlo. La frase célebre de Salustio: "*Si vis pacem para bellum*", es igualmente aplicable a las relaciones externas que a las internas de una sociedad; y Estrada Palma, al declarar una y mil veces que en Cuba no había ciudadanos, y que precisaba formarlos lentamente desde la escuela; al aceptar la necesidad de falsear la voluntad popular para una acción fecunda, debió poner los medios para llevar a vías de hecho su propósito y no correr el riesgo de verlo frustrado y de comprometer, al paso, los altos y permanentes intereses nacionales y quizás hasta la propia existencia del Estado.

No se puede ser ora dictador, aunque se aplique el vocablo en su acepción más alta, ora demócrata puro, guardador y acatador de las fórmulas completas de semejante clase de gobiernos. Hay que aceptar, con resolución y con cálculo, uno u otro camino; de lo contrario, aun el espíritu mejor dispuesto en favor de

los intereses colectivos, fracasará; y lejos de proporcionar el bien, ocasionará el mal, y en lugar de dar estabilidad, sosiego y progreso material y moral, ocasionará inestabilidad, agitación y retroceso en todos los órdenes. Los daños serán entonces inmensos e irreparables, y la Historia guardará censuras para quien, aun con los más sanos propósitos, haya perturbado el organismo social y puesto en peligro la riqueza, la vida y las relaciones armónicas de sus elementos constitutivos.

Al estallar el conflicto, faltó energía para ahogarlo y faltó también ductilidad para desvanecerlo. Los hombres del poder, el mismo Presidente, el primero, mostráronse más como apasionados que como reflexivos. Al verse ante la realidad, no debieron correr ciegos al naufragio; debieron sacrificar, en aras de los grandes intereses patrios, su amor propio, y ya cometido el desafuero a nombre de esos mismos intereses, y no preparados para sostenerlo por la fuerza, debieron transigir con la realidad; no obstinarse en mantener el principio de autoridad, en aquella sazón vencido por la falta de cálculo. Los gobernantes no pueden tener amor propio, y mucho menos subordinar a él los problemas nacionales; ante las necesidades de la existencia de la Nación, todo lo personal y hasta lo general debe sacrificarse.

Los comisionados norteamericanos abrieron el camino y facilitaron los medios de avenencia. Primero los veteranos, con el General Menocal a su cabeza, dieron base para la transigencia. A ella debió llegarse, aunque cupiera, después de salvadas las dificultades del momento, la renuncia del Jefe del Estado. Ante el falso concepto de amor propio sostenido por los hombres del Gobierno, y tan fatal para los individuos y para las colectividades, asombráronse los comisionados, sin poderse dar cuenta de la inflexibilidad de Estrada Palma y de sus consejeros. Se dice que al exclamar en tono descompuesto D. Tomás, en una de sus entrevistas con Mr. Taft: "No puedo entrar en acomodos con los rebeldes a mi autoridad legítima", el representante americano le contestó con ruda frase: "El Sr. Presidente sabe que su elección no ha sido correcta." Podrá ser o no absolutamente cierta la referencia; lo es que circuló como tal, y de todas suertes probaron los hechos que el convencimiento de la verdad pasada en el período electoral, indujo, más que ninguna otra clase de

consideraciones, a los delegados de Mr. Roosevelt a mostrarse transigentes con los alzados y a darles, en cierta forma, la razón.

Estrada Palma, resuelto ya a retirarse inmediatamente del Gobierno, no debió nunca admitir la renuncia de sus Secretarios, y mucho menos sin nombrar otros para sustituirlos. Hacerlo, y presentar la suya y la del doctor Méndez Capote, era agravar una situación por sí misma difícil, y obligar a la intervención extranjera. Era crear un estado anárquico que no tenía otra solución que la que tuvo, o aun otra peor. El Presidente carecía de derecho para dar ese paso, y debieron hacérselo ver bien claro cuantos se hallaban cerca de su persona. Existía una ley que precisaba cumplir: la de Sustitución Presidencial, y no tiene atenuantes el hecho de haber puesto los medios para su incumplimiento. Los propios Secretarios a quienes, por la misma, incumbía asumir las responsabilidades del Gobierno, cometieron falta inexcusable al abandonar sus cargos y esquivar la tormenta. Hay instantes en los cuales quienes ocupan puestos supremos no pueden retirarse, y mucho menos si las contingencias han sido previstas por la Ley. ¿Para qué existen, si no es para esas situaciones extremadamente excepcionales? Aun en el supuesto de que las renunciaciones fueran presentadas antes de conocida la resolución irrevocable del Sr. Estrada Palma, los Secretarios de Estado y de Gobernación debieron rectificar al enterarse de aquélla. No pudieron volver la cara a sus obligaciones y dejar al gairete, abandonada a las pasiones de los partidos o a manos extranjeras, la dirección de la nave nacional.

¿Y qué decir de los congresistas? ¿Cómo justificar su conducta? ¿Cómo atenuar su responsabilidad? Sólo la inexperiencia; sólo la absoluta ignorancia del alcance real de las consecuencias, puede cohonestar, en parte, sus actos. Acordaron por unanimidad, en la tarde del 28 de septiembre de 1906, concurrir a la sesión del Congreso y terminar de modo total su misión, y en la noche de ese mismo día, por cuatro votos, 20 contra 16, resolvieron no volver al salón de sesiones y consumir el derrumbe de las instituciones patrias, sin que siquiera se pidiese al Gobierno extranjero, que iba a asumir la dirección del país, garantías para resguardar la personalidad nacional; y esto presumiendo o estando seguros, por las propias frases de Mr. Taft, que hasta la

bandera cubana dejaría de ofrecer su sombra a las fortalezas y edificios públicos y que abriríase una inmensa interrogación sobre el futuro de nuestra nacionalidad. Ni aun los 16 que votaron por la vuelta al salón de sesiones cumplieron con todo su deber: debieron, separándose inmediatamente de lo acordado, ir a ofrecer su concurso para una avenencia que salvase, con una solución cubana, los supremos intereses de la patria.

Los comisionados norteamericanos procedieron de la única manera que podían hacerlo. El incendio revolucionario había tomado una intensidad extraordinaria antes de su llegada. Las quejas sobre las elecciones eran fundadas; las mismas declaraciones de los actores principales las confirmaron. Apoyar decididamente a Estrada Palma, habría prolongado la guerra y ocasionado ruinas y sangre; quizás la ocupación militar del país y la prolongación indefinida de ella. Aunque contraria a los planes de los estadistas norteamericanos, nunca hubieran faltado quienes, tras la necesidad de su acción, hubieran creído entrever la falacia y el deseo encubierto de aprovechar, para la realización de aspiraciones expansionistas, el momento y la oportunidad ofrecidos; que los hechos más suelen apreciarse por sus efectos que por sus causas.

El propio Roosevelt puso en juego todos los resortes a su mano para lograr un acomodo entre los contendientes; los documentos oficiales lo demuestran plenamente. Suplicó, con insistencia notoria, a D. Tomás; advirtió a Mr. Taft que no emplease en lo posible la palabra "intervención", aunque sin titubear un instante en el cumplimiento de lo que estimaba su deber: el mantenimiento de la paz. Y cuando llegó el instante definitivo, dispuso que la bandera cubana continuara ondeando sobre los edificios públicos. Era prenda del propósito de reintegrar a la República en sus funciones, tan pronto como se restableciera la calma y pudieran verificarse elecciones ordenadas, determinantes de la voluntad de la mayoría del país. Todo al amparo de leyes bien preparadas y que garantizasen los derechos; muy principalmente, la representación de las minorías en las asambleas.

El pueblo proletario simpatizó con los alzados. Se dió el caso de irse al campo personas que habían ayudado a los moderados.

No apreciaba las consecuencias terribles que para él, principalmente, tendría la guerra; olvidó la enseñanza espantosa de la de independencia, en que los mayores sufrimientos fueron para la clase pobre. En esos desastres, la sociedad donde se producen rueda por plano inclinado hacia un abismo, pero conservan sus componentes la posición relativa que ocupaban, y la masa proletaria sufre, en el fondo, la presión asfixiante de las demás. Todas las clases padecen, pero las estadísticas demuestran que son las pobres, principalmente, las que contribuyen con un número superior de víctimas en semejantes desastres. La paralización de la vida social fue intensa y brusca; mucho más intensa y más brusca que en la guerra de independencia, porque se ofrecían menores garantías a la propiedad. Apenas comenzada la revolución, los intereses vieron su desamparo y la postración de las energías fué absoluta; instintivamente se presintió que, abandonados los cubanos a sus propios medios, un estado caótico se produciría en pocos meses, para quedar la riqueza aniquilada, sin posible resurrección en período de tiempo indefinido, pero seguramente largo; siempre mucho más largo que el requerido después de la guerra de independencia.

Los alzados, aun los jefes más prominentes, favorecieron la apropiación de los caballos ajenos y dieron ese funesto ejemplo a las masas ignorantes que los seguían. Muchos jóvenes de buena sociedad, preciados de alto concepto de lo justo, pasearon después hermosos animales cogidos ¿a quién? ¿A los enemigos?; no, a los pobres propietarios, que en muchos casos no habían ni aun tomado cartas en la lucha electoral, y en otros habían votado por los liberales. En ciertos pueblos dispusieron los jefes de las partidas de los fondos municipales como botín de guerra. ¡Botín de guerra sobre una población de conciudadanos que ni siquiera habían hecho resistencia! En ningún momento se regularizó la lucha imponiendo contribuciones, pero respetando en absoluto la propiedad de los neutrales. Se vivió sobre el país, y se vivió sin llenar ninguna fórmula empleada en pueblos civilizados que luchan; revistió su forma más primitiva, ofreciéndose un cuadro pavoroso de desquiciamiento y subversión. ¡Cuál hubiera sido el término si la mano de los Estados Unidos no hubiera separado los elementos dispuestos a destrozarse y a

sumir a la sociedad cubana en el desconcierto y la anarquía más letal!

No fue propósito de los iniciadores del movimiento llegar a tamaño estado de desorganización, pero ese fue el resultado. Es seguro, o casi seguro, que a no intervenir los Estados Unidos espontáneamente, lo hubieran hecho, a la postre, bajo la presión de las grandes naciones europeas interesadas en la paz de Cuba y de los propios intereses americanos comprometidos. Hay empleados en ella demasiados capitales para mirar indiferentes su aniquilamiento, y han de requerir hasta las armas para el mantenimiento del orden que los garantiza. La misma posición geográfica de nuestro país, tan importante o más importante que la de Egipto, si ofrece ventajas para sus hijos, impone también deberes. No se puede en balde perturbar la tranquilidad en el cruce de tantos intereses mundiales y en un centro de abasto de artículos de uso indispensable a grandes masas sociales. El derecho de los hijos de un territorio a ventilar sus propios asuntos, no es absoluto; es relativo, y exige los resguardos necesarios a los intereses de los demás; muy especialmente cuando éstos tienen medios sobrados para obtener el respeto y sienten la voluntad de ponerlos en acción para lograrlo.

D. Tomás Estrada Palma fue víctima de su propio carácter y de su inexperiencia en el gobierno. Hombre honrado hasta la exageración, si cabe exageración en la honradez; amante ardiente del progreso de su país y de su bienestar; conocedor de las deficiencias de cultura y de moral social de sus conciudadanos, pensó hacer un bien manteniéndose al frente de los asuntos públicos. No quiso dejar al tiempo y a la escuela la labor lenta de hacer la preparación indispensable, ni supo por la dictadura verdadera asegurar el resultado de su plan; y los acontecimientos le sorprendieron indeciso y débil para dominarlos por la violencia. Fué inflexible y tenaz para transigir, y hasta se negó a escudarse en cierto modo tras la solicitud del Gobierno americano para poder continuar más adelante, y vencida la resistencia armada, la persecución de sus propósitos educadores, sin abrir en la vida nacional el peligroso paréntesis que se hizo indispensable.

Lo perdió todo por su obstinación. Comprometió su fama ad-

quirida a cambio de tan largos sacrificios; se anejó, en gran parte, el cariño que aun le profesaban muchos elementos, y amargó los años postreros de su existencia. En el silencio del hogar, y borrados los apasionamientos de los instantes de crisis, no pudo dejar de sentir dudas sobre lo acertado de su conducta. Es muy posible que más de una vez las lágrimas surcaran sus mejillas, no como sentimiento por el poder rendido, sino como reconocimiento tácito de posibles yerros. ¡Cuál no hubiera sido su crédito después, si ante la inminencia de la caída nacional hubiera realizado el sacrificio de su amor propio; si en lugar de insistir en presentar su renuncia en aquellos instantes, hubiera aceptado continuar en el poder hasta el restablecimiento del sosiego público, para retirarse después!

Quizás pensó que este sosiego no podía restaurarse sin el cambio radical e inmediato de gobierno; que su autoridad quebrantada no serviría de valladar a las pasiones desbordadas de los vencedores, y que, como lo dijo en su carta, resultara de todo punto inútil su sacrificio. Pero, entre la duda en el éxito y la realidad del desastre, debió llegar hasta el Calvario. No se hubiera perdido nada con la prueba, y su prestigio tampoco habríase amenguado al consignar su propósito de retiro en plazo inmediato, dentro del indicado por la última súplica del Presidente Roosevelt. Si más tarde halló, pese a sus errores, el respeto de la inmensa mayoría de los elementos sensatos del país, con semejante muestra de abnegación sobrepujaría en el recuerdo cariñoso a las más encumbradas figuras de la historia patria.

¡Infortunado anciano de tan altas virtudes inmensamente superiores a sus faltas! Sacrificó a las libertades de su país sus energías, su bienestar y el tranquilo disfrute de su existencia. Por no transigir con la opresión colonial, se impuso larguísimo destierro y privaciones de todas clases. En el poder procuró encauzar la administración por senderos de pureza y economía absolutas; se empeñó en restablecer la moral pública, por el respeto y la santidad de la familia; en limitar los peligrosos avances de la ostentación y del lujo, por una vida de modestia puritana; y en prevenir, por la reserva de los recursos nacionales, las contingencias de las crisis y las penurias económicas. Inspiró,

por todos los medios, confianza al capital extranjero, y lo incitó a nuevas inversiones lícitas y a explotar las riquezas yacentes de nuestro suelo ubérrimo, siempre dispuesto a prodigarlas ante las solicitudes de las iniciativas. Nadie como él elevó, ni podrá elevar en lo futuro, a más alto grado el prestigio cubano; abrió a su comercio de par en par las puertas del crédito, y acrecentó, en proporciones fabulosas, su prosperidad económica. En sus horas de soledad, tras el derrumbe, pudo servir de bálsamo a las llagas de su alma la santidad y alteza de miras de sus propósitos y la confianza de que, en pos de la caída postrera, al llegar la hora de pesar en la balanza de las almas las buenas y las malas acciones, y de depurar, sin temores a la concurrencia personal, las cualidades del desaparecido, la grandeza máxima de sus servicios borraría por completo el recuerdo de sus errores y una página brillante consagraría la Historia a su nombre. La perfección suprema es imposible en lo humano, y el martirio que terminó la vida política del gran patriota purgó con creces sus faltas y dejó sus virtudes para ejemplo de los que le sucedieran y para honra y prez de su memoria.

RAFAEL MARTÍNEZ ORTIZ.

---

Este brillante trabajo, en que el autor se ha esforzado en ser imparcial, es el capítulo IX de la segunda parte, en prensa, de su obra histórica sobre Cuba independiente, cuyo primer volumen apareció en 1911, bajo el título de *Los primeros años de independencia. La Intervención y el establecimiento del Gobierno de Tomás Estrada Palma* (Habana, 399 págs.). Valiosas reflexiones de hombre sereno y juicios condenatorios de la apelación a las armas para cambiar a unos gobernantes por otros en nuestra patria, hay en la obra del Dr. Martínez Ortiz; y aun cuando ciertas opiniones suyas pueden ser rebatidas, CUBA CONTEMPORÁNEA, que no comparte alguna de las expuestas en este capítulo, lo publica por el valor que tiene y en obediencia a su programa, y agradece a su distinguido autor la cortesía de la primicia. El Dr. Martínez Ortiz es médico y fué miembro de la Cámara de Representantes por la provincia de Santa Clara, Secretario de Hacienda y también de Agricultura durante el gobierno del general J. M. Gómez, y es Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Cuba en París.

# GUILLERMO HICKLING PRESCOTT

(1796-1859)

## HISTORIADOR DE ESPAÑA



BIEN merece este esclarecido escritor norteamericano el título de historiador de España. Escribe Prescott sobre los reinados de Fernando e Isabel, de Carlos V, de Felipe II, y acerca de las conquistas de Méjico y Perú, trazando el completo panorama de los más brillantes períodos de la historia nacional española.

Nadie hubiera imaginado que tal había de ser su obra cuando en 1842, año en que comenzó a estudiar el idioma español, escribía a su amigo Bancroft en los siguientes términos:

Estoy lidiando con los españoles este invierno, pero no tengo los mismos bríos que para los italianos tuve. Dudo que haya muchas cosas estimables que la llave de la sabiduría abra con ese idioma" (1).

Inaugura Prescott su labor hispanista con la *Historia del reinado de los Reyes Católicos Fernando e Isabel*, publicada en 1837. Considerábalo Ricardo Ford (2) como la mejor obra histórica que produjo América y no inferior en mérito a cualquiera de las aparecidas en Europa en la primera parte del siglo XIX. No obstante su mérito superior, nuestro historiador abrigaba dudas acerca de la excelencia de su trabajo, y vaciló mucho antes de darlo a la imprenta. Refiere Ticknor (3) que, en estas dudas, consultó Prescott a su padre, conforme solía hacerlo siempre, el cual le aconsejó su publicación, agregando que el

---

(1) GEORGE TICKNOR, *Life of William Hickling Prescott*, Philadelphia, 1875, pág. 68.

(2) *Quarterly Review*, 1839, vol. LXIV, pág. 58.

(3) Obra cit., pág. 96.

hombre que escribe una obra y luego tiene miedo de publicarla es un cobarde.

El autor había vacilado mucho antes de elegir el tema de su primer ensayo histórico. Finalmente dudaba entre escoger la historia del reinado de los Reyes Católicos o la historia de la revolución que convirtió a Roma en monarquía. Con fecha 19 de enero de 1828, escribe la siguiente nota en su memorándum:

Creo que el tema español será de mayor novedad que el italiano; más interesante para la mayoría de los lectores; más útil para mí, porque me iniciará en otro y más práctico ramo de estudio; y no más arduo en cuanto a las autoridades que hayan de consultarse ni más difícil de ser tratado, gracias a la luz que ya me han suministrado juiciosos opúsculos sobre las partes más intrincadas del tema, y al año de estudios preparatorios que, como novicio en una nueva vocación literaria, he de dedicarle. Las ventajas del asunto español, en conjunto, contrapesa la inconveniencia del consiguiente año de estudio preliminar. Por tales razones, opto por la historia del reinado de Fernando e Isabel. 19 de enero de 1826.

Y veintiún años más tarde agregaba con lápiz la siguiente nota, al margen:

Una elección afortunada. Mayo de 1847.

Efectivamente, fué un acierto de Prescott el escoger este reinado, el de más pura gloria de toda la historia española, y del cual, por inexplicable ceguedad, apenas si se habían ocupado los historiadores extranjeros. Aunque, como consigna Prescott (4),

los autores ingleses han hecho más por ilustrar la historia de España que cualquiera otra, excepto la suya propia,

y no obstante haber aquéllos estudiado y escrito sobre todos o casi todos los reinados de la España moderna, desde el de Carlos V (1500-1558) hasta el de Carlos III (1716-1788), nada dijeron acerca del reinado de los Reyes Católicos, que es sin duda el más trascendental de la historia moderna española, en el cual se lleva a cabo la unidad política y religiosa de la Península, se descubre y principia la colonización de América, se conquista el reino de Nápoles, florece la Nueva Atenas o Universi-

(4) *History of the reign of Ferdinand and Isabella The Catholic*, Philadelphia, 1872, pág. IX.

dad de Salamanca, échanse en todos los órdenes los cimientos de la España moderna, y descuellan las figuras legendarias y magníficas, dignas de aquel período de epopeya, de Cristóbal Colón, Gonzalo de Córdoba, Cardenal Cisneros, Vasco Núñez de Balboa, que toma posesión de todo un Océano en nombre de España, Hernando del Pulgar . . .

Prescott pone manos a la obra tomando como fuentes principales la *Historia crítica de la Inquisición, desde Fernando V hasta Fernando VII*, de Juan Antonio Llorente, la general de Marina, la *Guerra de Granada*, de Hurtado de Mendoza, las crónicas de Zurita, los trabajos de Sempere, Capmany Surís, y Diego Clemencín, las crónicas hispano-árabes traducidas por Conde, las colecciones de Navarrete, y las crónicas de los Reyes Católicos, de Pulgar, las cuales, sin embargo de ser la fuente principal de cuanto sobre dicho reinado se ha escrito, Prescott omitió en el prefacio al consignar las más importantes obras entre las precitadas. Asimismo pudo mencionar al Cura de los Palacios, quien tantas noticias nos da del reinado en cuestión, y la correspondencia de Pedro Mártir. Puede decirse que Prescott fué el primer extranjero que se ocupó del reinado de los Reyes Católicos, pues las otras dos obras de autores extraños que abarcan el reinado completo de los Reyes Católicos (5) ofrecen escaso interés. Estaba reservado a un hijo de América el pagar dignamente el primer tributo a la historia de este reinado en que se descubrió e inauguró la obra civilizadora de su continente,

y seguramente—escribe nuestro historiador (6)—ningún asunto podría hallarse más adecuado a la pluma de un americano que una historia de este reinado bajo cuyos auspicios fué revelada por vez primera la existencia de su propio y favorecido país.

Se ha acusado a Prescott de mantenerse en la narración histórica fuera del terreno filosófico, o mejor dicho, de no cultivar la filosofía de la historia. Pero, protestante y extranjero, su historia del reinado de los Reyes Católicos no hubiera revestido acaso tanta imparcialidad, ni inspirara tanta confianza a los lecto-

(5) Abbé Mignot, *Histoire des Rois Catholiques Ferdinand et Isabelle*, París, 1776; Rupert Becker, *Geschichte der Regierung Ferdinand des Katholischen*, Prag und Leipzig, 1790; ambas citadas por Prescott.

(6) Prefacio a la edición de Filadelfia de 1872, pág. XII.

res, si en vez de limitarse a la narración, el autor hubiera ahondado en la crítica histórica, dándonos a cada paso sus opiniones en materias de religión, moral y política. Por otra parte, es de lamentar que no filosofara un poco, pues la ocasión era propicia para estudiar, en este reinado, el origen de toda la España moderna, el nacimiento de instituciones que luego han venido a incorporarse a la vida española, algunas de las cuales aun han traspasado las fronteras. Sólo el dominio perfecto que del tema tiene Prescott, podía permitirle descubrir tantas inexactitudes y errores de los escritores que en algún punto particular se habían ocupado del mismo reinado. Así le vemos enmendar la plana a Hallam, Guizot, Bouterwek, Llorente...

Aunque, como primera obra del autor, el estilo está algo repulido, tiene concisión, claridad y poca o ninguna broza literaria. La narración es pintoresca, vívidas las descripciones, amplia y liberal la crítica. No obstante adoptar alguna que otra vez la actitud de juez que falla y sentencia, en general las obras de Prescott están exentas de esos dogmatismos que afean tantos trabajos de su género. Conforme ya ha anotado la crítica, entre lo mejor del libro, por lo que al estilo concierne, figura la descripción del regreso de Colón después de su primer viaje, y la pintura del cardenal Giménez de Cisneros. De lo más notable igualmente es su hermosa disertación sobre los romances españoles.

Seis años después, es decir, en 1843, aparece la *Historia de la conquista de Méjico, con una ojeada preliminar a la antigua civilización mejicana, y la vida del conquistador Hernando Cortés*. Había ya tratado Solís el mismo asunto en su *Conquista de Méjico* (1684), obra maestra de su autor y de su tiempo. Solís era un excelente historiador y un literato; su plan está siempre bien meditado y fielmente seguido. Por su poderosa imaginación y estilo nervioso y fuerte, sus descripciones son muy superiores a las de Prescott y más impresionantes. Pero le faltan la serenidad e imparcialidad de éste. También el inglés Róbertson se había ocupado brevemente, en su *Historia de América* (1777), del mismo tema. Mas, anticuadas ambas obras, estaba haciendo falta un historiador moderno de altos vuelos que rehiciese la historia de la conquista, aprovechando los copiosos materiales acumulados en diversas épocas, gracias particularmente a la diligencia del

historiador de las Indias, Juan Bautista Muñoz, de Vargas Ponce y Martín Fernández de Navarrete.

Washington Irving empezó a preparar, en 1838, una historia de la conquista de Méjico. Tres meses llevaba ya coleccionando y revisando sus documentos de información y crítica, cuando tuvo noticia de que Prescott se ocupaba en el mismo sujeto. En un arranque de generoso desprendimiento, de esos que tan contados suelen ser en el mundo de las letras, ofrecióle Irving los materiales que ya había reunido.

Y cediendo el tema a usted—escribe a Prescott, en carta fechada en Nueva York el 18 de enero de 1839—, entiendo que no hago sino cumplir un deber, dejando que uno de los más magníficos temas de la historia de América sea tratado por quien levantará con él un imperecedero monumento a la literatura de nuestro país.

Y, realmente, el hijo de Boston estuvo a la altura de su cometido, escribiendo una obra notable; aunque, en verdad, tal historia era para escrita por un César o un Jenofonte de la edad moderna.

La historia lleva una introducción sobre la antigua civilización azteca, que, si nos es permitido, nos atreveremos a declarar lo mejor de la obra. Nos habla allí no sólo el historiador, sino también el filósofo. No en balde le costó al autor casi tanto tiempo el componer la introducción como la parte narrativa. En 1º de febrero de 1841 escribía a don Pascual Gayangos:

Estoy precisamente concluyendo mi relación del estado de la civilización azteca; la parte más ardua e intrincada de mi asunto, la cual me ha costado dos años de labor. Mas, he querido hacerla tan concienzudamente como me fuera posible....

Prescott trabajaba con la paciencia de un benedictino; concedía a cada tema cuanta atención, labor y tiempo requiriese. Parece habernos dado su lema en las siguientes palabras que estampó cuando examinaba la conveniencia entre escribir acerca de la historia española desde la invasión árabe hasta Carlos V, o la historia de la revolución que convirtió a Roma en monarquía, o una biografía de los genios eminentes:

No importa cuánto tiempo me ocupe el sujeto, con tal que sea diligente todo ese tiempo.

Claro está—tornando a referirnos a la introducción—que después de las posteriores investigaciones, en particular las de Bandelier y Morgan, todo lo relativo a antropología y arqueología mejicana de la obra de Prescott necesita una revisión. Y eso, aunque es mucho aun lo que queda por averiguar.

Excelente es el plan seguido por nuestro historiador. La intercalación de la parte descriptiva en la narración, a medida que ésta lo iba requiriendo, fué una plausible habilidad del autor y el origen de ese vivo interés con que se lee la *Historia de la conquista de Méjico*. Su erudición es copiosa, sin pesadez; erudición que nos satisface sin fatigarnos. No es este historiador norteamericano, como ya hemos indicado, de los que se leen con prevención o recelo. Apenas nos ha cogido de la mano por los campos de la Historia, nos sentimos entregados a él con entera confianza. Vemos su patente amor a la verdad, su propósito constante de ser imparcial. Y pocos tan concienzudos y escrupulosos, y que más respeto muestren por la verdad histórica. Sin ser pomposo como Gibbon, ni un estilista a lo Irving, sin ser muy elocuente y brillante, Guillermo Hickling Prescott muéstrase excelente escritor. Cinco años antes de comenzar a escribir su primera producción de importancia, había declarado:

No he de seguir ningún modelo. Si una buena imitación es repugnante, ¿qué no será una mala imitación?... Confío en mí para la crítica de mis propias composiciones.... Ni estudiar ni imitar ningún modelo de estilo, sino seguir mi propia y natural corriente de expresión (7).

Su estilo es severo y noble, como cuadra a la importancia y gravedad de los temas que trata. Y unido esto a la sencillez, claridad y vigor de sus descripciones, nos produce una honda impresión, sobremanera en los instantes patéticos, como aquel de tan incomparable fuerza descriptiva de *la noche triste*, que es una de las páginas históricas mejor escritas que conocemos. Nos conmueve sin que él parezca conmovido. No es tampoco nuestro autor tan brillante como Motley, en su *History of the Rise of the Dutch Republic*, pero es más imparcial y sereno que Motley e Irving. Menos filósofo que Hume, narra con más amenidad y viveza. Desde luego, no era filósofo. En todas sus obras falta la

---

(7) *Life*, págs. 204-205.

generalización de los hechos, falta la filosofía de la Historia. Representa el eslabón intermedio entre la vieja y la nueva concepción de la Historia; entre la anciana, mera narración de los hechos políticos, religiosos y militares, y la nueva concepción de la Historia: hechos, con crítica y deducciones generales. Aunque superado por otros historiadores en ciertas cualidades, es, acaso, entre los modernos, el que posee dotes más variadas: amor a la verdad, ausencia de prejuicios, infatigable espíritu investigador, fidelidad en los relatos, imaginación sin lirismos, estilo sobrio y pintoresco, escrupulosidad; una escrupulosidad que le lleva siempre a darnos a conocer los orígenes de su información, a fin de que, por nosotros mismos, podamos comprobar y juzgar. En uno de sus trabajos de crítica literaria, tras hacer una larga enumeración de las cualidades que el historiador ha de reunir, para merecer el título de tal, agrega:

Debe ser... en resumen, lo que un perfecto historiador debe ser y hacer no tiene fin. Apenas será necesario añadir que semejante monstruo nunca existió ni existirá (9).

Y esto conviene no perderlo de vista al juzgar su propia labor. La *Historia de la conquista de Méjico y biografía de Hernán Cortés* no termina, como la de Solís y Rivadeneyra, con la caída de Méjico en poder de los conquistadores, sino que se prolonga hasta la muerte de Cortés. Y para muchos, esta biografía es un panegírico del héroe extremeño, aunque no tan caluroso y franco como el de Solís. Entendemos nosotros que Prescott, con justas alabanzas y merecidos vituperios, conforme la ocasión lo demandaba, presentó la figura del conquistador de cuerpo entero, y la obra de la conquista en sus justas luces. Ciertamente que, al poner de manifiesto los excesos de los invasores, trata con discretas razones de atenuarlos, recordándonos de vez en cuando que no es posible juzgar con el criterio contemporáneo la obra conquistadora del siglo décimosexto. Reclamábalo así la imparcialidad. Consideraba que si la conquista de Méjico era un deber, cuanto hicieran los españoles por asegurarla estaba justificado. Entre sus compatriotas se le ha acusado a menudo de que presente a Cor-

---

(8) WILLIAM HICKLING PRESCOTT, *Biographical and Critical Miscellanies*, Philadelphia, 1882, pág. 83.

tés como soldado de Cristo y no como “soldado del diablo”, según fuerte expresión de un crítico; hanle reprochado su “absurda y vituperable defensa de las crueldades y tiranías de Cortés” (10). Véase a continuación los términos en que Prescott recoge estas censuras en una carta dirigida a su amigo J. C. Hamilton, de Boston, con fecha 10 de febrero de 1844:

La inmoralidad del acto y del actor me parecen a mí dos cosas muy diferentes; y mientras juzgamos al uno por los principios inmutables de lo justo y lo injusto, debemos considerar al otro conforme la transitoria norma moral de la época. La cuestión verdaderamente estriba en si un hombre fué o no sincero y obró de acuerdo con las luces de su tiempo. No podemos exigir a un individuo, justamente, que se adelante a su generación; y cuando toda una generación va por sendero equivocado, hemos de estar seguros de que se trata de un error de la cabeza, no del corazón. Pues una comunidad entera, incluso los más sabios y los mejores, no prestará deliberadamente su sanción a la perpetración habitual del crimen. Esto sería una anomalía en la historia humana.

No pueden escribirse conceptos más luminosos en defensa, o, mejor dicho, en justicia suya y de Cortés.

Escribe igualmente Prescott la *Historia del reinado de Felipe Segundo, Rey de España* (1855-1858). Sepúlveda, Cabrera, Herrera y el napolitano Campana, contemporáneos todos ellos de Carlos V y Felipe II, habían ya trazado la historia de estos reinados. Desde entonces, hasta llegar a Prescott, ninguna historia del reinado de Felipe II se había publicado, pues las endebles producciones de Gregorio Leti, aparecida en el siglo XVII, y de Watson, en el siguiente, están calcadas en las de los precitados historiadores del siglo XVI. Por supuesto, no habían dejado de menudear las monografías, o las historias generales o de países extranjeros, en que se consagraban uno o varios capítulos a este reinado, copiándose, en general, unos autores a otros. Guillermo Hickling Prescott llega en el instante propicio, cuando acababan de descubrirse abundantes documentos—hasta entonces perdidos o ignorados—, en España, Inglaterra, Holanda, Bélgica e Italia. Y, sirviéndose de ellos, Prescott escribe su historia documentada e imparcial. Parecerá legítimo consignar en este

---

(9) F. L. JEFFREY, *Letter to Napier* 22 de abril de 1845. (En *Selection from the correspondence of Macwey Napier*, London, 1877, pág. 489.)

punto la valiosa ayuda que en la composición de ésta y de sus demás obras le prestaron los eruditos y bibliófilos españoles, y en particular don Pascual Gayangos. Ticknor, biógrafo del historiador, como ya se ha visto, decía a este propósito:

.....sin la asistencia de un erudito que inspeccionase y dirigiera el conjunto [de la colección], como don Pascual Gayangos, lleno de sabiduría en cuanto a este sujeto particular, orgulloso de su patria, cuyo honor constábase que servía, y desinteresado como un hidalgo español, de los de clásico temple y lealtad, el señor Prescott no habría podido nunca establecer sobre tan sólidos fundamentos su *Historia de Felipe Segundo*, o llevar a cabo su empresa tan lejos y tan bien (11).

Por cierto que, aunque fuera de lugar, será curioso notar que lo mismo que Ticknor dice de Prescott, respecto a la ayuda de Gayangos, Fitzmaurice-Kelly repite del primero:

No será exagerado afirmar que la *Historia* de Ticknor apenas podría haber sido escrita sin la asistencia de Gayangos (12).

En vez de seguir el riguroso orden cronológico, el historiador ha presentado los acontecimientos agrupados parcialmente. La *Historia del reinado de Felipe II* ofrece un completo cuadro de la sociedad, vida y costumbres españolas en las últimas décadas del siglo décimosexto. Como españoles, hemos de sentir natural gratitud por el historiador norteamericano, que nos ha trazado la figura del monarca con cabal justeza, sin recargar los tintes sombríos de su carácter y de sus acciones, y sin pretender tampoco descargarle de la justa responsabilidad que ante la Historia le corresponde por muchos de sus actos como gobernante, como católico y como hombre. La personalidad de Felipe II está perfilada con toda su majestad e indisputable grandeza, aunque también con sus pasajeras flaquezas y debilidades. Prescott era un espíritu sereno, incapaz de fanatismos de ningún género. En carta fechada el 31 de agosto de 1846, y dirigida a don Pascual Gayangos, afirma que, aunque hijo de una democracia, no es

intolerante, sin embargo, se lo aseguro. No soy amigo de la intolerancia en política o religión, y creo que los sistemas no son tan importantes como la manera de llevarlos a la práctica.

---

(10) *Lije*, pág. 270.

(11) *Revue Hispanique*, 1897. vol. IV, pág. 340.

Y lo más peregrino del caso es que, personalmente, Prescott sentía gran animosidad contra el monarca español, que desahogaba en privado; pero la cual no trasciende a sus escritos, donde siempre, o casi siempre, le vemos sereno e imparcial. En su historia de Felipe II no se leerá nada por el estilo de las siguientes líneas, entresacadas de una carta que, en 25 de abril de 1855, escribía a Lady Lyell:

... Si fuere al cielo, después de haber abandonado este cochino mundo, encontraría allí muchos conocidos... ¿No cree usted que Isabel [la Católica] me dispensaría una benévola acogida?... Pero hay uno que estoy seguro me recibirá con ojeriza, y ése es precisamente el hombre a quien estoy dedicando dos voluminosos tomos. Con todo mi buen corazón, no puedo lavarle y dejarle siquiera en pardo muy oscuro. Es negro de pies a cabeza. Mi amiga, la señora Calderón, no me perdonará jamás. ¿No es caritativo conceder a Felipe un lugar en el cielo?

Como españoles, repito, hemos de sentir gratitud hacia el historiador yanqui al revindicar, en parte, la personalidad de Felipe Segundo, tan implacablemente calumniada en todos los tiempos, porque Felipe II era la encarnación del alma española de su época, porque Felipe II fué el monarca más español que nos han dado las casas extranjeras de Habsburgo y Borbón, español hasta los tuétanos, con las virtudes y muchos de los defectos de la gente española de su época. Y condenar a este soberano era poco menos que condenar a la España intelectual y política de la segunda mitad del siglo XVI. Se le ha reprochado a este monarca su crueldad, como si la clemencia hubiera sido patrimonio de los gobernantes de aquellos tiempos. Recuérdese a su contemporánea Isabel de Inglaterra. Fué gobernante cruel, pero no al modo ordinario, por instintos crueles, sino por fanatismo y extremado amor a su patria. Fué cruel con un fin claro y que, a sus ojos, todo lo justificaba: servir a su patria y a su Dios. Se le ha reprochado, sobremanera, su desconfianza y receloso espíritu; desconfiaba, dicen, de Francia, de los Países Bajos, de Inglaterra, de la República Veneciana. Pues, todos ellos vinieron a justificar más tarde sus recelos. Desconfiaba de sus ministros. Mas véase en los reinados posteriores si tal linaje de política podía merecer la confianza de un rey prudente. Volviendo a su historiador, diremos que éste no nos pinta sólo al Felipe Segundo

sombrío, duro, fanático, belicoso, sino también al monarca liberal, prudente, perspicaz, laborioso, artista, frugal y humilde.

La negra leyenda sobre Felipe II tiene su origen en el mismo siglo XVI, en que Antonio Pérez, para tomar venganza del monarca, da a la luz pública sus *Cartas y Relaciones*, y, algunos años antes, el príncipe de Orange publica su *Apologie ou défense du très illustre Prince Guillaume, par la grâce de Dieu, Prince d'Orange, contre le Ban et Edict publié par le Roi d'Espagne par lequel il proscribit le dict Seigneur Prince, dont aperra des colomnies et faulses acusations contenues dans la dicte Proscription*, dirigida a los reyes, príncipes y potentados de Europa, en la que se defiende de las acusaciones de ingrato y traidor que contra él había lanzado Felipe II y, a su vez, delata al monarca español de incestuoso, bígamo, adúltero y asesino, pintándoles a él y a sus vasallos con los tintes más sombríos. A medida que pasa el tiempo, la personalidad del segundo Felipe de España se esclarece y recobra su humana apariencia, dejando de ser para los historiadores imparciales el *demonio del Mediodía*. Después de Prescott, aunque haya alguno que otro historiador, como Motley, que vuelva a copiar de antiguos autores la leyenda negra, los más y los mejores le juzgan con un criterio favorable: Gachard, en *Correspondence de Phillippe II sur les affaires des Pays Bas* (Bruxelles, 1848-79), *La déchéance de Phillippe II* (Bruxelles, 1863), *Don Carlos et Phillippe II* (París, 1867); Nameche, en *Le règne de Philippe II et la lutte religieuse dans les Pays Bas au XVI siècle* (París, Louvain, 1885-87); Mouy, en *Don Carlos et Phillippe II* (París, 1888); Hume, en *Philip II of Spain* (London, 1899), y otros historiadores hasta llegar a Clauzel, quien en su obra *Etudes humaines; Fanatiques: Phillippe II d'Espagne* (París, 1913), retrata al soberano español con mano reparadora y justiciera.

No hay que decir que el rey es la figura central de la obra de Prescott. Ya lo había él declarado:

El carácter de Felipe será el que domine y rija a todos los demás; y su política será el objeto de preferente atención, a la cual casi todos los acontecimientos de su reinado pueden, en cierto grado, asignarse. Se verá, sin duda, que su política tiene por fin el establecimiento de la religión católica y del poder absoluto. Estos fueron los objetivos que siem-

pre tuvo presentes, y así ha de tenerlos, por consiguiente, el historiador, como norte de su complicada historia (13).

El historiador descubre una gran simpatía por don Juan de Austria; pero, ¿cómo es posible seguir paso a paso la historia de este hombre extraordinario, sus hazañas de guerrero, sus triunfos como político, sus nobles hechos, ni contemplar su gallarda y apuesta figura, la virtud de sus acciones, su caballerosidad, su valor, su liberalidad, sin sentirse arrebatado por el entusiasmo, por muy historiador que se sea?; pues no están en dos cuerpos la mente del historiador y el corazón del hombre. ¿Cómo sería posible sacar a la escena histórica al prototipo del héroe caballeresco, sin poner en las palabras algo del fuego del sentimiento? Como el mismo Prescott ha dicho,

los caracteres nobles e interesantes naturalmente suscitan una especie de parcialidad, análoga a la amistad, en la mente del historiador, acostumbrado a su diaria contemplación (14).

Mientras la historia no vuelva a ser un mero y frío relato de los hechos, y el historiador una suerte de fósil, imposible será que aquélla no lleve en sus páginas ese tibio sentimiento, ese calorciillo humano que en ellas pusiere el autor.

La *Historia del reinado de Felipe II, Rey de España*, está, por desgracia, incompleta. Cuando el autor se disponía a redactar el cuarto volumen, un ataque de apoplejía fulminante le arrebató la vida, el día 28 de enero de 1859, día de luto para las letras de Norteamérica y de Castilla. Murió sin haber visto a España más que con las pupilas del alma.

Las dos restantes obras hispanistas de Guillermo Hickling Prescott—*Historia de la conquista del Perú, con una ojeada preliminar a la civilización de los Incas* (1847), y *Relato de la vida del Emperador Carlos Quinto desde su abdicación*, como complemento de la *Historia del reinado del Emperador Carlos Quinto*, del historiador inglés Guillermo Robertson, que, con una nueva edición de esta obra, pública en 1856—, son, comparadas con las producciones precedentes, de secundaria importancia.

---

(12) *Lije*, pág. 274.

(13) *History of the Reign of Ferdinand and Isabella, The Catholic*, Philadelphia 1872, pág. XIV.

Sólo diremos que la primera nos recuerda a cada paso la *Conquista de Méjico*, en cuanto a las descripciones de lugares y hechos; que el estilo es brillante, aunque sin alcanzar el grado de esplendor del estilo de aquélla; interesante, como una buena novela, la narración, y notables muchos juicios sobre la obra de los conquistadores; pero muy inferior, desde luego, a la *Conquista de Méjico*. En cuanto a la parte arqueológica, reclama, con mayor urgencia que aquélla, una revisión. El suplemento a la *Historia* de Robertson, sobre la vida del emperador desde su abdicación hasta su muerte, aunque brevísimo, es notable por los nuevos documentos de que se sirvió, y los cuales le permitieron rehacer enteramente la historia de los últimos años de Carlos V. Claro está que en la actualidad es la obra de Armstrong (15) y la excelente *Vida y Estancia del Emperador Carlos V*, de don Manuel de Foronda, las que han de consultarse.

Tiene Prescott también un estudio acerca de Cervantes; una crítica de la *Conquista de Granada*, de Washington Irving, en la cual habla en realidad de este acontecimiento por cuenta propia, sin apenas referirse al autor citado; y otra crítica de la *Historia de la Literatura española*, de Ticknor, donde se extiende en personales consideraciones y juicios críticos sobre las letras castellanas. Estos tres estudios se encuentran en su *Biographical and Critical Miscellanies*, libro publicado en 1845.

M. ROMERA NAVARRO.

Filadelfia, julio de 1917.

---

(14) *The Emperor Charles V*, by Edward Armstrong (2 vols.), London, 1902.

## VERDADES SABIDAS... Y OLYIDADAS

Educación no es sólo dar carrera para vivir, sino templan el alma para la vida.

JOSÉ DE LA LUZ CABALLERO.



En los hechos que se realizan, de las acciones buenas o malas de los hombres, depende la conducta que observen con ellos los demás.

Cuando se vea que no cumplen con uno, que no se obtiene lo que se desea, o que uno es atacado, no se incomode; y antes deténgase a pensar y a recordar la conducta anterior: Se verá que generalmente se ha dado motivo para ese procedimiento. Lo mismo pasa cuando se obtiene el éxito: La mayor parte de las veces es la consecuencia de buenas obras llevadas a cabo, de una conducta seria y de orden, que inspira respeto y aprecio.

No hay que indignarse por el desprecio ajeno, hay que avergonzarse de merecerlo.

\*

De la educación que dé la madre en el hogar al niño, en los primeros años de su vida, dependen las condiciones intelectuales del hombre de mañana.

El cerebro no es sólo un aparato transmisor: es también receptor, y las ideas que se den al niño en la infancia se grabarán en los cerebros vírgenes con gran facilidad y serán gérmenes indestructibles que se desarrollarán en la mente del niño y de los cuales dependerán sus condiciones en el porvenir.

La madre debe pensar detenidamente en todo lo que hace con su hijo para educarlo, pues de ello dependerán sus condiciones para ser feliz o desgraciado.

La madre que da lo que le pide su hijo, simplemente por no verlo llorar, comete una mala acción, pues así le enseña a no dominar sus pasiones y a creer que todo se puede conseguir pidiéndolo.

La que viste a su hijo con lujo desproporcionado a su posición, lo enseña a vanidoso, a creerse que por estar vestido como el rico, puede hacer lo mismo que él; y así se le va desarrollando la idea de que su posición es igual a la del otro, por estar vestido igual, y se va haciendo su mentalidad a la idea de que para ser feliz tiene que hacer la misma vida que el rico.

Debe enseñarle desde sus primeros años a respetar a los mayores, a defender a los débiles, a amar a la Patria y a quienes se sacrifican por ella, o a los que se distinguen en cualquier orden de la vida.

Debe enseñarle a decir siempre la verdad y ha de castigarle duramente cuando no la diga. Repetirle que la mentira siempre acaba por saberse y es la perdición de quien la dijo; que la verdad hace la confianza entre los hombres, y que esto es gran punto para la felicidad.

El cuidar exageradamente al niño, pensando por él para que no se dé un golpe, es perjudicial, pues su cerebro no se desarrolla, ni su instinto de conservación, y por consiguiente no se le prepara para la lucha de la vida.

Hay que dejar al niño en libertad de que él mismo observe el peligro, de manera que desde los primeros años vaya aprendiendo a pensar y su cerebro se vaya formando fuerte.

Hay que tener mucho cuidado con las personas que lo rodean, pues lo que le digan se va grabando en su cerebro. Y esas ideas, buenas o malas, se irán desarrollando.

No se debe castigar al niño sino después de explicarle bien el mal que ha hecho. El desde sus primeros años comprende, y es de gran importancia hacerle ver la razón de las cosas, el bien y el mal; el porqué de esto. Es un error creer que no comprende y castigarle sin antes hacerle ver bien la falta cometida. Esa es la mejor manera de desarrollar su inteligencia en el buen sentido.

\*

Todo individuo debe estar limpio. La higiene es la base de la salud; debe ser siempre correcto en su vestir, pero cuidando de estar de acuerdo con su posición social y su fortuna. La exageración en el lujo, en el uso de joyas o de trajes, no hará pensar nada bien de él a quien le vea, pues en seguida supondrá que aquel lujo, en quien no posee bienes de fortuna conocidos, ha sido mal adquirido; y de ahí el desprecio, aunque aparentemente no se lo demuestren.

\*

El orden es el principio sobre el que descansa el porvenir. Se debe siempre guardar cuando sopla la fortuna, para prepararse cuando cambie, porque desgraciadamente pocas veces no varía.

Evítese comprar cosas inútiles que halagan la vanidad, que causan envidia al que no las tiene y risas a los ricos a quienes les sobran.

\*

El hombre que adquiere una fortuna por el fraude, tendrá los goces que da el dinero, pero llevará siempre consigo la cruz del desprecio de sus conciudadanos y sentirá la frialdad del ambiente que le rodea. No lo tratarán más que los que le necesiten o puedan necesitarle. La gente de bien tendrá algunas veces relaciones con él, pero nunca le dejará entrar en su intimidad.

\*

El cumplir con el deber, por duro que sea, es una necesidad moral y al mismo tiempo práctica. El hombre que falte a él, se encontrará tarde o temprano en su camino con ese obstáculo que le detendrá en su marcha por la vida.

\*

Todo hombre debe respetar a la mujer, a los niños, a los ancianos; debe pensar que tienen madre, mujer, hijos, padres, y que quien no considera a los de los demás, no puede pretender que consideren a los suyos. El hombre que falta al respeto a una mujer que va sola, es un cobarde; que no lo haría si fuese acompañada.

\*

La base de toda sociedad es la justicia. El que por favorecer a un pariente o amigo faltase a ella dándole lo que no merece, aquello a que no tiene derecho, perderá la fuerza moral para negar a los demás lo que le pidan.

Con razón es fácil negar lo que se pretende.

Decía Napoleón I: El hombre que no sabe decir no, no es hombre.

\*

La fuerza física es tan necesaria al individuo como las condiciones intelectuales, a fin de que esté bien equilibrado y así bien preparado para la vida.

El deporte es una de las cosas más beneficiosas al individuo. Conserva la juventud, desarrolla los músculos, forma el carácter, de sangre fría, clarividencia en la acción, idea de disciplina, respeto al juez, horror a la derrota.

Todo lo que no es estrictamente correcto, no es deporte.

\*

Uno de los grandes talentos del hombre es saber pensar. Para tener éxito en la lucha por la existencia hay que pensar detenidamente todo lo que se hace, ver bien las ventajas y desventajas, el pro y el contra.

No se debe resolver ningún asunto importante sin dejar por lo menos pasar veinticuatro horas para pensarlo.

\*

No hay que avergonzarse del desconocimiento de las cosas; debe uno preguntar al que sabe. No hay vanidad más tonta que creer saberlo todo.

¡Cuántas ridiculeces, cuántas faltas graves se evitarían si uno tuviese el valor de decir: no sé!

\*

El caballero, la persona decente, es el que cumple con todos sus deberes, el que cuida de su persona, el que protege al débil, el que respeta a la mujer, a la anciana especialmente, y el que domina sus pasiones.

Se puede ser caballero siendo pobre y estando modestamente vestido; y no serlo en absoluto, siendo rico y estando admirablemente arreglado.

\*

La honradez no consiste sólo en no coger lo ajeno.

El hombre que da su voto contra lo que su conciencia le dice, para servir a un amigo o por otras razones, no es un hombre honrado.

El poderdante que para usos particulares emplea los medios que le da el puesto que ocupa, perjudicando los intereses que se le han encomendado, no es honrado.

El administrador que coloca un individuo que no reúne condiciones para hacerle un servicio, a costa de la sociedad que está obligado a defender, no es honrado.

\*

El respeto al prójimo, a los intereses ajenos, es la base de la felicidad. Pueblo en que cada uno tiene confianza en el otro, es un pueblo feliz. Nación donde todo el mundo desconfía, no puede progresar, pues cada uno ve en los demás a quien le va hacer traición; y vivir con esa sospecha continua no es vivir.

En toda relación entre individuo y sociedades, no hay que pensar solamente en los intereses de uno, sino también en los de la otra parte.

Todo convenio en que la utilidad sea de una parte, y la otra tenga poco o nada, traerá la falta de verdadero cumplimiento de la parte perjudicada.

\*

Defender la Patria no es sólo un deber, es una necesidad.

La Patria no es más que una sociedad de la cual forman parte todos sus ciudadanos como asociados. Si ella marcha bien, ellos progresarán; si cae, caerán ellos.

De ahí el deber y el interés que tiene cada uno en escoger los hombres que la han de dirigir, que la han de administrar.

Si los administradores proceden mal, deben ser juzgados severamente como malos directores, como patricias criminales.

\*

Todo hombre debe ser generoso con el vencido, en cualquier juego o en cualquier lucha de la vida. Debe tratar de hacerle olvidar su desgracia. Es no tener corazón burlarse, reírse del caído; bastante sufrimiento tiene con su desgracia.

\*

Se debe pensar siempre en la realidad de la vida.

Las cosas son como son y no como uno quisiera que fuesen.

El que se cree general porque unos amigos lo titulan así, el que se deja melena para parecer sabio, el que se cree caballero porque anda bien vestido, el que se cree rico porque anda en automóvil, etc., no es más que un iluso que se engaña a sí mismo, que vive fuera de la realidad. El efecto que produce en los demás es de desprecio, lástima o risa.

\*

El valor es el acto de cumplir con el deber en el peligro, dominándose a sí mismo, con sangre fría y viéndolo todo sin alterarse.

No hay que confundir el valor con la guapería del rufián, que pierde su ecuanimidad, insulta y se "faja" cuando no se piensa como él o se le va a la contra en algo. Generalmente el guapo pierde el dominio de sí y le falta valor delante del verdadero peligro.

\*

En la existencia se debe pensar siempre en lo que se tiene y no en lo que a uno le falta. La felicidad la da la conformidad. Hay que gozar con lo que se posee; y si se quiere ver la felicidad alrededor de uno, compararse con los que son menos afortunados.

\*

Hacer el bien es un goce. Aunque sea por egoísmo debe hacerse.

No hay felicidad mayor que ver a los otros satisfechos. Ver una gran obra de bien realizada y pensar que uno ha contribuído a hacerla, es sentirse feliz. De la misma manera, por muy malvado que uno sea, sufre, aunque no lo parezca, al ver la desgracia de otro a al contemplar el derrumbe de una empresa y saber que uno es el culpable.

\*

El hombre debe ser viril, debe saber sacrificar sus intereses particulares, cuando no serlo o no hacerlo signifique la pérdida de sus derechos de hombre libre y pensante. No debe transigir nunca consigo mismo, ni con nada, ni con nadie, si falta a su deber para obtener un bien momentáneo, pues esto lo rebajará y perderá el respeto y la consideración de los demás, y hará que, por culto e inteligente que sea, encuentre cerradas las puertas de la consideración de sus conciudadanos.

NICOLÁS DE CÁRDENAS.

La Habana, 1917.

---

Pertenece al señor de Cárdenas, por su familia, a lo más escogido de la sociedad cubana. Es joven, alienta grandes ideales, tiene fe y esperanza en su generación, que es la nuestra, y comparte con ella los más fervientes anhelos de regeneración moral y social del pueblo cubano. Sus nobles pensamientos, aunque algunos sean conocidos, conviene repetirlos para grabarlos en la conciencia pública; y tienen el valor de ser expuestos sin presunción ni tono doctoral, pero con firmeza de convencido y alto espíritu patriótico, por quien es joven representante de una clase social a la que hoy se considera, con razón aparente, poco o nada interesada en los problemas nacionales que afectan a la estabilidad, al afianzamiento de las instituciones patrias. CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece mucho su generoso y espontáneo concurso, y presenta al señor de Cárdenas de ejemplo a quienes, como él, pueden desde su esfera hacer tanto bien a Cuba.

## LIBROS Y LIBREROS EN MADRID

Hic meret aera liber Sosis; hic et mare, transit,  
Et longum noto scriptori prorrogai aevum.

*Ad Pisones, 345-b.*



**NECESIDADES ARTIFICIALES.**—No es un misterio para nadie que nuestros librereros carecen, en la mayoría de los casos, de criterio propio para apreciar la calidad de los libros nuevos. La experiencia acaba por enseñarles que tales y cuales “nombres” o estos y los otros “géneros” tienen fácil “salida”; pero ante un nombre que no les es familiar se desconciertan, y prefieren—sin ulterior trámite—desecharlo. Consecuencias de la división del trabajo. El librero sabe vender libros, pero no los lee ni se cree obligado a entenderlos. Y el peligro de estos intermediarios es el de todos: que acaban por olvidar el fin a que sirven, y yuxtaponer sobre las necesidades reales del comercio unas necesidades artificiales, técnicas, que llamaremos: las necesidades del intermediario. Ejemplos: el director de periódicos diarios pide a sus colaboradores que no escriban demasiado bien, porque eso no le gusta al público. (Necesidad artificial: es a él,—escritor fracasado a veces—a quien no le gusta; que al público, sí.) El director de periódicos no se contenta con que sus colaboradores cumplan el compromiso contraído con el público, sino que, además, les exige, más o menos embozadamente, que hagan tertulia, todas las noches, en la casa de la redacción. (Necesidad artificial: no era ese el objeto, no era ese el fin; el medio se ha hipertrofiado, y se figura ser por sí mismo un fin). Y volviendo al librero: este suele desechar los nuevos libros que no le parecen de aspecto llama-

tivo. Al público—dice—no le gustan los libros serios. (Y es a él a quien no le gustan.)

\*

LA IMPOSTURA DE LA ACTUALIDAD.—Uno de los tópicos, una de las recetas de pensar tras de la cual se escuda más generalmente la ignorancia del intermediario, es la de la actualidad. Se formula así:

—Al público sólo le gustan las cosas de actualidad.

Pero la noción de lo actual y de lo inactual pudo ser una de las “aporias” de Zenón. Pocas nociones hay más sutiles. ¡E imagínad lo que podrá hacer con ésta un ingenio sin disciplina!

Nadie sabe, propiamente, lo que es actual. Parece, por ejemplo, que la gran actualidad fuera hoy la gran guerra europea. Así lo entendieron unos editores por todo concepto excepcionales: como que son, al mismo tiempo, excepcionales poetas (1). Y, tratando de abreviar la supuesta sed de actualidades del público, se dieron a publicar obras sobre la guerra. Sólo a título secundario, y como verdadera concesión a sus aficiones, publicaron algunos versos clásicos. Pero han pasado ya tres años,—tiempo de liquidar cuentas. Y nuestros amigos se encontraron con que el público rechazaba, unánimemente, las famosas obras de actualidad, mientras que había comprado, con una regularidad admirable, los versos de los clásicos.

Y es que nada es más actual que lo bueno. Por eso conviene negar a los ignorantes el criterio de la actualidad. A propósito de lo cual acomoda bien un cuentecillo:

En cierta casa había una perra que se arrojaba sobre todos los que pretendían entrar. La portera, que acudía a sujetarla, les decía siempre:

—No asustarse, que no muerde a la gente decente.

No faltó, naturalmente quien le objetara:

—Y eso, ¿a juicio de la perrita?

No: no puede ser que la perrita juzgue de la actualidad de los libros.

\*

---

(1) Me refiero a Ramón Pérez de Ayala y a Enrique de Mesa, directores de la Biblioteca “Corona”.

UNA EXTRAÑA ABERRACIÓN.—Los humoristas y los filósofos vienen advirtiendo de tiempo atrás que—por no se sabe qué extraña reacción psicológica—hay siempre en los organismos sociales una potencia de suicidio. No se entiende bien cuándo ni por qué se desata. Pero, ¿cabe negar, por ejemplo, que los vendedores reciben, a veces, con muy malos ojos a los compradores? En alguno de sus libros insiste *Azorín* sobre esta grosería del comerciante: él lo achaca a culpas de Castilla, y quizá no es justo. Yo hallo que, en un célebre prefacio, Bernard Shaw se queja de que los ingleses lleven a la vida pública los malos hábitos de la vida doméstica y, si son comerciantes, reciban al comprador con el prejuicio de que “no les ha sido presentado”, y casi con la desconfianza del chino para el “diablo extranjero” que ha forzado sus puertas. Ni en la iglesia, ni en el teatro, ni aun en el tranvía—añade—dejan de ver con recelo al recién venido los que han llegado antes que él.

Y el librero—inútil insistir, amigo Grañó, en que hay excepciones honrosísimas—, padece de un mal semejante. Un libro nuevo, aunque sea la materia misma de su comercio, tiene algo de “diablo extranjero” a sus ojos; y, si ha logrado llegar hasta él, ha forzado sus puertas. Se le recibe con cierta mala gana; y todavía—si los intereseados no lo vigilan—se le quita del escaparate cuanto antes. ¡Extraña aberración! Se diría que, a veces, el vendedor no quiere vender. Si no fuera por los compradores, mal andaría el mundo.

\*

EL DEBER DEL EDITOR.—Cuando Charles Maurras estudia—en *El Porvenir de la Inteligencia*—la suerte que puede esperarle, dadas nuestras sociedades políticas, a la “clase literaria”, insiste en que la Inteligencia (no van por mi cuenta las mayúsculas) no debe aspirar al Poder; no es ese su fin. A lo sumo, puede aspirar al oficio de consejero; porque su destino superior es pensar: no gobernar. Asimismo, lo bueno del escritor es escribir bien: no dedicarse a vender sus libros. Pero ¡ay!...

Y además de lo que aquí se calla, esto de vender lo que escribimos viene a ser—con ser secundario—tan importante como tantas cosas secundarias. Ganar o perder al ajedrez, ni quita ni pone; pero, puestos a ello, nos esforzamos por ganar. Yo no sé

lo que valdrá tocar las castañuelas; pero digo, con el Padre Maestro Fray Juan Fernández de Rojas en su *Crotalogía*, que “en suposición de tocar, mejor es tocar bien que tocar mal”.

Y, a la postre, todo entra en la obra; desde las vigiliass estudiosas hasta las idas y venidas a casa del librero reacio. Por eso no es un consejo inmoral el del preceptista: trabaja tu éxito como trabajas tu verso.

Y, tras esto, que venga un editor de voluntad generosa y nos ahorre en buena hora todos esos pasos perdidos. A éste sí no nos cansemos de exigirle que entienda un poco lo intrínseco de los libros; de otra suerte, habría que poner antes de él otro intermedio que se dedicase exclusivamente a entender los libros, y esto de entender es cosa demasiado ardua para ser función exclusiva. Venga un editor inteligente que merezca ser el padrino de las literaturas. ¡Feliz quien lo alcanza! Ese puede decir verdaderamente que, a través de sus libros, habla todo el día con los hombres de uno y otro lado del mar:

*Son livre, aimé du ciel, et chéri des lecteurs,  
Est souvent, chez Barbin, entouré d'acheteurs.*

ALFONSO REYES.

Madrid, julio 1917.

## LOS ESLAVOS ENTRE LAS NACIONES

(CONFERENCIA DEL PROFESOR T. G. MASARYK, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE PRAGA, CON NOTAS GEOGRÁFICAS E HISTÓRICAS DE MANUEL F. CESTERO).

(*Concluye.*)



PARA los eslavos del sur el tipo representativo de sus ideas nacionales es el monje serbio Obradovic, quien trabajó con fe y entusiasmo por la educación de sus compatriotas.

Obradovic reconoció que el libro era superior a la campana, y que el instruir a los niños era ocupación más honorable que toda otra ocupación. Obradovic deseó sinceramente la unión y la redención de su desmembrada nación, pidiendo a la vez la independencia de los griegos. Su principal idea de civilización y de humanidad consistió, sobre todo, en el ensanche y profundidad de los conocimientos científicos, de conformidad con los conocimientos establecidos por los maestros de la razón. (*Consejos de una razón sana* es el título de uno de sus libros publicado en 1784.)

Pensadores polacos han sentido mucho más que los checos y los eslavos del sur la pérdida reciente de su libertad política. Todos los escritores polacos se inspiran principalmente en asuntos netamente nacionales, concernientes a sus intereses políticos. El más ilustre entre ellos, Adam Mickiewicz, el eminente poeta y pensador, ha desarrollado en el Colegio de Francia sus concepciones ideales. Él esperaba, con todo el ardor de su alma, la redención de su país mediante la ayuda de la Francia del Napoleón de antiguos días, la cual abrió sus brazos generosamente a la emigración polaca. Él pensó a la vez en una

reconciliación entre rusos y polacos. En su *Improvisación*, Mickiewicz condena la opresión moscovita en elocuentes palabras y severo lenguaje; pero confía en que la actual política rusa evolucione hacia el liberalismo. Los austriacos son menos brutales que los rusos, pero son más hipócritas y peligrosos. Lo mismo que todos los pensadores eslavos, los polacos son fervientes partidarios de las ideas humanitarias; ellos desean que los intereses de las naciones eslavas sean armonizados con todos los intereses del género humano. Del mismo modo que Mickiewicz, el más grande y profundo poeta y pensador polaco, Krasinski, recomienda una política antirrevolucionaria, de carácter humanitario y fraternal.

Tales son los principales representantes de las pequeñas naciones eslavas. Como se ve claramente, ninguno de ellos es partidario del panslavismo, que espanta a nuestros enemigos. Todos ponen en primera línea las ideas humanitarias, deduciendo de ellas las ideas nacionales como parte esencial del patrimonio natural de la humanidad. Todos entienden la nacionalidad desde el punto de vista de la democracia y todos se muestran fervientes soldados de la civilización.

Los polacos solos, cuya vieja generación presencié el desmembramiento de su país, son entusiastas por las ideas militares, y Mickiewicz nos reprocha a los checos que concedamos tanta importancia a la civilización y al progreso científico. Pero Krasinski y la nueva generación de polacos, escritores y poetas, han abandonado ya las ideas de formar una nación gloriosa por medio del militarismo.

De este mismo modo piensan los pensadores rusos. Inspirados en los filósofos del oeste, los rusos predicán los ideales de la vieja civilización rusa, absolutamente cristiana, absolutamente pacífica, en la cual el estado no ocupa el primer puesto. Ellos condenan la civilización del oeste del mismo modo que se pronuncian en contra de las ideas de Pedro el Grande, culpándolo de haber usado la fuerza de las armas para efectuar la europeización de Rusia. Ellos se critican a sí mismos con severidad, tal como lo hizo José de Maistre y como lo hicieron los filósofos del oeste en sus críticas en contra de la política del oeste. Como Mickiewicz y los polacos buscaron

ayuda en el catolicismo, y los checos en el husstimismo y en la Unidad de los Hermanos Checos, los rusos buscaron también en la ortodoxia la salvación de Rusia y de la humanidad. Kirejavsky y Chomajkov entendieron e interpretaron, desde este punto de vista religioso, el pensamiento de rusos y eslavos. Ambos a dos propagaron tales ideas, convencidos de que por medio de ellas Rusia alcanzaría un futuro resplandeciente de gloria. Y en el concepto netamente religioso que llegaron a formular del mundo, no hay una sola tendencia de carácter político.

Ha sido últimamente cuando algunos teóricos rusos pensaron en la creación de una política panslava en vista de la eslavofobia alemana; pero los pensadores que recientemente han tratado mejor este asunto relativo al ideal ruso, son Slovieff, Dostoievsky y especialmente Tolstoi. Todos ellos proclamaron su fe en una humanidad ideal.

Los alemanes, quienes han acusado a los eslavos de agresivos, no dudan en declarar, al mismo tiempo, criminal el anarquismo eslavo. Pero este anarquismo teórico no es un crimen si se le estudia desde el punto de vista nacional. Los teóricos eslavos no adoran al Estado, como lo hacen los alemanes; ellos son, por el contrario, demócratas convencidos que luchan por un ideal en el cual columbran la salvación de su raza. Y en este punto es en el que el mesianismo ruso y el mesianismo polaco se distinguen del mesianismo alemán, tal como lo describe La Garde.

Y este ideal profesado por los filósofos eslavos es enseñado no sólo por la filosofía de la historia de los pueblos eslavos, sino también por su poesía, que es la sincera expresión del alma de una nación.

Es interesante notar cómo el amor por la literatura se desarrolla simultáneamente entre todos los pueblos eslavos. Todos despiertan a un tiempo a la vida intelectual.

Los poetas estudian y analizan los problemas vitales que la vida de sus pueblos respectivos les ofrece; y algunos, ayudados por la filosofía, llegan al extremo de glorificar una especie particular de mesianismo. Ellos sueñan con la redención y la salvación del género humano por medio de su raza; pero, al

mismo tiempo, reconocen la necesidad imperiosa en que están de redimir primero a su raza. Y en este ideal de los poetas eslavos no se hace la glorificación del aislamiento, ni se habla de hegemonías y conquistas.

Mácha, Puchkin, Mickiewicz, Krasinski, Turgeniev, Dostoievsky y Tolstoi, los más grandes poetas eslavos, han sido contrarios convencidos de la teoría del superhombre. Tal teoría les fué absolutamente extraña. Goethe fué el primero en formularla en el *Fausto*. Franceses e ingleses la repudiaron. Byron, en su *Manfredo* y en su *Cain*, da la impresión de un hombre fuerte y enérgico, pero sin hacerlo un dominador. Musset, en sus *Confesiones de un niño del siglo*, nos presenta un tipo absolutamente distinto del superhombre. Este tipo, que representa en sí mismo el exclusivismo y la arrogancia nacionales, es de origen alemán. Retrato fiel de la política prusiana.

La prusificación y el militarismo alemán nada son sin la aplicación práctica de las teorías de *Ubermensch*. Ha sido desde *Ubermensch* que la super-nación, el *Herrenfolk*, ídolo del pan-germanismo, fué creado.

Los eslavos también tienen sus héroes, pero son héroes salvadores que hacen su aparición en los momentos de peligro, para servir a su rey y a sus compatriotas. No son superhombres.

El ideal eslavo es democrático, de paz y conciliación. No es una casualidad histórica que el checo Comenius, el más grande de los pedagogos, y el admirable checo Cheleicky, y el ruso Tolstoi, fueran grandes evangelistas y convencidos propagadores de la religión del amor al prójimo. No fué esto una casualidad histórica, sino la expresión elocuente del sentir de la raza eslava. Del alma de una raza que tiene de la paloma su blancura y suavidad. No por eso deja de sentir las energías necesarias para defenderse de las agresiones de sus enemigos. en los momentos en que las necesidades lo han requerido. Entonces han sabido hacer buenos soldados.

Hay una gran diferencia psicológica entre la violencia agresiva y la defensa propia. Esta guerra nos suministra buenos ejemplos. El inglés se ve forzado a aceptar el militarismo y a hacer la militarización de su país, a pesar de su pronunciada repugnancia a tal sistema. Los eslavos, bajo la opresión de sus

enemigos, alemanes, magyares y turcos, han sentido de nuevo renacer las viejas virtudes militares de sus antecesores.

En resumen, si se hace el análisis de la raza eslava, no se encontrará en ella el carácter agresivo que sus enemigos le atribuyen.

Las tendencias de los eslavos a juntarse y a vivir unidos, tendencias que nuestros enemigos reputan de peligrosa, no es, en efecto, sino una manifestación consciente de su propia cultura. Un efecto de la influencia buena que ha ejercido en ella la civilización del oeste de Europa. Todas las naciones eslavas están dispuestas a asimilarse la civilización europea. Basta mencionar, al respecto, el discurso notable de Dostoievski en ocasión de festejar a Puchkin, discurso en el cual se declara que los rusos y los eslavos son esencialmente cosmopolitas y están dotados de un temperamento peculiar para asimilarse lo esencial de la civilización del mundo. Verdades éstas que no admiten réplica.

El despertar de la conciencia eslava coincide con el de la conciencia de las naciones europeas. Hecho que corrobora la historia en el siglo diez y ocho.

Fué en esta centuria cuando los eslavos se pusieron en movimiento, ocupando pronto en el mundo una posición excepcional. Una posición excepcional de estancamiento y opresión creada por sus vecinos. Los rusos, oprimidos por tártaros y mongoles; los jugo-eslavos, por turcos y magyares; los checos, casi aniquilados por alemanes y austriacos; los polacos, descuartizados y tiranizados por alemanes y eslavos asociados a ellos, desgraciadamente, para consumir el crimen inicuo, y los eslavos del Elba a punto de ser exterminados, quedando de ellos pequeñas fracciones que luego se unieron y formaron a Serbia y Lusatia.

Todos los acontecimientos que se desarrollaron en Europa en el siglo diez y ocho coincidieron con el despertar de los pueblos eslavos; con el renacimiento de su literatura y de los esfuerzos enérgicos hechos en el sentido de lograr su regeneración política y moral. Una pléyades de filósofos, pensadores e historiadores surgió entonces, que, con amor e interés estudió y analizó el sentido de la evolución histórica de su raza, y, por ana-

logía, el de las demás naciones del mundo. Y este renacimiento eslavo coincidió con la Revolución Francesa; fué un resultado de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, insertos en las Cartas Constitucionales de Francia y América; derechos que dieron base jurídica al movimiento democrático nacional de los eslavos.

Y a la filosofía que surgió del renacimiento eslavo la bautizaron los alemanes con el nombre de *Aufklärung*. Voltaire, Rousseau, los Enciclopedistas; Locke, Hume, Adam Smith, los moralistas ingleses; Lessing, Herder, Kant y Goethe, nombres citados por todos los escritores y pensadores eslavos, fueron las fuentes en que bebieron para formular el programa de sus reformas patrióticas.

Despertados, pues, por el gran movimiento político e intelectual que tuvo su nacimiento en Francia, extendiéndose como un incendio por todo el oeste de Europa, los eslavos estudiaron y se dieron cuenta muy pronto de los obstáculos que se oponían a su desenvolvimiento nacional. Desde entonces se ha notado entre ellos sus grandes esfuerzos hechos por lograr un sitio en las avanzadas de la civilización del mundo. Nada más natural, pues, que en medio de esa natural aspiración pidieran la ayuda de todos los de su raza para lograr sus ideales.

Tal es la génesis de la solidaridad eslava y del mesianismo eslavo.

La presente literatura alemana hace la guerra al imaginario y fantástico panslavismo. Repite el viejo ataque teutón al peligro eslavo, cosa que es fácil de explicar desde el momento en que se ve claro que los verdaderos enemigos del real pangermanismo son los eslavos.

Yo veo claro que la opinión pública, tanto de las clases trabajadoras de Francia como de Inglaterra, presta ahora toda su atención a los planes del pangermanismo. Todos ellos comienzan a darse cuenta de que esos planes no son meras utopías, desde que Alemania ha logrado extender sus posiciones donde tiene puesta la mira el pangermanismo.

El programa de la unificación de las naciones germanas y de la formación de un solo bloque de todas ellas ha hecho progresos notables desde el siglo XVIII. Ellos se han extendido a

la Europa Central, al Asia Menor y a la Mesopotamia germanizada. Y de la formación de un nuevo Imperio alemán y de la prusificación de Alemania, ha resultado el imperialismo agresivo que se sintetiza en esta frase: Alemania, Centro de Europa.

Al principio Alemania deseaba, lo mismo que los italianos y los eslavos, la unificación de Alemania; pero pronto su ambición creció con la codicia de los países vecinos, donde solamente existían pequeñas colonias alemanas; se perfiló el pangermanismo, y fué entonces un hecho la absorción de Austria-Hungría, Polonia, las provincias del Báltico y la Turquía asiática; viéndose claro que la única y real aspiración alemana consistía en la adquisición de territorios no alemanes. Este plan fué concebido por hombres de la talla de List y Moltke, quienes no eran hombres que se conformaban con rendir parias a meras utopías. Adquirir territorios era su único sueño, su empresa única: con lo único que ellos estaban de acuerdo.

Los planes y tácticas de este pangermanismo varían de acuerdo con las circunstancias. Al principio los pangermanistas estudiaron el modo de destruir a Austria-Hungría; pero cuando los austrohúngaros fueron sumados a su causa, pensaron y decidieron entonces, de conformidad con los consejos de Bismark, dejar a Austria en una aparente independencia. Pero como ellos saben que la verdadera política, la que da resultados eficaces, depende de las relaciones comerciales mediante tratados que al efecto se celebren, los pangermanistas desean y piden hoy día unirse a Austria comercialmente, de un modo estrecho y firme. Y para lograrlo han atacado siempre de manera brutal a los eslavos de Austria-Hungría. Paul de Lagarde, el moderno fundador del pangermanismo, fué extremadamente cruel con ellos. Mommsen declaró públicamente "que era necesario romper las testarudas cabezas de los checos". Recientemente otros políticos alemanes han visto en Bohemia una posición estratégica especial y han explicado a sus compatriotas que la independencia de Bohemia puede llegar a constituir un peligro inmenso para Alemania. Asimismo Bismark declaró que quien fuera amo de Bohemia lo sería de Europa.

Algunos escritores políticos alemanes han tratado de demostrarles a los checos, que el pangermanismo los favorecerá y los

salvará del peligro pan-eslavo. Estas sirenas del pangermanismo van siendo de día en día más numerosas.

La situación es clara para todos aquellos que la estudien y la analicen con calma y reflexión.

Los enemigos más terribles del pangermanismo se encuentran entre los polacos, los checos y los eslavos del sur. Pero cuando nuestra Polonia sea redimida, Bohemia independiente y los jugo-eslavos unidos, se formará entonces una barrera infranqueable a la marcha de los alemanes, encaminada hacia Bagdad, y serán detenidos en sus intentos contra los eslavos.

Los alemanes tienen fronteras mucho más extensas que las de los rusos y las de los eslavos. Las fronteras alemanas confinan con las de los rusos, las de los polacos y las de los jugo-eslavos. Y todos los eslavos sabemos bien el significado del *Drang nach Osten*. Nosotros sabemos que Berlín-Bagdad es solamente una nueva forma del plan antieslavo. El primer grito de guerra dado en Berlín, fué dirigido contra Rusia y Serbia.

En la Europa Central, entre Rusia y Alemania, hay una zona de pequeñas naciones. Sobre cada uno de sus lados se levantan poderosos estados. Las pequeñas naciones lindan unas con otras en esta región intermedia. Algunas de ellas son independientes, o, al menos, autónomas: Hungría, por ejemplo. Pero por el lado de ésta, tres naciones oprimidas claman por su independencia política: los polacos, los checos y los jugo-eslavos. La presente guerra puede hacer la independencia de estas tres naciones, lo mismo que la independencia de los franceses de Alsacia-Lorena y la de los daneses de Schleswig-Holstein, actualmente agobiados bajo el yugo alemán. Esta es la razón por que se dice que los aliados en esta guerra luchan por la salvación de los pequeños estados.

Alemania violó y ocupó a Bélgica, ocupó a Polonia después, y últimamente ha establecido su control en Austria ocupando a Serbia y a Montenegro. Todos estos hechos demuestran a las claras que el *Drang nach Osten* de los alemanes tiende solamente a ocupar y a dominar las pequeñas naciones, sobre todo a las de origen eslavo.

De ahí se explica la lógica que encierra el hecho de la participación de Rusia al tomar las armas en defensa de Serbia; de

ahí se explica que serbios, checos y polacos apelen a Rusia como su única ayuda y protección.

Esta guerra divide a Europa y al mundo en dos campos diametralmente opuestos; guerra que demuestra que existe realmente un peligro común para el género humano, sobre todo para Europa; peligro que no lo constituye el panslavismo, sino el pangermanismo.

Bethmann-Hollweg mismo dejó demostrado, en uno de sus discursos, que una Alemania poderosa era la más segura protección contra el peligro eslavo. Pero tanto las alianzas de franceses y eslavos e ingleses y japoneses, como las simpatías de los neutrales, por los aliados, de un lado, y del otro la unión de alemanes, austriacos, magyares y turcos y búlgaros, demuestran de modo indiscutible que esta guerra no es un mero pleito entre Alemania y eslavos, ni una disputa de estados, sino una defensa de principios que ha convertido la presente guerra en una guerra nacional.

Puede afirmarse sin vacilación que esta guerra contribuirá a la regeneración de Europa. En ella triunfará la justicia contra la violencia, o viceversa.

¡Nobleza obliga! Los más poderosos estados, Francia, Rusia e Inglaterra, han proclamado los derechos de los pequeños estados.

La alianza de los eslavos con las naciones del oeste de Europa, contra Alemania y Austria, es la mejor prueba de que aquéllos no amenazan la paz del mundo, sino que juntos se están defendiendo del enemigo común.

\*

Hasta aquí la conferencia del profesor checo Masaryk. Discutible en muchas de las afirmaciones que ella contiene; pero como no es nuestro propósito ése, dejamos sin comentario la conferencia del ilustrado profesor, mientras pasamos a darle al lector una extensa información sobre los jugo-eslavos y las posiciones que ocupan actualmente.

Los jugo-eslavos son propiamente los eslavos del sur. Los serbios, croatas y eslovenos, quienes por tradición, lengua, religión y sangre, como por condiciones políticas y económicas,

constituyen una nación con idénticas aspiraciones, completamente homogénea. Ellos forman los reinos de Serbia y Montenegro, población de 5.000,000, y los que residen en Austria-Hungría: 8.000,000; y los que viven al oeste de Goritzia, cerca de las provincias italianas, forman una población de 40,000 almas, mientras un millón y medio vive allende los mares, fuera de sus países respectivos.

En Austria-Hungría los jugo-eslavos están subordinados a alemanes y magyares. Su territorio ha sido dividido en diez provincias políticamente oprimidas, socialmente perseguidas, y en todos los sentidos obstaculizadas en su desarrollo intelectual y económico. Constituyen una población de 2.100,000 almas bajo la administración del gobierno de Viena. De éstos, 410,000 viven al sur de la Estyria; 120,000 al sur de Carintia; 490,000 en Carniola; 155,000 en Goritzia; 70,000 en Trieste; 225,000 en Istria y 610,000 en Dalmacia.

Bajo la dominación magyar hay 3.100,000 jugo-eslavos. 2.300,000 en Croacia y 900,000 al sur y al suroeste de Hungría.

Los jugo-eslavos han deseado siempre formar un estado independiente, libre de toda intervención extraña. Tanto los jugo-eslavos de Serbia como los de Montenegro han vivido libres y han podido regirse bajo sus respectivos gobiernos propios; pero todo intento de unificación con sus hermanos fronterizos de Austria-Hungría ha sido obstaculizado. Y todos los jugo-eslavos irredentos ven en esta guerra la posibilidad de alcanzar su libertad completa.

N. York.

## EL PROGRESO DE LA VERDAD EN EL JUICIO DE LAS OBRAS LITERARIAS



MUCHOS escriben y muchas cosas se han escrito en la literatura mundial; muchas ideas pasajeras, muchísimas opiniones muy erróneas, y de vez en cuando una hermosa creación.

El rey egipcio Thamus, según dice Platon, había demostrado, aun de la más lejana antigüedad, el temor de los daños que producirá a los hombres el escribir, debilitándoles la memoria, desacostumbrándoles del propio pensamiento y acostumbrándoles más con las opiniones de otros sobre la sabiduría, que con la misma sabiduría.

En todas las naciones del mundo se escribe más o menos, y quizá no será de más preguntarnos nuevamente y de un modo más general: ¿por qué escribimos?

Escribimos para esparcir nuestro pensamiento más lejos de lo que puede llevarlo la palabra. La palabra no puede vivir mucho, ni en el tiempo, ni en el espacio. Pronunciada ahora, enmudece después; oída aquí, se pierde allá. Algunas veces es interceptada por aquel que la oye, y recordándose de ella la lleva aun de un sitio a otro. Pero este sonido no es la primera palabra; el recuerdo es infiel; la palabra llevada por otro no es el pensamiento del orador, sino la voz del portador. Es como la voz mecánica de las máquinas parlantes, que, a pesar de todos los perfeccionamientos, no podrá darnos nunca la sensación de lo natural.

Por esto el sonido pasajero busca transformarse en letra estable, y la idea encarnada en esta forma, rompiendo los límites del espacio y del momento, intenta penetrar en los lugares más apartados y en los tiempos por venir.

Pero ¿qué idea merece esta transformación? ¿Qué sentimiento puede estar destinado a salir de las márgenes más naturales de una voz sencilla, y esparcirse en un pueblo entero, quizá en todo el mundo, de generación en generación?

Solamente aquella idea y aquel sentimiento que por su contenido, y aun por su fuente, se ha alzado por encima de los intereses limitados del individuo y ha encontrado en el cerebro de quien la produce aquel sobrante de concepción que le da el valor universal.

No el objeto de llegar a una utilidad personal con su escrito, no la pequeñez de ver su nombre entre el de los autores, no la ambición de sobrepasar a los demás; estos intereses personales no os darán el derecho de entrar en la literatura. Solamente el entusiasmo impersonal por lo que sabéis que es verídico en vuestro pensamiento, y por lo que sentís que es hermoso en la imaginación, solamente esto pondrá en la frente la señal de los elegidos.

Y si un joven con juicio y corazón, pero que tiene duda de sí mismo, nos preguntara: “¿en qué forma podría conocer que estoy entre los elegidos?”, le contestaríamos, repitiendo un antiguo aforismo: tiene la vocación quien en el momento de la obra se olvida de sí mismo.

Porque lo que impide a tantos hombres, aun inteligentes, ver bien, pensar de verdad y escribir notablemente, y lo que los condena a una perpetua mediocridad, es justamente la limitación de su personalidad a intereses exclusivamente individuales. Por la neblina del egoísmo no penetra nunca la luz de la verdad, ni el calor de lo hermoso.

Así, pues, el entusiasmo impersonal: he aquí la señal decisiva de los llamados a la inmortalidad.

Medida en esta escala, la mayor parte de la literatura diaria, no merece existir, ni puede existir; y si parece hoy que existirá, se verá mañana que no; se quedará como si jamás hubiera sido.

Restrinjamos el círculo de nuestras investigaciones a la literatura en el propio sentido de la palabra, y después de haber visto que quienes escriben por su vocación interna lo hacen para esparcir un sentimiento o idea de valor universal, pongamos la

segunda pregunta: ¿Cómo obra tal escrito sobre los demás? ¿Cómo penetra en la multitud? ¿Cómo alcanza a ser el pensamiento y el sentimiento de un solo hombre el pensamiento y el sentimiento de todos los hombres cultos?

Con otras palabras, ¿cómo se hace el progreso en el reconocimiento y la aceptación de la verdad?

Cuando hablamos aquí del progreso de la verdad, no pensamos en alguna abstracción metafísica: no nos detenemos en la célebre duda del escéptico Pilat: ¿qué es la verdad?, ni en la investigación teórica acerca de si existe o no el hermoso absoluto. De igual modo nos ocuparemos muy poco en analizar las causas y los efectos del progreso general del espíritu europeo, como lo han ensayado Buckle y Lecky.

Desde un punto de vista más práctico y más modesto, tomamos en consideración aquellos hechos de la vida intelectual en los cuales el movimiento de un estado más atrasado de la opinión pública hacia otro más perfecto se hubiera podido notar indudablemente en trabajos aislados de ciencia, arte, y en especial de literatura.

En este movimiento de opiniones de una generación a otra, y muchas veces dentro de la misma generación, hallamos una nueva especie de evolución, aun en el círculo limitado de nuestras investigaciones: la evolución psicológica en los juicios literarios.

Si intentamos analizar rápidamente esta evolución en sus aspectos naturales, podemos entrever en el mismo tiempo la misma fórmula del progreso en el reconocimiento de una verdad, aunque sea relativa.

Para comprender mejor de lo que se trata, comprobaré estas afirmaciones con algunos ejemplos de la vida intelectual de varios pueblos.

La teoría de la gravedad, concebida por Newton a los fines del año 1665, aparece en 1687 sistemáticamente comprobada en *Philosophiae naturalis principia mathematica*.

Aunque esta teoría fundamental es una verdad evidente, e introdujo una reforma completa en la astronomía, el mundo científico de Francia le hizo una oposición completa al principio.

Apenas después de 45 años, en 1732, intenta Maupertuis sos-

tenerla y defenderla en contra de los que la combatían, y aun en 1738 escribía Voltaire:

*La France est jusqu'a présent le seul pays, ou les théories de Newton en physique et de Boërhave en médecine soient combattues. Nous n'avons pas encore de bons éléments de physique; nous avons pour toute astronomie le livre de Bion, qui n'est qu'un ramas informe de quelques mémoires de l'academie.* (Voltaire. Edit. Benchot. vol. 57, cores. 340.)

Pero hoy, después de un siglo y medio, ni en Francia ni en otras partes se tiene la más mínima duda acerca de la ley de gravedad de Newton, y el progreso de la verdad se ha cumplido en ese punto.

En 1677 se representa por la primera vez la *Phedra*, de Racine, en el *Hotel de Bourgogne* de París. En la misma tarde y en la propia ciudad se representa la *Phedra*, de Pradon. En los primeros momentos fué Pradon alzado al cielo por las alabanzas entusiastas que se le hacían, y Racine se vió abandonado y casi insultado por la crítica contemporánea. Pero hoy, ¿quién lee a Pradon? ¿Y quién no ha leído la *Phedra* de Racine? El nombre de Pradon se hubiera perdido en la noche del olvido, desde hace mucho tiempo, si no lo hubiera tocado de vez en cuando un impiedoso rayo de la gloria de Racine.

La ópera de Mozart, *Don Juan*, empieza a representarse en Berlín en 1790; unos tres años después de la primera representación que tuvo lugar en Praga. Su éxito es mediocre; la crítica desfavorable. Las opiniones de aquel momento se resumen en la siguiente forma en la *Musik Zeitung* de aquella época:

No he oído a ningún conocedor de arte decir que Mozart es un artista correcto; con tanto menos motivo puede declarar la crítica imparcial que es un verdadero compositor con hermosas inspiraciones.

Hoy no hay en el mundo un conocedor o amante de la música que no se extrañe o ría de tal juicio.

En 1784 se representa por la primera vez la tragedia burguesa de Schiller, *Kabale und Liebe*, y en la misma primavera se imprime la obra.

Un arqueólogo y profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín, llamado Karl Philip Moritz, hace en el *Vosische Zeitung* la crítica, diciendo entre otras cosas:

He aquí un nuevo producto que es una vergüenza para nuestros tiempos. ¡Qué cara debe tener el autor cuando imprime y escribe tales absurdos, y cómo deben ser el cerebro y el corazón de un hombre que pueda estar satisfecho de tales manifestaciones de su espíritu!

Pero, después de unos cuatro o cinco años, el mismo Moritz llega a ser un admirador de Schiller, y hoy no existe en todo el mundo literario alguien que pueda firmar las líneas escritas por aquel crítico en 1784.

Quien quiera multiplicar tales recuerdos literarios encuentra hechos análogos en la vida de Goethe, de Beethoven, de Victor Hugo, de J. J. Rousseau, de Schopenhauer, y en centenares de ejemplos.

En todos esos casos se ha hecho un incontestable progreso en la opinión pública y nuestra obligación es ahora buscar cuáles son las formas esenciales de evolución por las que pasa este progreso hasta su establecimiento definitivo.

Imaginémonos a un joven autor que, en aquellas condiciones subjetivas de las cuales hemos hablado, alza su concepción hasta la formulación de una nueva verdad para nosotros, sea en las ciencias, sea en la literatura o en la política.

Una vez concebida la nueva verdad, le da el autor la forma literaria y la trae a la vida pública.

Supongamos que ha elegido el tiempo oportuno y trata de una idea que, aun siendo nueva, nació en medio de las luchas intelectuales de la época. Entonces el primer encuentro con el público, y a la vez el primer síntoma natural de la evolución hacia el progreso, es la violenta crítica y oposición de la mayoría.

¿Qué es una idea o una nueva forma en el movimiento intelectual de un pueblo? Es aquella que existe en el pensamiento de muchas personas, o de un pueblo entero, pero cuya fórmula más clara nace de un solo cerebro que es a la vez su autor. Justamente este sobrante de fuerza intelectual, que contribuye a la conclusión de la idea cuya fórmula ha cuajado en la inteligencia de una sola persona, la hace diferenciarse y estar por encima de los demás.

Pero existen las inteligencias mediocres, los individuos acostumbrados a una clase de fórmulas que creen verídicas; y cualquier novedad les aparece como una intranquilidad para su alma. Rebeldes a un nuevo esfuerzo de su inteligencia, desacostum-

brados al trabajo intelectual, hacen oposición a la nueva verdad en la creencia de que están defendiendo su sabiduría; cuando de hecho no poseen más que aquella resistencia de la inercia, que domina a los elementos intelectuales igual que a los físicos.

Aquel que más desarrollado tiene este sentido de la inercia, busca combatir el hecho literario de la nueva verdad con un artículo de lucha, y este escrito encuentra un poderoso eco entre sus semejantes, es decir, entre la inmensa mayoría de las mediocridades contemporáneas. Así es, y no puede ser de otra manera.

De aquí resulta que todas las ideas de valor son al principio combatidas.

Pero si comprendemos de un modo objetivo que así es y será siempre, no podemos sino mirar con simpatía hacia el joven autor en esta fase de su vida pública.

No es fácil el momento en el cual la nueva idea nacida de las profundidades de un cerebro pensador, calentada al fuego del amor a la verdad, crecida con la ayuda de la concentración de todas sus fuerzas, abandonando el silencioso lugar de su formación intelectual y lanzada de repente en el caos de este mundo, encuentre aquella enemistosa oposición cuyas causas hemos mencionado más arriba. El autor, que se cree salvado por el gran trabajo realizado, y que cree haber ganado el derecho al reconocimiento de su actividad, se encuentra frente a la violenta resistencia de los que lo rodean y se ve lanzado a su primer estado, es decir, al eterno sacrificio de sí mismo. Su barco no está navegando con las velas tendidas hacia el mar tranquilo, sino que en un bote de salvación vuelve a entrar, ante la tempestad, en el antiguo puerto de sus meditaciones solitarias.

Pero aquí vuelve a encontrarse a sí mismo y el dolor da ahora a su alma la última consagración y una profundidad que aun no había conocido. De este dolor debe acumular nuevas fuerzas y debe hacer un nuevo apoyo para el cumplimiento de su misión.

Con una doble reconcentración vuelve a empezar la obra, y la resignación, que desde ahora en adelante aparece sin querer en todas sus manifestaciones, le da un encanto sorprendente. De pronto variadas y nuevas ideas vienen en auxilio de la concepción primitiva, pero no invaden ahora como una lluvia ruidosa de verano, sino que se sientan silenciosas, como los copos de nie-

ve, encima de su obra, la cubren, la protegen, y le dan una nueva fecundidad. Ha llegado el invierno de su vida espiritual, un tiempo de anestesia en apariencia, pero en realidad tiempo de infatigable preparación para el renacimiento de la primavera. Y esta primavera no puede faltar, la evolución del reconocimiento de la verdad entra necesariamente en la segunda fase de su progreso.

La idea, aun sobrepasando, por su novedad, a las mediocridades contemporáneas, debe sin embargo tener relaciones de parentesco con la minoría inteligente de su época. El punto difícil de pasar es el de que los hombres inteligentes están generalmente ocupados con un objeto propio a su pensamiento, y por consiguiente quedan retirados de la agitación de los hechos diarios.

Pero justamente aquí la resistencia de los mediocres cumple, sin quererlo ni saberlo, una función útil en la vida pública. Es la ley natural de tantos elementos que, siendo nocivos o inofensivos, contribuyen indirectamente a la formación y perpetuación de otros elementos útiles. Su grito de alarma repercute en la gran mayoría de sus semejantes y da al movimiento intelectual unas proporciones que no hubiera alcanzado sin esto, y lo hacen penetrar en la esfera de atención de la minoría inteligente, aunque esté retirada y absorta en sus propios pensamientos.

De aquí en adelante está asegurado el éxito de la nueva idea. Porque su verdadero obstáculo no consistía en la ignorancia, sino en que se ignorase la existencia de ella. Para el autor de la idea no era triste el hallarse frente a quienes le combatían, sino permanecer en medio de la indiferencia de los que le hubieran podido comprender; le entristecía no poder oír el eco de los corazones emparentados, no ver las vibraciones de su cerebro reflejadas en los cerebros semejantes; su tristeza provenía, en fin, de sentir que su idea, nacida para vivir de la vida de todos, era amenazada de perecer en su propia soledad.

Pero, por una ironía de la suerte, justamente este obstáculo está destinado a ser levantado por sus adversarios mediocres.

Una vez llegada la idea al conocimiento de los hombres eminentes, se asienta en su dominio destinado; y por cuanto fué más violentamente atacada hasta entonces, por cuanto ha sido peor comprendida y con más intención desnaturalizada, con tanto ma-

yor motivo su renacimiento, en los nuevos cerebros, es ahora más vigoroso, porque se encuentra fortificada no solamente por la penetración intelectual, sino también por aquel sentimiento de generosidad que se levanta en algunos corazones humanos en contra de cualquier injusticia.

Y si la nueva idea no resulta aprobada inmediatamente por los hombres eminentes, por encontrarse en oposición con las opiniones emitidas antes, y debe ganar palmo a palmo el sitio que merece, la nueva lucha es de otro género y sobre otro terreno distintos a los de otros tiempos.

No se trata ya de la resistencia ciega e instintiva de la inercia, sino que la medida de los argumentos y la luz de esta discusión resulta de la mayor utilidad para la constitución de la verdad. Además, justamente este hecho contribuye a que los nuevos adeptos, plenamente convencidos, tengan una aptitud especial para conducir la idea en adelante hacia su éxito definitivo.

Porque nada es más difícil en el mundo que poder comprender a otro, y sin comprender no es posible convencer. Comprender a otro significa tener o haber tenido en sí una parte análoga en su pensamiento.

Por esto los verdaderos luchadores por el progreso, que habían participado ellos mismos del antiguo error, han encontrado en su mismo desarrollo interno los argumentos para la nueva verdad. Con la ayuda de estos argumentos se verán capacitados para adaptar la verdad al grado y a la inteligencia de los demás.

Desde el momento de esa adaptación, el progreso de la verdad entra en la tercera y última fase de su evolución, en la fase del reconocimiento general. Aquí también, como en todas las fórmulas de la vida, existe la lucha por la existencia. El cerebro más eminente ha recibido como herencia una insistencia más enérgica en el pensamiento, un empleo más ingenioso de todos los argumentos para su fortificación; y midiéndose diariamente con las mediocridades que lo rodean, no puede haber otro resultado que ponerlos a todos bajo su autoridad.

Al mismo tiempo viene el auxilio de los hombres imparciales que en su mayoría son indiferentes. Ahora se ven también éstos puestos en movimiento por las vibraciones de los debates, y no pueden hacer otra cosa que ponerse en favor de la nueva verdad.

Porque cualquier verdad es una fórmula más clara de las eternas reglas, que componen el mismo fundamento del universo, y corresponde a la perpetua dirección de la inteligencia humana para extender los conocimientos y el aumento de las condiciones de bienestar general.

Justamente aquel elemento impersonal, en el momento de la concepción de la nueva idea, demuestra ahora su verdadero valor. Porque la persona que choca con otra es porque un pensamiento egoísta está paralizando otro de la misma naturaleza. Por eso lo que es impersonal, es del patrimonio común de toda la humanidad; e inmediatamente que con la lucha quedó demostrado su valor, penetra por todas las individualidades futuras como una parte integrante de ellas.

Entonces la lucha va hacia el ocaso, la discordia desaparece poco a poco, la autoridad de los más maduros se extiende sobre los demás, y, en una futura generación, la verdad combatida antes llega a ser la verdad recibida por todos como una base sólida para el pensamiento común.

El agua ha pasado, las piedras quedan; y de piedra en piedra avanza la verdad hacia su porvenir infinito. . . .

JULIO M. LUPUS.

La Habana, julio de 1917.

---

No hace mucho tiempo que reside en La Habana el señor Lupus; llegó aquí procedente de la República Argentina, e ingresó en el cuerpo de profesores de la primera Escuela Nueva establecida en Cuba, en El Dique, por la Fundación Luz Caballero. Allí dió clases de francés y de cultura física, principalmente. Rumano de nacimiento, ha sido Teniente del Ejército de su patria y es Doctor en Filosofía y Letras. Su cultura es extensa y variada, y nos llama la atención, sobre todo, el conocimiento que de nuestro idioma demuestra en este interesante artículo, bello en muchas partes y original en otras, por el cual le quedamos altamente agradecidos.

## NOTAS EDITORIALES

### ORIENTE Y EL LIBRO *PENSANDO EN CUBA*



A prensa de la provincia oriental cubana, y en particular el diario *El Cubano Libre* y la revista *Oriente*, de Santiago de Cuba, donde se han publicado artículos encomiásticos relacionados con un generoso acuerdo adoptado por el Consejo Provincial de Oriente en su sesión del 10 del pasado septiembre—acuerdo que dió a conocer antes que otro alguno el primero de los citados periódicos—, nos sorprende con la grata noticia de que dicha Corporación aprobó unánimemente un Estatuto sometido a su consideración por el Consejero y Vicepresidente del citado Consejo, Sr. Eduardo Abril Amores, en relación con el primer volumen de la *Biblioteca de CUBA CONTEMPORÁNEA*, o sea el valioso libro *Pensando en Cuba*, de nuestro queridísimo y malogrado compañero el Dr. José Sixto de Sola.

Por lo que enaltece la memoria de aquel inolvidable amigo, por lo que habrá de contribuir ese acuerdo a la difusión de su cubanísima obra, y por lo que nos honra a nosotros, los fundadores de *CUBA CONTEMPORÁNEA* y de la *Biblioteca* de esta Revista—fuera del estímulo que ello representa para nuestra labor y del mentís a quienes afirman que “todo está podrido en Dinamarca”—, *CUBA CONTEMPORÁNEA* se complace en traer íntegro a sus páginas ese Estatuto que honra también, y en alto grado, a la Corporación que unánimemente ha sabido comprender uno de sus fines principales, y que especialmente honra al Consejero señor Abril por la forma en que presentó su proposición y por la

espontaneidad inusitada de ésta, que es lo que nos hace apreciar doblemente el patriótico rasgo del Consejero y del Consejo y agradecer en sumo grado ese noble acuerdo por el cual damos las más rendidas gracias y presentamos públicamente el testimonio de nuestra más profunda gratitud.

He aquí el texto de ese Estatuto que tan alto pone el nombre del Cuerpo que lo aprobó como el de quien hubo de someterlo a su aprobación:

#### AL CONSEJO:

El peor de todos los males que ha padecido y padece la República, sin exceptuar las guerras civiles, es la falta de fe en la República misma.

Desde el día glorioso de su constitución, el despecho de los vencidos y los tremendos prejuicios que existían y que aún existen, respecto a la política norteamericana, infiltraron en muchas almas cubanas la horrible creencia de que la República sólo era una ficción.

Cada un tropiezo del nuevo país, corriente en la formación de todos los pueblos libres, ha sido motivo para que los enemigos de dentro y fuera de Cuba y para los que a sus intereses materiales lo sacrifican todo, entonasen salmodias a la incapacidad cubana y pronosticasen la desaparición de la República.

Con esos materiales se ha formado un pesimismo en el espíritu público que no ve solución a ningún problema cubano, que no cree posible una salvable regeneración en las costumbres, y que inspira la perversidad de hacer mercadería de la patria, so el infame pretexto de aprovechar algo de lo que al cabo ha de perderse.

El Consejo Provincial de Oriente, que al igual de los demás cuerpos legisladores, está obligado a cuidar con especial esmero a la República y procurar que se la ame y se tenga en ella la fe que le tuvieron, antes de ser hermosa y palpable realidad, legiones de cubanos nobles y heroicos, debe acudir, con los medios que las leyes y sus recursos ponen a su disposición, a remediar el tremendo mal ya referido.

Y uno de los medios de que puede valerse el Consejo Provincial de Oriente, para aportar su concurso a la obra patriótica de hacer fe en la República, es consignar en cada presupuesto una cantidad para dedicarla a la adquisición de libros en los cuales el sentimiento patriótico se engrandezca y se pongan de relieve las virtudes de los hijos de este pueblo, sus hechos nobles y gloriosos, y la riqueza del suelo, su fertilidad y su clima incomparable.

Por tal virtud, y habiéndose editado un libro en la casa impresora de la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, cuyo título es *Pensando en Cuba*, cuyas 326 páginas, irreprochablemente escritas, están amorosamente consagradas a demostrar la incommovible firmeza de la República Cubana, a pesar de todos sus tropiezos, las grandes virtudes de este pueblo y sus grandes pro-

gresos en diversos órdenes, cuya lectura es un poderoso hábito de optimismo, cuyo autor, José Sixto de Sola, desgraciadamente malogrado, es cubanísimo, y cuyo producto neto se destinará a erigir una estatua, en la capital de la República, al insigne pensador cubano José Antonio Saco, el Consejero que suscribe, a reserva de lo que sus dignos compañeros se sirvan acordar, para que surta efecto en el próximo presupuesto, ansioso de que el mal que ha señalado encontre pronto un dique que lo contenga, propone que, con carácter ejecutivo, se adopte el siguiente

#### ESTATUTO:

Artículo 1.º—Se acuerda destinar del Capítulo de Imprevistos, del actual presupuesto, la cantidad de 200 pesos para la adquisición de doscientos ejemplares del libro *Pensando en Cuba*, por José Sixto de Sola.

Artículo 2.º—Dichos ejemplares serán adquiridos directamente de la casa editorial de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Artículo 3.º—Los doscientos ejemplares del libro a que se refiere el artículo primero, serán distribuídos por el Ejecutivo Provincial entre los Alcaldes Municipales de la Provincia, Consejeros Provinciales, Presidentes de Ayuntamientos, Presidentes de Juntas de Educación, Inspectores Provinciales e Inspectores de Distritos de Escuelas, Catedráticos de Institutos y de la Escuela Normal, Sociedades Cubanas de Instrucción y Recreo, y Directores de los periódicos que se publican en la Provincia.

Artículo 4.º—Cada un ejemplar del libro *Pensando en Cuba* se acompañará de una circular recomendando su lectura y suplicando a la persona o corporación a quien se envía, lo dé a conocer al mayor número posible de ciudadanos cubanos.

Salón de Sesiones del Consejo Provincial, septiembre 9 de 1917.

(Fdo.) EDUARDO ABRIL.

---

#### NUESTRO PREMIO DE SAN FRANCISCO

Por conducto de la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo de nuestra República hemos recibido en septiembre último el Diploma de Medalla de Oro y la medalla que en la Exposición Internacional de San Francisco de California obtuvo CUBA CONTEMPORÁNEA. Y aunque la prodigalidad con que este galardón ha sido otorgado a la prensa de Cuba quita valor estimativo al premio, lo aceptamos como un estímulo para perseverar en nuestro esfuerzo con la misma fe y la misma incansable tenacidad que hasta hoy.

# Cuba Contemporánea

---

AÑO V

Tomo XV. Habana, noviembre de 1917. Núm. 3.

---

---

## EL ARTE CARACTERÍSTICO Y SU LIBRE DESARROLLO FUERA DE LA TIRANÍA ESCOLAR

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL ATENEO DE LA HABANA EL 28 DE OCTUBRE DE 1917, PRIMERA DE LA SERIE ORGANIZADA POR SU SECCIÓN DE BELLAS ARTES, POR LA SEÑORA DULCE MARÍA BORRERO DE LUJÁN.)

Señoras y señores:



NO podría discernir en este momento si a la profunda impresión que acaba de causarme vuestra inesperada y lisonjera acogida, o a la natural turbación de mi ánimo, puesto ahora a prueba por la excesiva benevolencia de los ilustres directores del Ateneo al traerme por primera vez a esta tribuna, debo este raro estado de semi-inconsciencia en que me hallo, y en el cual se borra repentinamente de mi mente, en una como inhibición momentánea donde su facultad retentiva se hace nula, todo el largo proceso ideológico anterior a cuyo ordenamiento y concatenación estubo atenta; pero es lo cierto que una emoción insólita embarga y desorienta mi espíritu en este instante, absorbiendo por entero mi voluntad y mermando mi capacidad de expresión—pobre de suyo—, a medida que crece en intensidad alimentada por igual

por dos sensaciones ajenas, en cierto modo, a este marco y a esta particular ocasión en que hablo.

Porque... ¡es singular! Haciendo un rápido examen de esta emoción dominante, lejano ya y como atenuado un tanto el halagüeño motivo que le diera origen, encuentro que la hacen en mí persistente y la mantienen viva todavía, prolongando mi perplejidad angustiosa, dos recuerdos dolorosos venidos no sé en qué punto, ni por qué afinidad misteriosa, a participar de ella: el de un cubano ilustre, recientemente desaparecido y todavía de todos recordado: el Dr. Lanuza, y el de otro cubano... también ilustre—¿por qué no he de decirlo yo?—, el de otro cubano ya casi por todos olvidado, porque hace más tiempo de su muerte: el Dr. Borrero, mi padre...

Ausentes uno y otro de este lugar, en esta hora que es para mí sola significativa y grave; separados ambos de mí y de vosotros en esta riente mañana—en cuya luz un optimismo reparador parece abrir silenciosamente el mágico tisú de las frágiles alas—por la distancia, siempre creciente, que separa a los vivos de los muertos, no habrá de parecer romántica locura que yo tome por uno de esos inexplicables milagros que el sentimiento y el amor realizan a veces en nosotros, a despecho de nuestra incredulidad y de nuestra indiferencia, la presencia espiritual, aquí, de aquellos hombres superiores y benévolos que hubieran dado estímulo a mi pensamiento incapaz y calor a mi voz insegura.

Ahora que he pronunciado sus nombres, que me henchían el corazón como dos tibios raudales de sangre nueva y generosa, y que han subido a mis labios, trémulos todavía de respeto, como el efluvio póstumo de dos corolas gemelas cerradas para siempre sobre los fríos bordes del vaso hondo y sagrado de la muerte, advierto que comienza a restablecerse el curso normal de mis ideas y empiezo a darme cuenta de mi involuntaria irreverencia al venir, mal de mi grado, con la impaciencia de mis años escasos y de mi escasa capacidad, a prender irrespetuosos lazos de inconsistencia sobre los severos crespones que enlutan dolorosamente esta tribuna (palestra gloriosa de justas memorables) desde la desaparición increíble de aquel prodigioso polemista, de aquel maravilloso disertante de ático y trasparen-

te estilo, de aquel elegante conferencista cautivador y sugerente, profundo y delicado, sencillo y principesco, que fué el Dr. Lanuza, y ante cuya amable memoria todos parecemos querer inclinarnos en un acto voluntario y secreto de agradecimiento espiritual, porque todos le somos deudores de un fulgor de esperanza, de una chispa de entusiasmo, de una leve alegría del corazón, sembrada en él por el riego suave del polen ideal que como polvo sutil de belleza, y a despecho de su propia desilusión, se desprendía de su inteligencia asombrosa y cuajada de la miel del saber, para caer en nosotros y florecer en una noble flor de emulación y de fe.

Hablé hace poco de milagros; debí haber hablado de *relación*, señores; pues nada más semejante a lo milagroso que esos fenómenos de atracción y creación refleja provocados en nosotros, por fuera de nuestra voluntad, por la asociación de las ideas, regidas y conducidas insensiblemente a un punto determinado, bajo la influencia de estados anímicos especiales.

Ferviente enamorada del Arte, en todas sus manifestaciones, y cultivadora intermitente de la literatura y la pintura—la más compleja de las artes plásticas—, acepté por patriótico deber, más que por respetuosa cortesía, el ruego del Ateneo; y al venir hoy a hablaros para exponeros ciertos puntos de vista relacionados con el actual estado de empobrecimiento del arte pictórico entre nosotros, que acaso sean dignos de consideración por parte de nuestros maestros y de nuestros aficionados, sabía que no podía dar el carácter de una conferencia a este trabajo que sólo se reduce a una reunión de apuntes y juicios personalísimos, formados apresuradamente quizás, al calor de los más recientes y aparatosos acontecimientos artísticos, y como desconsolador resumen de la infecunda realidad del medio y del ambiente en que todos nos apresuramos a recoger como bueno el brote anémico de una siembra profusa, pero demasiado insustancial para dar fruto aún. Contaba, al venir a hablaros, sólo con mi fervor artístico; contaba con el alto interés patriótico que acaso encierren mis juicios personales, mas no con vuestro aplauso caluroso, anticipada sanción de vuestra cortesía que así tuvo el poder de turbarme por su significación conmovedora; y en el vacío de mi pensamiento, producido por la violenta

emoción de la simpática acogida, el recuerdo de mi padre (casi pudiera decir su forma real) tomó vida silenciosamente llenándome el alma, y por un momento he vuelto a verle, en pie, tras de mi silla de trabajo, con una chispa de voluntad en los ojos tenaces y el gesto transmisor de energía, esperando el rasgo inicial que habían de trazar sin miedo las manos prodigiosas de Juana, primero, y luego las mías, pequeñitas y vacilantes todavía, en nuestro empeño de trasladar al lienzo, para complacer su ardiente ruego—que era siempre un mandato imperioso—, todo el brillo deslumbrador de un día de Cuba, como, seguro de inflamar nuestro ánimo, decía él con voz vibrante y ardorosa...

Y no a vosotros, señores; no a los muros propicios de esta sala; no al estrado imponente de cubanos insignes que presiden este acto matinal, han mirado con avidez mis ojos, abiertos a la dicha del pasado, en tal instante; sino al cobalto intenso del cielo puro, al verde vivo de las hojas volubles que el dosel de los árboles removía bajo el sol, que las fileteaba de oro, como las lentejuelas de un chispeante brocado cuajado de esmeraldas; al rojo ardiente de los techos campesinos, surgiendo aquí y allá entre el espeso terciopelo verde-azul de las arboledas distantes—hechas leves en el aire—, como alegres rubíes sobre urdimbres de plata; al blanco luminoso, espolvoreado y flotante, del encaje nevado que en desdoblamiento perpetuo abría la cascada rumorosa del Almendares frente a la casa en que nací y en que pasé los años de la infancia ¡los únicos felices de la vida! junto a la hermana artista y el padre voluntarioso y soñador (entre los dos predestinados trágicos!), atormentada ya, sin saberlo, por los dolores de la vocation y la visión de un ideal de gloria!

¿Qué de extraño, señores, si en la resurrección fugaz de aquel cuadro de color y de vida, lleno para mí todo él de la memoria amada de mi padre, apareció también la imagen del amigo leal, del admirador consecuente que en todo momento pronunció con respeto y con amor su nombre; del asombroso amigo que no supo olvidar al amigo a pesar de la muerte, y que reverenció su memoria casi hasta la hora aciaga de abandonarnos él mismo, al partir para el viaje misterioso?...

Fenómenos de relación, señores; fenómenos ultraconscientes

que sólo tienen lugar durante las grandes crisis emocionales, y que resumen, como en síntesis fecunda, luces de amor, sombras de ingratitud, hieles de olvido que silenciosamente cuajan luego en una sola flor de sentimiento, purísima y conciliadora, que a todos por igual nos ofrece el bálsamo consolador de su perfume!

\*

Nótase en Cuba, de algunos años a esta parte, cierta loable actividad en las esferas del pensamiento y del espíritu, cuya intensificación progresiva se ha hecho evidente por la producción abundante y desordenada de obras de escaso o de ningún valor como exponentes del carácter nacional, que ya debiera reflejarse, o insinuarse al menos, en la manifestación inicial de nuestra cultura artística incipiente. La producción literaria de estos últimos años, sin color, fragmentaria, inconsistente, abonará mi aserto. Poetas y escritores de todos los géneros se esconden sin advertirlo, como bajo un disfraz, bajo el prestado manto de asuntos exóticos o de novedades pueriles de expresión, y por mucho que se ajusten y ciñan trabajosamente entre las finas envolturas de un bello estilo, no logran tomar forma ni revelar una personalidad propia a través de su obra. Aislados y apreciables casos de madurez intelectual y orientación definida del gusto, confirman esta regla general de pobreza y vulgaridad que atrofia nuestra literatura al presente. Y volviendo los ojos a otros campos menos desbrozados todavía por nosotros que el de las letras, como son los de las artes plásticas; buscando la señal determinante de un futuro arte nuestro, que encierre para la posteridad en la piedra, la línea o el color, nuestro pensamiento, nuestra ambición, nuestra vida presente, en fin, cerrada tercamente, como un cofre de avaro, sobre el rico tesoro del pasado que la colma inútilmente, sólo logramos ver, descorazonados, en la obra de la mayoría de sus jóvenes cultivadores, signos abundantes de deformidad y pobreza orgánica, como si habiendo sido engendrada sin brío ni voluntad, mecánicamente, como si dijéramos, por cerebros agotados prematuramente, hubiera nacido condenada ya, por una atrepsia incurable, a una existencia débil y fugaz.

Claro está que decir que no se halla presente todavía, en las

manifestaciones artísticas nuestras de hoy, señal alguna que marque carácter y fisonomía propia al que ha de ser nuestro arte futuro, no supone de ningún modo que ellas no fuesen susceptibles de adquirirla más tarde. Si sólo se tratase de un retardo en la reflexión o traslación de nuestra vida ideal a moldes aún no formados, por apatía de la mentalidad todavía sin vigor, el hecho no sería tan grave. Lo grave es que se trata de una adaptación viciosa de nuestra alma y de nuestra peculiar fisonomía, encerrada en falsos y raquíticos moldes que nuestro juicio indiferente acepta sin dificultad como definitivos.

Entrando al campo de la Pintura, al cual quiero ir hoy a espigar de intento y con dolor, vemos que este fenómeno de proporción inversa es más notable. Se multiplican los pintores; la Pintura se estanca, se atrofia, se empobrece.

Sostenido desde hace muchos años sobre unas mismas columnas (que son por ventura vigorosas), el arte de Rafael y de Leonardo, de Rubens y de Velázquez—esas cuatro cariátides formidables—no se desploma todavía ante nosotros, pero amenaza hacerlo por falta de renovación, de vigor juvenil, de una potente inyección de savia nueva, en fin. ¿Es que falten temperamentos propicios, talentos verdaderos entre los jóvenes cultivadores de la Pintura, cada día más numerosos?...

No. ¿Es que falta atmósfera?; que el horizonte es mezquino o estrecho?; que nuestro acervo histórico no contiene glorias y hechos heroicos capaces de inspirarnos? ¿Es que nuestro sol, nuestro cielo cegador, nuestra naturaleza incomparable no inflama nuestras retinas indiferentes? ¿Es que nuestra ambición de grandeza, nuestra aspiración de perfeccionamiento espiritual no es capaz de elevarnos hasta la cumbre de la inspiración fecunda que nos haría inmortales?

No. No es eso, señores. Es algo más triste aún: es que nuestro ambiente, viciado de tiranía pasiva en todos los órdenes, anula y deprime.

Pruébalo un hecho innegable: descuella el que se va, señores. De diez jóvenes dotados de temperamento artístico, uno emigra; deja aquí facilidades de vida, calor de hogar, toda posibilidad de auxilio familiar o amigo; deja la diafanidad, la brillantez de la naturaleza, la gracia y la belleza vivas que podrían

suministrarle modelos dignos de eterna admiración, y parte...

Va al dolor, a la lucha, a la porfía. El clima es otro, son otros los panoramas; ha de adaptar su cuerpo y su retina a una realidad nueva, a un medio físico extraño; ha de vivir él, si ha de vivir su anhelo, del mismo mezquino peculio, escaso ya para proporcionarle los elementos indispensables a su carrera; ha de sufrir, señores, pero será un pintor! De los nueve restantes, uno, dos... tres quizás, ingresan en San Alejandro; los demás ni siquiera se aprestan a luchar. Renuncian a su vocación, matan por sí mismos su esperanza, paralizados por el desencanto, bajo el ambiente absorbente y aniquilador. Tenemos, pues, que de diez jóvenes aficionados, de diez larvas preciosas, de diez cerradas crisálidas de artista, seis serán barridas por la desesperanza; tres abrirán monstruosamente, para vivir a rastras, sin personalidad y sin vigor, y sólo una, la única que no fué brutalmente aplastada o deformada por el medio tiranizador, logrará abrir las alas poderosas en vuelo hacia la Gloria y la Inmortalidad!

Y bien! Al fin, así, ni siquiera nuestras únicas glorias serán nuestras; y habremos de resignarnos a ver, en los únicos lienzos dignos de mención que llegan a nuestros concursos casi inútiles, sobre el azul ceniciento de montañosos lugares de Castilla, los tonos fríos, nebulosos, plateados o cobrizos de un cielo turbio y bajo, o en el soleado arriate de un patio encantador, abrir, burlescos, como si fueran purpurinas bocas, los claveles de España bajo el calado toldo de la parra cuyos zarcillos se escapan retorciéndose de impaciencia en el aire para besar el bermellón oloroso de sus intrincadas corolas.

Lejos de aquí, muy lejos, se harán nuestros pintores; y cuando vuelvan, ansiosos de ofrendar a la Patria su laurel, que no conservará una gota siquiera del jugo de su suelo, echaremos de ver, sin demasiado dolor, que no estamos en ellos; que Cuba, señores, no está en el alma ni en la retina de sus grandes pintores. Cuando vuelvan de Italia, de España, de París, recobrados de nuevo por el amor de la tierra, borrado ya en su memoria el recuerdo de aquellos lugares, acudirán gozosos a nuestros Salones y pondrán a sus lienzos títulos cubanísimos; pero, bajo el tipo doloroso de una anémica limosnera de nuestros caminos,

veremos siempre traslucirse la sugestiva figura, rica de colorido y de melancolía, de una tocada pordiosera napolitana; la ruda estructura del arriero montañés estará siempre visible a través del enteco diseño de un guajiro agricultor de nuestros campos; y en el rostro sano y fresco de una graciosa muchacha campesina, un maligno rezago de picardía francesa arderá de seguro, mistificando la inocente alegría de su sonrisa franca!

De todos modos, nuestros futuros artistas serán entre nosotros siempre extranjeros; vivirán y producirán en su tierra, bajo el sol que no les abrigó, como unos eternos desarraigados, y nada rendirá en provecho de nuestra perpetuación espiritual el magnífico fruto de su dolor victorioso.

El hecho es triste, pero cierto. Y aún hay más; aún hay algo de más inmediata trascendencia para el interés primordial del arte, y es el fenómeno de absorción, mejor dicho, de abdicación de la personalidad, que se realiza bajo nuestro ambiente, dentro de la estrechez escolar. Mientras frecuentan nuestros jóvenes artistas la Academia, sus facultades parecen adquirir relieve y fuerza, y nos engaña la febril producción de sus talentos con una obra de fragmentos y de pobre significación, como reveladora de subjetivismo o singularidad personal. Promesas de madurez próxima y de próxima consistencia perdurable, nos hacen esperar de su futura labor frutos definitivos de alto valor artístico; pero al abandonar la Escuela donde ellos no fueron ellos, donde ellos no se valieron de reglas y de pautas, de leyes y de cánones para modelarse a sí mismos, contentándose sólo con imitar la manera o el gesto técnico del maestro, del cual no adquirieron, a lo sumo, más que el mecanismo científico, sin asimilarse su alma ni su fuego mental, se anulan y desaparecen, desposeídos de una facultad artística que tomaron de prestado y cuya falsa irradiación bastó a su aspiración floja y servil.

Cualquiera de nosotros podrá reconocer fácilmente al discípulo de Menocal por la suavidad y transparencia de las tonalidades y por la elegancia de la factura, y al de Romañach—por no citar más que a dos de nuestros máximos maestros—por la libertad de pincelada, la justa precisión del dibujo y el doloroso motivo del asunto; ninguno de nosotros podrá descubrir en ellos a sus émulos, sino a los inconscientes reproductores de

sus procedimientos peculiares respectivos. No hay que decir que aquellos temperamentos extraordinarios dotados de voluntad propia, descuellan de todos modos bajo la manera o el procedimiento adquiridos en la práctica de la escuela; mas éstos son muy escasos, y su existencia no sirve sino para comprobar con más firmeza la atonía o desaparición de la personalidad en la mayoría de los cultivadores noveles de la pintura.

¿Qué causas contribuyen a esta ulterior desintegración del artista, a esta extinción absoluta de su fugaz existencia que retorna a la estéril inacción del medio ambiente, a la que pareció en un momento sustraerse?

Esto es, precisamente, lo que me ha sugerido este somero estudio, y pido de antemano me perdonéis si generalizo demasiado al hacer el análisis de ciertas causas que parecieran deber sólo concernir al interés del Arte en general, y más inmediatamente al de la Pintura.

Flota, señores, en el ambiente que todos respiramos, un soplo de servilismo anulador que no alcanza sólo al pulmón del artista... Después de libertados, hemos perdido el sentido de la libertad y nos hemos acomodado, por molicie, a una pauta única y provechosa: reflejar a los otros, copiar a los demás; hacer lo que otros hacen, en todos los órdenes de la vida de la colectividad. Nadie es como quisiera y como debiera ser, sino como reconoce que no debiera ser otro. Mermada la voluntad, recortado y aplastado el carácter bajo una vergonzosa prensa de acomodaticia apatía (porque ser uno mismo, aunque no se sea siempre del mismo modo, es cosa bien dolorosa), todo adelanto colectivo es imposible, ya que la unidad individual no se diseña, no se bosqueja siquiera, ni se mueve, sujeta como está por la brida de una esclavitud voluntaria, que es la peor de todas las esclavitudes. Por este motivo proyéctase sobre todas las manifestaciones de nuestra vida, en el momento actual, una sombra de ignominiosa sumisión que nos paraliza en el camino del perfeccionamiento material y moral que habíamos, voluntariamente y a costa de cruentos martirios, emprendido. ¿Por qué? Porque hemos dejado corroer, por falta de valor para lubricarlos por nuestro propio esfuerzo, los preciosos resortes de la independencia individual, yendo a acentuar, por nuestra falta

de entereza moral, el fenómeno de la desintegración del carácter colectivo, a que todos estamos asistiendo.

Si esto es así, ¿cómo exigir que escapen a la patente deformación general ciertas cosas y ciertos sujetos? La inercia progresiva que borra la fisonomía peculiar a nuestra moral nacional, invade todos los campos de nuestra vida activa; viene de arriba a abajo; va del cuerpo al alma, y la miserable existencia de nuestra precaria obra intelectual se extingue y desaparece también bajo ese soplo maldito que todo lo hiela.

¿Qué obra de conjunto, sólida y perdurable, culminará en lo humano, que no sea el acopio y fusión de fuerzas distintas, y que no se lleve a cabo por el simultáneo estímulo de la independencia individual y de la libertad de albedrío? Y si, por la abdicación voluntaria de la propia personalidad, cada unidad de nuestro cuerpo social se deshace y disgrega, ¿cómo podrá adquirir definitiva forma nuestra personalidad colectiva, tono nuestra alma, difusa en la indiferencia y la inacción? Si no somos, señores, ¿qué cosa habrá de reflejarnos? Nada. Si nos deformamos voluntariamente, ¿dónde ha de quedar huella de nuestra verdadera faz? En ninguna parte.

Es amargo, verdad? Mas, por muy arraigado que esté este vicio capital de la abulia en nosotros, no debemos desesperar. Todavía es posible que estemos a tiempo de reaccionar, aunque para ello se necesitaría un esfuerzo ciclópeo, simultáneo, de todas las voluntades, que, de arriba a abajo, de afuera a adentro, restableciese el imperio de la armonía social dentro de la independencia y el respeto recíproco de todos los individuos.

¿Por qué no intentarlo? Acaso nuestra costumbre morbosa de copiar y obedecer sin reflexionar, de reflejar y repetir los actos ajenos, nos favoreciera esta vez... Intentemos, al menos, recomenzar la marcha interrumpida. La vida es ímpetu, movimiento, expansión, constante y voluntario avance. Detenerse, estacionarse, es anticiparse a la muerte; es peor que morir. Muertos, aunque inertes y sin voluntad, cumplimos sin embargo la ley de evolución renovadora por la cual nos restituimos como elementos activos a las formas nacientes de otros agentes de la vida perenne; mudándonos, renovándonos, reformándonos—como en sublime síntesis afirmó José Enrique Rodó,

el noble pensador uruguayo que acaba de morir, al decirnos: “reformarse es vivir”—, servimos a las fuerzas inmutables de la vida infinita; deteniéndonos, paralizándonos en tanto que existimos, defraudamos a la vida y a la muerte, robamos a la vida y a la muerte la porción de nosotros que les es necesaria para la renovación y el equilibrio constantes, para la perpetuidad, en fin, de la existencia universal, de la cual somos nosotros los primeros partícipes.

Y en la esfera del Arte, comience el movimiento de renovadora energía por la escuela, donde el maestro hará algo más que difundir teorías, que explicar leyes y aplicar reglas frías, dando y traspasando caloría espiritual, por decirlo así, al espíritu anémico del discípulo; estableciendo una escala de perenne emoción entre su corazón y el corazón joven del artista aún no moldeado por el contacto doloroso de una ambición de superior belleza, y donde el discípulo hará algo más que reflejar la manera y el procedimiento de exteriorización cuyos secretos va penetrando y descubriendo, y donde aprenderá que hay algo más que una técnica especial o que una horma única que dé perennidad a la obra del artista, fría y sin vida si no la animó el dolor dentro del propio corazón, antes que la facultad creadora, con redes sabias y precisas, la aprisionase en la forma.

Tenga cada cual su alma, y tendremos un alma común. Salgamos de nosotros sin dejar de ser nosotros. Tomemos de lo circundante algo más que la visible apariencia de forma y de color, y demos a nuestras obras, por defectuosas que sean y por distantes que estén de la soñada perfección, algo más de lo que pueda traducirse por la manera o por el mecanismo de la técnica.

Aprovechemos la ley y la pauta que el maestro nos brinda, a manera de alas que lleven nuestro corazón y nuestro pensamiento a las supremas regiones de la Belleza por rutas voluntarias y seguras. Reflejemos en nuestra obra, animada de pasión y de vida, el movimiento interno y la aspiración del alma compleja del mundo en que soñamos; y cuando nos circunscribamos al horizonte inmediato del mundo físico que abarcan nuestras miradas, sepamos dar vibraciones a la luz y sentido a las formas que nos rodean, penetrando en la Naturaleza serena y armonio-

sa, que es penetrar en la forma tangible de la Vida. Y pongamos sobre cada apariencia árida y sobre cada muda realidad, una gota de nuestro dolor, que dará contornos ideales, nuevos y significativos, a las cosas innobles que nos cercan, para que puedan venir a vivir en nosotros.

Para dar cima a las obras perdurables del Arte, se necesita algo más que medir y combinar, algo más que fundir líneas y tonos.

La regla cruza los dos negros maderos de la cruz, dura y brutal; mide y da dirección sobre ella a los miembros del hombre crucificado, clavándolos con precisión y firmeza; la ley científica de los valores del color en la luz, da al cuadro impió los trágicos matices, los patéticos tonos que convienen al suplicio del Cristo... ¡Sólo el dolor del corazón es capaz de poner, sobre la contracción espantosa de la agonía que hace palidecer la faz del mártir, ese velo sutil de tristeza infinita que el sentimiento del perdón corre, callado, y bajo cuya levedad milagrosa se descubre la ascendencia divina del soñador impenitente!

Las fórmulas escolares deben servirnos de escala para ir fuera de nosotros mismos y para volver, renovados por las emociones del mundo externo, a modelar definitivamente nuestra alma y nutrir nuestra mente. La obra de arte ha de ser más que una copia inexpressiva de lugares y formas sin representación. Ha de ser relicario del sentimiento y fanal transparente del espíritu.

Todavía en nuestras obras artísticas no acaban de reflejarse siquiera con exactitud las líneas verdaderas de los panoramas visibles. La mayoría de nuestros pintores copia paisajes de Cuba que no reproducen ni en un solo rasgo las bellezas de nuestra espléndida naturaleza. Si no hemos podido todavía ir de nosotros a la realidad del horizonte cercano, visible por la estructura, por el color y por la luz, ¿cómo iremos más lejos, al campo del simbolismo o de las concepciones abstractas de la verdad ideal, a buscar moldes perdurables en donde defender de la muerte nuestro anhelo de suprema Belleza?

Es nuestro pecado de inercia, que nos impide indagar; es el fatídico soplo de servilismo que todos sentimos pasar sobre nosotros, y que por incomprensible apatía nos postra en plena

juventud privándonos de nuestros derechos de expansión, de renovación, de autoadaptación a un molde definitivo de dignidad moral.

Por lo demás, y refiriéndonos a lo que pudiéramos llamar moral de nuestro yo, psicología íntima de nuestro carácter étnico que se desdibuja y pervierte visiblemente perdiendo brillo y dignidad, contrista ver, en las formas imprecisas de nuestras artes nacientes, la marca vergonzosa, el sello atávico como quien dice, el estigma revelador de nuestra antigua servidumbre, reflejada en motivos y asuntos innobles que resucitan en plena luz, bajo el sol de nuestra libertad conquistada a precio de tanto dolor y de tanto esfuerzo, los vicios y las vergüenzas que fueron signo y lacra del pasado.

Todavía vemos que muchos de nuestros pintores, para afirmar erróneamente el clásico sabor de nuestra fisonomía típica, apartándose de las fuentes fecundas de belleza de nuestra Historia, llena toda de grandezas sublimes realmente edificadoras, fijan regocijados en sus lienzos, satisfechos del hallazgo del símbolo, las escenas oscuras de un fanatismo embrutecedor con la representación de las ceremonias de la brujería, o la huella de nuestra pasada depresión moral representando al cubano por un tipo singular de astucia y de crueldad, en el diseño del guajiro que aprieta sobre la *guayabera* tradicional, con la mano impaciente, al *gallo fino* de pluma tornasolada, cabeza repugnante y larga espuela!.....

\*

Hubiera podido hacer este trabajo más extenso, más rico, más brillante, decorándolo con axiomas y lugares comunes, o con retorcidas incursiones al laberíntico campo de escuelas, teorías, edades y escenarios distantes y diversos. He querido que valiese sólo para nuestro interés de cubanos y de artistas, y que, sincero y claro, intencionado y breve, bien que desposeído de toda otra excelencia literaria, sirviese de acicate al principiante y de apoyo al maestro. Bien sé que para excitarle a romper la tiránica ligadura del estacionamiento y de la uniformidad deprimentes; para impulsarles al movimiento inicial que mude de una vez nuestra vida y destierre el horror ya inveterado que

nos condena a no ser nosotros mismos, me bastaría decirles: ¡Artistas, evocad a Grecia, el nido eterno, la eterna cima del ideal eterno, forjadora de los cánones perennes del vario ensueño del arte universal; a Grecia, hundida cada vez más hondo bajo sus ruinas en la muerte, resucitada cada vez más joven de entre el helado polvo de los siglos; a Grecia, cuyos hijos, sinceramente libres, llegaron a la cumbre del Ideal inmutable por todos los caminos, y cuya alma de fases infinitas, animando mil brazos con impulso distinto, talló de un solo golpe la poderosa montaña de sus normas sobre el nivel de todas las edades: la augusta cima blanca, serena, inabarcable, por cuyas innúmeras facetas sale a resplandecer sobre el mundo, desde el fondo de su seno apagado, fuerte, pura y sin velos, la Belleza inmortal!

# BOLÍVAR Y LA INDEPENDENCIA DE CUBA (\*)

## I



L pensamiento de Bolívar, poderoso y creador, abarcó en sus miras libertadoras no sólo el territorio del Continente sudamericano, sino que se alzó hasta el Norte para trazar el grandioso proyecto de dar independencia a Cuba y Puerto Rico y llevar luego—inaudito arrojó del genio—el beneficio de las ideas republicanas, que servirían del sustentáculo a sus principios políticos, a la misma península ibérica en el Viejo Mundo.

Las proyecciones de aquella concepción trascendental tuvieron en breve repercusión en la generosa tierra cubana, y crecieron allí, a la sombra de esperanzas fincadas en el Libertador, las sociedades revolucionarias de *Los soles de Bolívar*. Era el año de 1823, y se hallaban recién cortados los laureles de Boyacá, Carabobo, Bomboná y Pichincha. El guerrero incontrastable, en la plenitud de su fuerza y su acometividad, anhelaba nuevo teatro para el desenvolvimiento de su acción liberadora y todavía no se habían abierto ante él las famosas puertas

---

(\*) ¿Por qué nuestra patria no ha cumplido aún con el deber de honrar la memoria insigne del primer guerrero americano que pensó en libertarla? En deuda, ciertamente, estamos los cubanos con muchos ilustres compatriotas cuyos nombres semiolvidados aguardan el tributo que ha debido ya rendirles el pueblo libre de Cuba, y que les rendirá, de seguro, en plazo más o menos breve; pero Bolívar, el primer hombre de la América nuestra, el más grande de los caudillos y el más glorioso de los libertadores de pueblos, merece que aquí se le tribute, sin más demora, algún homenaje digno de su fama y demostrativo de que Cuba sabe agradecer el empeño generoso que quiso intentar el brazo incansable de aquel genio cuya figura, reproducida en bronce o mármol, quisiéramos ver honrando y decorando alguno de nuestros principales sitios públicos. Mas ya que esto no es posible por ahora, al menos pudiera el Ayuntamiento de La Habana dar el nombre de Bolívar a una calle principal de la capital de esta tierra que él ansiaba libertar; y al efecto CUBA CONTEMPORÁNEA excita a los ediles habaneros para que cumplan este deber. Bolívar podría llamarse, en lo adelante, la calle todavía denominada de la Reina, o la de San Rafael, u otra cualquiera importante. Y el día en que fuera puesta la primera tablilla en la calle que lleve el nombre del ínclito hijo de Venezuela, rendir a su memoria, al Inmortal, el tributo de respeto y de amor que toda América le debe, y que especialmente le debemos los cubanos por haber sido él quien primero soñó en darnos lo que hoy tenemos por el esfuerzo impagable de nuestros libertadores: la República. (N. de la D. de C. C.)

de la tierra de los hijos del Sol. Por otra parte, la vecindad de las islas antillanas a las costas de Colombia ofrecía un peligro a la estabilidad de la naciente república: España podía organizar allí expediciones, en su afán de reconquistar las perdidas colonias. Así el proyecto de llevar la guerra emancipadora allende el Caribe, tomaba cuerpo al influjo de la poderosa voluntad que lo había concebido.

Los señores Francisco Montoya y Manuel Antonio Arrubla, a nombre de Colombia, contrataron en Calais, el 15 de abril de 1824, un empréstito por £ 4.750,000, y para su pago la República comprometió en primer término la renta de tabacos y subsidiariamente las demás. El recóndito intento que había guiado a los libertadores de Colombia a contratar este cuantioso préstamo, era la expedición que se pensaba dirigir contra las posesiones españolas del mar Caribe.

El Libertador, que arrastrado por las exigencias de la lucha había pasado al Perú el 7 de agosto de 1823, se hallaba a la sazón—después de las horas de infortunio de Pativilca, que no lograron dominar su poderosa voluntad—en vísperas de coronar la magna obra de la emancipación con las campales batallas de Junín y de Ayacucho, ganada la primera por él en persona y la segunda al influjo del prestigio de su nombre (1). Pero no olvidaba, allá en la tierra del inca infortunada, que en medio de las ondas bravías del Mar de las Antillas dos islas hermosas y desgraciadas gemían aún bajo la opresión española, y los trabajos de organización de la armada y del ejército continuaban con actividad.

Para combatir el poderío español más allá de nuestras costas, era indispensable crear una marina tan poderosa como la ibérica, si no más, en aguas americanas; pues si bien el pabellón colombiano flameaba hasta en los puertos marroquíes (2), la escuadra oficial de la República no era todavía capaz de enfrentarse a la española del Atlántico, y para transportar un ejército hasta las costas de Cuba y Puerto Rico se requería

---

(1) "Al reconocer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y su patria, los vivas al Libertador y a la República resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros". (Parte de la batalla de Ayacucho rendido por Sucre al Ministro de Colombia.)

(2) Nota de Mohamed para el Agente de la República de Colombia en Gibraltar. (*Documentos para la vida pública del Libertador*, t. X, pág. 325.)

vencer primero la flota de los opresores de aquellas islas. Procedióse por esto a reparar las fortificaciones de Cartagena, apostadero naval de la proyectada escuadra, y en ejecutarlo se gastaron trescientos mil pesos (3); como faltaban marinos para tripular una flota de regulares proporciones, se fundó en la mencionada ciudad una escuela naval, el 29 de marzo de 1824, bajo la inspección del valeroso Capitán de navío don Rafael Tono (4) y dirigida por el Alférez de navío don Pedro María Iglesias; se compraron nuevos buques: las fragatas *Colombia* y *Cundinamarca*, en \$1.680,845; el navío *Libertador*, de 74 cañones, en \$80,000; el bergantín *Independencia*, de 20 cañones, en \$18,000; la corbeta *Bolívar*, de 22 cañones, en \$154,519; doce cañoneras se hicieron construir en los Estados Unidos, gastando en ello \$174,444; se trajeron de Europa fabulosas cantidades de cadenas, anclas, fogones para navíos, artillería de hierro de grueso calibre, proyectiles de todas dimensiones y pesos, fusiles, pólvora, piedras de chispa, etc. (5); se compraron jarcias de diferentes calidades y diámetros, alquitrán, municiones, vestuarios y de cuanto podía necesitar el ejército y la escuadra mejor equipados de aquella época. Fué aquel un esfuerzo titánico realizado por Colombia la Grande, en su empeño de llevar la simiente de la Libertad a las opresas islas que circundan el Caribe y el mar océano.

Pero la campaña del Perú retardaba la hora en que debía ponerse en obra la expedición, sin que Bolívar ni las tropas dejaran por eso de pensar un momento en aquella soñada empresa libertadora; por lo que cuando aún no se había extinguido en las soledades de los Andes el eco del último disparo de Ayacucho, el ejército colombiano, confiado en su propio valor y en su pericia, y orgulloso de sus triunfos sobre los españoles, elevó al Gobierno una representación en que se ofrecía para acometer la expedición sobre Cuba y Puerto Rico (6). El Go-

(3) JOAQUÍN POSADA GUTIÉRREZ, *Memorias*, t. I, pág. 23.

(4) MANUEL EZEQUIEL CORRALES, *Anales del Estado de Bolívar*, t. II, pág. 325.

(5) POSADA GUTIÉRREZ, obra citada, pág. 23.

(6) Sucre, en carta de fecha 27 de abril de 1826, escribe a Páez: "Recientemente de Ayacucho nuestro ejército ofreció al Gobierno ocuparse de la libertad de la Habana; pero sea que no se tengan los medios pecuniarios para sostener una nueva campaña, o sea que no convenga a los intereses de Colombia entrar en una cuestión que pudiera dar embarazos, el Gobierno ha contestado sólo dando las gra-

bierno no contestó, tal vez porque siendo el Libertador el alma del grandioso proyecto, y estando todavía en el Perú, faltaba el impulso que debía dirigirla a ser una realidad; quizá porque en las esferas gubernamentales pesaba ya la atmósfera de hostilidad que más tarde iba a entorpecer las últimas proyecciones del Genio; ora porque la prudencia aconsejase mantener en reserva el verdadero pensamiento del Gobierno de Colombia.

Mas la opinión pública continuaba agitándose en pro de la expedición antillana. Sucre, en carta al General Soublatte, fechada en Potosí el 9 de abril de 1825, le decía: (7)

Desde febrero he escrito al Gobierno a ver si quiere que este ejército vaya a la Habana, puesto que ya no tenemos que hacer aquí. Yo reuniré más de 7,000 soldados buenos, sin contar con los que ha traído Valero, etc., sino sólo los que yo tenía antes aquí. El ejército cuenta más de 8,000 hombres (es decir, el que yo tenía), pero existen muchos enfermos, y sólo cuenta disponibles 7,000; ellos, protegidos por alguna marina, bastarán, yo creo, a tomar la Habana, donde aseguran que el espíritu patriótico está en todas las gentes.

Y Bolívar seguía acariciando aquel proyecto, tan conforme con su incansable actividad y con la generosidad de sus impulsos, aun en medio de las graves y múltiples ocupaciones que le absorbían durante la organización de aquellos estados anarquizados y corrompidos. El General Páez, en su *Autobiografía*, en el capítulo que destina a tratar de la expedición sobre Cuba, inserta estas dos cartas:

La Paz, a 30 de agosto de 1825.

Mi querido general:

Usted que tanto ha hecho por la gloria y la tranquilidad de Venezuela, no dejará de hacer lo último que le falta para que nuestra querida patria sea completamente dichosa. Usted que conoce las cosas de por allí mejor que nadie, porque vive viéndolas, sabrá lo importante que es a Colombia el servicio que vamos a hacerle, yo mandando una brillante división de tropas de las que tenemos en el Perú, y Ud. tomando el mayor interés en que se conserve en el estado en que va; que se la coloque en los temperamentos más sanos, y, en una palabra, que Ud. las vea como sus hijos más queridos.

---

cias. Nuestro ejército está en un pie brillante por disciplina, orden, sistema y sobre todo con un espíritu nacional y militar que le duplica su fuerza. Sería capaz de cualquiera empresa digna de sus armas".

(7) BLANCO Y AZPÚRUA, *Documentos*, t. IX, pág. 715.

Ahora marcha el batallón Junín, que será uno de los mejores cuerpos que marchan, al mando del Coronel Ortega, que es muy buen oficial, y un escuadrón de granaderos a caballo al de Escobar, que Ud. conocerá. Junín es magnífico, lleva mil cuatrocientas plazas, y el escuadrón que lleva doscientas en nada le cede en su clase. Me parece excusado volver a recomendar a Ud., mi querido general, esta división que nos va a hacer un servicio tan inmenso.

Soy de Ud. afectísimo,

BOLÍVAR.

\*

Potosí, 16 de octubre de 1825.

Mi querido general:

He recibido con mucho gusto la apreciable carta de Ud., del 29 de marzo, en Achaguas. Doy a Ud., mi querido general, las gracias por las felicitaciones que Ud. me hace por los buenos sucesos del ejército libertador del Perú.

Usted habrá visto por mis anteriores cartas que han marchado para Venezuela mil seiscientos hombres; que dentro de tres meses marcharán otros tantos, y que probablemente en todo el año entrante iré yo llevando seis mil hombres. Aseguro a Ud. que cada día estoy más determinado a ejecutar esta operación, de que resultará un inmenso bien a Colombia.

Créame siempre, mi querido general, su afmo. amigo de corazón.

BOLÍVAR.

Dice Páez que en estas cartas se trata, con veladas expresiones, de la intentona contra Cuba y Puerto Rico, y que el plan de operaciones era el siguiente:

Consistía el plan del Libertador en mandarme a mí (con perdón sea dicho de quien ha hecho jefe de la expedición a Sucre, cuando éste se hallaba a cuatro mil leguas desempeñando la Presidencia de Bolivia), en mandarme a mí, digo, con diez mil hombres de infantería y mil de caballería que se embarcarían en la escuadra de Colombia, capaz de hacer frente a la que los españoles tenían en el seno mejicano, para saltar en uno de tantos magníficos puertos, ocultos al mundo en la Perla de las Antillas por el recelo de los gobernantes españoles, pero que se conocen por todos los que piensan en desembarcos militares en aquella hermosa isla. Que la habíamos de tomar era seguro, y ni el Libertador que ordenaba la empresa, ni yo que había de ponerla por obra, dudamos jamás del buen éxito de la expedición, una vez llegados nuestros barcos al fondeadero que se había escogido. En primer lugar contábamos con el número y valor de nuestros soldados, para quienes los españoles jamás podrían presentarse ya como invencibles, para quienes (lo diré llanamente) vencer a los españoles se

había hecho costumbre. La clase de tropa que formaría la expedición daba segura garantía de su buen éxito, por poco que los naturales ayudasen, no ya con hombres que siempre nos darían, pero que no necesitábamos tanto, sino con socorros materiales, con provisiones de boca, con anuncios y de esas otras mil maneras con que un pueblo amigo puede eficazmente dar la mano a un ejército invasor. (8)

Bolívar se había puesto en comunicación con el Gobierno mexicano para la realización de la empresa libertadora de Cuba, y la nación azteca ofreció auxiliar eficazmente con toda clase de recursos (9). Y, justo es declararlo, el entusiasmo de los naturales por la empresa de sus hermanos los liberales de Tierra Firme era notorio. Los señores Antonio Abad Iznaga, Lorenzo Zabala, José Antonio Mozo, Joaquín Carares y Armas, Manuel Gual, José Antonio de Echarrí, José Teurbe Tolón y Antonio Valdez, cubanos unos y otros mexicanos, dirigieron a los miembros de la Cámara de Diputados y al Senado de Méjico un extenso y razonado memorial en solicitud del apoyo del Gobierno mexicano para la empresa de libertad de la Gran Antilla.

Con todo, la expedición no cobraba formas prácticas, porque la creación de la nueva nacionalidad americana con provincias que fueron del Virreinato de Buenos Aires, y la organización administrativa y política del Perú, distrajeron al Libertador en el Sur por largo tiempo todavía. Pero los sucesos del 30 de abril en Valencia obligaron a Bolívar a alejarse en septiembre de las costas peruanas para regresar a su patria anarquizada. Solucionada la enojosa complicación, gracias a una conducta tolerante y diplomática, el Libertador volvió a pensar en las islas antillanas. Una carta de Urdaneta, así nos lo revela:

Maracaibo, 10 de febrero de 1827.

Excmo. Señor Presidente Libertador, etc., etc.

Mi respetado general y amigo:

Relativamente a la expedición de Puerto Rico, diré a Ud. que ya aquí se hablaba de ella cuando recibí su carta: a mí me parece una cosa fácil después de la declaratoria de guerra de la Inglaterra a la España. Esta sería la ocasión de que Ud. consolidase este país bajo tan buenos auspi-

(8). PÁEZ, *Autobiografía*, pág. 484, edición de Caracas, 1888.

(9) PÁEZ, *Obra citada*, pág. 485.

cios, si nosotros todos nos propusiéramos dejar de ser calaveras y olvidar todas las tonterías pasadas, en obsequio del bien común.

Yo concibo que la expedición a Puerto Rico debe ser pronto, antes que se acabe la guerra, porque me parece que si no se vuelve continental debe acabarse en cuatro días, porque la España no puede sostenerla. (10)

El Libertador quería aprovechar no sólo las fuerzas que venían desocupadas del Perú y quedaban ahora—solucionado el conflicto de Páez—sin ninguna tarea militar, sino la circunstancia de la guerra entre España e Inglaterra, para darle contornos definitivos al proyecto tantas veces acariciado de la emancipación de las dos citadas islas. Páez debería tomar parte en la expedición, a juzgar por lo que él en su *Autobiografía* dice, y por otro párrafo de la carta de Urdaneta:

Mucho celebro las buenas disposiciones del general Páez y su franca amistad. Yo nunca he temido que él faltase a Ud. sino por algunos comprometimientos de las circunstancias, mas ahora todo ha concluído y él tiene un corazón noble y franco.

Urdaneta era factor contado en la expedición, según se desprende de la misma carta de que hemos transcrito los párrafos anteriores:

Me tiene Ud. en suspenso con la indicación que me ha hecho acerca de mí; ni aun siquiera puedo inclinarme a conocer el pensamiento de Ud. en esta parte. Yo digo a Ud. francamente que no me considero capaz de mucho, no poseo en alto grado sino los deseos de servir y de llenar las miras de Ud.; pero, como no siempre bastan los buenos deseos, temo a veces ser empleado en cosas arduas por desconfianza de no poder corresponder bien a mis deseos.

Constancia oficial del propósito que abrigaba el Libertador, por ese tiempo, en relación con la expedición libertadora de Cuba y Puerto Rico, nos ha quedado en una comunicación del Secretario General del Presidente para el Secretario de la Guerra, que dice así:

Al señor Secretario de Estado en el Despacho de Guerra.

Señor:

Hoy ha llegado a noticia del Libertador la guerra existente entre España y Portugal y la concesión de auxilios que a virtud de antiguos tra-

tados hace a éste la Gran Bretaña. No hay datos para estimar la probable duración de aquella contienda; porque aunque el general deseo y necesidad de la paz, y las respectivas fuerzas de los contendientes den esperanzas de una pronta reconciliación, el carácter de las naciones beligerantes y la parte que tengan en la lid, las sugerencias de los fanáticos, así como la que tomen por una y otra parte distintas naciones, y el considerable apoyo con que la España cuente en Portugal, hacen temer que se prolongue la lucha.

El Libertador cree que debemos aprovechar estos momentos para emancipar a Cuba y Puerto Rico. No sólo alejaremos así de todo el hemisferio aun las últimas reliquias del poder español, sino que pondremos en acción nuestras tropas, conservaremos su disciplina y daremos mayor firmeza a nuestra existencia y gloria nacional. Ha detenido la atención de S. E. el aspecto con que la Gran Bretaña mire nuestras operaciones; pero sobre el derecho que tenemos de obligar al tenaz adversario a hacer la paz, hostilizándole con mayor vigor, y sobre lo que ya se sabía acerca de las opiniones del Gobierno británico con respecto a nuestra invasión de las Antillas, y a la importancia que siempre tiene la cooperación contra el mismo enemigo, S. E. ha procurado tomar informes del Cónsul de S. M. B., que, aunque no los ha dado sino conjeturales, coinciden con lo que sabíamos. Puede el Ejecutivo conseguirlos del Ministro inglés, mucho más recientes y determinados, y como no ha de temerse que sean contrarios, S. E. se prepara a la empresa.

Se necesita al intento: 1.º, que se envíen a la Guaira todos los auxilios de tropas, buques, armamentos y dinero que por mi conducto y durante la marcha había pedido S. E.; 2.º, que a ellos se agreguen 1,000 hombres y todos los demás buques que haya en Cartagena a propósito al intento; y 3.º, que se invite al Gobierno de Méjico para que inmediatamente amenace y acometa a la Isla de Cuba. La debilidad en que de este modo quedará el Departamento del Magdalena, puede remediarse con tropas que sean innecesarias en el Istmo o con las que pueden hacerse venir del Perú; y hostilizando activa y eficazmente a Cuba el Gobierno de Méjico, mientras que S. E. obra sobre Puerto Rico con las fuerzas que reciba y con las que pueda sacar de este Departamento y del de Maturín, se impedirá que esta isla sea auxiliada por la otra y se conseguirá emanciparlas a ambas a menor costa, pues libre Puerto Rico, se formará allí la gran expedición que se necesita para Cuba.

Soy de Ud. con perfecto respeto muy obediente servidor.

El Secretario de Estado y General del Libertador,

J. R. REVENGA.

Caracas, enero 27 de 1827—17.º

Esta nota demuestra que Bolívar estaba decidido ya a obrar activamente para alcanzar la emancipación de las islas españolas del archipiélago antillano; por desgracia, las circunstan-

cias no le fueron propicias; la guerra entre España e Inglaterra no se produjo, y se desvaneció la esperanza de una coyuntura harto favorable para el desarrollo de la obra de independencia de Cuba (11). No era que Colombia necesitara de aprovechar las dificultades en que una guerra con la Gran Bretaña pusiese a España, para vencerla en lid bélica, pues la superioridad de la marina colombiana comparada con la hispana del Atlántico era notoria (12), sino que con tal ocasión la guerra habría sido menos costosa y más rápida.

## II

En el Congreso de Panamá el pensamiento del Libertador, de emancipar las islas opresas del Caribe, había sido tema debatido con largura y madurez. Comenzó Bolívar por someterlo a la consideración de los estados que iban a hacerse representar allí, incluyéndolo en las instrucciones que el General Tomás de Heres dió a los señores Manuel Vidaurre y José María Pando, Plenipotenciarios del Perú, con fecha 15 de mayo de 1825. En ellas se lee:

Art. 8.º—Como mientras las islas de Puerto Rico y Cuba pertenezcan al Gobierno español, tendrá éste un medio para mantener la discordia y fomentar turbulencias y aun amenazar la independencia y la paz en diferentes puntos de América, procurarán ustedes hacer que el Congreso resuelva sobre la suerte de dichas islas. Si el Congreso, consultando los verdaderos intereses de los pueblos que representa, creyere conveniente libertarlas, celebrarán un tratado en el cual se señalen las fuerzas de mar y tierra y las cantidades con que cada estado de América debe contribuir para esta importante operación, y en el cual se decida si dichas islas, o alguna de ellas separadamente, se agregan a alguno de los estados confederados o se les deje en libertad de darse el gobierno que tengan por conveniente.

Art. 9.º—Si se resolviere que las islas de Puerto Rico y Cuba se agreguen a alguno de los estados, procurarán ustedes que se decida al mismo tiempo si el estado a que se agregan queda o no en obligación de pagar los gastos que ocasionare su emancipación, y en el primer caso, el modo y términos en que deba hacerse.

Art. 10.º—Si se resolviere que las islas expresadas pueden decidir por

---

(11) RAFAEL URDANETA, *Memorias*, pág. 394, ed. de Caracas, 1888.

(12) ANGEL SALCEDO RUIZ, *Historia de España*, pág. 618.

sí mismas de su suerte futura, ustedes se interesarán en que se sancione al mismo tiempo si ellas deben cubrir los gastos que hayan ocasionado y el modo y términos con que deban verificarlo.

El Gobierno de Colombia, presidido por el Vicepresidente Santander, reflejando fielmente las ideas que animaban a su preclaro fundador, dijo, por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores a cargo de José Rafael Revenga, en 14 de octubre del mismo año:

La emancipación de aquellas islas a esfuerzo de los estados americanos, no sería sino uno de los medios de continuar la guerra o acelerar el término de ella en que se hallan empeñados; y, por consiguiente, en las instrucciones que en 22 del próximo pasado se comunicaron a ustedes por esta Secretaría, está prevista y determinada la escala por la cual se rige el contingente de tropas, marina o numerario con que haya de contribuir cada Estado para el principal objeto de la federación. A aquellas instrucciones me ha ordenado el Vicepresidente agregar que, como la eficacia y celeridad con que se promoverá este objeto dependerá en mucho del empleo de los medios que ya se tengan preparados, si el contingente con que proporcionalmente ha de contribuir cada estado no quedase compensado por parte de Colombia con las fuerzas marítimas de que se habla en dichas instrucciones, se esfuercen ustedes en hacer consistir en tropas el complemento de las fuerzas con que haya de contribuir; es decir, que no han de ofrecer ustedes contingente en numerario, sino cuando la marina con que cuenta Colombia resulte insuficiente o inadmisibile el complemento de tropas. Conocido el valor de los buques y determinada la proporción en que cada uno habrá de dar tropas y dinero con arreglo a su población, será fácil fijar el número adicional de las que haya de dar Colombia por el mayor valor de buques o mayor cantidad de dinero con que contribuyan los demás.

Eran Plenipotenciarios de Colombia en el Congreso de Panamá, D. Pedro Gual y el General Pedro Briceño Méndez.

Inspirado en el ejemplo de su ilustre jefe, el General Sucre decía a los Plenipotenciarios de Bolivia, Dr. Mendizábal y D. Mariano Serrano (13), el 13 de julio de 1826:

El objeto primordial de la liga de las fuerzas de mar y tierra que debe solicitarse ardientemente es: Primero. Defender cualquiera punto de los aliados que sea invadido. Segundo. Expedicionar contra las islas de Cuba y Puerto Rico. Tercero. Expedicionar contra España, si tomadas estas islas no hiciere la paz con los confederados.

---

(13) Los delegados por Bolivia no pudieron llegar a Panamá a tiempo de tomar parte en las deliberaciones.

Pero el deseo del más grande de los americanos quedó burlado en las deliberaciones del Congreso, por lo que el Libertador aconsejó al General Santander que no aprobase la obra incompleta de aquella Asamblea. A los delegados de Colombia, en carta privada de 11 de agosto de 1826, les decía cuáles debían ser las bases aceptables para pactar con Méjico y Centro América, y en ellas señala con determinación la necesidad de expedicionar sobre Cuba y Puerto Rico; pero la tan deseada asamblea ístmica fué trasladada—para languidecer y morir— a la villa de Tacubaya, en Méjico, y los magnos propósitos del Libertador quedaron incumplidos.

### III

El Congreso de Colombia había autorizado desde 1825, reservadamente, al Vicepresidente Santander (14) para llevar auxilios a los patriotas mexicanos que sitiaban San Juan de Ulúa, y aun para emprender operaciones de asedio sobre Cuba. Santander creía posible dirigir—tan pronto como la llegada del navío *Bolívar* y de dos fragatas más, pedidas y pagadas, hiciesen superior a la española la escuadra colombiana—la operación formal de ataque al último baluarte del poderío español en América.

La presencia, por ese tiempo, de una escuadra francesa en el puerto de La Habana y mares vecinos, puso temor en el ánimo de los mandatarios colombianos respecto a la actitud de Francia en caso de ataque a las Antillas por la escuadra de Colombia. Para saber a qué atenerse en asunto de tanta monta, el Ministro Gual, por indicaciones de Santander, ordenó al agente de la República en Francia que inquirese del Canciller M. Villele si su Gobierno tomaría parte en la defensa de las islas de Puerto Rico y Cuba, al ser éstas atacadas por las fuerzas colombianas (15). No hay noticia de que la nota hubiera surtido los efectos que se proponía la Cancillería colombiana; pero no

---

(14) Carta de Santander al Libertador, de fecha 6 de junio de 1825. (Documentos de O'Leary, t. 3.º, págs. 179 a 182.)

(15) Carta de Santander a Bolívar, de 21 de septiembre.

por eso hubo desmayo en los propósitos ni entró el desaliento en pechos acostumbrados a la lucha.

España no se sentía segura respecto a su posición en aquellas islas. En Bogotá se sabía, a mediados del año 25 (16), que las autoridades españolas de La Habana hacían preparativos para la defensa, y aun para tan luego se considerasen prevenidas contra cualquier ataque, enviar una expedición contra Méjico y contrarrestar así los propósitos de los americanos. Hacia fines del año el Gobierno español hacía esfuerzos a fin de despachar una expedición de 8,000 hombres para la América. Por esa época llegaba a Cartagena de Indias la mayor parte de los buques comprados para engrandecer la escuadra colombiana: las fragatas *Colombia* y *Cundinamarca*, el navío *Bolívar*, los bergantines *Araure* y *Chimborazo* y dos fragatas de 44 cañones, compradas en el Mar Báltico. Todavía, sin embargo, era superior la escuadra española, que contaba a la sazón 16 buques de porte mayor (17). A Colombia, por otra parte, faltaban marinos; pero el Vicepresidente Santander pensaba que en la escuela náutica de Cartagena, cuya fundación atrás se mencionó, así como la de Guayaquil y en las escuelas de pilotaje de Puerto Cabello y Maracaibo, se formarían en breve expertos y arrojadados. Vana quimera, porque el marino audaz sólo se educa en la lucha con las olas, cabe los puertos marítimos de activo movimiento y gran riqueza.

Hasta entonces el proyecto de invadir a Cuba había estado girando alrededor del convenio que para darle realización se había celebrado con Méjico, a cambio de los auxilios que esta nación necesitara para la toma del castillo de San Juan de Ulúa; pero el 18 de noviembre cayó ese fuerte en poder de los revolucionarios mejicanos y caducó de hecho el mencionado convenio. No obstante, el Vicepresidente Santander pensaba en llevar a cabo un nuevo convenio con Méjico para reunir las escuadras de las dos naciones y asestar un golpe definitivo a la española y destruirla de *fond en comble*, según sus propias

---

(16) Carta de Santander a Bolívar, fecha 21 de julio de 1825.

(17) Carta de Santandes a Bolívar, de 6 de diciembre de 1825.

expresiones (18). El Consejo de Gobierno no sólo aprobó, sino que aplaudió el proyecto en su nueva faz.

La insistencia del gobierno de Colombia en realizar, tarde aunque fuese, el ataque a Cuba, iba abriendo brecha en el ánimo de los mandatarios peninsulares de aquella grande isla. Las tropas llegadas de España fueron distribuídas en el territorio amenazado, en tres campos volantes para defenderlo mejor, mandados, respectivamente, por los generales Kindelán, O'Reilly y Pruche (19).

Habían llegado las cosas a su límite extremo: el Gobierno colombiano presto a darle el último toque a su proyecto liberador, España incapacitada para aumentar los medios de defensa en las islas. Aparece entonces en la escena, por la primera vez, el Gobierno de los Estados Unidos. Esta nación veía con desagrado el desarrollo de los planes colombianos, porque comenzaba en su seno a formarse una corriente de opinión inclinada a conseguir la incorporación de Cuba al territorio de los Estados como uno nuevo de la Unión, o, al no poder efectuarse esto, a garantizarle a España la posesión de las islas, en espera de mejores tiempos. El ex Presidente Jefferson había dirigido con fecha 22 de octubre de 1823 una carta al Presidente Monroe, en que le decía:

Confieso ingenuamente que siempre he considerado a Cuba como la adición más interesante que pudiera hacerse a nuestro sistema de Estados. El dominio que esta isla, junto con la punta de la Florida, nos daría sobre el Golfo de Méjico y los países e istmos que lo limitan, lo mismo que sobre todas las aguas que en él desembocan, llenaría la medida de nuestro bienestar.

Ahora, el Ministro Clay, del Presidente Adams (John Quincy), propuso a nuestro Canciller señor Revenga la suspensión de todos los preparativos que se realizaban para darle libertad a Cuba, porque, decía, pudieran malograrse, de continuarlos, las negociaciones que se adelantaban con el Emperador de Rusia, para que éste influyera sobre el Gobierno de España en la consecución del reconocimiento de la independencia de Colom-

---

(18) Carta de Santander a Bolívar, de 21 de enero de 1826.

(19) Carta de Mariano Montilla a Bolívar, de fecha 30 de abril de 1826.

bia (20). La Cancillería colombiana, suspicaz y previsora al par que poseída de la fuerza que la Gran Colombia representaba en la sociedad de las naciones, contestó en términos equívocos, para no desairar la mediación ni suspender los preparativos que se adelantaban con prisa (21). Comprendió el Ejecutivo colombiano que las relaciones mercantiles de los Estados Unidos con Cuba, que podían entorpecerse o desaparecer del todo si sobrevenia una guerra en el territorio de aquella isla, eran la causa de la intervención oficiosa, y no buenos deseos de alcanzar un beneficio a los estados surgidos a impulsos del genio creador de Bolívar. La respuesta de Revenga, fechada el 17 de marzo del citado año de 1826, merece ser conocida en sus partes más salientes:

La importancia de la materia a que se refiere la comunicación con que Ud. me honró en 2 del corriente, había retardado la debida respuesta: porque veía el Vicepresidente en una balanza el esclarecido empeño con que los Estados Unidos propenden a perfeccionar y mantener la paz general, y a facilitar aun más a este Continente la oportunidad de cicatrizar sus heridas: y en la otra los tratados que ligan a Colombia con sus aliados en la presente guerra, la mayor probabilidad de terminarla alejando de todo este hemisferio al enemigo, y los garantes de futura quietud de que se privaría nuestro continente si al extender por último a la España la mano de amistad que tantas veces ha sido rechazada, no lo hacía con la gallardía correspondiente a las masas y fuerzas opuestas ya en lid. Aumentó también el embarazo el influjo que según se sirvió decir el honorable señor Clay al señor Salazar, tendría naturalmente en la disposición de S. M. el Emperador de todas las Rusias (cuyos buenos oficios se han solicitado) la moderación que se deduciría de la suspensión de toda hostilidad contra Cuba y Puerto Rico, cuando ya tenemos el brazo levantado: y aumentó el embarazo, porque se daba todo su peso a los amistosos esfuerzos que iban a hacerse en favor de la paz, y no puede ser indiferente a Colombia la gloria de concederla a un enemigo que la necesita: y porque la suerte de aquellas islas ha de ser como Ud. sabe uno de los objetos de que se ocupe el Congreso americano del Istmo.

El Vicepresidente veía bajo este aspecto la cuestión, que como tuve la honra de decir a Ud. en días pasados se confía en que nunca queden expuestas aquellas islas después de emancipadas a las calamidades que han acontecido a la otra que está situada entre ellas. Y estriba esta esperanza en que su presente robustez las hace capaces de sostenerse y de enviar

---

(20) Santander a Bolívar, carta de 6 de marzo de 1826.

(21) Santander, *ibíd.*

a España el sobrante de sus rentas: en que crecerá su fuerza con su prosperidad: en que sus hábitos agrícolas y mercantiles son buen seguro garante de su amor a la paz, y en que si, por desgracia, se hicieren necesarios mayores medios de defensa, no ha de creerse que se les rehusasen los mismos con cuyos auxilios se hubieren hecho independientes.

No había bastado para hacer desaparecer aquel estado de duda el retardo con que se recibió la contestación del Gabinete de San Petersburgo, según se deduce de la citada comunicación del Honorable señor Clay: pudieron influir en ello muchas causas naturales. Mas el Vicepresidente ha entendido después, que S. M. Imperial ni quería seguir en la cuestión principios distintos de los que habían servido de norma a la España en las ocasiones en que ella había consultado el negocio con las potencias aliadas en Europa, ni siquiera tomaba sobre sí el responder definitivamente a la demanda de buenos oficios antes de tener datos positivos de las ulteriores intenciones de la España con respecto a las que fueron sus colonias.

Si esta respuesta, como cree el Vicepresidente, ha sido así, aunque mucha parte haya tenido en ella el decoro con que S. M. Imperial quiere tratar a un aliado suyo, es claro que deja la cuestión casi en el mismo estado en que se hallaba. Y confirma esta presunción el esfuerzo de cerca de 4,000 hombres que de la Coruña vino a dichas islas en septiembre último, el otro de igual o mayor fuerza que se sabe está preparando, y la resistencia que aun a fines de noviembre hacía el Gobierno español a toda proposición conciliatoria. Si en tales circunstancias Colombia, pudiéndolo hacer, abandonase el derecho que tiene de proveer a su propia seguridad, alejando al enemigo, y el que tiene de obligarlo a hacer la paz hostilizándolo con mayor vigor, es claro que obraría con la probabilidad de tener que arrepentirse poco después; y que por dar a los Estados Unidos una nueva prueba de la alta estima en que tiene su amistad, y de entera confianza en la continuación de sus buenos oficios, sólo les daría un motivo más para convencerse de la tenacidad e imprudencia del enemigo de nuestra dicha.

Quiere, sin embargo, Colombia llevar su deferencia hacia el ilustrado Gobierno de los Estados Unidos hasta donde se lo permitan su propia seguridad, los pactos que lo ligan con sus aliados y la defensa de sus más caros intereses: y en su consecuencia me ordena el Vicepresidente asegurar aquí que por su parte no acelerará sin graves motivos operación ninguna de gran magnitud contra las Antillas españolas, hasta que, sometida al juicio del Congreso americano del Istmo la proposición que el Honorable señor Clay se sirvió hacer al señor Salazar en 20 de diciembre último, se resuelva sobre ella de consuno por los aliados en la presente guerra.

No se limitó a esto la acción del Gabinete de los Estados Unidos: el 27 del mes siguiente, Mr. Clay se expresaba así, en nota rotulada a Mr. Everett, Ministro de la Unión ante el Rey de España:

Los Estados Unidos están satisfechos de la actual condición de Cuba y Puerto Rico como pertenecientes al poder español, y con sus puertos abiertos, como lo están al presente, a nuestro comercio, no desea, pues, este Gobierno cambio político en su sistema de administración. Por otra parte, la población de las islas no es competente hoy, a causa de su constitución y número, para regir sus propios destinos públicos. Las fuerzas navales de las vecinas Repúblicas de Méjico y Colombia no son actualmente, ni lo serán muy pronto, según las probabilidades, a propósito para la protección de las mencionadas islas si se llegase a efectuar su conquista. Los Estados Unidos no dejarían de estar en inquietud ante la idea de que pasasen a poder de alguna otra nación menos amiga; y entre todas las potencias europeas, este país prefiere que Cuba y Puerto Rico continúen dependientes de la nación española. Si la guerra continuare entre España y las nuevas Repúblicas, y esas islas llegasen a ser el objeto y el teatro de las operaciones, los Estados Unidos no podrían ser espectadores indiferentes a la contienda, como quiera que su bienestar tiene puntos de contacto con la prosperidad de esta República; y las contingencias que pudieran surgir de una tan prolongada guerra, acaso podrían imponer al Gobierno de los Estados Unidos deberes y obligaciones de que no podrían relevarse por más penoso que fuese su cumplimiento.

Un mes más tarde, el mismo Clay se dirigía a Mr. Middleton, Ministro americano en Rusia, y al tratarle de las Antillas le hablaba en estos términos, que desvirtúan sus apreciaciones anteriores sobre la posibilidad de realización del ataque colombiano a las islas de Cuba y Puerto Rico:

..... No debe dudarse que los nuevos Estados dirigirán sus fuerzas combinadas, sin objeto en el Continente, al sometimiento a la República de esas valiosas posiciones insulares; y naturalmente derrotarán a su enemigo dondequiera que lo hallen.

El éxito de esa empresa o expedición no es, en manera alguna, improbable... Y es tanto más probable el éxito de la operación cuanto que, además de las razones enunciadas, existe el importante y notorio hecho de que una gran parte de la población de Cuba y Puerto Rico, estando en el sentido de la separación de España, sería, de consiguiente, un poderoso auxiliar de que desde luego podría disponer el ejército republicano invasor.

Y un poco adelante, al dar prolijas razones de conveniencia para España, al respecto de las islas nombradas, agrega ahincadamente:

..... ella (la República norteamericana) está satisfecha de la actual condición política de ambas islas, abiertas, como están, al comercio y a

las empresas americanas: ella no desea que se cambie la organización política de esas colonias.

El Comité de Negocios Extranjeros de los Estados Unidos, al estudiar las credenciales dadas por Clay a Mr. Anderson y a Mr. Sergeants, Plenipotenciarios nombrados ante el Congreso de Panamá, decía:

La suerte de las islas españolas, perteneciente a Cuba, está íntimamente vinculada a las relaciones de beligerancia entre España y las nuevas Repúblicas. Si la guerra continúa, se intentará la invasión de esa isla. Este es un punto sometido a la consideración y discusión del Congreso: es un asunto de la mayor entidad para la República norteamericana en todos sentidos: tenemos comunicación con esa Antilla en conexión con todas las ramificaciones de nuestra industria. El Morro puede ser considerado como una fortaleza en la boca del Mississippi; y, lo que es infinitamente más importante, en Cuba podrá repetirse, casi a la vista de nuestras costas, el terrible ejemplo de Santo Domingo, a menos que aquella isla sea invadida por fuerzas opresoras, por fuerzas a que los nuevos estados podrán difícilmente dar organización. Los esfuerzos que los Estados Unidos llegasen a hacer para evitar semejante catástrofe, serían hechos a poco costo; y por esta otra razón nunca sería justificable la omisión de aquéllos por nuestra parte.

Los Plenipotenciarios norteamericanos no concurrieron a las sesiones del Congreso de Panamá, porque Anderson, que desempeñaba la Legación de su país ante el Gobierno de Colombia, falleció en Cartagena al llegar allí de paso para el Istmo, y Sergeants se presentó en Panamá cuando el Congreso había suspendido sus sesiones para trasladarse a la villa de Tacubaya, en Méjico (22).

Después de estos hechos, ¿quién puede negar que los Estados Unidos en aquella época *hacían más que la misma España* (23) por mantener la dominación de esta nación en Cuba? (24)

Pero ya hemos visto que la intervención de los Estados Unidos para conservar a España el dominio de las islas de Cuba y Puerto Rico, era atendida por el Gobierno de Colombia

---

(22) *Memorias de O'Leary*, t. II, pág. 638, ed. de la Editorial "América".

(23) La bastardilla es nuestra.

(24) RAUL DE CÁRDENAS, *Cuba no puede invocarse en testimonio del Imperialismo norteamericano*; CUBA CONTEMPORÁNEA, t. XIV, núm. 3, pág. 261.

sólo a título de amistosa deferencia (25), mas nunca se la miró como un veto que impidiese la realización de aquellos propósitos; Colombia y su aliada, la República de los Estados Unidos Mejicanos, contaba con una escuadra poderosa, un ejército aguerrido y jefes expertísimos, sobre los cuales se destacaba la figura del primer Capitán de aquellos tiempos: Simón Bolívar. Los Estados Unidos, en cambio, no habían cimentado definitivamente su nacionalidad, poseían menor extensión territorial y carecían de los medios militares que hacían temible la acción de los aliados. Por eso hemos visto ya que, despejado el horizonte de la República de Colombia de los espesos nubarrones que se amontonaron en Valencia y Caracas el año de 1826, el Libertador volvió a pensar en el proyecto de liberación de Cuba y Puerto Rico. Por desgracia para la gloria de Bolívar, para el poderío de la raza hispana y para la felicidad de la bella Isla que demora entre las espumas del Atlántico, graves sucesos se desarrollaron a poco en el interior de Colombia. Primero, la lucha política desatada en la capital a causa de la actitud de Santander expuesta a la administración del Libertador; luego, el fracaso de la Convención de Ocaña, con lo que lejos de terminarse las incertidumbres y la cuasi anarquía que atormentaba a la nación, se extremaron los males que ya pesaban sobre el país; por último, el atentado del 25 de septiembre y la guerra con el Perú, en la que Bolívar contrajo la fatal dolencia que acabó con su vigoroso organismo y le produjo la muerte el 17 de diciembre de 1830.

Pero Cuba, emancipada más tarde por el esfuerzo de sus propios hijos, sigue mirándose en Colombia como la hermana menor de nuestra nacionalidad, como la tierra en que pensó el Libertador con sin igual cariño; y la herencia de amor que debemos al Padre de la libertad americana, es conservada por nosotros y acrecentada por las fuertes simpatías que empujan unos hacia otros a los hombres de letras de ambos países. A punto estuvimos, tal vez, de vernos cobijados al lado de Cuba por la gloriosa bandera de Colombia la grande; mas si la Providencia, en sus secretos designios, torció el rumbo de aconteci-

---

(25) Carta de Santander a Bolívar, de 6 de marzo de 1826.

mientos que parecían deber cumplirse de modo necesario, continuamos, empero, unidos estrechamente a la nacionalidad cubana en el amor a la libertad, en la justicia y en los fervientes anhelos por la grandeza futura de la raza y por la independencia que fundamos con sangre y sacrificios.

GABRIEL PORRAS TROCONIS.

(De las Academias de la Historia de Cartagena y de Caracas).

# LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

## INTRODUCCIÓN



El conocimiento imperfecto de la realidad, el vivo interés de nuestro espíritu de darse cuenta del mundo fenomenal, la tendencia natural de la inteligencia humana al dogmatismo, y la carencia de un método rigurosamente lógico, son las causas eficientes que han producido y producen la intolerancia en el individuo y en las sociedades.

La ciencia moderna, resignada a su modesto papel de paciente estudiadora de la naturaleza, en todos sus aspectos, no hace más que aprehender e interpretar fenómenos para luego inducir y deducir las leyes generales. No puede imponer una serie de principios abstractos, nacidos al calor de una excitación mental y que tengan por base remota la realidad viviente. No importa que sea elucubración de una inteligencia portentosa. La misma índole del saber humano—fruto del concurso mental de muchos hombres—exige un examen crítico de la labor individual. La teoría y la hipótesis no son más que explicaciones presuntas. La idiosincrasia mental del hombre de ciencia, su educación intelectual, el mismo orden de conocimientos a que dedica su actividad, influyen en el carácter de sus observaciones. Cada obrero de la ciencia no puede prescindir de llevar a ella la

*forma* de su contextura mental, constituída por la orientación de sus ideas. Este elemento ineludible resulta a veces contraproducente, en parte, para el progreso científico. Empero, la corriente general, representada por el mayor número o por la mejor calidad, opera inconscientemente su labor de selección, y de un modo lento se asientan los sillares de una ciencia cada día más completa.

La ausencia de sentido crítico y lo que se ha denominado en nuestro tiempo la moda en la ciencia, han creado el dogmatismo y la intransigencia de escuela. Nada más reñido con el objeto de la ciencia. La escuela no es más que un método que lleva en un sentido a la investigación humana, y tan fructífera será a la verdad en tanto cuanto se ajuste a las leyes de la lógica.

El fanatismo y la ignorancia son los enemigos más poderosos del cumplimiento de los fines de la ciencia; es decir, que en el empeño de su excelsa misión de iluminadora de la conciencia, tropieza con duros obstáculos que le impiden extender su acción bienhechora, que sólo alcanza a unos pocos. La humanidad de hoy—el conjunto de individuos diseminados por la superficie del planeta, pero en el fondo unidos por un nexo de pasiones, emociones, sensaciones y hasta ideas, en gran parte—no recoge, por lo general, todos los beneficios que le brinda la ciencia. La ley de herencia, de que se ha dicho con maravillosa exactitud que es la *memoria* de la especie, se manifiesta de un modo cuasi incontrastable; y la humanidad de hoy, quizás por atraso en su evolución natural, piensa, con ligera diferencia, a semejanza de la antigua de que procede. No se detiene a pensar en las conquistas alcanzadas, y continúa, en un problema tan esencialísimo como el moral, con la cara vuelta hacia el pasado.

Los hombres superiores, de positiva ascendencia intelectual en la sociedad en que viven, y que ocupan las funciones públicas, deben atender en primer término a la educación moral del agregado social en que actúan. De este modo se preparará el advenimiento de una humanidad superior a la actual, en que los principios que hoy constituyen una bella idealidad de los pensadores contemporáneos—entre ellos la libertad de conciencia, desligada de todo prejuicio religioso o social—sean patrimonio de toda la sociedad.

## I

## ANTECEDENTES PSICOLÓGICOS E HISTÓRICOS

La religión es, en resumen, un resto excesivamente repartido todavía de la infancia de la humanidad.

MAX NORDAU.

La identificación común respecto del sentido que se le dé a un fenómeno o a una serie de ellos; la coincidencia en la explicación de los mismos, y la semejanza de necesidades y costumbres, representan una fuerza de coherencia social. La sociedad actual, que es el resultado de una larga y lenta evolución al través del tiempo, como es lógico, tiene que encerrar todavía alguna parte de los elementos que contribuyeron a formarla. La falta de una ciencia que diera nociones sobre la multiforme realidad, fomentó la superstición y engendró las más absurdas hipótesis sobre los fenómenos naturales.

La filología, la mitología comparada y la etnografía han suministrado un caudal bastante grande de datos a la historia del nacimiento y evolución de la idea religiosa; la psicología moderna, en su incesante investigar, va descubriendo las tendencias psíquicas que animaron al hombre primitivo a creer en lo sobrenatural, y el nexo que por ello lo une al hombre de hoy. Ha sido preciso que la cultura humana haya llegado a un límite que no pudo concebir la civilización griega y romana, para que nuestra mente llegue a reconocer ciertas nociones como no esenciales, sino simples formas o categorías de nuestro pensamiento. Al hombre primitivo, en contacto siempre con la naturaleza e incapaz de abstracciones, por la índole misma de su inteligencia rudimentaria, no le era dado concebir ni con mucho la causalidad del más simple fenómeno físico. Las nociones más sencillas sobre la naturaleza le eran del todo desconocidas. Supeditado siempre a la idea de causalidad, busca el motivo de todas sus percepciones. Cuando es algo tangible para él y accesible a su conocimiento, queda tranquilo, sin inquietudes ni temores: mas, cuando se trata de un complejo fenómeno natural —una tempestad, un rayo, la muerte repentina—, cae en un es-

tado de confusión y de miedo, y naturalmente achaca esos hechos a alguien superior a él. Ante su ruda inteligencia está en pie el problema de evitar—cada uno dentro de su radio de acción—la repetición de semejantes calamidades. Se ponen en práctica todos los medios al alcance de su mano, según los usos y costumbres del lugar en que habite, para no ser de nuevo víctima de la causa desconocida, y el prístino miedo se transforma en reverencia y respeto. Los exploradores y hombres de ciencia que han tenido oportunidad de observar las tribus salvajes de nuestro tiempo, advierten que su religión no es más que una temerosa superstición, nacida de su impotencia para interpretar los fenómenos naturales.

El hombre de las cavernas tenía que fijarse más en las manifestaciones de la naturaleza que le producían daño, que en aquellas que le hacían bien. La producción de frutos, la procreación de los animales que utiliza y el río en que se sumerge, no son sollicitaciones bastante poderosas para atraer su atención. En cambio, las inundaciones, los temblores de tierra, las epidemias y otros fenómenos naturales que le turbaran su sosiego, proyectan en su espíritu una serie de continuos temores que en definitiva le hacen crear modos aparentes de contrarrestarlos.

De esta serie de sensaciones y emociones nacieron las remotas formas del culto religioso. La primera limitación del determinismo de los actos del hombre primitivo estuvo en el miedo de irritar al dios oculto que manejaba los destinos del mundo y castigaba sin piedad. Si se encendía de cólera, se le ofrecían toda suerte de presentes para calmarle; si era necesario, también iban al sacrificio. Se procuraba conmooverlo con plegarias y hasta intimidarlo con amenazas.

La incapacidad de ejercer el pensamiento de un modo crítico, no le permitió al hombre primitivo poseer más que ideas muy concretas de las cosas, y siempre revestidas de las percepciones que le eran comunes. Esta es la razón del antropomorfismo, que ve en todos los fenómenos la manifestación de una voluntad omnipotente, con la figura humana; no puede concebir ninguna causal que no se derive inmediatamente de un organismo semejante al suyo, que produce efectos simples.

La falsa noción de vincular en determinado ser extrahuma-

no la causalidad del mundo fenomenal, no es más que una parte del antiguo concepto religioso. Este extiende su dominio a definir la naturaleza y trata de explicar el destino humano después de la muerte. Se cree en la existencia de una sustancia espiritual que vive en el cuerpo del hombre y sobrevive después que sus componentes se disuelven en la naturaleza. Esta creencia es tan antigua como la idea religiosa, y a la crítica histórica se le ha presentado el problema de cuál ha aparecido primero. Pueblos de la antigüedad, y aun algunas tribus salvajes de nuestra época, guardan mayor respeto a un concepto que a otro. Los egipcios tenían gran veneración por sus muertos y evitaban su total destrucción por medio de un eficazísimo embalsamamiento. Multitud de sarcófagos egipcios, con sus momias intactas, se conservan hoy en los museos de las grandes capitales. También son dignos de mención el respeto a los lares y a los antepasados en Roma; los antiguos celtas y germanos, bebiendo la sangre de sus enemigos muertos.

Una atenta observación descubre que uno de los factores que fueron integrando los distintos componentes de la sociedad primitiva, se encuentra en la idea religiosa. Al fundir éstos elementos heterogéneos y amalgamados para un fin determinado, constituyó un embrión de Estado. No significa la anterior aserción que neguemos la forma como se constituyeron algunos Estados primitivos, fruto de enconadas violencias, en que el triunfo estuvo de parte de los más fuertes y avezados a la lucha y en el sometimiento de la tribu vencida. Lo que queremos decir es que la idea religiosa—por lo mismo que se asienta en lo misterioso y en lo desconocido, y, para el salvaje, en el peligro y en el miedo—fué una fuerza que aunó elementos dispersos, identificados por primera vez en algo ideológico. Un sociólogo de la potencia de Gumpłowicz, mantiene esta tesis cuando dice que el primero y más antiguo interés engendrador de sociedades es la creencia común en altos poderes sobrenaturales. (1)

Las sociedades primitivas no podían ofrecer campo adecuado para la pugna de ideas religiosas, porque las que poseían

---

(1) *Derecho Político Filosófico*; edición española, pág. 217.

eran rudimentarias y el bajo nivel intelectual de aquellos hombres les hacía admitir sin vacilación cuantas creencias existieran en el lugar en que vivían. La costumbre y los usos religiosos son harto sagrados para ponerlos en duda, y negarlos constituiría una enorme osadía, totalmente inconcebible para aquellos tiempos. La estructura mental primitiva es la garantía de más fuerza en pro de la fidelidad al culto. La forma de él no los separaba entre sí. El politeísmo no implica disidencia religiosa. Los partidarios de los distintos dioses no niegan los dioses de los demás. Es preciso descender hasta Grecia para encontrar la intolerancia en la condena a muerte de Sócrates, por “que no admite las divinidades no obstante que, según la ley de Dracon, está obligado todo ciudadano a honrarlas”. (2) Es indudable que el punto de partida de la violación de los derechos de la conciencia humana está en las sociedades en que el monoteísmo está profundamente arraigado, y—por otro lado—ese sentimiento religioso homogéneo está servido por una jerarquía en estrecho maridaje con el Estado. Las más viejas formas de lucha religiosa están en una primacía del pasado sobre el presente, e implican cierto estado de desarrollo en las sociedades; se pretende, por el influjo de la tradición, restaurar antiguos cultos y oponerlos a los que existen. Antes de que el gobierno eclesiástico se estableciera e inspirara respeto de cosa sagrada, las usurpaciones de la conciencia particular provocaban hondas divisiones.

Pero el problema no llegó a plantearse de una manera tan compleja, sino con el advenimiento del cristianismo. Los partidarios de las doctrinas preconizadas por Jesús se olvidaron de que aquel genio sublime fué “el fundador de los derechos de la conciencia libre”, (3) y no vacilaron en crear la autoridad religiosa en sus comunidades. El nacimiento del pontificado, que concentraba en el Papa la autoridad religiosa, no fué, en resumen, sino una conculcación de los principios esenciales del gran maestro; y dió lugar a una serie de actos de autoridad que

---

(2) BARTHELEMY. *Viaje del joven Anacarsis a la Grecia*, pág. 440.

(3) ERNESTO RENÁN. *Vida de Jesús*. Traducción española de Federico de la Vega, pág. 278.

violaban los derechos de la conciencia humana. Esto provocó varias protestas. Ello dió origen, en los siglos primeros de nuestra era, a las sectas de los noecianos, de los novacianos, de los melesianos, de los danatistas, de los juanistas, timoteanos y atingeanos. Poco después extendía la iglesia su sudario de tinieblas sobre la conciencia, en casi toda Europa, hasta el siglo XII, cuando todavía la Edad Media no había declinado. La conciencia se rebelaba en su encierro y pugnaba por romper lo que la constreñía. Entonces aparecieron los disidentes más avanzados, afirmando los derechos de su propia conciencia. Las sectas de los arnoldistas en Italia; de los petrobusianos, de los caputienses y de los valdenses en Francia; la de los stendingranos en Alemania, ponen de manifiesto el triunfo de la libertad de conciencia y el fracaso del poder absorbente de los Papas. Las doctrinas que profesaban las sectas eran heréticas, porque eran una negación tácita de la autoridad eclesiástica, y se extendieron de un modo extraordinario. Las sectas se multiplicaron en grande escala hasta los siglos XIV y XV. De ahí el nacimiento de los Lollardos en Inglaterra, los Fraticelli en Italia, los Taboristas, los hermanos Bohemios, los Morabos y los Husitas en Bohemia, que proclamaron su derecho de creer libremente y, en consecuencia, su separación definitiva del poder de la Iglesia.

La transformación se operaba sordamente en gran parte de las conciencias; y ya en el siglo XVI el cardenal Polo escribió a León X sobre el peligro que envolvía el dar a los hombres mucha sabiduría. Sin duda afirmaba implícitamente cómo los dogmas de la teología estaban incrustados en la conciencia humana, porque los auxiliaban la ignorancia y la superstición. El renacimiento de las letras, la invención de la imprenta, el estudio de los antiguos, los progresos de la industria y la inmensa extensión del comercio, produjeron al cabo una corriente nueva de ideas que habría de emancipar a muchas conciencias de la férrea ligadura del catolicismo. El espíritu católico decaía visiblemente a consecuencia de multitud de concausas. En el concilio de Viena, un obispo, a quien encomendó el Papa que preparase las cuestiones principales que debían ser objeto del concilio, declaró que la más esencial era “reformular la Iglesia en su

cabeza y en sus miembros''. (4) El cisma que se produjo poco después hizo que se identificaran en este pensamiento los concilios de Pisa y de Basilea; pero, en definitiva, se echó a un lado el propósito y la Iglesia volvió a caer en nuevas divisiones. En 1519 el genio de Lutero se pone abiertamente contra el dogma católico y proclama ante el mundo los derechos de la conciencia detentados en manos de la Iglesia Católica. El Papa León X, en 1520, lanza contra él una bula que condena 41 proposiciones de los libros de Lutero y le amenaza con excomulgarle si no se retracta en un tiempo prefijado. Lutero, para hacer más ostensible su profunda disidencia con el Pontífice, quemó en Witemberg la bula amenazante ante una multitud adicta y fanática.

Carlos V, que tenía vivo interés en utilizar al Papa contra Francisco I, y con el objeto de restablecer la influencia católica, convoca una Dieta en Worms, a la que había de ser llamado Lutero. Se perseguía el fin de exigirle, de un modo imperioso y solemne, que se retractara de sus ideas y predicaciones. ¡Qué enorme conculcación de los derechos individuales!

Cuando penetró en la Dieta—era tal la ascendencia moral e intelectual que ejercía sobre ella—todos se pusieron de pie, sin acordarse del respeto debido al monarca, que estaba presente, ni de los antiguos rituales de las Dietas. El gran tribuno de la elocuencia española dice (5) que en aquellos instantes Lutero,

al sentir el interés que despertaba, sintió también la responsabilidad que contraía en aquel minuto supremo ante la humanidad y ante la historia; sin más bienes que sus ideas, sin más fuerza que su elocuencia, eclipsaba con su nombre al Emperador; sobreponíase con su prestigio al Pontífice; conmovía con profunda conmoción a todos los potentados y a todos los pueblos; derribaba por tierra las más seculares instituciones en virtud de representar un elemento incoercible, impalpable, misterioso, etéreo, el nuevo espíritu y el nuevo pensamiento.

El 25 de mayo de 1521 dió a la publicidad el Emperador Carlos V el decreto que lanzaba a Lutero de la Iglesia y del Imperio. La Dieta había condenado al reformador; y si no rom-

---

(4) *Historia Moderna* por VÍCTOR DURUY. Traducida por Mariano Urrabieta, pág. 209.

(5) *La España Moderna.—Crónica Internacional*, por EMILIO CASTELAR, página 108.

pieron el salvoconducto imperial que protegía a Lutero, fué por la actitud del pueblo y de distintos reyes. Lutero salió de Worms y tuvo que ocultarse durante algún tiempo en un castillo; pero sus ideas socavaron de tal manera los cimientos del viejo edificio, que debió caer con estrépito. Si no extendió más la acción de sus ideas fué porque tenía que luchar con factores demasiado poderosos: la tradición y el fanatismo, que petrifican a los pueblos cuando no se aplica el disolvente de la cultura. La Reforma significó un gran paso de avance en la emancipación definitiva de la conciencia humana.

Los zwinglistas y calvinistas en Suiza; los hugonotes en Francia; los anabaptistas y los presbiterianos en Inglaterra, no se concretaron simplemente a rechazar las doctrinas, ceremonias y cosas sagradas, sino que mostraron una extraordinaria hostilidad contra el elemento sacerdotal. La característica de todas estas sectas es un espíritu independiente y opuesto a todo episcopado protestante o católico. La mayor parte de ellas concluyeron por adoptar el gobierno presbiteriano, que representa la negación de toda autoridad religiosa.

La producción de sectas que se inspiren en distintos puntos de vista, y que nazcan de un modo continuado, de que da buen ejemplo Inglaterra—con la censura de la observación vulgar—, es ante la crítica un fenómeno psicológico y social que denota superioridad. Una secta religiosa nueva es el exponente irrecusable de que la conciencia individual va conquistando sus fueros; de que el juicio privado triunfa lentamente del dogmatismo religioso. Spencer, de quien se ha dicho que es la inteligencia sintética más poderosa de su tiempo, sostiene (6) que allí donde la autoridad religiosa es menos coercitiva, es donde se presentan menos motivos de disidencia; y que no obstante, se observa en las pequeñas congregaciones libres de los unitarios una tendencia muy marcada a subdividirse, en nombre del derecho de la libertad de la conciencia.

Los datos que hemos traído y las inducciones sobre ellos hechas, no hacen más que nutrir y robustecer el pensamiento capital que sostenemos sobre la libertad de conciencia: el de que

---

(6) H. SPENCER. *Instituciones Eclesiásticas*, pág. 237.

ésta siempre ha luchado y lucha por desasirse de los lazos preforjados que la atan, aunque para crearse, por desgracia, otros, acaso menos duros en la mayoría de los hombres, pero espontáneamente nacidos en la mente y en el corazón; derecho éste que se negó y continúa negando por las religiones obcecadas en su error; monstruosa violación de los derechos de la conciencia humana, por la incapacidad y el fanatismo humanos. La civilización, justo es confesarlo, al fin ha protegido la conciencia; y la intolerancia cruel y sanguinaria de antaño, se trueca, en los tiempos modernos, por una mansa e inofensiva; porque no pasa, ni puede pasar, de su esfera de pasividad y maquiavelismo.

## II

### LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

La autoridad de la conciencia moral se eleva a tal altura, que purga los dogmas de la teología y a menudo los censura o los rechaza.

HERBERT SPENCER.

El problema de la conciencia es uno de los más oscuros que se presentan a la moderna psicología. Conocer la conciencia intrínsecamente, será siempre un vano propósito de la ciencia. Pero sus atributos, sus distintas manifestaciones, pueden ser objeto de observación. De esta base se ha partido para poder precisar con exactitud los elementos extraños que en ella pueda haber, que le dificulten desempeñar su función en toda su plenitud. La ciencia, derramando luz en la realidad, presta el más valioso servicio a la conciencia humana, porque la emancipa de los prejuicios que el medio social deposita en nuestra mente y la pone en contacto directo con la naturaleza. Bien sabemos que esto representa una suprema dificultad en la mayor parte de los miembros que componen la sociedad. La ciencia es para ellos un picacho inaccesible y perdido entre nubes altísimas, al que no pueden ni pretenden llegar. Esto no significa que se presente siempre el mismo caso con semejantes caracteres. A medida que las sociedades avancen en su evolución na-

tural, y la cultura se extienda y se intensifique más, la conciencia individual ha de ser más libre y podrá desempeñar mejor su función trascendental. Lo que hoy resulta privilegio de unos pocos, debe ser mañana la natural adquisición de todos los miembros de la comunidad humana. No creemos que haya anhelo más noble ni más elevado que aquel que tiende a abandonar un estado inferior de nuestra condición y trocarlo por otro más verdadero y bello.

El complejo problema de la libertad de conciencia tiene aspectos de singular importancia y trascendencia para los Estados modernos. No se debe tratar simplemente de proteger la conciencia, respetando sus múltiples manifestaciones, sino de asegurarle su campo de acción y destruir desde la niñez los prejuicios de toda clase que, como una absorbente esponja, recoge del medio social en que vive y se desarrolla. El empeño ofrece alguna dificultad; pero los beneficios han de ser incalculables. Aunar la educación moral a la intelectual, porque la crítica ha descubierto que esta última, por sí sola, resulta en definitiva insuficiente para el perfeccionamiento de las sociedades. Una educación moral dada por maestros bien preparados, conjuntamente con la intelectual, es el único modo de que la conciencia colectiva se encuentre al fin totalmente emancipada. El Estado moderno tiene el deber de poner en práctica estas ideas.

El interés mal disimulado, en contubernio con la intolerancia, ha objetado que la propaganda y la enseñanza de ideas morales sufrirían un completo fracaso si no se apoyan en las ideas religiosas. Semejante aserción implica un mezquino concepto de la condición humana. La forma más alta y más pura del sentimiento moral está en hacer "el bien por el bien mismo", incomparable conclusión a que no ha llegado ninguna secta religiosa. Un espíritu escéptico podrá decir que ese es un quimérico ideal; pero, a nuestro turno, contestaremos con Guyau, (7) —el genial pensador y crítico francés, prematuramente muerto para su patria y para el mundo civilizado—que la fuerza y la virtualidad del ideal, para encarnar al cabo en la realidad, será

---

(7) *La Educación y la Herencia*; estudio sociológico, traducido por Posada, pág. 230.

tanto mayor en el porvenir cuanto más alto esté colocado ese ideal, dado que no retrocedemos, sino vamos hacia adelante.

Investigando Kant por qué los tratados de moral, que presentan los felices efectos del bien con numerosos ejemplos, son ineficaces para ejercer influencia en la juventud que los estudia, se interrogaba sobre si no tendría su razón el fenómeno en la mezcla del ideal del bien con elementos extraños:

Los moralistas, dice, (8) nunca han intentado reducir sus conceptos a su expresión más pura; buscando por todos lados, con la mejor buena fe del mundo, los móviles del bien moral, desfiguran el remedio que quieren hacer eficaz. La moral tiene más fuerza sobre el corazón humano, cuanto más pura es.

La ciencia lentamente irá destruyendo la religión, o—con más exactitud—transformando sus principios cardinales en la mente del vulgo. ¿Por qué desde ahora no sembramos los ideales que habrán de ser en el mañana el alimento del espíritu en el mundo civilizado? La religión ignorante de hoy será sustituida por otra más completa, que esté más en relación con las verdades obtenidas por la ciencia y que, por lo mismo, pueda ser admitida por todos los hombres. La realidad incognoscible, aquella que excede los límites de nuestra propia inteligencia, será siempre motivo de honda cavilación, pero no de respeto supersticioso ni de hipótesis absurdas. No habremos de llenar el inmenso misterio con nuestras osadas fantasías; trataremos, sí, de imitar su grandeza absoluta con nuestra grandeza relativa, fruto de nuestra incesante labor hacia un tipo más perfecto. El sentimiento religioso—porque es el resultado de nuestra impotencia reflexiva—será más verdadero, más intenso y más consciente: el del pensador de hoy esparcido en la muchedumbre.

El laicismo en la enseñanza, primaria y superior: la educación intelectual y moral de la niñez y la juventud: he ahí el modo de garantizar seriamente la libertad de conciencia. No importa que los gobiernos la proclamen, si tienen una casta privilegiada que la esclaviza y un número crecido de individuos que ignoran hasta que pueden pensar y sentir libremente.

Es un grave problema que no han resuelto las sociedades

---

(8) Citado por Guyau. Obra cit., pág. 231.

modernas, a excepción de Francia, el de la educación en manos de congregaciones religiosas. Todavía está conmovida la gloriosa república por el gran conflicto que plantearon las congregaciones, negadas a obedecer al gobierno francés la orden sagacísima de su disolución. El alma moderna, moldeada en las escuelas religiosas, es una grave obstrucción al progreso de la cultura humana y al adelanto y avance de los pueblos. El gran Hipólito Taine decía que la educación religiosa deformaba la conciencia; y hoy los pueblos necesitan hombres que la tengan virgen, si se nos permite la expresión, para que no les impida adaptarse a la época y sacarle todos sus frutos. La intolerancia, por parte del Estado, en materias religiosas, la pugna con la Iglesia, sería una imprudencia y una indiscreción, y además un atentado contra los derechos individuales. Los "círculos sociales", entre los cuales incluye Gumpłowicz a la Iglesia, representan un conjunto de intereses tradicionales que el Estado garantiza, porque viven dentro de él en buena relación y armonía. De otro modo no los podría tolerar y tendría que aplicar contra ellos la ley común. El culto religioso tiene su límite en la costumbre: cualquier acto que tienda a turbar, por parte de la Iglesia, los derechos individuales, el Estado está obligado a defenderlos, sin parar mientes en que se trata de religión.

"La Iglesia libre dentro del Estado libre", es una vieja fórmula de las sociedades que han sufrido y sufren la coyunda religiosa; queremos decir, de sus elementos directores, de sus políticos, de las que han penetrado hasta el fondo el problema. La iglesia del Estado implica una casta oficial privilegiada, que dispone de extraordinarias influencias para oponerse abiertamente a todo lo que redunde en beneficio público y pueda remotamente lastimarla; y oponer un criterio, rancio y vetusto, a cualquier corriente que, por ser originada de un principio nuevo, esté en completa y absoluta contradicción con los dogmas religiosos.

En los Estados donde la Iglesia se compenetró con sus funciones naturales, la actividad común, por lo menos en gran parte, se hace difícil y el desarrollo nacional resulta sumamente lento, cuando no se detiene durante etapas distintas. Esto ha pasado en España, que tan bien confirma nuestra aseveración. Fué

durante siglos el campeón de la intolerancia en Europa. Las naciones que acogieron el movimiento de la Reforma, que sin duda rompió fuertes ligaduras, se sienten hoy dichosas y fuertes. En cambio, España, que quiso mantener como nadie, y con más tenacidad que ningún pueblo, la soberanía espiritual de la Iglesia católica, aun a trueque de derramar mucha sangre humana, permanece todavía unida estrechamente a ella, pero muy rezagada en el concierto de las naciones europeas.

El problema religioso dentro del Estado, es, sin duda, un problema político-social que requiere la más completa atención de los gobiernos contemporáneos. Las creencias que el influjo de la tradición y de la herencia defienden contra las corrientes de la época, plantean un orden de cosas que colocan en la mayor perplejidad a los gobiernos más liberales y progresistas. La Iglesia del Estado es ya un anacronismo que rechaza la ciencia política; pero el estadista no debe olvidar que los principios de la ciencia—y más de la política—tienen que ir, a veces, a una transacción con la práctica. En pueblos donde el fanatismo impere como en plena Edad Media, el Gobierno debe ir a las medidas radicales con mucho tiento y precaución, para no provocar conflictos que ocasionen tremendos trastornos interiores. La ciencia política, o, mejor dicho, el arte político, debe nutrirse de las condiciones especiales que se observen en un lugar determinado; y las innovaciones que rompen abiertamente con la historia y la estructura de cada pueblo, deben hacerse con extraordinaria habilidad, y nunca de un modo súbito y violento.

Pero esto no quiere decir que los gobiernos se crucen de brazos ante el problema y esperen que la acción del tiempo sea al cabo quien lo resuelva. Las sociedades deben tener un ideal de perfeccionamiento; y aquellas donde la Iglesia impere de un modo más incondicional, están más distantes de la anhelada meta, porque la acción civilizadora que se forja al calor de las necesidades y de la época, es neutralizada por la influencia clerical, que no admite nada que remotamente pueda lesionar sus intereses.

¿Qué importa que la civilización en todos los Estados del mundo proclame la libertad de conciencia? Esta permanecerá esclava en muchos hombres, en tanto la Iglesia predomine. El

progreso se encuentra comprometido porque la esclavitud de la conciencia religiosa presupone la esclavitud de la conciencia científica. Todos aquellos principios que la labor escrutadora del hombre acumula lentamente y que se encuentran en absoluta contradicción con el dogma, son rechazados como heréticos. Hasta el siglo XVI, y desde tiempos de San Agustín, se mantuvo de un modo encarnizado por la Iglesia el error geocéntrico; y fué condenado por el Santo Oficio el gran Galileo a una retractación, porque aducía pruebas del movimiento de nuestro planeta alrededor del sol. Calvino condenaba a muerte a todo el que sostuviese la veracidad del reciente descubrimiento de la circulación de la sangre. El error mosaico de la creación del mundo en seis días, no fué desmentido hasta la aparición de la obra de Cuvier, el gran naturalista, a principios del siglo pasado. En nuestro tiempo, la intolerancia no puede aceptar el genial transformismo de Darwin, ni la síntesis estupenda de Herbert Spencer.

La libertad de conciencia científica no puede existir en ningún individuo o colectividad que no puedan oponer resistencia al influjo tiránico de las ideas religiosas. Asegurar la libertad de conciencia científica es el más imperioso deber que tiene que cumplir el Estado contemporáneo. De lo contrario, la cultura humana no puede ejercer su influencia saludable y los errores del pasado dificultarán el mejoramiento colectivo.

Nuestra patria, que tan poco tiempo cuenta en el concierto internacional del mundo, no necesitamos decir que debe meditar profundamente estas ideas que, sin ninguna autoridad, hemos expuesto en este somero estudio. Pueblo que nace a la vida sin el peso de tradiciones que le embaracen el obrar, y donde hoy el problema religioso apenas si se plantea [1903], debe meditar en las contingencias del porvenir. Con un oído puesto en los consejos que le da la experiencia ajena, y con la mente atenta a su interés particular, no debe adormecerse sobre sus antiguas glorias ni tampoco soñar con su aparente felicidad de hoy. Los Estados tiene el deber de ser, ante todo, previsores; y si se contrarrestan las causas hoy, se evitarán los efectos de mañana. La educación moral y cívica debe ser preferentemente atendida en todos nuestros institutos de enseñanza, desde el simple colegio

hasta nuestra Universidad nacional; y se debe coartar de un modo eficaz el derecho de educación a las congregaciones religiosas; ahora más que nunca, cuando con lamentable frecuencia desembarcan en nuestras playas, con la tristeza de la derrota, pero con las esperanzas de la aventura. No prohibirles la entrada en el país, sino aislarlas para que no infiltren en la niñez sus principios malsanos.

Un Estado nuevo, que nace a la vida en condiciones bien propicias, no debe tolerar en su seno elementos trastornadores que esparzan gérmenes funestos de descomposición. Los pueblos sin médula histórica y sin educación política son materia plástica que puede tomar la forma de cualquier molde que, con insistencia y habilidad, le preparen en la sombra el fanatismo y la audacia. Ahí está un gran peligro que debemos evitar y que parece inminente si nos despreocupamos de un modo completo. No debemos olvidar el ejemplo que nos ha presentado Francia, en que la educación religiosa casi ha puesto en riesgo las actuales instituciones, hasta verse obligada a tomar una severa determinación. No debemos olvidar, tampoco, que todavía, en pleno siglo XX, la intolerancia trató de profanar la memoria de uno de los hombres a quien le debemos más gratitud; porque su pluma maravillosa y la exégesis de su entendimiento soberano han derramado, en un antro tenebroso, una inundación de luz; sus obras inmortales acabaron de señalar a la conciencia humana el rumbo definitivo. Entre bayonetas caladas, defendiéndola contra el tumulto fanático, fué descubierta su estatua, como si se quisiera simbolizar, con aquel acto de fuerza, que la conciencia al fin era libre, que su esclavitud no es más que una teoría cobarde que se forja de cuando en cuando en la mente llena de sombras; pero no traspasa el silencio sepulcral e inhumano de absurdos y tétricos conventos.

FEDERICO CASTAÑEDA.

---

El autor de este excelente trabajo es uno de los jóvenes de más talento de la generación a que pertenecemos. Doctor en Derecho Civil y Doctor en Derecho Público de nuestra Universidad, estas páginas, escritas el 31 de octubre de 1903 para optar al segundo de los grados citados, obtenido en diciembre del mismo año, son su tesis hasta hoy inédita. Sereno y perspicaz, el autor advirtió entonces—hace catorce años—el peligro que hoy corremos con el desarrollo de la enseñanza religiosa entre nosotros. Sería menor este peligro si esa enseñanza estuviera en las manos de un clero cubano; pero el clero cubano es en extremo exiguo, y además perseguido. Le damos al Dr. Castañeda las gracias más expresivas por habernos permitido dar publicidad a este brillante estudio en que previó mucho de lo que hoy con dolor vemos.

## LOS ESCRITORES JÓVENES DE COLOMBIA



ENENDEZ Pelayo anunció una vez a Bogotá que, con el tiempo, llegaría a ser la Atenas suramericana; y esa profecía literaria nos causó grave daño. Muchos colombianos, impacientes o ensimismados, se apresuraron a dar por cumplido el halagador pronóstico y difundieron con empeño la creencia de que no había en la América Hispana pueblo alguno que nos superase en punto de progresos científicos y de adelantos literarios y artísticos.

Desde entonces todo el que acomodaba una estrofa o escribía un cuento se sintió árcade; poco a poco nos fue invadiendo una orgullosa pereza intelectual; nuestra producción literaria menguó visiblemente, y a lo mejor del tiempo nos encontramos con que no éramos la flamante Atenas entrevista por el crítico santanderino, sino una pura Beocia. Mientras nosotros vivíamos envanecidos con el mito de la Atenas del Sur, en los demás países americanos de habla española se estudiaba y se escribía copiosamente, y en tanto que nuestros hombres se entregaban de lleno a la agitación política, en la cual podían aparecer como figuras descollantes con esfuerzo relativamente escaso, el hábito del trabajo mental que nosotros perdíamos arrraigaba en otras latitudes, donde ha hecho florecer una cultura envidiable. Hoy causa tristeza comparar nuestra escasa producción con la de los países meridionales. De allá nos llegan con frecuencia libros bien escritos y excelentes revistas, y aquí pasamos años sin que un escritor de los que tenemos clasifica-

dos entre los mejores enriquezca las letras nacionales con un volumen. Puede decirse que vivimos reducidos a la efímera labor periodística y que las columnas de los diarios y las páginas de algunas revistas son el único exponente de nuestra actividad intelectual.

Nuestra aborrecida vida política y la pobreza en que hace largos años se debate el país, son factores que importa tener en cuenta cuando se estudia la decadencia de las letras colombianas. No es el menor entre los delitos con que cargan nuestros anaerónicos Partidos, el de haber arrebatado al cultivo de las nobles artes muchos ingenios ricamente dotados, para esterilizarlos en los tráfigos de una política casi siempre pequeña, de escaso contenido espiritual. Esa mala diosa, de la cual dijo Rufino José Cuervo que carece de raciocinio y de corazón, ha roído a nuestros jóvenes la mejor porción de sus almas, los ha incapacitado para muchas empresas levantadas y los ha dividido por odios contumaces. Aquí se ha cumplido aquello de que las cofradías literarias se truecan en cenáculos políticos, y hasta en comuniones religiosas, y se ha creado un ambiente del todo impropicio para las reposadas labores de la inteligencia. Con todo, aunque el medio sea de monotonía y achabacamiento, no faltan espíritus de selección que realizan obra provechosa. De ellos vamos a hablar aquí, refiriéndonos únicamente a los jóvenes. Reiná entre éstos, es verdad, el desconcierto; todos van aislados, vacilan en la elección de rutas definitivas y carecen de estímulos exteriores; pero quizás estas mismas circunstancias hacen más digna de encomio la labor que llevan a cabo.

#### LOS PERIODISTAS

El periodismo no ha obtenido gran desarrollo en Colombia. La mayor parte de nuestros periódicos se han fundado obedeciendo a las necesidades políticas del momento; de ahí que hayan sido empresas desorganizadas, flores de un día. Al presente ya comienzan los diarios, por lo menos los principales de Bogotá, a tener estabilidad y a dar señales de duración indefinida.

La carrera periodística tampoco ha existido en Colombia. Hemos tenido grandes diaristas, pero esa profesión no ha logrado salir de un ciclo de angustias. La colaboración remunerada es casi desconocida, y perdura en nuestras hojas periodísticas cierto detestable matiz parroquial que se manifiesta, sobre todo, en las campañas y propagandas políticas.

Entre los periodistas jóvenes, el que mayores simpatías ha conquistado y el que ha hecho una carrera más rápida es Eduardo Santos. Cursó Derecho en la Universidad de Bogotá y se fue luego a Europa. El contacto con la civilización de los países que tienen el primer puesto en la cultura mundial, y los estudios que hizo en la Escuela Libre de Ciencias Sociales, de París, esmaltaron su espíritu, insaciablemente curioso. Allá verificó sus primeros ensayos de periodista. Relacionado con Gómez Carrillo, éste lo hizo escribir para *El Liberal* de Madrid. Las primeras crónicas que en ese diario aparecieron firmadas por *Leonardo Marini*, eran de la pluma de Santos. Sabido es que tal firma es un seudónimo y que detrás de ella ha hecho ocultar Gómez Carrillo a varios escritores. Pérez Triana adivinó las dotes de Santos para el diarismo y siempre le aconsejaba que siguiera esa carrera. Vuelto a Colombia, colaboró en *El Tiempo*, diario que había fundado Alfonso Villegas Restrepo y que peleaba bravamente contra los partidos históricos y en favor del gobierno probo y combatido de D. Carlos E. Restrepo. Cuando Villegas dejó el periódico, éste pasó a poder de Santos, que continúa siendo su propietario y Director.

Santos ha asegurado la estabilidad de *El Tiempo* y ha conseguido acreditarlo como el periódico más serio y mejor servido de Bogotá. Las grandes aspiraciones progresistas del país, así en lo tocante a la instrucción pública como en lo que se refiere al ejército, a las vías de comunicación y a las instituciones electorales, han tenido en él un campeón tenaz y lucido. Como cultivador de la actualidad pocos le igualan. Nutrido de lecturas francesas, éstas han dejado visible huella en su estilo, el cual, si en ocasiones pierde el sabor castizo, nunca deja de ser brillante y vigoroso. A veces da muestras de un renacimiento demasiado crudo, y es evidente que no será nunca un hombre de acción. Las agitaciones de la política no le seducen, y aun

parece que teme perder algo de su aristocratismo intelectual si descende a la plaza pública a guiar multitudes. Sin serlo, pretende aparecer de cuando en cuando como nietzschano, y al través de algunos de sus escritos se deja ver la insinceridad. Pero su predicación idealista, su propaganda de ideas, contribuirán a la cultura de este pueblo mucho más que cien discursos de nuestros parlamentarios. Olvidábamos decir que Santos no ha llegado aún a lo que él llama “la tristeza de los treinta años”.

Uno de nuestros más gallardos periodistas, y sin disputa uno de los cerebros más claros y mejor cultivados de las nuevas generaciones, es Tomás Márquez. Escribe para el público desde la primera juventud, y escribe copiosamente, sin que la continua tarea periodística le haya impedido enriquecer maravillosamente la inteligencia. Leer y escribir, pensar, soñar, tal ha sido su ocupación constante. Pobre, los cuidados de la existencia material no le han inquietado nunca, porque se contenta con poco, con vestir y comer; no ha tenido veleidades de lechuguino ni le ha hecho perder el seso el deseo de triunfar en los salones. Los libros y las ideas, que son su preocupación y su cariño, le bastan para ser feliz. El fue el alma de *La Organización*, de Medellín, periódico que no ha tenido par en esta República y que en cortos años de existencia realizó una labor gigantesca por la libertad de los espíritus y la modernización del liberalismo colombiano; órgano de un grupo de altos pensadores y de coraciones abnegados, que por desgracia se estrellaron contra las montañas de prejuicios que nos cierran el horizonte. Los artículos de Márquez, si los recogiera, llenarían muchos volúmenes. Su libro *La cartera de Andrés*, que conserva inédito y del cual ha dado a conocer capítulos primorosos en diarios de Bogotá y Medellín, será, cuando lo publique, un acontecimiento literario.

Márquez se halla en plena madurez intelectual; es un trabajador incansable, un estudioso de benedictina consagración. La literatura, nuestra hacienda pública, nuestras cuestiones internacionales han sido la materia favorita de sus escritos. También ha espigado en el campo de la poesía y ha intervenido en candentes luchas políticas. Su estilo, formado en el trato fre-

cuenta con los clásicos castellanos, es uno de los más puros con que pueden ufanarse las letras colombianas.

Luis Cano, que dirige *El Espectador* de Bogotá, es un periodista de corte moderno, combativo y muy hábil en el manejo de la ironía.

Quizás no hay en el país un diarista que escriba con la profundidad doctrinal y el calor de alma de que hace gala en *El Correo Liberal*, de Medellín, Jesús Tobón Quintero. Fué el uno de los redactores de *La Organización*—que ya hemos mencionado—, y en *El Correo*, cuyo Director es, ha sabido conservar el exquisito sabor de modernidad, la elevación de miras, el espíritu caballeresco, la probidad intelectual que caracterizaron a aquel diario, en mala hora herido de muerte por la barbarie política y el fanatismo religioso.

Julio H. Palacio pertenece más bien a las generaciones antiguas; pero la frescura de espíritu que revela en sus escritos, todos de un raro vigor, permite clasificarlo entre los periodistas jóvenes. Hizo sus primeras armas al lado de aquel insigne hombre de Estado que se llamó Rafael Núñez, a quien las nuevas generaciones comienzan a hacer justicia; tomó parte en agitadas contiendas políticas, ocupó altos puestos administrativos y diplomáticos y últimamente ha vuelto al periodismo. *La Nación*, de Barranquilla, vivió por algún tiempo del aliento que le daba su pluma, y hoy escribe en *El Día*, de esa misma ciudad. Es un prosador de regia estirpe, posee una cultura vastísima, escoge los asuntos con raro acierto y adelanta, desde un campo donde reina la más hosca intransigencia, laudable obra de apaciguamiento y tolerancia.

En nuestra tornadiza democracia tuvo sus días de gloria y de popularidad delirante Enrique Olaya Herrera. Cuando el año pasado tornó al periodismo, se le esperaba con ansia y se le anticipaban aplausos. El escritor combativo de antes, el fogoso paladín de *El Comercio* y *El Mercurio*, el temible editorialista de *Gaceta Republicana*, apareció sosegado, como si hubiera traído de Chile un poco de la calma sajona que caracteriza a los hijos de esa República. Traía moderación, efectivamente, y traía también desmayo, pesimismo. ¿Nos vió a los colombianos muy pequeños al mirarnos desde las Repúblicas del Sur? ¿La

retrasada realidad colombiana chocó muy recio con su sensibilidad, que había estado en contacto con la cultura de los países meridionales?

Olaya Herrera es uno de los jóvenes que más brillante carrera han hecho aquí en la Prensa y en la política. Tuvo afición precoz por el periodismo, y siendo aún niño escribía en su pueblo natal—Guateque—una hoja que enviaba manuscrita a los principales periódicos del país y que le mereció calurosos elogios. Su actuación en la prensa capitolina, recién pasada la última guerra civil, en favor de los vencidos en la contienda y en pro de la igualdad legal, en defensa de los derechos ciudadanos de los liberales, le dió prestigio cuando todavía estudiaba Derecho en la Universidad Republicana. Pero cuando alcanzó envidiable posición fue en 1909, al iniciarse la reacción contra la dictadura de D. Rafael Reyes. Olaya fue el verbo de las célebres “jornadas de marzo”, que dieron en tierra con el Dictador; conoció el destierro y la prisión, y al inaugurarse el gobierno republicano y legalista de D. Carlos E. Restrepo le fue confiada la Cartera de Relaciones Exteriores. En ese puesto le tocó hacer frente a gravísimas emergencias y conjurar la delicada situación internacional creada por el choque de fuerzas peruanas de línea con un pequeño resguardo de la Aduana colombiana del Bajo Caquetá. En el Congreso de ese año—1911—tuvo que resistir una ruda oposición, encabezada por aquel insigne parlamentario que se llamó Rafael Uribe Uribe; defendióse gallardamente ante un Senado y una Cámara que se volvían airados contra él, y si no salió vencedor, por lo menos no fue aplastado y paró los golpes con soberana habilidad. Después fue Ministro Plenipotenciario en Chile y la Argentina.

El ha sido el introductor en Colombia de los modernos adelantos del periodismo. Los primeros linotipos que vinieron al país fueron traídos por Olaya Herrera para *Gaceta Republicana*, y la primera rotativa la introdujo para el periódico que ahora dirige, *El Diario Nacional*.

Esteban Rodríguez Triana se ha retirado del periodismo y de la bohemia para irse al litoral del Pacífico como Visitador de Hacienda. Es él un periodista de vocación, escritor de lo más limpio y castizo que poseemos, y tiene una enorme erudición y

un asombroso talento. Lo mismo pergeña un artículo de fondo lleno de ideas y de saber, que hilvana una crónica ligera y teje un *entrefilet* joco-serio. No perdemos la esperanza de verlo otra vez en un campo que, si es ingrato en ocasiones, le ha dado ya muchos ruidosos triunfos y le reserva éxitos lisonjeros. Rodríguez Triana—"el negro", como le dicen sus familiares—se curará seguramente de su bohemia bajo el sol canicular del valle del Cauca y de las costas del mar de Balboa, y volverá a Bogotá, reconciliado con el sabio vivir, a dejarnos saborear el fruto sabroso de su privilegiada inteligencia.

Armando Solano, editorialista de *La Patria*, de Bogotá, es una de las más gallardas plumas de que puede ufanarse entre nosotros el periodismo político. Cuando, en ocasiones, deja a un lado las cosas de nuestra política mezquina y ensaya estudios de crítica social, alcanza envidiables alturas. Menos atildado que éste, pero de parecidas tendencias ideológicas, es Enrique Santos, Director de *La Linterna*, de Tunja, que ha hecho en su periódico una intensa y bellísima labor cultural.

Gonzalo Restrepo es un joven escritor recientemente revelado, de hermosas prendas intelectuales y pulcro decir. Si la política no lo desvía, ni la vida lo fuerza mañana a dejar la pluma, será en breve plazo uno de nuestros más brillantes periodistas.

Lucen asimismo varios jóvenes que, sin ser profesionales del periodismo, escriben a menudo en los diarios. A la cabeza de todos ellos está Luis Serrano Blanco, prosador que ha robado muchos secretos a los clásicos. Nutrió su adolescencia en Séneca, Montaigne y Pascal, y sobre él ha ejercido *Azorín* un benéfico influjo.

Mi afán espiritual—ha escrito—puede ser hasta pedante, pero es poco dañino; se limita a cierta curiosidad intelectual; a cultivar mi espíritu de modo que llegue a ser insensible a todas las cosas pequeñas del mundo y permanezca abierto a gozar y admirar de las grandes cosas; a reir suavemente, irónicamente, de ciertas actitudes, de ciertas posiciones, de ciertos personajes. Ironía y piedad. La una, para que la vida, riéndonos de ella, nos sea agradable; la otra para que, haciéndonos llorar, nos sea sensible.

Cree, con Pascal, que se es más feliz mientras más se limi-

te uno su mundo, y que la dicha perfecta sería la de reducir la vida a las cuatro paredes de su cuarto; estima la libertad espiritual como el mayor de los bienes y opina que pensar bien, obrar bien y reír de todo un poco, socarronamente, es la mejor filosofía. Este pequeño filósofo tiene por delante el más atractivo porvenir y es seguro que si la tristeza del fracaso le llega un día, se consolará con el precioso tesoro de duda y resignación que nos legó, a los humildes y a los sencillos, el Alcalde de Burdeos.

Luis E. Nieto Caballero es escritor fecundísimo y ha demostrado que posee buenas dotes de polemista. Educado en Suiza y Francia, ha levantado sobre sólidos fundamentos una hermosa fábrica de saber y erudición. Es lástima que haya consagrado sus talentos a asuntos de escasa importancia y que la frivolidad con que escoge y aborda los asuntos haya justificado la opinión de que serán muy pocas las páginas suyas que sobrevivan.

Alfonso López se ocupa con frecuencia de política en algunos periódicos de Bogotá. No es un escritor castizo, no será jamás un estilista; tiene, en cambio, un vigor lógico que subyuga y una claridad de conceptos que lo hacen entender hasta del menos perspicaz. Su estilo es el de los hombres de su profesión, estilo de comerciantes y banqueros.

Luis A. Galofre es combativo y ha hecho buen acopio de lecturas, poco metódicas a lo que parece. Perduran en él, por desgracia, las características menos apreciables de nuestros antiguos escritores radicales.

No podemos decir que tengamos hoy periodistas de aquellos que hacen época en la historia del diarismo de una nación. Los dos últimos de este género que ilustraron a Colombia—José Camacho Carrizosa y Carlos Arturo Torres—murieron hace poco; pero entre los nuevos, de que hemos venido hablando, se oculta indudablemente más de un futuro Maestro.

\*

Al hablar de periodistas y de publicaciones periódicas no es posible pasar en silencio a la revista *Cultura* y a sus fundadores y redactores.

Recordemos cómo fué la fundación de esta revista mensual. Estamos al finalizar el año de 1914. Luis López de Mesa siente la falta de un órgano de publicidad que sirva a los jóvenes para llevar su espíritu al desarrollo de sus aspiraciones íntimas, al libre cumplimiento de su vocación. Muchas veces la lectura de un libro, la vista de un suceso, el simple cambio de ideas con un amigo, despiertan en él una emoción; quiere traducir esa emoción sobre el papel y lanzarla a que toque otras almas y se apodere de ellas. Muchos espíritus, contagiados de la misma emoción, pueden hacer que cristalice, hoy o mañana, en una obra duradera. Pero sucede que, al sentarse a la mesa de trabajo, piensa: ¿Dónde publicaré yo esto que voy a escribir? Y como a esta pregunta no puede dar una respuesta inmediata y precisa, que empuje sin demora al trabajo, resuelve guardar su emoción para el día siguiente; pero al siguiente día, “ni obra, ni emoción”; ni una línea escrita sobre el papel, ni en el espíritu rastro de la sacudida experimentada la víspera.

Desperdiciar así esas plenitudes, esos desbordamientos del alma, ¿no es sustraer a la patria algo que puede serle útil, algo que ésta puede necesitar? Recogerlos, por el contrario, para ayudar con ellos al acrisolamiento de los valores existentes en el corazón y en la inteligencia de la nacionalidad, ¿no es una obra buena, una acción generosa, más aún, el cumplimiento de un apremiante deber? La idea de fundar la revista ha surgido de esta suerte. López de Mesa la comunica a otros jóvenes estudiosos como él, como él de abundante nutrición mental, plenos, como él, de grandes deseos. Se encuentran acordes en tendencias y aspiraciones, ven que la fundación de la revista responde para todos a una necesidad espiritual; buscan un nombre que darle, y en febrero de 1915 aparece el primer número, lujosamente editado, con una portada heráldica.

Hemos sentido—decían los fundadores—el bullir lejano de una cultura que nos seduce. Y temerosos de que se apague en nuestro espíritu el entusiasmo benéfico, lanzamos esta revista como un viaducto que nos aporte lo bueno que hay en aquélla.

¿Cómo fue recibida *Cultura*? Los diarios bogotanos le prodigaron aplausos y estimuladores elogios; otro tanto hicieron

los principales periódicos de los Departamentos. Pero una revista así, en un medio como el nuestro, es claro que debía tener un mundo reducido; no era posible que consiguiera el éxito de un periódico electoral, ni siquiera la discreta popularidad de un cuadernillo-periódico de versos pedestres. Sus fundadores lo sabían y no extrañaron que al terminar la primera serie de seis números el balance arrojara un déficit de seiscientos pesos. ¿Qué importaba?

*Cultura* siguió adelante. Cuando cumplió su primer año, López de Mesa hubo de partir para Boston a completar sus estudios médicos; algunos de sus compañeros emprendieron viaje a Europa. En esa momentánea dispersión tocóle a Gustavo Santos ponerse al frente de la revista e impedir que aquel hermoso esfuerzo se tronchara inopinadamente. Al completar la tercera serie, *Cultura* se suspendió. Reorganizada ya, continúa ahora su vida. Los actuales redactores acarician muy simpáticas esperanzas y abrigan propósitos que de seguro sabrán llevar a cabo. Uno de éstos es la publicación de una biblioteca de autores nacionales. Ya hemos dicho que *Cultura* es una revista para pocos, porque entre nosotros son escasos los hombres que piensan hondamente, estudian con ahinco y se dejan gobernar por un ansia viva de perfeccionamiento propio y de mejoramiento colectivo.

Hace pocos meses, al llegar de Europa Agustín Nieto Caballero, uno de los fundadores de la revista, tuvimos ocasión de hablar con él acerca de *Cultura*. Nos refería, con íntima satisfacción, cómo en algunos centros intelectuales europeos han sabido apreciarla mejor que nosotros mismos, y nos contaba muchos pequeños detalles alentadores para los jóvenes empeñados en llevar adelante esta publicación. Navegando hacia el Viejo Mundo dió en el barco con un joven barcelonés, culto y estudioso; hablaron de las cosas de Colombia, y Nieto Caballero le dió, una mañana, un ejemplar de *Cultura*. Por la noche supo que el barcelonés había leído, lleno de admiración, tres veces aquel número, y le oyó decir que de cuanto conocía sobre la doctrina evolutiva, nada era tan completo ni tan profundo como el estudio que en aquel número había publicado López de Mesa. De labios de Francisco García-Calderón escuchó caluro-

sos elogios para la revista, y D. Rafael Altamira lo excitó a que no dejaran extinguir lo que él considera un fanal levantado en Sur América por escritores colombianos. En la tertulia literaria que se reúne en la librería de Victoriano Suárez, donde se da cita la flor de la intelectualidad madrileña, empezando por Menéndez Pidal y Ramón y Cajal, oyó también voces de aplauso y de aliento para los sostenedores de *Cultura*.

Emile Boutroux, el excelso Maestro francés, ha enviado a la revista cordiales manifestaciones de simpatía, y el *Boletín de la Biblioteca Americana*, de la Soborna, la ha citado alabándola y ha reproducido de ella páginas extensas. Un joven soldado inglés ha escrito desde las trincheras de Francia expresando su admiración por la revista bogotana; reputadas publicaciones de Norte América han reproducido artículos de ella; un diario brasileño la calificó hace poco de única en su género en Hispano-América. Como se ve, *Cultura* está restaurando en el Exterior nuestro decaído prestigio intelectual.

En la nueva época que ha comenzado, *Cultura* sigue animada por el mismo espíritu que la caldeó desde su fundación; sigue siendo el viaducto tendido para que nos llegue la savia de lejanas culturas. Como al principio, sus redactores quieren adelantar su obra sin desarraigarse del suelo nativo y sin romper con el espíritu racial que ha modelado sus espíritus; continúan creyendo que la poderosa mentalidad colombiana sólo requiere el abono de la acción perseverante para hacer de nuestro país una nación ejemplar en la América latina, y persiste en ellos la voluntad de contribuir al esfuerzo que ha de señalar rumbo definitivo al espíritu de Colombia. Para esa empresa tienen capacidades suficientes y, sobre todo, la conciencia del deber de objetivar su contingente como miembros de una generación que no ha cumplido aún su tarea para con la Patria.

Fueron fundadores de *Cultura*—además de López de Mesa, alma de la revista, filósofo profundo, dotado de un extraordinario poder de abstracción y médico notable—Agustín Nieto Caballero, hombre de acción más que escritor, muy versado en cuestiones de pedagogía y educación; Alberto Coradine, literato de buena ley; Alfonso Palau, especialista en asuntos de Economía y Finanzas; Manuel A. Carvajal, literato y jurisecon-

sulto; Melitón Escobar Larrazábal, muy versado en cuestiones de Derecho Internacional y Economía; Raimundo Rivas, nuestro más brillante y más profundo historiógrafo; Tomás Rueda Vargas, que es en la intimidad un Pío Baroja y que se ha ocupado con asiduidad de la reforma de nuestro ejército; Ciro Molina Garcés, literato como Coradine y buen crítico; Alberto Aparicio y Miguel Santiago Valencia.

Los actuales redactores son casi todos los que figuraron desde la fundación, y a ellos se han unido Gustavo Santos, fino espíritu de artista, que tiene predilección por las Letras y la Música, y Rafael Escallón, una de las más gallardas figuras de la juventud colombiana y nuestra más alta autoridad en Derecho Penal.

La *Revista Moderna*, fundada en 1915 por Emilio Cuervo Márquez y Alfredo Ramos Urdaneta, dos intelectuales de primera línea, y que por espacio de dos años realizó una lucida labor, se halla suspendida en la actualidad, transitoriamente.

La *Revista Contemporánea*, que fundó y dirige en Cartagena Gabriel Porras Troconis, veterano periodista, comienza ya a ser conocida en todo el país y cuenta con colaboradores que honrarían cualquier publicación de su género.

\*

#### CRÍTICOS E HISTORIÓGRAFOS

La crítica literaria tiene en Colombia buenas tradiciones. Los estudios de D. Miguel A. Caro, dispersos aún, son un monumento de las letras patrias; aunque Merchán era cubano de nacimiento, podemos considerar como nuestra su obra crítica, pues toda ella la produjo aquí, en los largos años que vivió en Bogotá; los trabajos de Víctor M. Londoño y Max. Grillo son muy apreciables, y los de D. Antonio Gómez Restrepo, el más alto Maestro que nos queda en cuestiones literarias, resisten toda competencia.

Entre los jóvenes, que es de quienes nos ocupamos, el crítico que mejores ensayos ha publicado y el que más promete es el cartagenero D. Fernando de la Vega. Las páginas que de él conocemos revelan un gusto exquisito, un agudo sentido

crítico y una inteligencia metódicamente ilustrada. Su estudio sobre Julián del Casal es de lo mejor y más completo que ha publicado. De la Vega no hace crítica impresionista, sino moderna, honda, erudita y comprensiva (\*).

Gustavo Santos ha publicado muy apreciables páginas de crítica literaria y artística. Para este rudo magisterio está bien preparado por copiosas lecturas y por viajes de estudio que fortalecieron su recto juicio y acrisolaron su buen gusto. Luis Serrano Blanco es otro que lleva publicados buenos trabajos de crítica y que aparece armado reciamente para la tarea de analizar libros e ideas, tarea vasta y compleja, para la cual no bastan los meros conocimientos literarios.

La sociología en su vasta urdimbre—ha escrito Arturo de Carricarte—la política en su sentido elevado, el conocimiento minucioso de los hechos así de la época coetánea del autor y la obra estudiada como los pormenores de su vida, las circunstancias en que la obra aparece, el estado de las letras en esa unidad de tiempo, todo ello, que implica noción inmensa, caudal vasto de nociones, es imprescindible para satisfacer la exigencia del público, y aun de los mismos doctos que no se conforman con el análisis particular de una obra sino que exigen la relatividad de las deducciones a que la obra juzgada puede conducir.

Menos saliente que los anteriores es Ciro Molina Garcés, en quien se nota juicio sutil y que posee una cultura bien cimentada en estudios clásicos. Es lástima que Eduardo Santos, cuyos trabajos sobre Joaquín Costa y sobre Anatole France dejaron ver la garra del león, no haya vuelto a cultivar este género y se haya consagrado por entero al comentario periodístico de la vida política.

La crítica tiene una altísima misión que cumplir en países como el nuestro, de escasa cultura, o mejor dicho, que están creando su cultura y modelando el alma nacional; a ella incumbe reunir en un solo haz la multitud de sensaciones dispersas, formar una unidad espiritual colombiana. Para eso necesita, ante todo, prestar atención preferente a lo nacional y no des-

---

(\*) El brillantísimo prólogo de nuestro gran Enrique José Varona al próximo libro del señor de la Vega (*Artículos y Discursos*) fué publicado por CUBA CONTEMPORÁNEA en su número de septiembre último, t. XV, págs. 33-37, bajo el título de *La Crítica en crisis*, y ha sido muy diversamente comentado por periódicos tan importantes y disímiles como *El Día* y el *Diario de la Marina*. (N. de la D. de C. C.)

preciarlo u olvidarlo por irse en pos de lo bueno que de fuera nos llega. Importa que atienda a aquéllo sin descuidar ésto.

\*

El interés por los estudios de historia patria nació casi simultáneamente en las naciones hispano-americanas a comienzos de este siglo. Colombia entró desde un principio en esa corriente. D. José Joaquín Casas, poeta de elevadísima inspiración, prosador de pura cepa castiza, que tiene consagradas sus canas prematuras por los merecimientos de una larga tarea educacionista, fundó en 1901, siendo Ministro de Instrucción Pública, la Academia Nacional de Historia como instituto oficial. Ese cuerpo ha reunido en su seno a todos los que en la Capital consagran alguna atención a los estudios históricos y ha procurado la fundación de Centros de Historia en las capitales de los Departamentos.

Laudable tarea es ésta de reconstruir nuestro pasado, sin fábulas y sin exageraciones. Las enseñanzas que suministran los documentos olvidados en los archivos, remozan y fortalecen el amor patrio y señalan el derrotero que ha de seguir el país. Todavía no se ha llegado a la formación de un monumento historial que abarque siquiera toda nuestra vida de pueblo independiente; pero el esfuerzo de nuestros pacientes y eruditos investigadores ha creado ya una serie de monografías valiosísimas, base de obras futuras, en que se realizará el trabajo de síntesis.

El que más secretos ha arrancado a los papeles de nuestros descuidados archivos es Raimundo Rivas. Entre los jóvenes historiógrafos él es el más notable. Lleva publicados muchos estudios de alto valor y no se ha limitado a compilar, sino que ha estudiado los legajos con ojo crítico y guiado por el moderno concepto de la Historia, que él precisó ante la Academia cuando la recepción de D. José M. Restrepo Sáenz. Su obra histórica es duradera y sólo hemos de deplorar que no se la dé al público en tomos ordenados y que ande dispersa, por culpa de las enormes dificultades con que aquí tropezamos para editar un libro cualquiera.

Fabio Lozano y Lozano ha publicado un buen libro sobre

el Maestro de Bolívar, D. Simón Rodríguez, y en diversos órganos de publicidad ha dado a la stampa trabajos de mérito, tales como el sobre D. Jorge Tadeo Lozano y el referente a D. Vicente Azuero. Merecen también que se haga mención especial de ellos Alberto Carvajal y Tulio E. Tascón, jóvenes vallecaucanos. Al primero se debe una excelente biografía del prócer Cayzedo y Cuero, y al segundo sendos libros sobre el General Cabal, una de las figuras más simpáticas de nuestra independencia, y sobre el General Murgueitio. Carvajal es, además, literato de nota y poeta inspirado; Tascón luce en el foro y se ha distinguido como parlamentario.

Pocos entre los jóvenes pueden competir con Ismael López (*Cornelio Hispano*), historiógrafo, poeta y prosador admirable. A él se debe la publicación del famoso *Diario de Bucaramanga*, de Peru de Lacroix, libro que ha humanizado la figura del Libertador y ha hecho rabiarse a los fanáticos bolivianos, y de su pluma han salido, al par que versos armoniosos y exquisitos relatos de viajes, muchos de los mejores estudios históricos con que cuenta esa rama de nuestra literatura. Por una rareza, cuya causa fundamental quizás haya que buscar en alguna baja pasioncilla, *Cornelio Hispano* no ha sido llamado a la Academia de Historia; pero, a decir verdad, no necesita él esa consagración, ya que ha recibido una más lisonjera: la de la opinión pública unánime.

GONZALO PARÍS.

Bogotá, agosto 23, 1917.

---

Joven periodista y escritor colombiano, entusiasta, estudioso y con talento, sus méritos le han llevado, no obstante sus años, a puestos importantes en diarios tan bien reputados como *El Liberal* y *El Nuevo Tiempo*, de Bogotá. Su pluma ha hecho justicia siempre a Cuba, y de ella han brotado brillantes artículos políticos, literarios y sociológicos que le han valido el creciente renombre de que goza en su patria, tan ligada a la nuestra por más de un vínculo poderoso y simpático. Gracias le damos por el envío de esta valiosa ojeada sobre la nueva juventud literaria de Colombia, en que él figura dignamente en puesto principal.

## RUSIA Y LA DEMOCRACIA (\*)

### II.



EGUN Wesselitsky, Catalina II, llamada la Grande, parecía haber trazado a sus sucesores, de manera clara y definida, la línea de conducta política que debían seguir.

Lejos de eso, siguieron un camino diametralmente opuesto. A la muerte de la emperatriz se restableció en Rusia el dominio prusiano, no en la forma ruda y cruel que hemos visto en tiempo de la tiranía de Biron, sino de un modo sutil, tan hábilmente llevado, que penetró profundamente, aun más que antes, en la estructura del Estado ruso y determinó toda la política extranjera de la nación moscovita durante noventa y cinco años, esto es, en el lapso que media desde la ascensión al trono de Pablo I (1796-1801), hasta la firma del tratado de alianza franco-ruso en tiempo del emperador Alejandro III.

El reinado de Pablo I se hizo notable por la tendencia de este monarca en subvertir todo lo que había realizado Catalina.

Las esperanzas de los liberales rusos se depositaron en el heredero al trono, Alejandro, cuyo tutor fué el francés Laharpe, quien más tarde, como miembro jacobino de la Convención Francesa, votó por la muerte de Luis XVI. Alejandro parecía destinado no sólo a ser el continuador de Catalina, sino el llamado a satisfacer las aspiraciones de los amantes del progreso. El pupilo del revolucionario inspiraba serios temores a los hombres castos y prudentes del reino.

---

(\*) Véase el número de junio, 1917, de CUBA CONTEMPORÁNEA; tomo XIV, páginas 108-120.

El reinado de Alejandro I se extendió desde 1801 hasta 1825, y fue, según la opinión de un distinguido biógrafo, el Gran Duque Nicolás Nikhailovitch, un gran gobernante, pero *no* para Rusia.

Este monarca, ni entendió a Rusia, ni le gustaba nada que fuera ruso; antes al contrario, tenía marcadas preferencias por lo que procediera de Alemania. Amante de la humanidad sobre todas las cosas, vió su más elevada expresión en ese país, y creía firmemente que al promover los intereses de Alemania trabajaba por el bienestar del mundo entero.

Además, estaba ligado por íntimos lazos de amistad con el rey Federico Guillermo III y la reina Luisa de Prusia, su esposa, quien fué el amor platónico de toda su vida. Este amor y esta amistad tenían a sus ojos más fuerza que sus deberes para con el país cuya corona ceñía; y esta política, como se comprenderá, fué fatal para él y para Rusia.

En documentos publicados por el biógrafo ya citado, ha podido saberse que Napoleón tenía resuelto borrar a Prusia de la lista de los Estados independientes, a cuyo efecto en Tilsit le ofreció a Alejandro que la frontera rusa fuera la línea del Vístula y la del Danubio. El emperador ruso se negó a aceptar ambas cosas, con gran sorpresa de Napoleón, quien no podía comprender que los intereses de Prusia fueran más caros a Alejandro que los vitales de su propio país. Sospechó, por tanto, de él, atribuyéndole siniestros designios contra Francia. La amistad que existía entre ellos se enfrió, y el conflicto se hizo inevitable.

Y en tanto que Alejandro, por su desmedido amor a Prusia, ponía en gran peligro la existencia de Rusia, ya en guerra contra Francia, Federico Guillermo, en cartas llenas de servil adulación, imploraba a Napoleón que anexara a Prusia las provincias rusas del Báltico.

Ni tan siquiera esta vergonzosa traición modificó los sentimientos de Alejandro: una vez que expulsó de Rusia a los franceses y a sus aliados germanos, emprendió la liberación de Alemania; y en el propio Congreso de Viena insistió tenazmente en favor del engrandecimiento de Prusia. Después fundó la

Santa Alianza, lo que equivalía a que Rusia fuera el instrumento de Prusia y Austria, para que estas naciones satisficieran sus ambiciones.

Esto en lo que toca a su política extranjera. En lo que se refiere al régimen interior, la influencia germana se manifestó, también, en todos los actos de Alejandro. En los primeros años de su reinado tuvo el propósito de conceder una constitución más liberal a Rusia. Con ese fin formó un comité de jóvenes de su edad, de toda su confianza, quienes bajo su presidencia se reunieron en el Palacio de Invierno para redactar esa Constitución. Pero las guerras en que más tarde se vió envuelto, en defensa de sus amigos germanos, su absorbente interés por Prusia y la maléfica influencia de sus consejeros alemanes, lo desviaron de sus deseos de darle forma práctica a tan hermosa iniciativa.

Los rusos germanizados, en unión de prusianos especialmente invitados por Alejandro I, usufructuaban los principales puestos públicos del Imperio.

El gran estadista prusiano Stein, desterrado de su país a instancias de Napoleón, ejerció, durante su larga permanencia en Rusia, un fuerte influjo en el espíritu del soberano; a él se le atribuyó la guerra de 1812.

Ser alemán, en el reinado de Alejandro, era la mejor patente para obtener puestos y las más elevadas recompensas.

Sólo durante un año de su reinado se mostró Alejandro ruso, es decir, verdaderamente identificado con los intereses de su pueblo: esto fué en el curso de la formidable invasión napoleónica de 1812.

Durante estos críticos días, Alejandro estuvo a la altura de su talento; y a pesar de los reveses, de la destrucción de Moscou y de la aflictiva situación del país, se negó firmemente a aceptar todas las proposiciones de paz, y se mantuvo resuelto a pelear hasta ver el territorio nacional libre de enemigos.

Se creyó por una gran parte del pueblo, que después de esta dura prueba Alejandro se interesaría por los destinos del país, que concedería las grandes reformas liberales que había estado preparando y que se dedicaría por entero al desarrollo de la prosperidad de Rusia.

Pero, desgraciadamente, volvió a su política germana, y una vez más sus consejeros lo disuadieron de aplicar los principios liberales y democráticos a la Rusia propiamente dicha. Para hacer el contraste más marcado, concedió instituciones libres a aquellas provincias habitadas por poblaciones que no eran rusas.

De las provincias conquistadas a Suecia, que nunca habían gozado de autonomía, formó el Gran Ducado de Finlandia, concediéndole una constitución liberal, y aun le anexó la provincia de Vyborg, hasta entonces unida a la Rusia propia, habitada en gran parte por rusos y situada casi a las puertas de la capital.

De las provincias que el reparto de Polonia había dado a Prusia y Austria, y con las cuales Napoleón formó el Ducado de Varsovia, Alejandro creó el reino de Polonia y le concedió una constitución liberal, la cual, como la mayoría de la población estaba formada por siervos, sólo benefició a la nobleza.

Pretendió ir más lejos: quiso unir a Polonia no tan sólo la Lituania, sino las llamadas Rusia Blanca y la Pequeña Rusia en la orilla izquierda del Dnieper, que habían pertenecido a Polonia, si bien los polacos estaban en pequeña minoría.

Renunció a esta idea ante la vehemente instancia del gran historiador ruso Karamzin, quien lo persuadió de que no debía sacrificar grandes masas de población rusa, que lo eran por la raza, el idioma, el credo y la tradición, a pequeñas minorías. Los privilegios de Estonia, de Livonia y de Curlandia fueron también ampliados, garantizándoles de ese modo la más completa autonomía. De suerte que los que no eran oriundos de Alemania fueron entregados a las tiernas mercedes de sus opresores germanos.

Es cierto que Alejandro emancipó allí a los siervos, pero permitió que los barones tuvieran tanta influencia al realizar la reforma, que los siervos libertados se vieron privados de la tierra que habían cultivado y continuaron sujetos a sus antiguos amos, siendo libres tan sólo de nombre.

Los liberales europeos siempre aprobaron calurosamente estos actos de Alejandro I, lamentando que no llevara a vías de hecho todas sus buenas intenciones.

Sin duda esos liberales desconocían que tales derechos y libertades únicamente beneficiaban a pequeñas y privilegiadas minorías, a expensas de la mayoría del pueblo. Los consejeros alemanes que rodeaban al Emperador le imbuyeron la teoría antidemocrática de que la nacionalidad de un país debe estar caracterizada por su nobleza. Le insinuaron, además, que aquellas provincias en las que residieron fuertes aristocracias, que no fueran rusas de origen, debían ser investidas de nuevos privilegios como una recompensa por suministrar al gobierno de San Petersburgo agentes hábiles y fieles que lo ayudaran a mantener su poder absoluto sobre la verdadera Rusia.

Esa alianza entre la desnacionalizada y en gran parte germanizada burocracia de San Petersburgo, y la nobleza no-rusa, contra el propio pueblo nativo, ha escapado sin duda a la observación de los radicales y demócratas de Occidente, quienes, influenciados por corrientes de opinión "hechas en Alemania", eran partidarios de una política en abierta contradicción con sus propios principios fundamentales.

En cuanto a los rusos, Alejandro limitó sus reformas a la creación de unas colonias militares, al frente de las cuales puso a su *puédelo todo*, el favorito Arakcheyeff, y acabaron por convertirse en centros de intolerable opresión.

Y aun hay más: este favorito, en quien Alejandro delegó su poder en los últimos años de su reinado, abusó tanto de él, que llegó a recordar los tiempos de la insufrible tiranía de Biron.

Como puede verse, los liberales rusos, a cuyo frente figuró el propio Alejandro antes de su ascensión al trono y en los primeros tiempos de su reinado, sufrieron una profunda decepción que los amargó en sumo grado. Formaron sociedades secretas y prepararon una revolución, que debía estallar poco después de la muerte de Alejandro.

Dice Wesselitsky que la conspiración, que se extendió hasta el ejército y que trató de provocar una abierta rebelión, merece todas las censuras. El programa de los diciembristas (que así se llamaron) fue, sin embargo, mucho más moderado que el de las anteriores revoluciones. Sus dos peticiones principales fueron la emancipación de los siervos y la representación nacional.

El capítulo VI comprende el reinado de Nicolás I (1825-1855).

Según el autor que venimos siguiendo, este monarca no participaba de las inclinaciones liberales de su padre, ni de su exclusiva devoción por Prusia. Era de parecer que se debía más a Rusia y a los intereses del Imperio.

Pero a renglón seguido añade el autor que, para desgracia de la nación y de la suya propia, Nicolás estaba demasiado influenciado por el pensamiento alemán y por su admiración hacia el Estado prusiano. A su juicio, creyó que era su deber darle a Rusia la sólida organización prusiana, siguiendo su rígida disciplina y su orden sistemático.

Aparentando no conocer o no comprender lo bastante la estructura de su propio pueblo, pasó por alto la discrepancia que existe entre la libre y fácil disposición nacional rusa y los métodos pruso-germanos que, excelentes en su país, degeneraron en el territorio ruso en un formalismo sin alma. Pretender gobernar a Rusia, para labrar su felicidad, como si estuviera poblada de alemanes, o si como los rusos pudieran convertirse en teutones, era una empresa llamada a sufrir un ruidoso fracaso. El único resultado que se obtuvo fué hacer más opresiva e insoportable la germanizada burocracia de San Petersburgo.

De todos los servicios de la administración, el que estaba más profundamente desnacionalizado y afectado de la influencia alemana era la diplomacia.

Esa labor fué obra principalmente de Alejandro I, quien tuvo por Ministro de Relaciones Exteriores a un alemán de nacimiento y de corazón, llamado Nesselrode, quien desempeñó la cartera durante los últimos años del reinado de Alejandro, durante todo el de Nicolás I y los primeros tiempos del de Alejandro II.

Nesselrode, alemán de nacimiento y que siguió germano de corazón durante toda su vida, ni siquiera aprendió a hablar el idioma ruso y desconocía todo lo que se relacionaba con Rusia. De intento se evitaba emplear el idioma nacional en los escritos y en las entrevistas verbales propios del Ministerio Ruso de Relaciones Exteriores. Aun el llevar un apellido moscovita era motivo de retraso en la carrera y origen de sospecha. Como puede verse, en tanto que Rusia aparecía preocupándose de los intere-

ses de Europa y del principio monárquico, estaba, simplemente, sirviendo las miras de Austria y de Prusia.

La influencia germana llegó a adquirir tal fuerza, que un Memorial destinado a servir de guía a los estudios de política extranjera del heredero de Nicolás I (Alejandro II), fue redactado por el Barón Brunnow, quien atacaba de tal manera la política nacionalista de Catalina, que llegaba hasta decir que el hecho de que esta soberana hubiera actuado independientemente de Prusia y Austria, aparecía a sus ojos como una traición a "Europa".

Como es de suponerse, estas doctrinas ejercieron una malsana influencia en la mente de Alejandro II.

En tiempos de Nicolás I se llegó al extremo de no consentir que se censurara la política austriaca o prusiana, no solamente por medio de la prensa, sino ni siquiera en los trabajos de índole histórica.

Había un punto, sin embargo, de política internacional en que todos los componentes de la nación estaban de acuerdo: la suerte de los cristianos sujetos al intolerable yugo mahometano, cuya protección y libertad favorecían aun los más recalcitrantes germanófilos.

Esto explica la política seguida por Nicolás I durante la revuelta de Grecia contra Turquía.

A pesar de la ira y de la oposición de Berlín y Viena, Nicolás se aproximó, en un conato de *Triple Entente*, a Francia e Inglaterra; acercamiento que culminó en la alianza de "un día" durante la gloriosa batalla de Navarino (octubre 20 de 1827) que decidió de la suerte de Grecia. La alianza se rompió poco después, al no poderse poner de acuerdo Francia e Inglaterra con Rusia, en las medidas coercitivas que ésta proponía contra Turquía.

Una sangrienta guerra de dos años estalló entre esta nación y Rusia, que terminó por el tratado de Adrianópolis, en el cual quedó reconocida la independencia de Grecia. Por un protocolo firmado por Francia, Inglaterra y Rusia, quedaron señaladas las fronteras del nuevo Estado. Rusia, además, consiguió la autonomía de la Moldavia, la Valaquia y Serbia, y el derecho a proteger a los cristianos residentes en Turquía.

La revolución francesa de 1830 y su repercusión, la rebeldía de los polacos, volvió a afianzar la influencia germana en Rusia.

Considerándose amenazado por una nueva ola revolucionaria, Nicolás I renovó su alianza con los Gabinetes de Berlín y Viena, y Nesselrode atemperó su conducta a la de Metternich.

Los diplomáticos rusos, que por aquella época ganaron fama de astutos y sagaces, apenas si con sus "éxitos" beneficiaron a Rusia, sino más bien a Prusia y Austria. Su más brillante ejecutoria, la *Cuádruple Entente* en la cuestión de Egipto en 1840, que separó a Inglaterra de Francia y aisló a la última, no tuvo interés alguno para Rusia, y sí para los Estados germánicos; Rusia, en cambio, por el abandono del tratado de Unkiar Skelessi (1883), perdió una de las mejores oportunidades para dejar solucionada, de manera pacífica y satisfactoria, la cuestión de los Dardanelos.

Debe recordarse, para eterno honor de Nicolás I, que durante el período revolucionario de 1848-50 ayudó a Prusia, a *condición de que respetara los tratados*; y se opuso con éxito a sus tentativas de despojar a Dinamarca de sus Ducados del Elba, y a otros intentos, de Prusia, de cercenar soberanía a los demás Estados alemanes. La flota rusa, además, en combinación con las escuadras sueca y francesa, obligó a Prusia a evacuar el Schleswig-Holstein y a abandonar sus designios de conquista. No fué menos firme exigiendo del rey de Prusia la renuncia de la corona imperial de Alemania, que le había sido ofrecida por el Parlamento de Frankfort, y un retorno a la constitución de la Confederación Germánica.

En ambos casos el autócrata emperador actuó como protector de la independencia de los pequeños Estados, al igual que del equilibrio europeo.

El acto más censurable cometido por Nicolás I, del cual él mismo se arrepintió después amargamente, fue la ayuda prestada a Austria para salvarla de la desintegración a que la llevaba la victoriosa insurrección de Hungría. El aplastamiento de esta rebelión, llevado a cabo por fuerzas rusas, no le reportó ninguna ventaja que la compensara de los sacrificios de hombres y dinero, ni siquiera una indemnización de guerra. Se perdió una excelente oportunidad para acabar con ese incon-

gruente imperio, dominio privado de los Habsburgos, que explotan y oprimen a distintas nacionalidades, azuzando a las unas contra las otras, y en cuyos planes entraba el extender sus dominios sobre los pueblos balcánicos libertados por Rusia.

Ahora bien, en honor de la verdad, hay que decir que la intervención rusa salvó a los croatas y serbios, residentes en Hungría, de la guerra de exterminio que les hacían los magyares.

Varias causas combinadas, entre las que figuraba como una de las principales la idea exagerada que existía en las naciones occidentales acerca del poder de conquista y asimilación de Rusia, al igual que un absoluto desprecio por el espíritu nacional de los pueblos balcánicos, sentimientos ambos secretamente promovidos por los manejos de la diplomacia de los poderes germánicos, provocó, en las postrimerías del reinado de Nicolás I, una coalición contra Rusia. Con la guerra no se obtuvo, sin embargo, ninguno de los fines deseados. El comercio que Inglaterra sostenía con Rusia pasó a manos alemanas, creándose un gran alejamiento entre Rusia, de una parte, e Inglaterra, Francia y Austria, de la otra; al paso que la amistad rusoprusiana se hizo más íntima de lo que hasta entonces había sido. La conducta de Prusia para con Rusia difería de la de Austria, más bien en la forma que en la sustancia.

En la lucha que se entabló entre la diplomacia de Berlín y la de Viena, esta última, dirigida por Metternich, para influir en los destinos de la Corte rusa, Prusia obtuvo la victoria: durante la guerra de Crimea el rey prusiano desempeñó el papel del único amigo y protector de Rusia, dejando, pues, a esta nación supeditada a su influencia y política.

Según afirma el autor cuya obra estamos dando a conocer, Nicolás I, alma elevada y hombre caballeroso y patriótico, murió, con el corazón destrozado por las penas, al ver el fracaso de sus esfuerzos por dotar a Rusia de una era de paz y de prosperidad. Y no menos penoso le fue el no haber podido llevar a la práctica el más caro ideal de su reinado: *la emancipación de los siervos*.

Rusia nunca había sido gobernada más de acuerdo con las ideas alemanas que durante el reinado de este Emperador; y, sin embargo, a pesar de esa política militar y de ese régimen mo-

delado a la prusiana, con los principales y más importantes puestos de la Corte ocupados por teutones, la nación presenció una era brillante de resurgimiento ruso, tanto en literatura como en música, artes plásticas y cultura nacional. Prensa diaria apenas existía entonces; libros de alguna importancia eran raros y publicados de tarde en tarde; un censor, riguroso y suspicaz, arbitrario y casi prohibitivo, parecía existir para aplastar todo conato de vida espiritual. Y, a pesar de esto, elevados talentos políticos y literarios, en número considerable, figuraban en dos o tres revistas mensuales, con una producción tan excelente y abundante que no podía ser contenida.

Entre los escritores y lectores se estableció una íntima conexión que permitió a los escritores, por medio de un lenguaje entendido tan sólo de los lectores, llevar al ánimo de éstos una cabal comprensión de sus ideas y pensamientos. De esa manera se creó en Rusia una opinión pública cuyo poder moral ha ido aumentando rápida y constantemente.

Los escritores se dividieron en dos escuelas: una llamada *Zapadniki*, que radicaba en San Petersburgo, partidaria del sistema de "reforma" de Pedro el Grande, de una más completa imitación de la Europa occidental, de sus libertades y de su forma de Gobierno; la otra, la llamada escuela *Slavophis*, radicaba en Moscou, era conservadora, partidaria de la autocracia y de la rusificación del país.

El reinado de Nicolás I presenció el comienzo de otra notable evolución: la aparición, en la vida pública, de los germanos rusificados, quienes aportaron al servicio de la nacionalidad rusa la energía y la eficiencia de su propia raza; y se da el caso de muchos de estos individuos, portadores de apellidos alemanes, que no ceden a los propios rusos de sangre pura en su amor, devoción y patriotismo a la nación en donde vinieron al mundo. Entre ellos puede citarse a M. Hartwig, que era odiado en Berlín y Viena y considerado como el más ardiente y peligroso panslavista.

JULIO VILLOLDO.

# UN PROBLEMA LITERARIO

## I

DEL DOCTOR VARONA A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Señor Pedro Henríquez Ureña.

Nueva York.

Mi excelente amigo:

Deseo comunicar a usted, tan ducho en estas materias, un problema que me preocupa. Quizás todo él se resolviera en agua de cerrajas, con sólo tener a la vista los originales de la autora.

Se trata de unos versos de la famosísima Sor Juana Inés de la Cruz, la mayor poetisa de su época en lengua castellana. Unas redondillas que publica el señor Menéndez y Pelayo en su *Antología de Poetas Hispano-americanos* son la causa de mi desasosiego; porque este docto crítico las inserta en su colección sin el menor reparo, sin la más ligera apostilla, ni sombra siquiera de explanación. Y eso que tiene buen cuidado de advertirnos que la poetisa fué “mujer vehemente y apasionadísima en sus afectos”, de los que se dejó llevar con ímpetu antes de su clausura.

Comienza la composición con estos versos:

Pedirte, señora, quiero  
de mi silencio perdón;

Y confieso que, al leerlos, pensé de seguida que habrían sido escritos para que algún galán de sus amigos obsequiase a la

dama de sus pensamientos. Y seguí leyendo y creyendo, hasta que di con esta estrofa, que me pareció, y me sigue pareciendo, un logogrifo:

No quieras, pues, rigurosa,  
que estando ya declarada,  
sea de veras desdichada  
quien fue de burlas dichosa.

*Rigurosa*, la dama a quien se escribe; *declarada*, *desdichada*, *dichosa*, la que escribe. Y la que escribe habla antes de su amorosa pasión, y sigue pintándola con la mayor vehemencia.

O hay aquí un problema que mira a las costumbres de la época en México, aunque sólo se refiera a la vida literaria, es decir, aunque se trate sólo de lo que pudiera permitirse un autor en sus versos; o hay un problema que pudiéramos llamar editorial, y que toca desentrañar a los editores, si saben serlo.

De usted con el mayor afecto,

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Vedado, 6 de junio, 1916.

## II

Madrid, 25 de Agosto, 1917.

Al Dr. Enrique José Varona.

Habana.

Muy respetado amigo:

Hace más de un año, en carta pública que apareció en *Gráfico* de la Habana, me propuso usted una cuestión relativa a Sor Juana Inés de la Cruz, en momentos en que acababa yo de terminar, para la *Revue Hispanique* de París, la bibliografía de la poetisa. Pero la carta llegó a mí mucho después de escrita, y cuando me hallaba en el Oeste de los Estados Unidos, donde ya no tenía a mano elementos para contestar. De ahí la demora.

Señalaba usted la anomalía de que en unas redondillas de carácter amoroso al parecer, dirigidas a una dama, hablase la poetisa por su propia cuenta, y no, como fuera lógico, a nombre

de algún galán. Había aquí, pues, o un problema de costumbres literarias, o un problema editorial, de presentación o de lección de textos.

Acertó usted en ambas suposiciones. La cuestión menor, la segunda, queda fácilmente resuelta: la presentación de un texto oscuro, como el de esas redondillas, debiera acompañarse de notas explicativas en las ediciones modernas, como la de Menéndez y Pelayo.

Acudiendo a las ediciones antiguas de obras de Sor Juana, al segundo tomo impreso en 1692 y reimpresso en 1693, 1715 y 1725, se ve que no puede haber duda de que la poetisa haya escrito:

No quieras, pues, rigurosa,  
que estando ya declarada  
sea de veras desdichada  
quien fue de burlas dichosa.

Es más: poco antes dice:

¡Oh! cuán loca llegué a verme  
en tus dichosos amores...

Aunque alguna edición dice *loco* por *loca*, tal sustitución es absurda, puesto que luego, inevitablemente, subsisten las formas femeninas en *declarada*, *desdichada* y *dichosa*, si no se quiere destruir la rima.

El subtítulo de las redondillas, en esas primitivas ediciones, no explica nada; dice solamente: "excusándose de un silencio en ocasión de un precepto para que le rompa."

Pero las composiciones que rodean a aquélla en el tomo segundo de obras de Sor Juana, y otras contenidas allí mismo y en el tomo primero, aclaran el punto. Las redondillas en cuestión pertenecen a una serie de poesías dirigidas a la Virreina de México, Doña María Luisa Gonzaga, Condesa de Paredes y Marquesa de la Laguna, denominada Amarilis, Filis y Lisi en los versos.

Una de ellas, sobre todas, nos revela que esas anómalas protestas de afecto no son otra cosa que hipérbolos o ficciones usuales en la poética cortesana de abolengo clásico. En el romance que empieza:

Lo atrevido de un pincel,  
Filis, dió a mi pluma aliento...

procura la monja justificar, con pueril argumentación conceptista, las cortesanías y amistosas exageraciones:

Ser mujer, ni estar ausente,  
no es de amarte impedimento,  
pues sabes tú que las almas  
distancia ignoran y sexo.  
Demás, que al natural orden  
sólo le guardan los fueros  
las comunes hermosuras  
siguiendo el común gobierno.  
No la tuya, que gozando  
imperiales privilegios  
naciste prodigio hermoso  
con exenciones de regio.  
Cuya poderosa mano,  
cuyo inevitable esfuerzo,  
para dominar las almas  
empuñó el hermoso cetro.

En otra composición que comienza

Divina Lisi mía...

dice también:

En fin, yo de adorarte  
el delito confieso...

En las endechas reales: "Qué bien, divina Lisi...", además,

Mas tú, divino Dueño,  
¿cómo puedes negarme  
que sabes que te adoro,  
porque quien eres de por fuerza sabes?

Finalmente, el primer tomo de Poemas (1689) está dedicado a la Condesa de Paredes con el soneto que principia:

El hijo que la esclava ha concebido...

y que termina:

...pues vienen a ser tuyos de derecho  
los conceptos de un alma que es tan tuya.

Aunque la hipérbole no llegó a tanto, o fué menos frecuente, sí la empleó Sor Juana con las otras dos virreinas, anterior y posterior a la de Paredes: la Marquesa de Mancera y la Condesa de Galve.

A la primera, por ejemplo, dirigió el soneto relativo a su propia enfermedad, de que acababa de librarse; el cual empieza

En la vida, que siempre tuya fué...

y acaba:

y dejóme morir sólo por ti.

A la de Galve, en el romance "Hermosa, divina Elvira...", dice entre otras cosas:

Formo de mis pensamientos  
las alfombras que tú pisas,  
y, aunque invisible, allí el alma  
te venera tan rendida...

En resumen, la gran poetisa mexicana, en estas poesías de ocasión, adoptaba fórmulas consagradas en la tónica de la poesía de las cortes, que España recibió de la Italia del Renacimiento, pero que tiene sus raíces en Provenza. Al noble, al poderoso, se le cantaba siempre en ditirambo, en el cual iban unidas las hipérbolés sobre el mérito del elogiado y sobre el afecto del poeta. Entre los provenzales ya se sabe cuál era la curiosa ficción usual: el trovador se declaraba enamorado de una dama, a menudo protectora suya o esposa de su protector; tal amor, a pesar de ser ficticio, debía ser un secreto, pero secreto a voces.

En Italia, y luego en toda Europa, las ficciones tomaron formas diversas, que se complicaron de filosofía cuando las teorías platónicas entraron de nuevo a la circulación. Los sonetos que Shakespeare dirigió a su aristocrático amigo son un ejemplo de los problemas engendrados por aquellas costumbres literarias. Mucho se ha fantaseado sobre el contenido y la significación de esos versos, sobre los sentimientos del poeta y la personalidad del amigo noble. Y sin embargo, para Sidney Lee, la mayor

autoridad en cuestiones de biografía shakesperiana, en los sonetos no hay más que retórica, la retórica que usaban todos los poetas *isabelinos*.

Soy su amigo sincero,

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

---

CORRIGENDA.

En el número de septiembre último, 1º del tomo XV de CUBA CONTEMPORÁNEA, apareció un trabajo titulado *La República Dominicana*, original del propio autor de este artículo; y en la página 39, línea 9, hay una omisión o salto de fecha que debe quedar salvado así: "Colón llegó a Guanahaní el 12 de octubre de 1492, después de su salida del puerto de Palos en 4 de agosto del mismo año".

# Cuba Contemporánea

AÑO V

Tomo XV. Habana, diciembre de 1917. Núm. 4.

---

---

## SEAMOS CUBANOS (\*)



S indudable que la humanidad, como el individuo, y al menos en lo poco que se reconoce aquélla, tiene en su historia instantes de singular interés para sí misma.

El presente, por ejemplo...

Pero apresurémonos a advertir que no decimos esto sólo por la formidable conflagración que actualmente compromete en Europa, su foco, la obra admirable de tantos años de civilización. La guerra es acción por excelencia, y la acción escueta no interesa sino a los espíritus inferiores. Lo más interesante del momento actual—como de todos los momentos del Hombre y de la Humanidad—está principalmente en la región de las ideas, en el campo del espíritu; y ahí es, sin duda, donde habrá de fijarse la mejor atención de nuestros descendientes.

Que la crisis es perenne y que nada en el Cosmos procede por saltos, son postulados que pueden admitirse sin destruir el que acabamos de sentar. Porque la vida exteriormente es siempre la misma, sin duda alguna, pero debajo de la superficie se realizan perennemente profundas sacudidas y renovaciones, que

---

(\*) Prefacio del drama *Tembladera*, en tres actos y en prosa, premiado últimamente por la Academia Nacional de Artes y Letras en el concurso del mejor libro cubano. En breve será estrenado en La Habana, al inaugurar solemnemente sus tareas académicas de 1917-18 la citada Corporación.

implican dolores y sacrificios indecibles para la Humanidad. Antaño ésta, como pueril y poco curiosa de sí misma, solía pasar por alto esos sacrificios, desoyendo a sus balbucientes exégetas, o bien los aplaudía alegorizados en inocentes juegos, a los que cierto *snobismo* contemporáneo llama obras *inimitables* y finge admirar, aunque no comprenda. Hogaño, cada día aumenta el interés del Hombre por su gran familia, y es cada vez más numerosa, y tiende a ser más compacta y más consciente de su misión, la legión de los interesados en la Obra infinita, no ya como meros espectadores, y apenas como exégetas y exaltadores, sino como héroes reales en la gran tragedia.

La humanidad es siempre la misma—es cierto—y la gente vive—al menos exteriormente—como siempre: tal vez sea vana manía de los ideólogos esta honda preocupación ante la vida...

Pero es innegable que en el Viejo Mundo los hombres, hasta ayer orgullosos de su civilización y su progreso, se destrozan a centenas de millones, derrochando en aniquilarse mutuamente la riqueza acumulada, las energías de todo un siglo de intensísimo esfuerzo *humanitatis causa*... Es innegable la crisis, la honda perturbación universal, formidable hervor de sangre en que revuelven sus despojos la vieja tiranía de unos pueblos y la flamante democracia de otros; en que la verdad y la mentira, la voz de los pueblos y la voz de los hombres, se confunden en babel inmensa y apenas dejan un sabor amargo de odio en los labios del filósofo, sediento de verdad y de justicia, e incapaz de obtener una gota de absoluta pureza con que calmar su sed.

*Por la democracia y por la libertad*, ostentan unos como lema en sus escudos: *por el orden y por la historia*, alegan los otros... Y si es innegable que el mundo occidental ve amenazada su libertad y comprometida la democracia, su sistema esencial, no es menos cierto que libertad y democracia, en los momentos de estallar el conflicto, rodaban por senderos peligrosos, dejando a jirones, en las zarzas del declive fatal, su prestigio histórico y su tradicional identidad, ideal en la tierra, con la arcadia feliz que sus extremos enemigos sólo prometen para el cielo. Así en aquellos pueblos amenazados también, pero donde la agresión no ha hecho sentir la razón suprema de defenderse, vemos a muchos elementos sociales, de innegable importancia, resistir o aso-

ciarse a regañadientes a la corriente liberal; así vemos con verdadero asombro—con franca rebelión de muchos—vestirse de tiranía y de absolutismo a la misma democracia, incapaz de hacer frente al enemigo con sus propias armas, embotadas e inservibles a fuerza de emplearse en fratricidas luchas...

¿El porvenir? Nunca fué más imposible adivinarlo. Posible es que todo vuelva a su perdido cauce y que una recrudescencia de los mismos que llamamos vicios de la vida económica, política y social de Europa al comenzar el siglo XX, y con los vicios las virtudes que nos parecen tales, en consorcio más o menos amable, opere el milagro de hacer olvidar en la historia esta tremenda guerra de hoy; posible es que renazcan pueblos y perezcan otros; posible es que a un imperialismo inglés o alemán suceda otro imperialismo inesperado; posible es que a esta revolución universal siga un estado crónico de guerras interesadas y locales... y posible es también que en nuestros días esté incubándose una verdadera revolución, un salto—una variación brusca, como dirían los partidarios de la teoría De Vries—en la evolución histórica de la humanidad, que arruine definitivamente las formas viejas de nuestra organización económica contemporánea y dé a luz, cristalizándola en alguno de nuestros sueños de hoy, una realidad nueva...

Todas las ideas, las de fe como las reflexivas: aun las de raíces más lejanas y disímiles en la historia, confunden sus ramas y sus frutos en la hora presente; quien afirma o niega, miente o no sabe nada; quien quiere querer, no puede; la Voluntad, que era fiera amansada, que era viento y nos llevaba por los mares y nos sacaba el agua del pozo, es hoy ciclón deshecho que nos abate encima la casa, que nos oprime el corazón y nos quita la vergüenza del miedo, que nos arranca el penacho del ideal y las franelas de la caridad, y nos arroja, desnudos y pávidos de terror, del paraíso de nuestros sueños de Civilización... La Mentira salva, la Verdad disuelve; los lobos defienden al rebaño de la furia de los perros, y ladran los pastores con júbilo... La lógica de los acontecimientos estalla en los cerebros humanos, y va a perderse en el hablar sangrando de las pasiones, en el rezar llorando de los grandes dolores inconsolables, en la bravata del infeliz recién nombrado héroe, en la maledicencia

estéril del héroe verdadero, en el loco desvariar del alucinado, caballero sin riendas en su corazón, por los bosques siempre vírgenes de la superstición y del ensueño. . .

“Y como los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos, podemos también tenerlos cuando soñamos, resolví creer que las verdades aprendidas en los libros y por la experiencia, no eran más seguras que las ilusiones de mis sueños”,—que dijo Descartes en los albores de la edad moderna, hoy quizás en su ocaso.

En esta pesadilla que vivimos, tenemos, no obstante, algo que concebimos clara e indistintamente, una verdad primera, que partiendo del *ego* en su acepción más depurada—más *científica*, para expresarlo en el lenguaje actual—, nos lleva rigurosamente a afirmar la realidad que nos rodea, a pensar con ahínco, y como asiéndonos a la tierra firme en el naufragio de la situación universal, en nosotros mismos, en nuestra patria cubana, y en nuestra América Latina, cuando más allá: la patria grande. Dicho queda que Aristipo no sale de sí mismo, y en este momento histórico se cree más autorizado que nunca a defender su tesis: él no sabe ni sabrá nunca—porque el egoísmo es limitación de entendimiento, miopía moral—que su aislamiento es una ilusión. . .

No hemos de ser actores principales en la gran tragedia, y sin embargo, todo nuestro porvenir, nuestros intereses, nuestros ideales y hasta nuestra felicidad y nuestra vida están comprometidos en ella. Fué ayer, como quien dice, y tras de medio siglo de indecible martirio, cuando logramos realizar esto que fué un sueño para nuestros abuelos; fué ayer cuando dejamos todas las armas, lograda la conquista por la cual luchamos desesperadamente cambiando el bienestar por la miseria, la salud por la fiebre, la vida por la muerte! . . .

Y para nada se ha de contar con nosotros, individualmente, a la hora de las cristalizaciones históricas. Sólo como *pequeña nacionalidad*, consciente de sus derechos y de historia que no sea una vergüenza para la dignidad humana: con Bélgica, con Portugal, con Holanda en Europa, con más de una de nuestras repúblicas hermanas de América, es como ha de sernos dable imponer nuestra voz en la hora solemne. Sólo en masa, sólidamente unidos en un bloque granítico, es como ha de contarse

con Cuba para honor y provecho de todos, como cantera fina, en vez de servirse de nosotros como de piedra blanda, para relleno y pacotilla. . .

Ante este maremágnum universal, en esta horrible pesadilla, ¿qué somos? ¿qué debemos ser, lo primero, los hijos de esta pequeña porción del mundo, más que *cubanos*?

Obvio es que no disponemos, que no podremos disponer quizá, a toda hora, de nosotros mismos, de nuestros cuerpos ni de nuestros bienes materiales. . .

Pero no es con nuestros bienes materiales como debemos ser cubanos, como debemos ser hombres en la hora presente; sino con lo que es nuestro don más precioso, con lo que empezamos a amar y aprendimos a sentir la libertad, y conservamos intacto, miserables y dispersos por el mundo, de la saña de nuestros enemigos, y sólo por un acto abominable podríamos enajenar o perder: con nuestro espíritu.

Desmayar, o rebelarse, por algo o contra algo que sólo pone en peligro nuestro bienestar material o nuestra vida, es una cobardía, una traición. Eso, y mucho menos, hicieron los que hoy llamamos, con sobra de razón, guerrilleros y traidores. Eso y mucho menos hicieron los que fueron a la revolución por mero espíritu de rebelión e indisciplina, o huyendo de la común persecución de la justicia, y hoy nos ponen la Patria en la picota con sus impunes fechorías.

Es preciso obedecer el mandato de la fuerza que nos rijan, mientras nuestra protesta y nuestra acción no puedan otra cosa que provocar reacciones brutales y sembrar más odios, agravar nuestro mal por excelencia: nuestra dispersión espiritual!

Y es preciso no salirnos jamás de aquella primera verdad al enfrentarnos con el problema universal, es preciso que depuremos nuestros corazones de todo apasionamiento estéril por toda causa ajena e incomprensible en realidad para nosotros. Seamos cubanos, a secas, y por ello no dejaremos de ser hombres, de ser universales, de ser caritativos y generosos para la humanidad entera, como el padre que en peligro de naufragio o de incendio es caritativo y humano de una sola manera: salvando a su hijo el primero. Seamos cubanos, consecuentes con nuestro pasado y nuestros ideales nacionales, y sólo así estare-

mos en noble aptitud de asimilar las consecuencias del conflicto presente, cualesquiera que ellas fueren, sin la indignidad de una brutal imposición foránea.

Y séanos lo demás indiferente: por lo menos a la hora de los pensamientos hondos y de las resoluciones importantes.

Nuestra pequeña patria ha progresado hasta hoy, materialmente, con gigantesco impulso. Y ese progreso, comunicándonos un optimismo *sui generis*—que es muchas veces pesimismo inconfesable respecto a los ideales patrios—, sólo habla y permite hablar de nuevas ganancias y nuevas riquezas, de ferrocarriles y de ingenios, de inmigración y de negocios...

Pues ese progresismo ciego—interpretación grosera del espíritu norteamericano—tiende, infortunada y fatalmente, a desequilibrar nuestro desarrollo nacional, por cuanto nos roba toda la atención que deberíamos dar a los aspectos más hondos del problema patrio, y nos previene en contra del que nos exige esa atención urgente, hablándonos en nombre de la historia, de ideales, de arte: de cosas no negociables, y que nos mantiene en honrosa pobreza—para ellos signo de impotencia o de locura—a los que con más fervor y mayor desinterés las predicamos.

Ninguna razón, no obstante, ningún alegato, como no sea sugerido por la ignorancia o el egoísmo más insolentes, puede dar el derecho de volver el rostro a esta realidad en que hoy vivimos.

El momento no es para rebelarnos—insignificantes e inermes como somos siempre que no habla en nosotros la voz de la historia—contra las grandes corrientes de la humanidad; como tampoco para derrochar nuestro interés y hacer vagar nuestro espíritu en los problemas y dolores ajenos; no es para dejar venir los hechos, una vez rellena nuestra bolsa o satisfechos nuestros apetitos, los brazos cruzados sobre el pecho; no es para ensayar sonrisas elegantes de escepticismo, ni para entregarnos a la emoción estéril de un arte y una literatura egotísticos y funambuleros, como meros deportes, en que sólo se persiga la demostración de una destreza o de una habilidad cualquiera.

La hora es de pensar seriamente en nuestro destino.

Cemencemos ahora a entresacar de este largo, pero necesario exordio, los puntos de apoyo en que el autor de este modesto ensayo literario cimentó lo que podríamos llamar la psicología de su obra.

La guerra nos ha demostrado ya—una vez más—que la fuerza bruta es más aparatosa que efectiva: los cañones formidables, las grandes masas de soldados, las olas de fuego, las máquinas infernales, todo puede improvisarse, imitarse y contrarrestarse cuando llega el caso. Lo que no se improvisa, ni se imita fácilmente, es la educación, la cohesión espiritual de un pueblo, así como lo que no se aniquila con facilidad, aunque se aplaste militarmente, es el porvenir de otro pueblo, consciente de sí mismo, de su destino nacional y de sus derechos a la Libertad.

Y esta preciosa lección, que debería enseñarse profusamente entre nosotros, nos conduce a repetir una añeja tesis, ya consagrada ley por la frecuencia y perspicuidad de los ejemplos: en tanto un pueblo, por débil que sea, gana en conocimiento de sí mismo, aumenta el núcleo de sus individualidades superiores, multiplicadoras de la conciencia de solidaridad, reduce al mínimo el antagonismo de sus individuos entre sí, y alcanza a producir hechos sociales y obras científicas y artísticas capaces de extender e intensificar esa unificación de los espíritus, refrenando los someros impulsos egoístas y los impulsos de facción: ese pueblo se hace más fuerte e invencible ante todos sus enemigos—el Tiempo inclusive—y mucho más firmemente que inventando cañones, conquistando territorios y perfeccionando la ferocidad de sus ejércitos, sin preocuparse de aquellos problemas primordiales del espíritu.

El primer resultado de esta convicción, al penetrar en nosotros, es el de prestarnos un nuevo modo de ver y sentir nuestros problemas cubanos. Nuestra patria nos parecía muy linda, pero demasiado pequeña, demasiado débil; aceptábamos con cierta melancolía nuestro cubanismo, soñando con las otras patrias grandes y temidas por su fuerza; vivíamos embobados por el eco de las grandezas de fuera, como esos pobres diablos que tienen junto a ellos el amor de una esposa fiel, inteligente y linda, y viven envidiando el tristísimo placer de los hombres crapulosos porque tienen queridas lujosas, llenas de diamantes y de sífilis.

No pensábamos seriamente, profundamente, en fortalecer nuestra nacionalidad. ¿Para qué? Comparábamos nuestra extensión superficial con la de los Estados Unidos, nuestros tres millones de seres con sus noventa o cien millones de ellos, nuestros capitales con los suyos... e incapaces de pensar en otra lucha que la de la pólvora y el machete, bajábamos la cabeza anonadados. La menor tontería impresa y con números, de las muchas que se publican en los Estados Unidos, o el mero hecho de un Ministro Plenipotenciario entregando en el Palacio del Presidente una nota diplomática abusiva: todo nos desmoralizaba luego, haciéndonos confesar desesperadamente nuestra insignificancia y nuestra impotencia. ¿Qué nos quedaba por hacer, en este estado de alma, sino aprovechar todo lo que buenamente pudiese durar y dar de sí nuestra precaria República y tratar de enriquecernos personalmente por el medio más rápido, ya que el dinero es siempre un asidero, como un salvavidas para los peligros de todo naufragio?

Que este ha sido—y es—el idearium íntimo, secreto e inconfesable, de muchos de nuestros elementos políticos directores, los hechos nos lo sugieren vehementemente. Las causas son múltiples, y una de ellas la “selección a la inversa” que realizó nuestra cruenta lucha por la independencia, en la cual se perdió casi totalmente la juventud de “élite”, que hoy actuaría, nutrida y compacta, haciendo de contrapeso a los apetitos tumultuarios de esa gente...

Mas... ¿qué importa, si ya comienza—y bastante temprano es—a despertarse entre nosotros el anhelo de una convicción, de una fe suficiente en el porvenir de la Patria? ¿Qué importa que duden y vacilen los viejos, los que ya se van, y los jóvenes indolentes, degenerados por el vicio o la educación primera—los que no han hecho ni harán otra cosa que vegetar tristemente—, si los buenos, activos e inteligentes encaran el porvenir con plena confianza?

A pesar del apéndice de nuestra Constitución, a pesar de nuestra actual dependencia económica de los Estados Unidos, a pesar de nuestra pequeñez geográfica, es indiscutible que atesoramos una serie considerable de antecedentes históricos lo suficientemente sólidos para darnos la convicción y el deber de man-

tener nuestra nacionalidad a toda costa, aun haciendo frente a los más formidables enemigos. Tenemos nuestra Historia, una larga Historia de persecuciones, injusticias y duras pruebas, coercitivas unas y tentadoras otras, y todas ellas victoriosamente sufridas con admirable heroísmo. No tienen más a su favor Suiza, Holanda y Bélgica, por ejemplo, cuyas pequeñez geográfica y confusión de razas son mucho más notorias... Y es absolutamente imposible que en un pueblo como el nuestro, donde la idea de Libertad, y con ella todas las grandes ideas universales en que nace y se nutre una civilización han tenido desde las más remotas épocas una corriente inagotable, donde se han ensayado todos los medios de desviar, estancar, dividir y desparramar esa corriente, se opere ahora el triste milagro de secar el manantial precioso con unos puñados de oro, y con la perversión, por una diplomacia maquiavélica y torpe, de una hegemonía que fué hasta ayer propicia y debe ser, por lo menos, inocua a nuestra nacionalidad.

Afortunadamente la realidad es otra, y todos los signos de ella—para los que saben leerlos—contribuyen a nutrir nuestra fe. Y si cada día, en los críticos de hoy, aumenta entre nosotros la influencia disolvente del *carpet-bagger* norteamericano, y resiste en sus últimos reductos la hidra colonial; si es innegable que crece y alcanza signos de lucha a muerte el antagonismo entre las pasiones mezquinas y los intereses personales que hoy son como la dinámica de nuestros partidos políticos, también es evidente que estos nuestros hombres de ahora carecían de toda preparación para el ejercicio de la libertad, y que ello no sucederá ya en lo futuro; también es evidente que cada día, entre los nuevos, aumenta el número de las individualidades sobresalientes, paladines jurados de la nacionalidad; que se extiende, intensifica y esclarece el conocimiento de nuestros grandes hombres pretéritos, y se comprueba el positivo valor de ellos en el cuadro de valores históricos universales, posesionándonos como de un nuevo sentimiento de dignidad e imponiéndonos el deber de sostener y continuar su obra; que es evidente la acción transformadora y de asimilación de nuestro pueblo y su amor unánime a la libertad. Y ahí está la demostración de esto último en el mismo hecho de que tanto abusan sus detractores, interpretán-

dolo aviesamente: nuestro pueblo prefiere siempre en las urnas a sus hombres propios, licenciosos y peculadores si se quiere, pero capaces de respetarlo y de someterse a su oportuno referéndum, en tanto que acepta con recelo o rechaza francamente a aquellos otros ensoberbecidos por una educación antidemocrática, y empuñados, de buena o mala fe, en llevarlo por donde a ellos y a su grupo se les antoja el mejor camino...

¿Qué importa que seamos muy pocos y estemos como aislados? ¿Qué importa que no podamos defendernos, por la fuerza, de una agresión exterior? ¿Qué importa que nuestra República esté hoy mediatizada por la norteamericana, de raza diferente, pero de espíritu indefinido y que bien podía ser no antagónico, puesto que no se trata de un país de tradición, sino de aluvión, y descansando sobre la más amplia base democrática? ¿No éramos menos y vivíamos más aislados, más inermes y más sometidos a la influencia norteamericana cuando la Metrópoli tergiversaba deliberadamente nuestras relaciones con el resto del mundo? El anexionismo, sin embargo, nunca fué entre nosotros una idea popular, y nuestros grandes hombres, si bien enamorados de los Estados Unidos, nunca dejaron de ver las diferencias y separaciones necesarias. De nuestro aislamiento, por otra parte, no tenemos tanto la culpa nosotros como principalmente las repúblicas hermanas de América, que siempre hablan, y bien injustamente, de nuestra *sumisión al yankee*, y nada práctico han sido capaces de hacer hasta la fecha para acercarse a nosotros y atraernos a ellas; nada—o muy poco y siempre personal—para combinar y estrechar su dispersa acción diplomática, en honor y provecho de esa cohesión de la raza, tan mal servida por todos...

Empero, la lucha está lejos de haberse decidido. En nuestro territorio, convertido en retorta de experimentación, se verifica un ensayo—tal vez eponímico—de fusión de dos espíritus radicalmente distintos, diríase superficialmente que antagónicos. Y aunque el optimismo consciente cree advertir desde ahora la presencia de ciertos elementos ya fusionados y lo suficientemente vigorosos y fecundos para ser como vesículas germinativas de la nueva especie futura, en que queden perpetuados los rasgos mejores y fundamentales de la raza histórica matriz, es a todas luces innegable que la crisis no puede haberse definido tan pron-

to, y que la labor de todos los interesados en el mejor éxito de la experiencia tiene que ser actualmente intensificada a su máximo, exigiéndose no sólo el concurso de estadistas y sociólogos, sino el de los artistas, pensadores y seres inteligentes de todo género de actividad social, capaces de contribuir en alguna forma al esfuerzo común.

Es absolutamente necesario que nos entendamos, que nos atendamos los unos a los otros, sin celos ni recelos de campanario, sin preocupaciones ordinales, dejando a un lado las antipatías gratuitas, los resentimientos mezquinos y cuanto nos mantiene en la categoría moral de colonos, de pueblo sometido a la dirección e impulso de otro.

Es necesario que aprendamos a engranar nuestras ambiciones personales en el bien general de la Patria, de manera que podamos exhibirlas y hasta predicarlas, y obtener de ellas nuestro provecho propio, con sólo la reprobación honrosa de los mezquinos envidiosos y de los extranjeros aviesamente interesados en nuestra dispersión nacional. Es necesario que nuestras pocas corporaciones culturales y nuestros hombres verdaderamente representativos abandonen su antigua simultaneidad y pluralidad de orientaciones, y ayuden a los jóvenes a marcar al movimiento nacional sus derroteros, contribuyendo con su autoridad a apretar y disciplinar las fuerzas, y a evitar en lo posible los empirismos aislados, los esfuerzos excéntricos, las sacudidas demasiado violentas y los movimientos inútiles, de todo género.

Es necesario que los jóvenes hagamos algo práctico por conocernos mutuamente, por buscar las verdaderas afinidades, no las casuales del aula o del corrillo; que renunciemos a las jerarquías y admiraciones de los grupos pequeños, en los cuales se contraen pésimos hábitos, y aun vicios incurables, como la vanidad, la soberbia, la envidia, la intransigencia con los defectos de los otros y el odio al concurso libre, al esfuerzo máximo: el único, sin embargo, que tiene la virtud de revelarnos lo que somos.

Pensemos un momento, unánimemente, en la labor que a cada cual incumbe realizar, en los principios generales que a todos obligan por igual, y en la necesidad de dividir el trabajo: lo que no implica privilegios ni pretericiones.

¿Quién dijo que la empresa es difícil? Más lo era la de

arrancarnos las cadenas de la servidumbre. Y luchamos cincuenta años, desnudos, famélicos, perseguidos, ayudados a la cartaginesa... Y vencimos.

Ahora el enemigo no está fuera, sino en nosotros mismos. El Egoísmo, la Indolencia, el Amor-propio, la Holgazanería mental, la Esterilidad envidiosa: he aquí nuestros principales enemigos. Venciéndolos a ellos lo habremos ganado todo.

¡Bienaventurados nosotros, que nos tocó esta hora propicia!  
 ¡Bienaventurados nosotros, que padeceremos pobreza quizás, y obscuridad y escarnio, entre el tumulto de los "parvenus"; que soportaremos la sonrisa del imbécil, del ricacho y del tiranuelo; pero que no sufriremos un yugo extranjero, que no veremos a nuestros hijos asesinados, ni nuestros hogares deshechos! ¡Bienaventurados nosotros, que en vez de tener que ir a luchar con nuestros enemigos en plena manigua, la vida en constante peligro, podemos hacerlo con sólo ser buenos, generosos y trabajadores!

\*

Ahora, puesto que es tiempo y en el toque dicho de llamada no sólo han de entrar las voces importantes, sino las del coro también, permítasenos ensayar aquí nuestra parte, nuestra pequeña parte.

No diremos que al periodista—porque entre nosotros el periodista es el político y el financiero, a la vez, el publicista y el colaborador maníaco, el sociólogo y el poeta—, sino que a todos, en cuanto periodistas, nos incumbe la primera necesidad de propagar siempre las mejores iniciativas, de evitar las nocivas, y de propender invariablemente a un fin: el de la educación cívica, con un medio forzoso: el de la conservación de la paz pública, de la paz material y moral. He aquí unas bases cuya extrema importancia nunca será extemporáneo repetir...

El sociólogo y el economista tienen después una misión no menos preciosa. Es necesario estudiar, conocer y propagar el conocimiento de las peculiaridades de nuestra mecánica político-social, y estudiar y propagar el conocimiento de nuestra vida económica. Es necesario que el cubano se interese en la política y en los negocios, sin temor de verse confundido con el aventurero; que aspire a hacerse fuerte y a hacerse rico, y tenga abier-

tos los caminos por donde se pueden perseguir esos fines sin comprometer la salud y el honor de la Nación. El sociólogo y el economista tienen el deber de explorar esos caminos, demostrando sus positivas ventajas sobre todos los atajos del dolo y del golpe de suerte. . .

El historiador entretanto—titulando así, en síntesis, a todos aquellos cuyos profundos conocimientos no sólo en nuestra vida política, sino en la cadena de nuestras ideas colectivas, nuestra economía, nuestra literatura y demás actividades, les permitan el estudio y exposición histórica de esas actividades entre nosotros—, el historiador tiene actualmente sobre sus hombros la misión más importante tal vez, y más decisiva, en la obra de consolidación y definitiva cristalización nacional.

Porque la misión del artista es, sin duda para nosotros, la que habrá de representar más legítimamente nuestro derecho al triunfo, la que tendrá a su cargo como la antorcha que iluminará el camino; será la legión la más esforzada, que nos llevará a la Victoria, anticipándonos en síntesis llenas de emoción todo el concierto de nuestro pasado glorioso y de nuestros más bellos ideales, de nuestros defectos y de nuestras virtudes, de los obstáculos pavorosos que se opusieron y se opondrán a nuestro paso, y de los heroicos esfuerzos con que vencimos y venceremos siempre esas pruebas; al artista corresponderá la gloria de arrastrar a las multitudes, de sacudirlas comunicándoles la buena nueva en una emoción, y de sumar su aportación individual, seleccionada, a la obra común. El artista ha de ser el lazo de unión, el predicador iluminado, el austero sacerdote. . .

Pero, según nuestro criterio, nada o muy poco podrá conseguirse mientras el historiador niegue o demore su concurso. Para nosotros la primera necesidad, el primer paso, ha de ser forzosamente una Historia de Cuba, una historia inspirada en el criterio moderno de ella, emocional, sugestiva y filosófica, que sea algo más que una relación de hechos, y sirva a las generaciones nuevas—hoy desnorteadas y sin noción del camino recorrido—como la carta náutica de los navegantes, en la cual podamos ver de una ojeada la ruta seguida, los peligros pasados, los traidores escollos ocultos bajo la superficie, y la dirección de los vientos favorables y contrarios. . .

Y esa Historia (o serie de ellas) se nos antoja a nosotros tan absolutamente necesaria ahora, que creemos no nos será posible continuar, como es nuestro deber, la obra iniciada por nuestros héroes, antes de que tales síntesis de nuestra vida prenatal y republicana vengan a tener realización tangible.

Nuestra Historia integral es hermosa, y en su sólida grandeza descansan todos nuestros derechos a la libertad. Los que no la conocen, lógico es que atribuyan a nuestra vida nacional la triste condición de una humorada *yankee*, o de una cosa insegura y efímera, que no merece no ya el sacrificio de una vida, mas ni siquiera la seria atención de un hombre representativo. Entre nosotros mismos, aunque parezca extraordinario, el abuso de los tópicos patriotericos, de los himnos, las banderas y las innumerables herejías artísticas del caso, explotados indecorosamente por las fracciones fulanísticas sin valor, ni ideales, ni programas, ni bandera propios, ha culminado en cierta justa hartura de las cosas heroicas...

Empero, la historia de nuestras luchas por la libertad, por la dignidad humana y por la civilización—que todo eso y más significaba nuestra empresa contra la tiranía, y así habrá de probarlo nuestra anhelada Historia—es algo más que la odiosa verborrea de un politicastro de hoy, algo más que cualquier adefesio artístico de los que estamos hartos, adefesios inspirados no tanto en el amor a la Patria cuanto en ruines ambiciones o en simiescos impulsos de mera imitación.

Nuestra historia integral es hermosa, y de ella—hecha libro y monumento, hecha fuerza más fuerte que los cañones y el oro—hemos de obtener no sólo la satisfacción de ofrecerla a nuestros ignaros comentaristas despectivos de todo el orbe—satisfacción que podríamos dispensarnos fácilmente desde ahora—, sino las bases necesarias para fundar una Crítica profundamente nacional, un arte y una literatura cubanos, dentro de los rasgos generales que nos tocan como miembros de la gran familia hispanoamericana.

Nuestros artistas viven hoy obligados a rodar confundidos en todas las escuelas y en todos los grupos, desposeídos de una patria espiritual, sin dioses mayores, sin altares supremos en que beber las grandes inspiraciones; reducidos al alarde personal, a

la muestra de habilidades, a los triunfos de imitación de lo extranjero...

Y una Crítica que construyese—extrayéndolo de nuestra Historia—como un tamiz, a través del cual dejara pasar las normas eternas y universales de la belleza, prepararía a esos artistas nuestros para la comprensión de esos grandes ideales que hoy les faltan, dándoles la fe y los alientos necesarios para cumplir sin titubeos su misión de precursores, de fundadores, predestinados a pagar con sus tormentos de hoy—entre el fariseísmo horrible de sus contemporáneos—la gloria inefable del mañana.

Cuba, como la América Latina toda, con la cual se confunde, ha de estar pronto en presencia de un movimiento similar al conocido con el nombre de *Romanticismo* en Europa. Así como en la Edad Media, cuando, formadas políticamente las nacionalidades, la Iglesia y los Monarcas triunfantes de sus respectivos enemigos impusieron la imitación de lo romano, y el arte y la literatura autóctonos quedaron condenados a la obscuridad y torpeza de sus rudos cultivadores populares, así también entre nosotros—en América—el Caciquismo y la Plutocracia criollos, triunfantes de sus enemigos, impusieron la imitación servil de lo ex metropolitano, condenando el arte y la literatura nacionales al grillete del nivel popular.

Y así como el exotismo (1) de los falsos poemas gaélicos de Ossian, y las traducciones de la India remota, el debilitamiento del absolutismo, la emancipación de las conciencias del obscurantismo teológico, y principalmente la definitiva consagración del principio histórico—aconsejado por Bacon en su *De augmentis Scientiarum* y por Vico en su *Scienza Nuova*, iniciado en Francia y realizado primeramente en Alemania por los Grimm, los Schlegel, Niebuhr, etc.—; así como todas esas concurrencias dieron a luz ese impulso general de sinceración a que llamamos

---

(1) El exotismo, unido a otras influencias, originó ya en nuestra América un interesante movimiento en la Poesía, llamado—por cierto muy impropriamente—*modernismo*. Y ya es un hecho aceptado que ese movimiento produjo una verdadera renovación literaria, cuya influencia cruzó el Atlántico y llegó hasta la propia España, cuna del idioma...

Pues bien: tengamos presente los cubanos que de ese movimiento—especie de Proto-Romanticismo—dos de sus precursores nacieron en nuestra querida Antilla: Julián del Casal y José Martí... (N. del A.)

hoy Romanticismo, así también entre nosotros—en nuestra América—pueden comprobarse ya el debilitamiento del despotismo caudillesco, la emancipación de las conciencias de su viejo yugo teológico, el culto del exotismo, y por último el aumento del intercambio intelectual de pueblo a pueblo hermano: otra de las circunstancias que, llevando de un lado a otro a Shakespeare y a Cervantes, a Lope, a Rojas y demás genios originales de aquella época, contribuyeron también poderosamente en la del Romanticismo al triunfo definitivo de éste.

Las analogías, por consiguiente, no pueden ser más sorprendentes, ni más positivas; ni la conclusión más ajustada a la lógica. Para América no ha empezado todavía su gran período de sinceración, de *romanticismo*, base de un Arte, de una Filosofía y de un Espíritu profunda e indeleblemente americanos.

Y lo primero que nos hará falta será fatalmente lo que acabamos de indicar: una consagración solemne y efectiva del principio histórico, una serie considerable de historias críticas de nuestra vida prenatal—para referirnos particularmente a Cuba—, de nuestras ideas políticas, de nuestros hombres representativos, de nuestra literatura en general, y diversos géneros literarios, aportaciones científicas y artísticas, etc.

Advirtamos que no nos referimos a un bello ensueño irrealizable, ni a un mero proyecto, concebido *ex nihil* en el calor de nuestro entusiasmo.

Que late actualmente en toda la América Latina una profunda agitación intelectual, ya desligada de las preocupaciones meramente formales y orientada en un sentido de amplio y penetrante criticismo, necesario es padecer de inobviable miopía para no verlo. Rodó, Varona, Bunge, Ingenieros, García-Calderón, Blanco-Fombona, Torres, Ugarte, Alvarez, Ortiz, entre cien menos conocidos, nos dicen con su labor admirable de pensadores, sociólogos y educadores, en conferencias, libros, folletos, revistas y artículos ya bastante esparcidos por toda la América, que nuestra tesis no es una arbitrariedad de ideólogo, ni una fantasía (2).

---

(2) Obligado a vivir siempre en España—donde el conocimiento de los escritores hispanoamericanos, antes de la admirable iniciativa de un venezolano ilustre: Rufino Blanco Fombona, era algo poco menos que inasequible—, el autor de este

América busca su emancipación espiritual de Europa. Y no se entienda esto en un sentido exclusivista, porque nada que implique conocimiento y comprensión, con un ideal humano por delante, es conciliable con la idea de exclusión, de limitación arbitraria. América busca su emancipación espiritual de Europa, como cada hombre, entre las ideas preciosas con que nutre su inteligencia y alcanza a las más altas cumbres del pensamiento humano, persigue, no obstante, su propio pensamiento, su Alma; su Ideal...

---

ensayo desconocía, cuando lo escribí, un estudio, famoso ya, de José Enrique Rodó: *Juan María Gutiérrez y su época*. Merced a ese estudio del llorado maestro, sé ahora de la labor anterior de los Alberdi y Echeverría, en esta cuestión del americanismo literario cuya lección directa me sería tan valiosa, y me ha sido imposible conseguir suficientemente en nuestras bibliotecas habaneras. No hablo de librerías, porque tratándose de algo no español... ya se sabe: no hay, ni habrá nada en ellas mientras estén en las manos en que están.

No obstante, la coincidencia me halaga sobremanera, y alienta mi fe. Quiere decir que, si bien con la demora impuesta por las otras circunstancias históricas, nuestra pequeña patria va desenvolviendo espontánea y firmemente sus facultades esenciales de personalidad nacional; aquellas inviolables e indestructibles, cuando existen, en que mejor descansan los derechos de un pueblo a su libertad, aquellas en que se nutren su fe y su virtud para conquistar y reconquistar esa libertad, a despecho de la guerra, de la devastación y del aniquilamiento material por la fuerza; aquellas facultades mismas que nuestros hombres provisionales de hoy—empeñados en llamarse prácticos y egoístas, y cuya verdadera misión es la de recobrar para nosotros la riqueza material perdida por nuestros abuelos en la cruenta lucha que esos hombres—hoy gobernantes y estadistas por mera razón cronológica—confunden con la vanidad del versificador y la pseudoliteratura lo bastante tonta para haber llegado a ser leída y entendida por ellos...

Ahora bien: creo firmemente,—permítaseme decirlo de pasada—con reciente pero profundísima convicción, que los cubanos necesitamos el conocimiento directo y cabal de esos grandes escritores y hombres de estado de Sud América, como algo precioso e insustituible para el estudio de nuestros problemas patrios.

Siendo análogo, como nadie lo discute, pero muy pocos comprenden cabalmente, el proceso interno de cristalización de nuestras nacionalidades hispano-americanas, ese estudio directo de la historia de Sud América, en sus primeras décadas, nos permitiría ver—aun a los menos serenos—nuestra propia realidad presente, sin estas pasiones del momento que tanto y tan peligrosamente nos dividen.

Tengo a la vista, hallada casualmente en una librería, la *Peregrinación de Luz del Día*, de Juan B. Alberdi... ¡Cuánto daría yo por dar a conocer ese libro a aquellos de mis compatriotas que lo desconozcan!...

Pues he aquí mi convicción: sólo cuando los cubanos hagamos un hueco en nuestras lecturas—aun en detrimento de muchas, españolas y francesas, que hoy consideramos fundamentales—e incluyamos en ellas esas de historia integral de Sud América, comprenderemos cabalmente y amaremos nuestra propia historia y nuestros grandes hombres, y sentiremos que renacen entre nosotros la necesidad de conservar a toda costa nuestra independencia y la fe en nosotros mismos y en nuestro destino; que desaparecen esta cobardía, este pesimismo, esta pugna de suinos ciegos, las patas y todo dentro del comedero, y surge entre nosotros otra vez la primavera, una nueva primavera espléndida de nuevos ideales...

Y la consagración del principio histórico-crítico no puede ser más oportuna. Antes de seguir un paso adelante, es necesario que nos conozcamos a fondo, con todas nuestras peculiaridades favorables y contrarias. Hecha la Historia y apurada la Crítica, el Artista hallará en ellas la inspiración y la médula de su obra, como el Filósofo la base para su enseñanza, y el Político, el Estadista, el antecedente para su acción inmediata.

E idénticamente, entre nosotros, en nuestra Historia y nuestra Crítica hallaremos un venero inagotable de inspiraciones. Al principio abundarán tal vez los titubeos, las audacias lamentables, los empirismos pueriles... De ello sólo se dolerán los semicultos, cuya cultura superficial y arbitraria presupone consecuentemente un absoluto desconocimiento del proceso evolutivo ineluctable en toda obra social humana. Después, el desenvolvimiento extensivo e intensivo de la Crítica, recogiendo de las civilizaciones anteriores (la europea o llamada cristiana inclusive) la suma y quintaesencia de lo que en definitiva nos resulte básico, necesario y útil, irá depurando simultáneamente el juicio pasivo de las mayorías, sobre las cuales recae la acción del artista, del estadista y del filósofo, y los medios y modos de acción de éstos sobre aquéllas; hasta culminar—previa una fusión perfecta de nuestra aportación nacional con la obra integral hispanoamericana—en la eclosión magnífica de una Filosofía, un Arte y una Sociedad nuevos: de toda una nueva Civilización quizás, heredera legítima de la que actualmente se estremece en Europa con sacudidas de agonía...

Pero, ¿acaso nos detenemos en exaltar las consecuencias lejanas de nuestra tesis, porque creamos exponer algo nuevo o desconocido?

Rotundamente: no. El movimiento introversivo panhispanoamericano y su prenuncio: la introspección histórica, siéntense latir en Cuba, entre nosotros, con múltiples manifestaciones de vida y de arraigo. Una Academia de la Historia, otra de Artes y Letras, varias revistas de primera importancia, y una Prensa diaria, aunque casi toda extranjera o facciosa, bastante favorable; la cooperación constante de nuestras más distinguidas personalidades, y hasta la esporádica, pero preciosa, de algunos go-

bernantes, ¿no están ahí, como tangibles realidades, para probar nuestro aserto?

Nosotros no desconocemos nuestra personal insignificancia en el acervo de esas grandes energías, y sólo aspiramos a propagar las ideas y los ideales en que humilde pero fervorosamente comulgamos. Sabemos que a pesar de las academias, de la prensa y de los gobiernos propicios, somos siempre pocos, demasiado pocos para hacer resistencia al actualismo salvaje de nuestra heterogénea y primitiva sociedad contemporánea, empeñada en tragar-se cada día la ración ganada, y en colmarnos de burlas y de injurias a los que pensamos en el día de mañana... Sabemos que además de ser pocos, nos tratamos entre nosotros mismos con extrema crueldad, crueldad que va siempre en razón inversa de la aptitud para la acción y la eficacia en ésta...

Y así deducimos que, si bien carecemos de otras más bellas aptitudes, poseemos hoy toda la resignación que es necesaria para salvar esa crueldad consagrativa del grupo al cual tanto nos honra pertenecer, y mucho del entusiasmo y de la fe que exigen la acción, la propaganda de nuestras ideas y nuestros Ideales.

Y por ello escribimos el ensayo literario que sigue a este prefacio, y desesperados de su insuficiencia para contener todo el torrente de nuestras ideas, nos rebelamos contra nuestros propósitos anteriores de objetivación y síntesis, y resolvimos exponer aquí, extensamente, nuestro credo.

No pretendemos, pues, crear ni decir nada nuevo.

Aspiramos, sí, a despertar entre nuestros compañeros la fecunda idea de analizar, sintetizar después en fórmulas breves y repetirnos a nosotros mismos, cada día, las causas, los fines y mejores métodos de aplicación de esta fuerza que dentro de cada uno de nosotros nos impele a estudiar, cultivar nuestra inteligencia y nuestro espíritu, y—a despecho de las seducciones sensualistas de nuestra sociedad actual—dedicar lo mejor de nuestra vida a producir una labor cualquiera...

Mientras los hispanoamericanos trabajemos sin tomar en serio—como tales hispanoamericanos—nuestra propia labor; y en vez de estudiar nuestra posición histórica y nuestro deber, como hombres de saber universal, en la evolución de nuestras naciones, nos empeñemos en medirnos por rasero extraño, aten-

diendo a causas, fines y métodos no americanos, todas nuestras Academias, nuestras instituciones culturales, bibliotecas y estudios colectivos y personales, obras diversas de arte y esfuerzos de todo género, por sólidos que sean, serán como piedras dispersas, arrojadas a la impetuosidad de una corriente con el propósito de construir un puente. . .

Que cada uno de nosotros, pues—proponemos como resumen de este ensayo—, en el instante de rendir su diaria labor, piense recogido religiosamente en sí mismo:

—Mi obra personal, aunque parezca mezquina al que no sepa verla, ruedecita quiero que sea, implicada en el grandioso mecnismo de una Obra universal y eterna. En este momento, otros muchos seres, argentinos, peruanos, cubanos: americanos todos, como yo, laboran conmigo y como yo trabajan—tal vez sin darse cuenta—por la futura grandeza de América, la Patria Grande, y con ella por el mejor destino del Hombre. ¡Bienaventurados nosotros, que en las tinieblas de la vida espiritual contemporánea disfrutamos del presentimiento de esa Aurora futura, y hacia ella marchamos! . . .

Y he aquí cómo, ante la simple idea de la trascendental labor que en conjunto todos realizamos, comienza ya a elevarse nuestro espíritu y a purificarse de toda inspiración excéntrica, efímera o mezquina. . .

\*

Por lo demás, apresurémonos a añadir que nuestra fe no nos ciega, y que está lejos de nosotros la idea de lanzar anatemas contra los compañeros que desoigan nuestro llamamiento y se aferren a su “arte por el arte”—el eterno sofismo conceptista—o a su imitación servil de lo europeo, con la pueril ilusión de granjearse una universalidad, una universalidad como la de las modas femeninas: anónima y gregaria.

Nosotros no desconocemos que, en último término, la labor de esos hermanos pródigos, si es buena, puede contribuir también a los fines que nosotros perseguimos, extendiendo la cultura general y estimulando la sensibilidad de nuestro público. . .

Pero no podemos negar nuestra profunda tristeza al pensar en la posible inutilidad de nuestros esfuerzos, inspirados—como dejamos demostrado—en el fin de dar a nuestra patria la gloria

de una brillante cooperación en el movimiento espiritual americano, y con esa cooperación un nuevo derecho y una nueva razón para su perpetuación entífica, para realzar, más nítidos y respetables, sus derechos a la libertad y plena personalidad política.

Demasiado sabemos lo que se nos contestaría, si nuestros contradictores tuviesen el valor de replicarnos en voz alta... Que el Arte es universal y la Belleza absoluta; que nuestra patria es pequeña, y los horizontes que ella ofrece—sobre todo los económicos—son demasiado limitados...

Mucho se ha escrito—y nosotros no vamos a repetirlo ahora—sobre la crisis de la producción intelectual y artística en la Europa de nuestros días. Con la anarquía moral imperante, el afán inmoderado de lujo, las competencias, la división de gustos y la gradual intensificación de la vida callejera y actualista, en detrimento de la vida casera y contemplativa, ninguna producción—como no sea por favorables concurrencias fortuitas—puede enriquecer, ni mantener a su autor. Es preciso multiplicar las obras, disminuir naturalmente su preparación, inventar novedades, excentricidades y fantasías que fijen la distraída atención del público con algún grito destemplado; o bien adular los gustos conocidos y adocenarse hábilmente, siempre ayudándose con el periodismo—a la vez como medio de ganar un sueldo y de imponerse por la “réclame”—, y derivando al final hacia los cargos del Estado: todo exactamente como acontece entre nosotros. Y las excepciones no hacen otra cosa que confirmar nuestra regla, porque corresponden a hombres geniales, admirablemente compenetrados con el genio de su raza y de su pueblo.

¿Y es en ese maelstrom, en esa sociedad en crisis—en una crisis diferente a la nuestra—, donde lo más aplaudido que se produce es invariablemente corrosivo, demoleedor o frenético; en ese banquete en el que alternan y se confunden el poeta y el copero, y el sacerdote y el histrión, donde debemos los americanos ir a buscar ideales y orientaciones para nuestras mejores actividades psíquicas? ¿Es para seguir así, siempre secundaria e inútilmente a los auténticos guías espirituales de Europa, para lo que debemos desertar del grupo humano en que real y naturalmente somos guías, y donde nuestra actuación es una nece-

sidad del progreso humano y no un mero éxito extravagante y personal?

Rectifiquemos, sin embargo. Porque se nos ocurre que nos hemos olvidado de algo fundamental, dejando sin determinar previamente cuál es la que se considera misión del artista y del grande hombre en general. Si se afirma, en efecto, que el intelectual y el artista sólo tienen que pensar en sí mismos y en su triunfo, como el *virtuoso*, el ajedrista o el jugador de *tennis*, y que la Patria sólo tiene el derecho de exigirles que hagan constar siempre su ciudadanía en los consulados nacionales del extranjero, entonces bien está que se proclame a Europa la mejor palestra. Para consagrarse torero, por ejemplo, es ineludible *tomar la alternativa* no ya en Europa, ni en España, sino en Madrid y en determinada plaza y época del toreo.

Pero si la misión del intelectual y del artista es verdaderamente *universal*, esto es: humana, fuerza es reconocer que ha de realizarse más plenamente cuanto más adentro penetre en la conciencia de los hombres. Mientras prepara su misión, y se fecunda, bueno, y más aún: imprescindible es que beba directamente en las fuentes más puras y eternas, y vaya como laboriosa abeja recogiendo en todas las flores la miel para su panal, para su obra... Cuando emprenda ésta, empero, difícil es que alcance a realizarla más proficua y generosamente en la colmena ajena que en la propia, en la patria de los otros que en la propia patria.

Así el *universalismo* de esos hermanos pródigos, en síntesis, como el afán de mera erudición, el individualismo exagerado, aun el anarquismo y demás extravíos producidos por la falta de base filosófica y método histórico en la adquisición de los conocimientos, podrían simbolizarse en el viejo mito de Pandora, obstinados como están en la creación de una obra humana, suma de perfecciones formales y copia de la naturaleza quizá, pero sin alma, sin el sopro divino que sólo nace al mundo con los seres concebidos por el Amor: lo que ellos, ascetas, desviados o estériles del más alto amor, del amor inefable, del amor de los amores, no han sentido nunca ni sentirán jamás...

Por ello son precisamente los jóvenes o los decrepitos, los semicultos o los educados fuera de la Patria, quienes en nuestra

América no hacen sino soñar con Europa e imitar las obras foráneas que caprichosamente cayeron en sus manos, en tanto que los verdaderos guías, conocedores profundos del saber humano, sólo piensan en hacer fecundas para su patria las enseñanzas sólidamente adquiridas, en hacerse útiles a la sociedad donde aprendieron a pensar y a amar, y rendir así su tributo a la Suprema Fuerza que los creó misteriosa y sabiamente aptos para recoger y multiplicar la Belleza, esa onda simpática con que mejor se nos revelan a todos, pequeños y grandes, ignorantes y sabios, la atracción irresistible y los designios inefables de lo Eterno.

\*

Finalmente, tócanos decir algo acerca del ensayo dramático que sigue a este otro ensayo, y no con la misión de ejemplificarlo, digámoslo de nuevo.

*Tembladera* no es otra cosa—ni puede ser más—que un ensayo prematuro, un tosco esquema de lo que un día podrá hacerse cabalmente...

Pero nos anima a publicarlo la consideración de que siempre es un ejemplo, un ejemplo por el mero hecho de haber sido escrito renunciando su autor a la esperanza del estreno y del triunfo, como tal vez le cabría tener—que de ello posee halagüeños precedentes—si dejando a un lado la observación directa de la realidad, sus ideales artísticos y la obediencia sincrética a los grandes modelos universales, se hubiese decidido por parodiarse hábilmente cualquier autor español o francés a la moda.

El autor conoce a Europa, y sabe que su obra no ha de ser allí atendida ni entendida...

Y sonrío.

Pues esta sonrisa es lo único que tiene la inmodestia de ofrecer a sus hermanos cubanos, a guisa de doctrina y de ejemplo.

*Tembladera* no pretende tanto. Aspira nada más que a ofrecer un cuadro de la vida cubana contemporánea, en el que puede verse, circunscrita a un sencillo drama de familia, la lucha del pasado con el porvenir, de nuestros vicios coloniales con nuestra fe republicana. No palpitan en él las grandes exaltaciones líricas, de que tanto gusta nuestro público, sino las emociones hon-

das, inefables, que se gozan y se sufren sin gritos ni ademanes violentos. Al final, el pasado se hunde tristemente; la hidra colonial se confunde a sí misma—como creo que ha de suceder fatalmente en nuestra realidad contemporánea—al verse acorralada y vencida, y el porvenir se inicia en una aurora de amor y de fe, pero sin radiaciones deslumbradoras de apoteosis.

Como el protagonista—luchador desde niño por la independencia de su patria—dice a su heroica y dulce amiga, nosotros nos repetimos al pensar en nuestra obra individual, y en la colectiva ideal, como cubanos:

—...Apartemos de nuestro lado el pesimismo desesperado que desangra, pero no nos entreguemos al optimismo ciego, que resta fuerza al trabajo. Atengámonos a la realidad, y hagamos frente al porvenir con fe, con entusiasmo; sinceramente resueltos a los mayores sacrificios, y con el corazón siempre dispuesto a perdonar y a amar... Lo demás sólo dependerá de nosotros...

Y en último término—como sugiere al héroe la humilde ternura, toda impregnada de religión, de su hija—de esa Suprema Fuerza, tras de la cual nuestro pensamiento se aniquila.

O dicho en esa breve síntesis eterna, que vence y vencerá siempre toda blasfemia y toda simonía:...

De Dios.

JOSÉ ANTONIO RAMOS.

# TACNA Y ARICA

## UN PELIGRO PARA LA PAZ SUDAMERICANA



A cuestión de Tacna y Arica es el saldo no liquidado de la guerra de 1879. Sencilla en su origen, ya no lo es, porque la controversia diplomática, las opiniones de publicistas y los comentarios de prensa, hanla convertido en el más grave litigio internacional de Sud-América. Ya no sólo afecta a Chile y al Perú, únicas partes directamente interesadas, sino que, en cierto modo, integra el “*modus vivendi*” político del continente austral. Alrededor de “Tacna y Arica” giran: la *entente* Perú-boliviana, el A. B. C., y algo también el panamericanismo latino. La cuestión territorial misma ha pasado a ser secundaria, para otorgar la primacía a la cuestión política; y de allí que toda persona de importancia pública en los diversos países sudamericanos debe tener algún criterio acerca de Tacna y Arica, como los hombres notables de Europa debían tenerlo, antes de 1914, sobre los Balkanes o el Asia Menor.

Según el tratado de paz de 1884, entre el Perú y Chile, aquél cede a éste, sin condición, el territorio de Tarapacá y deja en poder de Chile durante diez años las provincias de Tacna y Arica, cuyo dominio definitivo se resolvería al término de ese plazo por un plebiscito, debiendo pagar el país que triunfe en las urnas, al otro, la cantidad de diez millones de pesos plata. La forma del plebiscito, dice el tratado, se fijará en un protocolo especial.

Vencidos los diez años, el Perú solicitó el cumplimiento del acto plebiscitario. Chile contestó que estaba llano a ello, y preguntó al Perú cuáles eran sus ideas respecto a las bases que iban a fijarse previamente para la votación. También, según

creo, se procuró saber si las arcas peruanas estaban en condición de pagar los diez millones de pesos supradichos. El Perú contestó que en Tacna y Arica sólo podrían emitir voto los nativos, y adelantó otros detalles del procedimiento. Chile, a su vez, manifestó que deberían sufragar todos los residentes, peruanos, chilenos o extranjeros, y que el tribunal receptor de los votos sería mixto de un peruano, un chileno y un extranjero.

Las negociaciones comenzaron y siguieron con lentitud, para hacerse luego difíciles, pues el disenso sobre la forma del plebiscito agravóse visiblemente al rodar de los meses y de los años, no sin que se produjeran otras incidencias anexas al asunto principal.

Entonces quedó trabado *ad-eternum* el viejo pleito que ocupó el ingenio y la paciencia de varias misiones acreditadas en Lima y en Santiago, hasta que en 1908 se interrumpió toda relación diplomática entre ambos gobiernos por el llamado "incidente de la corona" (1).

La verdad es que el mantenimiento de legaciones era ya inútil, pues los gobiernos estaban al último más lejos que nunca de cualquier arreglo satisfactorio. En catorce años de disputas, la diplomacia no había avanzado un paso hacia la concordia, y, entretanto, la opinión pública tenía hecha su bola de nieve con el asunto de Tacna y Arica, dándole proporciones continentales. Lo escrito sobre lo que nosotros llamamos "el problema del norte", y sobre lo que en el Perú llaman "las cautivas", es una biblioteca, biblioteca curiosa en la cual sobresalen las innumerables notas de cancillería, verdaderas piezas maestras de dialéctica diplomática (2). Allí se puede observar que siempre ha abundado el talento jurídico y político en ambas defensas; y que, por esto mismo, el fondo de la litis ha evolucionado tanto como las características externas de ella.

Se llegó con tan bizantina hermenéutica a lo que necesariamente había de llegarse: el Perú quiere la devolución de "las cautivas", y Chile dice que, al fin y al cabo, el tratado de 1884

---

(1) El gobierno peruano rechazó al Ministro chileno, Sr. Echenique, el ofrecimiento de una corona que se deseaba colocar en la cripta de los héroes de 1879-81.

(2) Véase la "Circular" del Ministro de Relaciones del Perú, Sr. Osma (1903); el Libro Rojo de Chile, 1908, y las Memorias Ministeriales de la época.

envolvía una cesión simulada que es preciso hacer efectiva. Agrios los ánimos, ásperos los recuerdos, duras las experiencias, los dos países están frente a frente, como enemigos, jugando al equilibrio sudamericano e inflando un globo asfixiante.

Tanto se lleva hablado de Tacna y Arica, que muchas gentes de cierta ilustración, y quizás si hasta más de algún gobierno, creerán que esas provincias son semejantes a Texas o California; error. Tacna y Arica son dos pequeños territorios de valor escaso y de vida artificial. Para que se los haya avaluado en 10 millones de pesos, algún antecedente habría. Diez millones valen un edificio moderno, o un barco, o una planta fabril.

La discusión versaba siempre sobre la redacción del protocolo que vendría a fijar la manera de llevar a cabo el plebiscito, porque en el tratado mismo nada se estipuló acerca del procedimiento, sino que, por inadvertencia imperdonable, se dejó al porvenir la fórmula de ese acto trascendental. Hubo precipitación al estatuir vagamente un punto que debió quedar en plena luz, para evitar dificultades futuras, por lo cual me atrevo a censurar el criterio jurídico y la inteligencia de los plenipotenciarios que intervinieron en el finiquito del tratado de Ancón. Es cierto que, después de las cuatro gestiones sucesivas del gobierno norteamericano para impedir que Chile sacara ventajas territoriales de su triunfo, era ardua tarea intentar una anexión lisa y llana de Tacna y Arica; pero no habría faltado el medio de concluir un pacto más terminante que el que puso esas dos provincias a merced de una condición imprecisa, con grave perjuicio para las dos partes contratantes.

Enumerar siquiera las tentativas de arreglo, posteriores a 1895, sería prolongar demasiado este apunte. Sólo me limitaré a lamentar que, por razones de política interna y de recelos femeniles, haya fracasado más de una combinación práctica para el avenimiento pacífico que todo chileno sensato desea con la república hermana del Perú.

La teoría de que el tratado de Ancón envuelve una *cesión simulada* de Tacna y Arica, sujeta sólo a un simulacro de plebiscito, está hoy difundida en mi país. Creo no equivocarme si afirmo que ha sido ésta la opinión oficial, con ligeras variantes,

como todas las teorías de política exterior. El ánimo de conservar para nuestra soberanía las dos provincias, no es discutible. Chile parte de una base fija: el plebiscito se hará, pero no se perderá. Hay razones de orden superior que exigen al país la incorporación definitiva de Tacna y Arica, o de la mayor parte de esos territorios. No se piensa desfigurar el tratado, pues para Chile un tratado es más que un pedazo de papel; pero se procura a toda costa asegurar el buen éxito del sufragio público, empleando los elementos propicios para "chilenizar" las provincias retenidas. Si aceptáramos la teoría peruana, de que sólo los peruanos residentes o nativos definieran la nacionalidad de Tacna y Arica, lejos estaríamos de obtener la victoria, pues el plebiscito sería unánime a favor del Perú. Es fuerza confesar la profundidad del patriotismo peruano, acrisolado brillantemente después de la trágica guerra de un trienio.

Para "chilenizar" a Tacna y Arica hemos ensayado diversos sistemas, siguiendo planes buenos y malos, algunos de ellos contradictorios. Ninguna política continua han seguido nuestros gobernantes, en medio de la rotación ministerial que es el vicio del régimen parlamentario chileno. El despueblo, la colonización, la propaganda, las obras públicas, han sido los principales trabajos destinados a nacionalizar aquellas provincias. Alternativamente, unos y otros instrumentos tienen la obra a medio camino.

Omito un examen más minucioso de este asunto, porque no me es lícito criticar, como se lo merece, la falta de psicología con que procedieron las administraciones anteriores de mi país en el problema relativamente fácil de conquistar el alma de las "cautivas".

No ignoran los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA que Bolivia acompañó al Perú en la guerra de 1879 y que se retiró pronto de la lucha, perdiendo la rica provincia de Antofagasta, litoral marítimo de primera magnitud. El primer paso bélico de Chile al declarar la guerra, fué ocupar esa valiosa provincia, sobre la cual teníamos derechos de "*uti possedetis*", colonial, según lo demuestran antiguas documentaciones del ciclo español. Derrotada Bolivia, proseguimos la campaña del desierto atacameño, luego la de Tacna, y, por último, después de tremendos sacri-

ficios, ocupamos la capital del Perú y tomamos el control general del país. Con Bolivia se firmó un pacto de tregua que rigió hasta 1904, fecha en la cual se concluyó el tratado de paz, cuya cláusula más importante es aquella que cede a Chile definitivamente el dominio de Antofagasta. Para compensar a Bolivia la pérdida de su única costa en el Pacífico, y por razones de equidad internacional, Chile se comprometió a construir un ferrocarril que, partiendo del puerto de Arica, llegara al Alto de La Paz, capital de Bolivia. La obra sería hecha a expensas exclusivas del erario chileno, pero mantenida bajo nuestro control, en toda su red, hasta 1923.

Así se hizo. Arica, puerto en litigio con el Perú, pasó a ser respiradero ferroviario de Bolivia, antigua aliada y solidaria del Perú. Es decir, Bolivia aceptó, por conveniencia propia, que Chile ejercitara en Arica un acto de dominio de gran significado político y financiero. Más de cinco millones de libras esterlinas nos costó esa vía de penetración a Bolivia, que es hoy la más importante de las tres con que este país realiza su comercio exterior. Posteriormente, Bolivia ha sentido la nostalgia del mar y pide un puerto en el Pacífico. Se lo pide a Chile. Se lo exige a Chile. Casi vale decir que piensa recuperar un puerto por la razón o por la fuerza. Hay en Bolivia verdadero entusiasmo por la salida al mar, no ya bajo la forma de ferrocarriles internacionales de ajenos señores, sino bajo la forma soberana de la posesión territorial.

Patriótica y sana ambición de un pueblo rico, apretado entre las montañas de la altiplanicie y las selvas amazónicas; pero ambición que Chile no puede satisfacer a voluntad, porque Antofagasta ha quedado al sur de Tarapacá, que es provincia salitrera; y al norte de Tarapacá sólo tenemos Tacna y Arica, provincias aún sometidas a condición fiduciaria y objeto de nuestra desinteligencia con el Perú.

¿Qué haría, pues, Chile, para dar a Bolivia un puerto, en obsequio a la cordialidad sud-americana? No le resta más medio que ganar el plebiscito de Tacna y Arica y buscar al norte de Arica una lonja de tierra útil a Bolivia.

Por lo expuesto se ve que no sería imposible coordinar los intereses del Perú, de Bolivia y de Chile, si en los tres países

hubiese igual espíritu de concordia. Bastaría que el Perú consintiese amigablemente en renunciar parte de sus expectativas para traspasarlas a Bolivia. Sobre esta base ya sería razonable un “pourparler” diplomático.

No obstante, el espíritu de armonía parece haber huido de los hombres actuales en el mundo entero. Las voces de transacción, de serenidad, de entendimiento, están mudas. Hablan, sí, las de provocación y de discordia, las de agresión y de malevolencia. No ya Marco Aurelio, sino Bethmann Hollweg, aconseja a la humanidad.

He oído decir que en el Perú y en Bolivia encuéntrase más conveniente retrotraer las cosas al “*statu quo*” anterior a 1879, resolviendo así para siempre el problema del Pacífico. Que Bolivia tome de nuevo Antofagasta y el Perú Tarapacá con Tacna y Arica,—he ahí la concepción simplista de los patrioterros. Un fuerte golpe a Chile, realizaría el plan.

No sé quiénes sean los que tal propósito abriguen en esos dos países; pero supongo que no serán estadistas los promotores de semejante genialidad. Oí gritar en las calles de Lima, durante ciertas fiestas fraternales entre muchachos peruanos y bolivianos: ¡queremos Antofagasta! ¡queremos Tarapacá!, mientras Chile enviaba a Bolivia un embajador especial dotado de los más benévolo sentimientos hacia esta nación. Esos muchachos, que en una oda ditirámica llamaban a Chile “el Caín de América”, ¿gritaban de propia cuenta o reflejaban algo superior a ellos mismos? ¡Quién sabe! Lo seguro es que no daban ejemplo de respeto a los tratados, ni pregonaban la salud de la América latina. Algunos periódicos de Lima enaltecieron entonces el fervor de estos niños que durante las fiestas se acostaban demasiado tarde para su tierna edad.

Algunos hombres serios del Perú—y quizás son ya muchos—opinan que el tratado de Ancón ha caducado de hecho en todas sus cláusulas, por no haberse verificado el plebiscito referente a Tacna y Arica; de modo que la cesión de Tarapacá debe quedar sin efecto. Estiman que el tratado es indivisible, de suerte que, si no se cumple una de sus disposiciones, anúlense las otras.

Esta capciosa y sofística proposición, con apariencias de exacta, va tomando cuerpo en el Perú, donde ya se suele pedir

en voz baja que el gobierno denuncie solemnemente el tratado de Ancón.

¿Por qué? ¿Para qué?

\*

Creo haber demostrado que la cuestión de Tacna y Arica, tal como ahora se presenta, es una grave incógnita para la paz, y si no es para la paz, lo es para la cordialidad latino-americana. Chile, conquistador y tildado de prusianismo, sufre obstáculos serios en su programa pacifista, porque mientras tema la revancha de los vencidos no puede descuidar los músculos de su brazo militar, ni puede cooperar, como lo desea, a la unificación moral del Continente.

FÉLIX NIETO DEL RÍO.

La Habana, nov. 1917.

---

A su paso por La Habana, donde recientemente hemos tenido el placer de estrechar la mano de este muy estimado amigo y compañero chileno, brillante periodista que ocupa en el *Diario Ilustrado* de Santiago de Chile el cargo de Secretario de Redacción, y en la juventud valiosa de su patria un lugar distinguido, nos ha obsequiado con este artículo en que plantea la más importante de las cuestiones internacionales sudamericanas. Sensata y oportuna la pluma que trazó estas páginas, ellas sugieren la posible avenencia, la necesaria conciliación de los altos y legítimos intereses de tres naciones cuya riqueza y cuyo poder mucho pesan y más han de pesar aún en el concierto de los pueblos americanos. Ojalá que en breve la más fraternal inteligencia deshaga para siempre la amenaza que desde hace años perturba el ambiente de paz que anhelamos para la América entera, y acepte el señor Nieto del Río los fervientes votos de CUBA CONTEMPORÁNEA por que el éxito más completo corone la visita que en misión especial va a hacer en breve a los Estados Unidos Mexicanos y a los del Norte de América.

## VARONA (\*)



CONTINGENCIAS de la amistad disculpan, si no justifican, estas líneas, cuyo mérito único será el temblor de la emoción. Con ser tan varios e inesperados los caminos del mundo, jamás presentí, al empezar a recorrerlos, que habría de caberme la honra de ligar mi nombre con el del escritor insigne que ya entonces era la personificación más perfecta del pensamiento y del gusto estético de mi patria. Convivir en un libro constituye comunión más íntima que la de comer en la misma mesa o reposar bajo el mismo techo protector; de ello se recibe honor y confianza, y no quiero desmerecer con lugares comunes de la modestia este azar feliz que me depara la fortuna. Cualquiera de los artistas de mi generación, mejor dicho, de mi grupo, podría escribir estas líneas, destinadas a servir de prefacio al primer libro de nuestro maestro publicado en España; líneas al parecer ilógicas—pues los prólogos tuvieron siempre implícito el sentido de espaldarazo—, que, sin embargo, obedecen a una razón profunda: la de poder decir, si la Muerte no trastrueca el orden de su obra, a cuantos marchen cerca de nosotros: “Aquí tenéis el pensamiento de aquel por quien nuestro pensamiento es así; aquí tenéis las especulaciones de aquel por quien nuestros brazos aprendieron a tenderse hacia la verdad; aquí tenéis la imagen del esteta finísimo,

---

(\*) En breve aparecerá en Madrid, en un volumen de la *Biblioteca Andrés Bello* fundada y dirigida por el ilustre Rufino Blanco-Fombona, una nueva obra de nuestro gran Enrique José Varona. Estas admirables páginas, que desde Alicante nos envía nuestro excelente compañero Hernández Catá, son el prólogo de dicho libro, cuyo título será *Violetas y Ortigas* y que contendrá valiosos estudios sobre Renán, Sainte-Beuve, Emerson, Tolstoy, Nietzsche, Castelar y Heredia.

merced al cual se acendrarón en nuestros sentidos la esencia y las formas de la belleza.”

Pero no deben ser estas palabras ni biografía ni crítica, como no es el libro para el cual van escritas sino florecillas de inteligencia, nacidas entre las junturas de otra labor más sistemática, gracias a la feracidad del espíritu y al abono de las actualidades. Recuerdos de sucesos o ideas, fuegos fatuos del intelectuallismo, que lucen un minuto y se alejan cuando el análisis se encamina hacia ellos, nutren las páginas que vas a leer. Y esté ausente o amortiguado en tu espíritu el germen del comentario, éste lo vivificará, lector, de tal modo, lo esclarecerá con luz tan penetrante, que mientras lo leas, y más tiempo aún, según sea mayor la receptibilidad de tu alma, volverá a ocupar el primer plano de tu mente. Y por la gracia segura, por el ático modo de mostrar esa herida que es toda verdad—después de haberla desbridado con maestría y complacencia—, por la sucesiva exposición de cada una de las facetas de la idea o del hecho ante tu mirada, por el sofrenado entusiasmo, el amor a la justicia y a la armonía vivo bajo las gélidas y sonrientes cristalizaciones del ironista, reconocerás un escritor de óptima estirpe; y aun cuando sólo lleguen a tu conocimiento estas páginas—florescencia, que no fruto del árbol—, le reputarás cerebro recio, inteligencia trabajadísima y alma vibrante. Abarcan estas glosas un lapso de doce años, desde mayo de 1894 hasta agosto de 1906, y son hermanas de las admirables contenidas en otro volumen titulado *Desde mi belvedere*, impreso en La Habana. Basta fijarse en la calidad de los acontecimientos que suscitan la atención del comentarista para colegir cuánta parte toma en la resolución de todo problema de carácter colectivo, y cómo su arte, sin dejar de ser puro y alado, se apoya en la realidad con un pie firme, con solo un pie, según el consejo de Goethe, y tiene esa levadura social tan grata al grande y prematuramente muerto Juan María Guyau.

Esta noble ansia de mejorar por su influjo espiritual la existencia de aquellos que en torno suyo viven, ha podido ejercerla nuestro maestro casi en plenitud. Apenas traspuso la adolescencia, un acontecimiento debió remover su imaginación y encauzar muchas de esas ansias dispersas que nos hacen en los pri-

meros años ir y venir sin dirección fija, extraviados en milagroso laberinto. Fué en el año 68 cuando por entre la corteza ruda de dominio se abrió paso la lava de nuestra primera rebeldía. ¿Cuál fué entonces la situación anímica del escritor? ¿Cuántas ideas hallaron en el Grito de Yara virtud de engrandecimiento y norte para dirigirse? Originario de Camagüey, ciudad estancada por entonces en melancólico patriarcado, hasta donde apenas llegaban ecos de los pujantes esfuerzos del mundo, conmueve y alienta pensar cuánto ahinco necesitó Enrique José Varona para cimentar sin premuras, sin movedizo cascote que originase después derrumbamientos, la cultura metódica y adquirir el hábito difícil de revaluar en la piedra de toque del propio entendimiento toda idea, todo hecho dado por concluso. Desde las manifestaciones primeras aparece la voz del escritor desprovista de balbuceos, no piensa sólo cuando habla, sino dice aquello que ha meditado y soñado antes; tiene ya el secreto de todas las modulaciones, y con cauto orgullo trata de relacionarse con aquellas otras voces robustas, alzadas sólo de tarde en tarde sobre la greguería del orbe, para decir a los hombres lo práctico del ideal, la necesidad de sufrir, de tantear, hasta de fracasar, para que en un día, no importa si próximo o lejano, se consolide para otros hombres una existencia menos violenta, más benigna, edificada sobre estos tanteos y sobre estos dolorosos fracasos. ¿Cuánto hechizo sentimental tendría la página que evocase la figura del Enrique José Varona de entonces: joven, rico en ilusiones, acaso tocado todavía de ese estéril narcisismo—hijo espurio del dominio pleno de cualquier actividad—, siente resonar en su ciudad, aislada del mundo por fértiles y tupidas campiñas, en la ciudad llamada después por él “Corazón de Cuba”, la protesta bélica, esplendorosamente roja por venir de donde se alzan las auroras, que avanzaba de esa región de Oriente que merece llamarse a su vez “Pulmón de Cuba”, pues por ella respiraron todas las ansias de libertad de nuestra alma!... Nos faltan datos, carecemos de la acuidad de psicólogos para reconstruir esta figura borrada por el tiempo, y quizás sólo viva, suavemente viva en el recuerdo del anciano que fuera entonces aquel mozo; pero nos quedan las inducciones, las hipótesis... De ese choque fecundo debieron derivarse para la ideología del

eseritor duraderas consecuencias: acaso engañosas cristalizaciones se desprendieron de la gruta recóndita del alma y quedaron no más en ella las columnatas, a un tiempo ágiles y robustas, infundiéndole el ancho recogimiento de templo que desde entonces tiene. El altar del recinto prefiere estar vacío a sustentar falsas deidades; las paredes gustan más de la severa desnudez que de tapices de ordinaria traza y de superficiales simetrías. Tal vez los sueños, las disciplinas interiores, fundiéronse en un solo anhelo merced al nuevo soplo propulsor, y de las montañas—flamígeras de combates—descendieron, del mismo modo que bajan los arroyos a engrosar los ríos, ideas y palabras inflamadas a sumarse al caudal del artista. Versos y prosas de esa época, y de algún tiempo después, revelan la alquimia de la inteligencia; los valores van poco a poco transmutándose, nervios ideológicos sensibilizan todas las frases; de lo anecdótico se proyectan hacia lo general luces de ejemplo, llamas de anhelo, mientras de lo abstracto y absoluto recógense intenciones para engrandecer cuanto es concreto o perentorio. A despecho de la juventud ya está el entendimiento maduro, ya están equilibrados los platillos de la balanza; en uno hay dones y finezas ingénitas, en el otro lecturas, visiones, reflexiones... El tiempo podrá agudizar los unos y acrecer los otros; mas el equilibrio resistirá a todas las pruebas de la vida.

Y acaso algún miope confunda esta serenidad con la frialdad; tal vez, al través de la ordenación de las ideas y la robusta suavidad del estilo, no perciba el tumulto de las batallas libradas, sin duda, muchas veces entre los sentidos y la conciencia (patética ansiedad del espíritu, naufrago en la duda, siempre en busca de nave en donde poder ir, no llevado por la corriente, sino por el esfuerzo de voluntad y músculos, a la playa clara en la cual cante el manantial único capaz de calmar su sed de verdades). Para ello tenía entonces ya dos remos insustituíbles: la profundidad del pensamiento y la sencillez de la expresión. En nuestras tierras confúndese casi a diario la lumbré entusiasta del alma con ese loco y espumoso palabreo, hacinamiento de frases e imágenes de talco. Vocaciones y aptitudes felices se frustraron a menudo por la ignorancia; cuantas nociones pueden llevar en cualquier arte a dar ductilidad al estro amplificando

la inspiración, se desconocen con frecuencia, y ello quita eficacia cuando no anula miles de posibilidades espirituales. Hasta hace poco este desorden, este afán de renovar tradiciones desconocidas, pareció nexo común a las juventudes literarias y políticas de la América hispana. La distensión se ha confundido con la fuerza, la exuberancia con la abundancia, el exabrupto con la energía, y al disponernos a escuchar o leer a muchos jóvenes, juegan en la memoria aquellas palabras de Terencio: "Este hombre va a decirme con gran énfasis grandes sandeces." La facilidad de elocución condujo a desmanes tan baldíos, que a veces se desea esta cómica posibilidad: "Ah, si todos fuéramos tartamudos, ¡qué bien!... Al menos entre sílaba y sílaba pudiéramos pensar el valor de cada palabra." No vale hablar de excepciones, las cuales, tanto por el valor real cuanto por el contraste con la producción media, brillan con luz deslumbradora vistas desde cualquier país. Bolívar, Martí, Bello, Montalvo, Cuervo, Hostos, D. José de la Luz, son—aparte las condiciones extraterrenas que en los dos primeros concurren—pensadores de ideas propias, ágiles y recias al saltar, sin menoscabo alguno para su sustantividad, sobre el trampolín de la cultura y hasta de la erudición. La dialéctica para persuadir, el ímpetu para arrastrar, la inventiva para crear, hallan en los siete esa justeza verbal, siempre sencilla, sin la cual no hay escritor que resista el triste flujo y reflujo de las modas. Este secreto tan simple, sólo a pocos elegidos los penetra en el albor de la personalidad; a otros—felicemente con la despreciable dicha de la inconsciencia—jamás se les revela, y para los más—penosísimo caso—se esclarece cuando el caudal del numen está ya exhausto o turbio. Mucho hay, pues, en ello de gracia otorgada por la Naturaleza; mas algo puede haber de dirección marcada durante esos años en los cuales es el niño crisálida del hombre, por la divinidad tutelar llamada padre, que tantas veces, ¡ay!, no es sino ídolo dotado de funciones fisiológicas...

Nuestro maestro debió orientarse muy temprano. ¿Le dieron la brújula, o la halló por sí, gracias a una de esas milagrosas revelaciones que de tarde en tarde crean el monstruo magnífico de un Pascal, de un Mozart o de un Novalis? No lo sabemos. Ya en las primeras manifestaciones de su entendimiento existe

ese paralelismo estrecho entre la idea y la manera expresiva, ese gusto por la palabra exacta, ese desvío de la hipérbole, tan extraño en escritor nacido en tierra donde no sólo la vegetación, sino hasta los hombres son profusos. La dirección de sus lecturas ofrece también motivos de extrañeza. Posible es que la legítima animadversión hacia la Metrópoli guiase hacia otros países la curiosidad del escritor, apartándolo de las letras españolas, de las cuales conoce hoy hasta los rincones fragantes. Poseedor de varios idiomas, pudo gustar sin pasarlos por tamices, donde siempre pierden, a los filósofos, ensayistas, novelistas y poetas de esa segunda mitad del siglo XIX, tan fecunda. Acaso el pensamiento español, tomado en conjunto, pareciérale más de una vez subalterno, sobre todo visto al través de tan gran distancia y tal disculpable prejuicio. A su imparcialidad no escapaba el mérito de las excepciones. Salmerón, Pi y Margall, Giner de los Ríos, Menéndez Pelayo, Pérez Galdós, el mismo Castelar tan poco denso, pero mediterráneamente elegante; mas no sólo en las figuras del presente, sino en figuras de un próximo ayer, como el duque de Rivas, Larra, Gustavo Adolfo Bécquer y otras, discernía el escritor cubano con gusto un vago influjo transpirenaico. En la Filosofía, el campo más fecundado por su actividad, los Balmes, Fray Ceferino González, Salmerón, Giner y González Serrano, apenas si añadían algún elemento propio a las fuentes que en Alemania, Inglaterra y Francia daban su caudal, del cual iba él a beber sin necesidad de mediadores. ¿Qué había de parecerle la mayoría de los novelistas hispanos, comparados con Dostoyeski, con Walter Scott, con Meredith, con Tolstoi? ¿Dónde hallar por entonces en la producción de nuestra lengua ensayista comparable a Emerson? ¿Podía en puridad abandonarse la lectura de Hebel o la de Ibsen, o la relectura de Shakespeare o Marlowe, por los dramas fuertes, artificiales y monótonos del Sr. Echegaray—misterioso artífice que pareció complacerse en engarzar brillantes en hoja de lata—, o los estúpidos de Leopoldo Cano? ¿Qué había de parecerle Núñez de Arce comparado a Tennyson; Campoamor, tan chico, tan habilidoso, puesto junto a Walt Witman; Valbuena cerca de George Brandés, y cualquiera de los poetas patrióticos imitadores de Quintana, parangonados con Carducci? Hechos crueles e inne-

diatos hacíanle echar de menos en la producción castellana esa ternura que con sagaz juicio señaló Oliveira Martins en la literatura portuguesa, tan lejana, a pesar de la proximidad, de la española. Sobre Cuba caían injusticias cruentas; y generales ineptos, rapaces o malvados, parecían preparar ya la llegada de Weyler, síntesis viva de esos tres adjetivos, a quien, para vergüenza del mundo, no le han subido al cuello el fajín. Nótase que desde muy temprano nuestro escritor buscó en otros climas morales guías para adentrarse en el dédalo de la Filosofía y en el vergel del Arte. El trabajo debió ser rudísimo, y aun hoy no nos es posible comprender a cuántos arbitrios hubo de recurrir Enrique José Varona, joven inteligente, pero sensual, entusiasta, sensible a la dispersión que impone la vida en esos años de juventud en que el mundo nos parece nuevo, y cada fruta, cada sonrisa, cada mujer se nos antoja hecha para nosotros, para agenciarse, en aquella Cuba de la colonia incomunicada del mundo de las ideas, libros y orientaciones. De Francia adquiere el escritor dos virtudes primarias: claridad y medida; de los anglosajones, idealismo, fuerza; de los germanos, método, minuciosidad, paciencia para llegar hasta las raíces de las cosas. La crasitud que todavía entonces tenía el castellano en la mayoría de sus cultivadores, falta ya en los primeros escritos del pensador de Camagüey. El adjetivo es siempre justo y no se enyuga al nombre por hábito eufónico, sino para darle forma, color, modalidad exactas; la cláusula es más ágil; aquel abrumador encadenamiento de relativos desaparece; la musicalidad rotunda de los largos párrafos oratorios se trueca por otra música más íntima, sedosa o áspera, susurradora o tempestuosa, pero infinitamente más comunicativa. Un escritor de Francia parece haber dado al nuestro el secreto de su gracia, de su profundidad y de su transparencia, de su poder evocador; el secreto, en fin, de poner hasta en las cosas abstractas un latido íntimo, sensitivo, amatorio casi: Ernesto Renán, inclinado sobre la ribera materna para oír cantar bajo las aguas las campanas de la ilusoria Is, se nos aparecerá muchas veces al través de las páginas de Varona. Este parecido en nada mengua la originalidad de cada uno: las fisonomías tienen sus rasgos propios, y no precisa vista demasiado sutil para percibir las desemejanzas; es sólo un aire de parentes-

co espiritual: en otras encarnaciones los dos debieron reposar juntos sobre la piedra blanca situada, según Filopatris, en medio del pueblo de los sueños. Y junto al depuramiento formal adviértese ya (seguimos refiriéndonos a la primera época), aun en trabajos dedicados a la Filosofía, dos excelencias espirituales tardíamente incorporadas a la literatura hispana: el amor al paisaje y la ternura.

Suponemos en esta hipótesis que pasan los años. Ya el escritor tiene compuesta o preconcebida gran parte de su obra; ya es un hombre, ya están lejos las impacencias del albor juvenil. En ese tiempo ha aprendido y ha ensoñado mucho; y así como en su advenimiento a la vida ideológica la primera revolución cubana pone en su alma y en su cerebro el ígneo troquel, los preparativos de la revolución última van también a someter a prueba el talento ya inmodificable del artista. Estaba el escritor emigrado en tierra norteamericana. Unos cuantos hombres afanábanse por despertar y transformar en hechos el ansia de rebelión, dormida en las mejores almas de Cuba. Sobrevinieron los días febriles de la guerra, y todos los cubanos de nombradía tenían el sagrado deber de inflamar ánimos y allegar recursos en reuniones celebradas bajo la organización o advocación de la Junta Revolucionaria de Nueva York. Hora de conspirar, hora de preparar las irrupciones épicas, parecía propicia sólo a los arrebatos, a los denuestos, a las deprecaciones; y, sin embargo, Enrique José Varona hubo de recurrir pingüemente a ella, sin necesidad de falsearse.

Aquel genio cuyas ideas tenían siempre esa vibración férvida que suponemos privativa del corazón, y a cuyas generosidades no faltó nunca la certeza que sólo da el cálculo; aquel iluminado feliz en la vida y en la muerte; aquel hombre tan poco hombre en la acepción humana de bastardías y utilitarismos, y tan hombre en el sentido prístino, cabeza sonora de ensueños, boca plena de palabras fecundas, Cristo y Francisco de Asís, Don Quijote y Bolívar, fundidos en el crisol de una inmaculada conciencia, resucitaba con su palabra de fuego y de oro las voluntades desfallecientes; y a su calor fundíanse los desmayos, y desde el presente ominoso se tendían hacia las utopías de libertad caminos que parecían fáciles, a condición de empedrarlos con sacri-

ficios. ¿Cómo no había de sojuzgar este verbo, que poseído de su misión profética concluyó por emplear en esas misas laicas el estilo fulgurante de los profetas bíblicos? Tal vez por sentir la muerte cerca, el ser casi divino que vivió por el ideal y murió realizándolo, procedía—literariamente—con un maravilloso, con un emocionado, con un inimitable desorden. Ante su palabra cedían todas las timideces; por virtud del alma que sus palabras llevaban dentro, en el mismo egoísmo cotidiano florecían rosas de eternidad; sobre las asambleas elevaba su ilusión una atmósfera de esperanza, y ante cada hombre el patriotismo era el mejor escudo. Esta palabra, esta alma, esta infantil y celestial ilusión, llamóse en vida José Martí... Eran entonces los días gloriosos de Cuba libre; y cualquiera que haya presenciado aquella labor, guardará de Cuba, a despecho de las magnitudes geográficas, el recuerdo de un país inmenso. La realización del ideal parecía tan poco posible, que apenas si se hablaba del porvenir sino con palabras dignas de quimera: “La República con todos y para todos”, decía el Apóstol. Y al caer en la tierra para siempre sagrada de Dos Ríos, cara al sol, según deseó en memorables versos y en su tierra libre, pues donde tal hombre ponía la planta era ya tierra de libertad, su deseo franciscano para el porvenir daba su primer paso hacia el malogro, ya que él fué a la guerra impulsado por voces dañinas, y que de lo prematuro de su fin sólo nos puede consolar el que se le evitó morir más tarde de tristeza, zaherido por las balas—mucho menos dignas de su pecho—de una campaña electoral, o por la prosa llena de miasmas de algún periodicucho...

Sirva esta digresión para sugerir la atmósfera exaltada de la emigración cubana y comprender cuán despegada de este marco debió aparecer al principio la argumentación de un hombre en quien hasta los arrebatos líricos adquirirían una pátina reflexiva nada común con las improvisaciones, por brillantes que fuesen. Y, sin embargo, es seguro que Enrique José Varona constituyó una de las piedras angulares de la labor patriótica de esos años. Su amor a la razón resplandece en todos sus discursos; y sin la parquedad impuesta por el propósito de esta nota, citaríamos muchas de esas páginas, que acaso no produjeron el efervescente delirio, sólo capaz de engendrar acciones cortas, sino la convic-

ción, madre de las abnegaciones duraderas. Su exposición, a los países americanos, del estado del conflicto de Cuba; su confesión pronunciada en La Habana acerca del poeta anónimo de Polonia, son, a este respecto, insuperables. En la última, la desdichada patria de los Krasinski, Slowacki y Micqiewicz, es sólo pretexto para contar con voz viril la propia desdicha. Ningún oyente pudo dejar de reconocer a Cuba al través de esas palabras en donde Cuba no se nombra; los acentos líricos del “Libro de los Peregrinos” y del “Señor Tadeo” tienen resonancias en esta evocación. El talento del escritor, lejos de variar de molde, al contacto de otras tendencias triunfales, se fortifica, se ensancha en los suyos, y representa en este magnífico concierto de ensueños la voz de previsión, de temores tan justificados después por los hechos. . . Sentimiento tan bello es el del patriotismo, que casi siempre al expresarse encuentra fórmulas de arte; mas, al comparar las figuras de los artistas patriotas, vivos aún, que a aquel movimiento coadyuvieron—Antonio Zambrana, Manuel Sanguily—con la de Varona, se percibe cuánto de excepcional debió tener entonces, por la ideología y las maneras de expresión, la personalidad del filósofo. Casi todos hablaban el lenguaje de las arengas, surcado de rápidas imágenes: fuego, hierro, relámpagos, fragor, utopías. . . Y junto a todos, para pedir lo mismo que todos, una voz hablaba con tan ordenada dialéctica, con tan férvido anhelo, que es imposible no recordar, leyendo muchas de las palabras sentidas y escritas entonces por Varona, el tono de la incomparable plegaria elevada ante la Acrópolis por el exégeta discutido y artista indiscutible de Tréguier.

Mientras el pensamiento sigue el camino anejo, y poco a poco quedan a uno y otro lado, como piedras miliarias, el *Tratado de Moral*, tan henchido de ideas originales, la *Psicología* y la *Lógica*, elevada la primera a la categoría científica con que la invistiese el gran Wundt, y vivificada la concepción filosófica general por el positivismo de Heriberto Spencer, acrecido, modificado por ideas, empirismos e inducciones propios; mientras la política y la cátedra parecen absorber la actividad casi íntegra de nuestro maestro, su alma, siempre enamorada de las gracias, encuentra tiempo para fugarse al través de las veredas

floridas, en donde fué cogido este ramo a veces fragante y oloroso, a veces con espinas aguijadas entre la pompa, de continuo digno de complacer los más dignos sentidos. Su espíritu de síntesis imprime a sus páginas cortas valor inapreciable; en pocas líneas engasta con holgura y finura una emoción o un pensamiento; a este respecto necesitamos aherrojar nuestro gusto para no mencionar muchos de los trabajos que vais a leer, y otros esparcidos en colecciones de periódicos. Varios de sus apólogos, cierta deliciosa carta a Plutarco y un reciente artículo titulado *Mi primer choque con la injusticia*, no pueden olvidarse. Al concluir de leer muchas de estas páginas, acude a los labios una sonrisa que acaso sea lágrima después... No cabe en estas líneas, escritas de prisa y ligeras, a pesar de su extensión, intentar un retrato literario, para el cual debería exhumarse la pluma de un Saint-Simon o de un Sainte-Beuve. Su obra filosófica, su obra didáctica, su obra política, serán juzgadas luego; pero ya hoy puede anticiparse que, aun cuando el esfuerzo no hubiera culminado en tan duraderas realizaciones, habría el Sr. Varona dado a su pueblo dos lecciones inapreciables: el método y la honradez. Con ser tan grande su talento, no nos parecería especular de no ir del brazo de su conciencia; ha podido ser riguroso para los demás, porque nunca dejó de serlo para los propios actos. Este gran hombre, a quien una claudicación hubiese abierto en tiempos de la colonia las puertas de un bienestar para el cual tan bien dotado estaba por su sensorial refinamiento, ha vivido pobre, muy pobre en los mejores años de su vida; y, continuando la tradición gloriosa que tiene el Magisterio entre nosotros, hubo de dar lecciones para subvenir al sustento de su casa. Después de lograda nuestra independencia, intervino en la política patria; y su probidad, a pesar de ser la de un hombre rico en experiencia y en conocimiento de hombres, es tan rara que a veces le da el aspecto de un iluso. Sin preocuparse de disciplinas de partido, su voz ha sonado siempre para defender las causas nobles dondequiera que la justicia estuvo a punto de sufrir. Catedrático de la Universidad, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, jefe del partido Conservador Nacional, Vicepresidente de la República, mantuvo en todos los puestos una personal sencillez y una fidelidad a veces heroica a sus convicciones.

¿Será preciso añadir que sus decepciones han sido muchas? Las estulticias activas han anulado su obra en más de una ocasión; sus previsiones han sido motejadas de pesimismo, sus exhortaciones a desandar pasos peligrosos, de jeremiadas; de inconsecuencia su fidelidad a los cardinales principios del bien; de frialdad y egoísmo su recogimiento, siempre meditativo y siempre dispuesto a transformarse en hecho útil para todos, en cuanto el opresor cerco puesto al sentimiento social y nacional cubano por Calibán y un Marte trasunto de la caricatura velazqueña, dejan abierta la menor ventana hacia aquellos horizontes que en la época de la conspiración parecían lejanos y brillantes, y que ahora están muy cerca, pero a veces ensombrecidos de nubes. Un progreso material sin ejemplo, favorable a la exacerbación de todas las sensualidades, y un progreso moral que, a causa de haber sido tan poderosamente removidas por mil propulsores potentes las heces del carácter, no pueden marchar al mismo paso, engendran una situación difícilísima, la cual, unida a la inexorable vejez, justificaría en nuestro maestro la falta de ilusión. Y sin embargo... La fuerza juvenil con que lucha para modificar esas circunstancias, ¿no es el mejor mentís? El pesimismo perfecto exige renunciaciones absolutas; los esfuerzos de quien piensa que la victoria no puede esperarlo al final de la ruta, son siempre desmayados, ineficaces. Por primera vez sospechamos exista entre los centros sentimentales y los centros ideológicos del maestro cierta desavenencia: el corazón, para ser generoso, necesita ser optimista siempre. Por eso la palabra pesimista se resiste en los puntos de nuestra pluma. ¿Cómo resignarnos a calificar de tal modo a quien, después del fracaso de tantas ilusiones de orden general abrasadas, prostituídas en la guerra de hoy, y de tantas ilusiones patrióticas enfangadas en el charco de las concupiscencias, yergue la frente y aviva el mirar en cuanto se logra traspasar esa desconfianza—tal vez precaución contra nuevos engaños—que tiene por signos un movimiento leve de dene-gación y una sonrisa adolorida?

Todavía brilla en nuestra memoria el recuerdo de la última visita a su casa modesta del Vedado, que tiene, por uno de esos azares providenciales, escrito en la verja del jardincillo este nombre: "Villa Fe". Vestido de blanco, con su cortesía mesu-

rada y afable que tan rara debe parecer a los indiferentes disfrazados de expansiva facilidad, nos acoge en la puerta y nos lleva a su estudio, en donde apenas cabemos los tres discípulos que fuimos a verle: Luis Rodríguez-Embil, Miguel de Carrión y quien esto escribe. El recuerdo es tan vivo que el pasado se torna presente en el pensamiento: La casa está llena de apacible quietud; por la penumbra de un gabinete cruzan dos siluetas gráciles de mujer—las hijas del maestro—; libros fatigados y satisfechos de haber dado muchas veces su contenido, llenan los estantes; en el testero están escritas, dentro de un cuadrito, estas palabras del ensayo sobre la soledad, de Miguel de Montaigne:

*Il se fault réserver une arrière-boutique, toute nostre, toute franche, en laquelle nous establißion nostre vraie liberté et principale retraite et solitude.*

Y al leerlas pensamos que ese rincón es el de los afectos, el de los entusiasmos contenidos, el de la cordialidad pura que va a abrirse inmediatamente para nosotros, aun en los momentos de pesadumbre en que vamos a visitarlo. A semejanza del alcalde de Burdeos, ha tenido nuestro maestro el valor de “ser valiente consigo mismo”, no con valentía de frase gruesa y revólver, según padecemos por desdicha aún, sino con la heroicidad de decir su pensamiento por completo, sin temer amenazas ni consecuencias... Su porte pulquérrimo, el traje blanco, el blanco bigote algo caído, la calva nimbada de canas suavísimas, la palabra blanda, lenta, entrecortada a momentos para expresar la idea con mayor exactitud, nos infunden una impresión de protección, de seguridad. Se está junto al doctor Varona como junto a algunos grandes árboles: todo es sombra, pero no tinieblas; fresca sombra hasta donde llega el perfume de los frutos y el trinar de los pájaros. ¡Cuán lejos nos pareció a los tres el tumulto de la ciudad! ¡Cuán lejos y cuán estéril! De tiempo en tiempo la diestra se alza para apoyar alguna opinión, y la plática cae sobre los que partieron hace poco aún y sobre quienes ya anuncian su llegada, para luchar por el ideal en un medio que la avaricia de los hombres ha logrado trocar de propicio en hostil: Julián del Casal, Nicolás Heredia, Manuel de la Cruz, Jesús Castellanos, Enrique Hernández Miyares; Arturo R. de Carricarte, Mario Muñoz Bustamante, Carlos de Velasco, Fede-

rico Uhrbach, José Manuel y Néstor Carbonell, Bernardo G. Barros, Mariano Brull, Agustín Acosta, Bonifacio Byrne, Dulce María Borrero, Emilia Bernal, Manuel Serafín Pichardo, José María Chacón, Gustavo Sánchez Galarraga, el fuerte e inquieto José Antonio Ramos... A todos alcanza la atención benévola del maestro. Luego hablamos de los que ya tienen realizado el grueso de su obra: Aurelia Castillo de González, Antonio Sánchez de Bustamante, el gran Sanguily, José de Armas, Mariano Aramburo; de otros que en las zonas de la Ciencia trabajan con igual denuedo y realizan—como Fernando Ortiz—labor eminente en campos hasta hoy casi yermos en nuestra heredad ideológica. El juicio es siempre exorable, las restricciones—cuando las hay—van seguidas de justificación y de unos puntos suspensivos, puerta al porvenir y a la esperanza. Los años no han podido menoscabar su entusiasmo por los ideales, y en cuanto la conversación se eleva hasta ellos, los ojuelos cansados se abri llantan, se agrandan, y de la boca surgen algunas de esas frases estremecedoras y contagiosas... Quienes lo vean pasar al día siguiente, con aire encogido o huraño, entre la multitud, no sospecharán estos tesoros de cariño, esta juvenilia maravillosa que el espíritu irradia al través de la envoltura carnal ya mancillada por el tiempo. Si esa multitud que se embrutece en los cinematógrafos y va a ver cupletistas a medio vestir—ninguna de las cuales resistiría la suprema prueba del desnudo—; si esa multitud de las crónicas de sociedad leyese, podría encontrar, si no en las obras sistemáticas del insigne escritor, pues para su lectura es preciso precedente cultivo, al menos, en estos comentarios de ideas y sucesos, gran parte de esa frescura espiritual, de ese renaniano poder de evocación, de esa universalidad de conocimientos tan rara entre nosotros. El mismo título ingenuo de *Violetas y ortigas* evoca imágenes de adolescencia guardadas en el fondo del alma contra el choque de años y desengaños. Quizás fueron escogidas las violetas por cuanto tienen de efímero y de humilde en su belleza; las ortigas lo fueron, sin duda, por la mortificación eterna de su punzar, de su enconado punzar jamás ausente en todo camino que va hacia lo alto.

Mucho durará en nosotros, maestro, el recuerdo inefable de aquella tarde en que cerca de usted, aislados de la ebullición de

la urbe, acariciada la inteligencia por sus palabras y vagamente inquietos los sentidos a causa de las figuras de mujer que cruzaban el penumbroso gabinete, pasamos ¡cuánto tiempo!—en el despachito que poco a poco se iba llenando de vesperales sombras. Al regresar hacia La Habana trascendían los jazmines de los jardincillos, y del mar, con el vasto e incansable rumor, nos llegaban brisas salinas; en el cielo altísimo rebrillaba un polvo de plata. Anduvimos largo espacio en silencio, pensando los tres que al cerrar la puerta de su casa habíamos dejado detrás una reliquia viva del tiempo ilusorio y heroico en que todo era bregar, soñar, apenas esperar. Hacia el Oeste una estrella, muy sola, parpadeaba con simbólica indecisión. Y al separarnos junto a la estatua de Maceo, entre el mar surcado de trémulas luces y la ciudad llena de murmullos, nos dimos un apretón de manos más fuerte que otras veces, uno de esos apretones de manos en que se cambia un poco de alma.

Hoy, mientras escribo estas líneas, tengo ante mi vista una carta de usted. La letra es aún firme, las palabras salen para mí del papel, recobran su valor eufónico y se hilan en aquel tono paternal tan inolvidable, tan agradecido, maestro. Pero sobre el papel hay grabado un escudo y sobre el escudo campea esta divisa triste: “In rena fondo e scrivo in vento.” ¿Por qué estas palabras, maestro? ¿Por qué estas palabras decepcionadas? Usted nos ha enseñado que ningún esfuerzo se pierde, que en buena filosofía práctica un optimismo que fracasa vale más que cien pesimismos realizados. No, no ha edificado usted en la arena, ni escrito en el viento: sus mejores palabras escritas están en nuestras conciencias y en nuestros corazones. Somos así por esas palabras; y cuando usted se vaya del mundo, los que de entre nosotros sobrevivan—pues la Muerte se ríe con su risa de hueso de todo método cronológico—realizarán mejor su misión de ciudadanos por esas palabras y escribirán otras animadas del mismo espíritu, no en la arena movediza y en el viento que pasa, sino en otros dos elementos que, siendo móviles y fugaces también, tienen, según el fuerte pensamiento de Blas Pascal, la superioridad de saber que pasan y sufren: ¡En otros corazones y en otras conciencias!

A. HERNÁNDEZ CATÁ.

# LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

(1782-1917)

## INTRODUCCIÓN

*El principio del "aislamiento" (isolation) o de las dos esferas (two spheres) informó la política exterior de los Estados Unidos, desde sus primeros actos.*



L año actual, con seguridad que ha de tener en la historia de las relaciones exteriores de los Estados Unidos una significación muy grande; no solamente por la excepcional importancia que entraña la entrada de éstos en la guerra europea, sino porque ese acto, por sí solo, envuelve una evidente contradicción de la política de sostenerse aislados de las guerras y problemas europeos, mantenida con devoción casi religiosa desde los albores de la independencia.

Si esto es así; si los Estados Unidos, al marchar del brazo entre los combatientes de la "Entente", se han separado de aquella política, ahora, que la abandonan, resulta de actualidad estudiarla en sus orígenes y desenvolvimiento. Ese ha de ser nuestro propósito en las siguientes líneas.

\*

El movimiento revolucionario de las trece colonias inglesas de la América del Norte, que culminó en su independencia, ofrece un sello especial: no fué obra de la pasión exaltada ni de un mero sentimentalismo; fué el producto de una voluntad reflexiva y consciente, inspirada en el más sincero y juicioso patriotismo. En la generalidad de las revoluciones ocurre cosa bien distinta: las huellas más marcadas las traza la pasión desordenada, o un sentimiento mal inspirado y peor dirigido.

En la revolución de los Estados Unidos no ocurrió eso. Los Washington, los Hamilton, los Madison y los Franklin, el grupo de hombres que de tan sabia manera supo guiar los destinos de aquel gran pueblo, tuvo una intención deliberada: constituir un gobierno adecuado y estable, y acariciaba al propio tiempo el ideal de que su patria llegara a ser poderosa y grande.

Pero los "Padres de la República" se dieron cuenta de que para que la "Unión" perdurase no bastaba con levantar el edificio de la confederación en condiciones de estabilidad, sino que era necesario además, por su misma conveniencia y seguridad, mantener a la nueva nacionalidad completamente separada, ajena a las luchas y problemas de Europa. Pensando en esa finalidad, trazaron idealmente, en mitad del Océano Atlántico, una línea divisoria entre el Nuevo y el Viejo Continente.

Esa idea, ese presentimiento, hizo nacer en la mente de estadistas y patriotas la política del "aislamiento" (isolation) o de las "dos esferas" (two spheres), y tuvo dicha política su mayor arraigo y fuerza en la creencia popular, más generalizada entonces que ahora, de que los dos continentes, en todos los órdenes, eran cosa absoluta y totalmente distinta.

Se puede decir que esa política fué concebida desde años antes de que se reuniera la Convención de Filadelfia.

En noviembre de 1782 conversaban en París John Adams y Mr. Oswald, Comisionado para tratar de la paz por el Gobierno Británico, y el primero le decía al segundo:

No dude usted que las naciones de Europa se esforzarán en atraernos dentro de su sistema político, pero nuestro interés está en mantenernos alejados de todo eso.

En 1788, por la época en que se discutía la actual Constitu-

ción, Washington le escribía a Sir Edward Newenham y se expresaba así:

Confío en que los Estados Unidos se sabrán mantener alejados del intrincado laberinto de las guerras de Europa y de su política, y que antes de poco, y merced a la adopción de un buen gobierno, nos haremos respetables ante los ojos del mundo, hasta tal punto que las naciones que tienen posesiones en este Continente no podrán por menos que tratarnos con todo género de consideraciones.

En 1793, el Secretario de Estado, Thomas Jefferson, temía que la posesión de Louisiana y de la Florida hiciera a estos territorios teatro de las luchas entre Inglaterra, Francia y España, y le escribe al Ministro en Madrid que no entre en ningún pacto o alianza que envuelva a los Estados Unidos en esa discordia.

Al estallar la guerra entre Francia e Inglaterra, Jorge Washington, por su declaración de 5 de junio de 1794, ordenó a sus conciudadanos que observaran la más absoluta neutralidad.

Dos años más tarde, al abandonar el poder, tuvo ocasión de exponer los principios de la política del aislamiento en su famoso discurso de despedida de 17 de septiembre de 1796, en los términos siguientes:

Seamos sinceros y justos en nuestras relaciones con todas las naciones. La religión y la moralidad nos aconsejan esta línea de conducta, que es inmejorable. Dentro de poco tiempo podremos ofrecerle a la humanidad el ejemplo de un pueblo guiado por sentimientos de justicia y de bondad.

Aconsejo a mis conciudadanos que se prevengan contra las influencias extrañas, que estén alerta, pues el mayor enemigo de un gobierno republicano es esa influencia extranjera. Nuestra línea de conducta debe ser la de estrechar nuestras relaciones comerciales con las otras naciones, pero apartarnos, al propio tiempo, de toda conexión política con ellas.

Europa tiene un conjunto de intereses que son motivo de frecuentes controversias y con los cuales sostenemos muy remotas relaciones. En tales circunstancias sería una imprudencia ligarnos por lazos artificiales a alianzas o combinaciones amigas o enemigas.

La distancia, más que nada, nos aconseja seguir por otro rumbo.

¿Para qué perder las ventajas de nuestra situación? ¿Para qué abandonar nuestro terreno y nuestra situación? ¿Para qué abandonar nuestros destinos y mezclarnos en las luchas, rivalidades y ambiciones de las naciones de Europa? La prudencia aconseja que no nos alejemos de la política que consiste en no entrar en ninguna alianza con las naciones extranjeras.

John Adams, sucesor de Washington en la Presidencia de la República, perseveró en la misma política. En mensaje especial de 16 de mayo de 1797, dijo:

Bajo ningún concepto debemos envolvernos en el sistema político de Europa. Debemos estar prevenidos para no vernos atraídos al lado de ninguno de los grupos de naciones que forman la balanza de los poderes; así lo aconseja nuestro interés.

Jefferson, a su vez, sucedió a Adams y mantuvo la misma política. En su mensaje de 18 de octubre de 1803, expuso los mismos principios ya enunciados por Washington y por Adams.

Pero la política del "aislamiento" o de las "dos esferas", no se redujo a mantener a los Estados Unidos completamente apartados de toda ingerencia en los asuntos y problemas del Viejo Continente. A juicio de los estadistas norteamericanos, había que prevenirse también contra la posibilidad de que los territorios vecinos cayeran en manos de alguna gran potencia, toda vez que esto, al par que los obligaría a adoptar grandes precauciones militares, impediría la tan anhelada separación entre los asuntos europeos y los norteamericanos.

Algunos de los territorios inmediatos a los Estados Unidos estaban en poder de España, pero eso no preocupaba al Gobierno de los Estados Unidos. Aquella nación, aniquilada, empobrecida, en aquel entonces ni en el futuro podía ser un peligro para la naciente República. El peligro estaba en la posibilidad de que alguna de esas posesiones se desprendiera del poder de España y entrara a formar parte del dominio de potencias tan fuertes como Inglaterra o Francia. Contra ese peligro siempre estuvo prevenida la cancillería norteamericana.

A fines del año 1800, King, Ministro de los Estados Unidos en Inglaterra, en una conversación con el Primer Ministro, Lord Hawkesburg, le hizo presente que su gobierno estaba tranquilo con que las Floridas permanecieran en poder de España, y que de ser transferidas, sólo podían serlo a la nueva República.

En abril de 1803, el propio embajador le hace análoga manifestación al Gobierno inglés con respecto a la Louisiana y obtiene seguridades, por parte de éste, de que no se hará nada que perjudique a los intereses de los Estados Unidos.

En 1808, el Presidente Jefferson le escribe al Gobernador Claiborne, de Lousiana, en estos términos:

Estamos satisfechos con que Cuba y Méjico continúen en su actual situación; y veríamos con verdadero desagrado que, política o comercialmente, pasaran a ser una dependencia de Inglaterra o Francia. El interés de aquellos pueblos y el nuestro está muy ligado y es el mismo: excluir de este hemisferio toda influencia europea.

Tres años más tarde, y a solicitud del Presidente James Madison, esta política mereció la sanción del Congreso, en la forma que se va a ver. A principios del año 1811 había fundados temores de que Inglaterra ocupase parte de la Florida, entonces en poder de España; y como Madison le recomendara al Congreso, por medio de un mensaje, que hiciera a nombre de la nación alguna declaración protestando contra esa probable ocupación, el 15 de enero de ese año el Poder Legislativo, reunido en sesión secreta, acordó la siguiente resolución:

Teniendo en cuenta la situación anormal por que atraviesa España y sus provincias americanas, y teniendo en consideración la importancia que para la seguridad, tranquilidad y comercio de los Estados Unidos ha de tener la suerte de los territorios limítrofes, situados al Sur, se resuelve: que los Estados Unidos, bajo las críticas circunstancias imperantes, no pueden ver sin inquietud que parte de los referidos territorios pasen a manos de otra potencia; y a ese efecto, y velando por su propia seguridad, habrán de ocuparlos, si las circunstancias así lo demandaren.

Con lo expuesto quedan referidos cuáles fueron los primeros actos de los estadistas norteamericanos que dieron vida a la política del "aislamiento" o de las "dos esferas". La seguridad y la conveniencia de los Estados Unidos la hicieron nacer; pero hemos de ver después, en capítulos posteriores, que de aquella doctrina se derivaron otras; la "doctrina de Monroe" y la "doctrina americana", sostenidas en parte por aquellas ideas de seguridad, y en parte por otros sentimientos y aspiraciones.

RAÚL DE CÁRDENAS.

## ORIENTACIONES SOBRE EL RITMO EN LA PROSA



El título con que encabezo estas líneas parecerá a muchos chocante y desagradable; dirán que no es eufónico. ¿Por qué no haber puesto “Del ritmo en la prosa”, o algo por el estilo? La observación no es arbitraria, y he aquí porqué: el lector está acostumbrado a cierto ritmo siempre igual, o a varios ritmos siempre parecidos que se han hecho parte de su naturaleza, y lo que no coincide con esta expectación le desconcierta, y, por ende, le causa una impresión desagradable. De aquí que para gustar al público en general, un escritor tiene que aleccionarse en los ritmos que el público le pide; nunca debe procurar dar con ritmos nuevos. Para este aprendizaje ha de leer los clásicos hasta que pueda decir, no lo que dice el clásico, otra cosa, pero dentro del mismo molde formal. Esto, para el escritor ortodoxo, es como los ejercicios de cinco dedos para el estudiante de piano. Leerá, por ejemplo, un párrafo cervantino, cerrará los ojos para concentrarse mejor en el balanceo del discurso, y, prescindiendo de las palabras y del sentido, asimilará ese modo. Luego, cuando tenga algo que decir, lo construirá dentro de ese molde rítmico, y no hay duda de que su escrito satisfará al público.

Y ¿por qué satisface? Por la pereza del lector. Hay dos actitudes posibles ante una obra de arte: la del que lleva en sí un ritmo preconcebido, con el que espera que la obra de arte coincida, y la del que va armado potencialmente de todos los ritmos imaginables, o, lo que es igual, de ninguno, y escudriña la

obra artística, del género que fuere (1), para encontrar combinaciones rítmicas nuevas, variadas, complejas. De estas dos actitudes la dinámica es la segunda; la perezosa y, por desgracia, la frecuente, es la primera.

La primera actitud se encuentra en su forma más ingenua en el pueblo. Sólo así se explica que no se cansaran nunca en España de una forma métrica tan poco variada como el romance. Desde luego que, en un ejemplo concreto como éste, hay que distinguir entre el contenido de la expresión y la forma métrica. Aquí no quiero llamar la atención sino sobre lo segundo. Pero es evidente que el que iba o el que va al romance en busca de emoción estética, va precisamente a encontrar el ritmo esperado, y lo que le deleita es sentirse llevado suavemente por las pulidas paralelas del ritmo siempre igual. Un verso que no esté conforme con la medida general, le parecerá "cojo"; y es natural. Pero una modificación introducida idénticamente cada tres o cuatro versos, es un nuevo y legítimo ritmo que la mentalidad del ingenuo del ejemplo no admitirá jamás.

La misma actitud existe con respecto a la prosa, pero sin que sea tan excusable. La poesía es el campo de los ritmos sencillos que se van haciendo más y más complejos hasta llegar a los confines de la prosa. Pero una vez que salvamos estos linderos, se nos impone, si es que sabemos la misión y el contenido estético de la prosa, asumir la actitud dinámica a que he hecho referencia más arriba. El ritmo de la poesía es el de la gota que cae en la fuente, con periodicidad perfecta. Una vez que se apodera de nosotros, podemos reclinar la cabeza sobre el césped y dejarnos arrullar. El ritmo de la prosa es como el del mar, pero más complejo; o lo construimos nosotros a la par que lo recibimos, o no existe para nosotros. Este artículo tiene por objeto combatir la actitud improductiva y estéril del que va a la prosa a ser arrullado, así como todos los vicios y efectos perniciosos anexos, y se propone demostrar la vitalidad y dinamicidad de la actitud contraria.

\*

---

(1) No hay que olvidar que el ritmo, en su sentido más amplio, que implica equilibrio y proporción, es la base de todas las artes bellas, como tendré ocasión de explicar más adelante. En la música y en la arquitectura su función es evidente; pero no es menos fundamental en la pintura, la escultura y la poesía.

No he de pasar adelante sin explicar ligeramente lo que es el ritmo, y cuál es su función en las artes en general. No daré una definición: si dijera que el ritmo es una sucesión de impresiones o de grupos de impresiones en tiempos iguales, pecaría de excesivamente concreto; si afirmara que el ritmo es la vida misma, el pulso y la ley del universo, resultaría, de seguro, vago, si tomare de este último concepto el hecho fundamental de que el ritmo es la condición de la vida y su señal. "La naturaleza no procede por saltos", dijo el Estagirita, sino por pasos medidos. El espasmo indica la falta de adaptación, la crisis de la vida y, finalmente, la muerte. Pero el ritmo vital, la palpitación de la naturaleza, la armonía de las esferas de que hablan los filósofos y los poetas, es impreciso y vago; y los individuos animados anhelan ver ese ritmo que necesitan como el alimento, como el ejercicio, convertido en una forma más tangible, más asimilable. Sabido es que todos los animales responden en grado mayor o menor al influjo de la música: los osos y los perros aprenden a bailar con facilidad, y Orfeo domaba las fieras con su canto. Y seguramente los estudios de psicología vegetal, que desgraciadamente se encuentran aún en mantillas, demostrarán algún día que existe en las plantas una parecida sensibilidad al ritmo (2).

El hombre es el único ser animado que exterioriza sus ritmos para universal deleite de su especie. Al que tal hace llamamos artista, y en esta exteriorización de los ritmos sentidos por él, por la comunidad a que pertenece, que es su misión propia, reside la esencia del arte. El asunto que narra en su canto, en su lienzo, en su poema sinfónico, el episodio humano no es más que el pretexto. El mismo asunto pudiera encontrarse, acaso, en el sumario judicial de un crimen, que en un poema o en un cuento de Poe; pero lo que hace a éstos obras de arte, es lo que le falta al primero: la expresión consciente de un ritmo vital (entendiéndose bajo esta noción todos los caracteres formales, como son la composición, la proporción, el equilibrio, etc.) En esta distinción entre los caracteres formales, asiento del ritmo, y lo

---

(2) H. G. WELLS, en su reciente novela *Mr. Briting sees it through*, habla en broma de un jefe de estación de ferrocarril que atribuía la lozanía de sus flores de chícharo a la vibración de los trenes: "The vibration of the cars!" Quizás no estuviera tan errado el gracioso jefe de estación como cree el novelista inglés.

narrado, lo que suele llamarse el fondo, estriba la clave para la apreciación crítica de la obra de arte: los elementos estéticos deben buscarse entre esos caracteres formales, y allí exclusivamente, sólo cuidando de no limitar arbitrariamente la extensión que hay que dar a ese campo del valor estético.

En todo tiempo los críticos han hablado de equilibrio, de proporción de ritmo, como de virtudes de las obras de arte. Sólo los creadores artísticos y algunos tratadistas de nuestros días, no, por desgracia, los críticos, que, aunque en la avanzada de la opinión general van siempre a la retaguardia del arte, se han dado cuenta de que no son éstos adornos de la producción artística, sino el asiento mismo de su naturaleza estética.

Sin perjuicio de hablar más extensamente de estos caracteres formales, y por tanto estéticos, del arte en otro artículo, he de hacer notar aquí que ritmo, proporción y equilibrio (los caracteres que únicamente he citado, por ser los más salientes), se reducen indistintamente unos a otros. Proporción implica división; y la división es la esencia del ritmo. Por otra parte, sin equilibrio no hay ritmo, ya que éste supone la repetición proporcionada de períodos iguales, ya sea en el tiempo, ya en el espacio (3). Siendo esto así, lo dicho, y lo que diré en términos generales respecto al ritmo, puede aplicarse a todos los otros caracteres formales (estéticos) del arte.

Antes de cerrar este paréntesis y volver al caso especial de la prosa, quiero contestar una pregunta posible, dando así un dato necesario para estas orientaciones. Ese ritmo que sólo el hombre, entre todos los seres de la naturaleza, ha aprendido a exteriorizar, y cuya exteriorización en el arte constituye una necesidad biológica para el hombre, puesto que satisface su anhelo de simplificar esa pulsación de la vida que siente latente en sí, ¿dónde está en el momento de ponerse el individuo en contacto con la obra bella? Está en la obra objetiva, o se encuentra más bien en el sujeto que la contempla? La respuesta, desde luego, será la siguiente: según el grado de complejidad de la forma, exigirá la obra artística más o menos actividad por parte

---

(3) La sucesión en el tiempo se equipara a la sucesión en el espacio. O ¿será a la inversa? Ver BERGSON: *Les données immédiates de la conscience*. 2.<sup>a</sup> ed., París, 1898.

del sujeto, y habrá más y más lugar para la interpretación y para la *contemplación creadora*; la contemplación que, al recibir, agrega algo nuevo y personal a la base prístina de la impresión.

Un joven profesor de la universidad de Columbia ha publicado recientemente los resultados de sus investigaciones experimentales sobre el ritmo de la prosa (4), y dice haber llegado a la conclusión de que hay, entre otros, dos tipos de sujetos: los "agresivos" y los "pasivos". Estos últimos son susceptibles de ser impresionados por los ritmos más evidentes, como los que se encuentran en poesía; pero no lograrán nunca organizar rítmicamente, como hacen los primeros, una serie de impresiones aparentemente caprichosas, ya en su sucesión, ya en su intensidad.

Coinciden aproximadamente estos dos tipos con las dos actitudes que señalé al principio de este trabajo: la *dinámica* y la *perezosa*; sólo que a ambas distinciones se llega por caminos diversos. Un temperamento es "agresivo" en cuanto al ritmo, cuando, rebosante de ritmos, simples o complejos, los crea donde no los encuentra, agrupa lo disgregado, aún lo múltiple, divide lo confuso, y no se desconcierta nunca por falta de elementos en que incorporar el ritmo que siente. Pudiera decirse que su actitud es una de supraposición de lo rítmico a lo no rítmico. Un temperamento *dinámico*, no ya sólo participa de la actividad del temperamento rítmicamente agresivo, sino que se cansa de los ritmos sencillos y busca nuevas combinaciones, ritmos frescos, y su divisa, ante el conservador apergaminado que no quiere saber más que del sonsonete que aprendió en sus mocedades, es: "pourquoi pas?".

\*

Conviene ahora, sin que esto sea un fin de este artículo, sino más bien un medio, hacer algunas observaciones que aclaren la diferencia entre la prosa y el verso, en cuanto a su aspecto rítmico. Los retóricos siempre han aconsejado que al escribir en prosa se huya del verso; y, sin embargo, conocemos prosa de ritmo muy marcado, cuya belleza es indudable. De modo que el consejo elementalísimo y saludable de los preceptistas ha de com-

---

(4) WILLIAM MORRISON PATTERSON, *The rhythm of prose*. N. Y., 1916.

plementarse con el conocimiento de lo que es y lo que debe ser el ritmo en estos dos campos, si no ha de convertirse en uno de tantos consejos que se nos dan, inútiles por no venir acompañados de los datos y conocimientos necesarios para su aplicación.

Si decimos, como hemos apuntado, que la prosa es más compleja que el verso, que es más libre, que exige mayor actividad en el lector u oyente, tendremos los datos necesarios para empezar a percibir las diferencias que entre ellos existen. Pero un ejemplo pondrá más de manifiesto tanto las diferencias como las semejanzas. Tomemos el ritmo más simple: un golpe seco sobre la mesa, repetido a intervalos siempre iguales y con la misma intensidad. Ritmo tan sencillo no se usa en ninguna forma literaria, porque no interesa. Pero no tenemos que complicarlo mucho para tener las formas clásicas del verso. Démosle acento al segundo golpe, al cuarto, al sexto, etc., prolonguemos ligeramente el intervalo siguiente a cada golpe acentuado, y tendremos el *yambo*; así, con pocas modificaciones, tendremos el *troqueo*, el *dáctilo*, el *espondeo* y demás metros clásicos. Sin apartarnos de las líneas fundamentales de un ritmo podemos variar muy considerablemente el metro, sin salir del dominio del verso, hasta llegar al verso suelto o libre, y hasta al *vers libre* inglés de nuestros días. La *síncopa* (5) (en el sentido que se le da en música) y la *sustitución* (6) son los modos de dar complejidad al ritmo. Pero no llegamos a la prosa mientras no encontremos variedad no sólo en las modificaciones de un ritmo fundamental, sino una multiplicidad de ritmos fundamentales que se renuevan y sustituyen constantemente. Se distingue, por otra parte, la prosa por la posibilidad de variar los ritmos, es decir, en que el ritmo no es uno e inflexible, sino que cabe la posibilidad de sustituir ciertos elementos rítmicos por otros. A un movimiento rápido y agitado del ritmo de la prosa podrá seguir un período que contraste por su serenidad y su pausada medida; y dentro de cada uno de estos dos supuestos elementos cabe gran variedad de modificaciones internas. Para ser aún más explícito, compararé la prosa con un rico brocado persa en que se sucedan por toda su superficie formas variadísimas, figuras geométricas de diversos diseños

---

(5) Véase PATTERSON, op. cit.

(6) Ibid.

y tamaños, animales verdaderos e imaginativos, plantas, flores e inscripciones decorativas. El verso, en cambio, es como la greca que embellece el borde de un jarro miceniano.

De lo dicho pudiera deducirse que si el verso es lo medido, lo que se sucede manteniéndose constantemente igual a sí mismo, la prosa es lo desmedido, lo caprichoso, lo que, siendo variado, es hijo del azar y no del designio consciente y de la sensibilidad estética. Lejos de ser así, un cuerpo de prosa, para ser obra de arte, tiene que ser, como digo, un cuerpo de prosa y no una sucesión abigarrada y gratuita de sensaciones rítmicas diversas; ha de recorrerlo una vaga, pero evidente ondulación que unifica los elementos particulares en un todo harmónico; y lejos de ser la prosa el producto informe de la pluma que corre, requiere por parte del escritor una acrisolada acuciosidad en la apreciación de los ritmos más sutiles que a cada paso se suceden; que si el poeta ha de ejercitar constantemente la atención para mantener su obra dentro del molde fijo que se ha propuesto el prosista, cuyo molde es proteico y multiforme, no tendrá tan obvia pauta por que guiarse, mas deberá juzgar el valor de cada elemento que vaya creando, no solamente en sí, sino en sus relaciones con el resto de la composición.

Que es mayor la libertad de que disfruta el prosista, implica que a él también se ha de exigir más mesura y más habilidad en el manejo de los múltiples elementos de que se vale. Porque es más rica la colección de donde se le permite escoger, más empeño ha de poner en que su elección sea buena. "A quien mucho se le ha dado, mucho le será exigido."

Y no solamente ha de velar el prosista porque su obra responda al plan general que se ha propuesto, formando una cadena, cada uno de cuyos eslabones sean bellos en sí y consonantes con el todo, sino que ha de tener constantemente en cuenta el valor formal de los elementos ideológicos que son su material artístico. El escritor construye su obra con palabras, expresivas de ideas, y al agruparlas lo hace, tanto el poeta como el prosista, en vista de los efectos finales a que me he venido refiriendo. En el caso del poeta, el ritmo que se propone es tan rígido y, sobre todo, tan insistente, que impera y apaga todo otro elemento rítmico. No sucede así en la prosa; la misma libertad del ritmo

(del ritmo que llamaremos de aquí en adelante *auditivo*) permite no solamente que describa el oyente, sino que use de propósito el prosista, como fuente de la sensación rítmica, el otro aspecto de las palabras: las ideas que sugieren. En efecto, palabras de idéntica fisonomía fonética pueden expresar ideas cuyo valor formal en el discurso sean desiguales por las asociaciones que cada una evoca, por su poder de afectar nuestra sensibilidad quines-tésica, o por otra razón cualquiera. Por ejemplo: si pensamos en el grupo de palabras *uno, uno, uno*, y somos "agresivos" en nuestra propensión a descubrir y experimentar el equilibrio (que es, como hemos visto, elemento del ritmo), nos representaremos naturalmente esa sucesión de palabras suspendida en nuestra mente por un hilo imaginario atado al segundo *uno*, quedando el primero y el último suspendidos a cada lado como los dos brazos de una balanza. Pensemos ahora en la sucesión: *uno, dos, tres*; si nos fijamos en las características fonéticas de la sucesión, puede que, como en el caso anterior, suspendamos la serie de un hilo atado a la segunda palabra; pero si somos sensibles a los distintos valores ideológicos (matemáticos, en este caso) de los términos, habremos de atar nuestro hilo imaginario en un punto entre el *dos* y el *tres*. Parece como si en nuestra vida mental rigiera, como en el mundo físico, la ley de la palanca.

Así, pues, sucede que las palabras del discurso tienen distinto peso, distinto color, distinta complexión, no sólo por sus caracteres fonéticos, sino como ideas; y, por tanto, este aspecto ha de tenerse en cuenta al usarlas como elementos constitutivos de una composición formal, es decir, en que reina el ritmo, la proporción, el equilibrio.

\*

No es mi propósito en este breve artículo el hacer crítica, que pecaría forzosamente de ligera, de nuestra prosa castellana; cosa que, por lo demás, no podría hacer sin ejemplos tomados de los más distinguidos prosistas. Sólo he de llamar la atención respecto a una tendencia que creo descubrir en el temperamento hispano, y que a mi juicio constituye una rémora al libre desarrollo de la prosa como forma de expresión literaria. Y véase que el mal rasgo que señalo, más que deficiencia o perniciosa costumbre inherente a los pueblos de habla española, es algo de

nuestro tiempo, una de tantas señales de la decadencia de nuestra raza, tan tristemente acentuada en los pasados lustros, y contra la cual ya se vislumbran, de ambos lados del océano, los albores de una vigorosa regeneración. Con ella vendrá la activa, la dinámica concepción de la prosa, que echo de menos en nuestros prosistas y, sobre todo, en nuestra opinión de hoy día.

La tendencia a que me refiero consiste en exigir el lector o el oyente, y en darle el escritor, a la prosa, cierto marcado balanceo siempre igual, en que, como señalaba al principio, se arrullan, tanto los primeros como el segundo, en un fácil vaivén. Funesta propensión que hace descuidar las sutiles bellezas rítmicas que la prosa demanda, y que llega al punto de sacrificar el fondo mismo del discurso en aras de tan perezoso e ilegítimo delecte. Así oímos aplaudir al joven inconsciente que sube a nuestra más prestigiosa tribuna sin más concepto claro de lo que se propone que el rumor interno del "tono" que asumirá. No importa lo que diga: arrastrará al público, si lo dice en períodos inflados de palabras que suben y bajan como las subidas y bajadas de una montaña rusa. Para ello sólo necesita gran abundancia de palabras con que rellenar cada oración, a fin de que no se vea precisado a terminar la cláusula antes de que llegue a las crestas o los valles de la grotesca montaña rusa que es su discurso. Tiempo es ya de que este fácil y pueril ritmo no satisfaga a nuestro público. ¿Acaso no es la prosa, como me he esforzado en demostrar, más compleja y más sutil aún que el verso? ¿Cómo hemos de tolerar, pues, que se reduzca a escuálido y macilento esqueleto lo que debió ser rico brocado, composición harmónica de elementos significativos, conjunto sabroso en la parte como en el todo? ¿Qué importa que nuestro público censure la ampulosidad sistemática y el "macheteo el aire" con las manos al compás de un macheteo paralelo de palabras, si en cuanto se le disfraza ligeramente este estilo, lo aplaude entusiasmado?

ACTOR: *I hope we have reformed that indifferently with us.*

HAMLET: *Oh! reform it altogether.*

Y lo que observamos en la oratoria se encuentra igualmente en la prosa escrita. La misma ordenación de la materia en períodos "redondos" que suben y bajan, cuyo efecto, si no su fin,

es embriagar al lector en obvio balanceo; la misma supresión de los ritmos parciales indispensables a la prosa, el mismo descuido del valor ideológico de los vocablos que afecta su uso como elementos rítmicos. Estas son sutilezas en las que no se quieren ocupar los más de nuestros escritores en prosa; y que no exige, por desgracia, el público para el que escriben.

Así se estanca la evolución de la prosa. El público lector, en el absurdo afán de dar satisfacción a un pueril deseo de ritmo simplicísimo y obvio, va siempre a la zaga, mientras perdure en su actitud "perezosa", del movimiento de progreso que con dificultad se inicia aquí y allí. En este campo, como en todas las artes, la evolución es hacia lo complejo (no digo hacia lo complicado), y los que se satisfacen con los ritmos ya asimilados y no exigen su renovación, sino que se rebelan contra ella, constituyen la más invencible rémora para el adelanto del arte.

Asumamos, pues, la actitud "dinámica" contrapuesta a la "perezosa", y demos a nuestro arte, así como a nuestra vida toda, el color, el movimiento, la multiplicidad de que la privan los muchos temperamentos inconscientemente retrógrados que, al buscar las sensaciones fáciles a que se han acostumbrado, olvidan que la paralización es la muerte y que el movimiento es la vida, la energía y la luz del mundo.

LUIS A. BARALT Y ZACHARIE.

La Habana, nov. 1917.

## LA TRAMA FERROVIARIA

RESUMEN : *Concepto del servicio de ferrocarriles.  
Situación del mismo en Cuba.  
Causas de sus deficiencias; su posible mejoramiento.*



SI como en el cuerpo animado es base de la vida la corriente de la sangre, el aparato circulatorio, es también fundamental a la existencia de los países modernos el sistema ferroviario, son base de vida las vías rápidas y fáciles de comunicación. El torrente del cambio, lo traído y llevado de uno a otro lugar, es el medio indispensable para subsistir, aquél en que se originan el crecimiento y el desarrollo de los pueblos; de tal modo, que si ese medio es inadecuado se nota en ellos indefectiblemente la decadencia, el estancamiento y la pobreza en todas sus manifestaciones.

Tamaña importancia hace que el servicio de ferrocarriles sea considerado un servicio público, sujeto, si no a la administración directa del Estado, al menos a su tutela o supervisión constante. De esa importancia derivan los ferrocarriles sus privilegios, entre otros el derecho de expropiación, a veces las subvenciones que se les conceden, y en muchos casos las exenciones contributivas; pero, por otro lado, dicho carácter de servicio público les impone el deber de llenarlo cumplidamente, al costo menor que sea compatible con una razonable utilidad y dentro de las mejores condiciones de eficacia.

En nuestro país, de suelo tan fértil e inexplorado y con tan favorable perspectiva industrial, el servicio de ferrocarriles es, sin embargo, casi nulo por sus múltiples deficiencias. De cincuenta años a la fecha, en lugar de fomentar, entorpece y retarda nues-

tras actividades agrícola e industrial, las limita a determinados productos; y aun con relación a éstos, sólo se hace aprovechable dentro de muy corto radio, porque a mayores distancias pierde su eficiencia, o resulta demasiado caro.

Al escribir este estudio sintético, sin pretensiones de ninguna clase, nos guía el propósito de señalar las distintas causas de deficiencia en nuestros ferrocarriles, con la esperanza, quizás ilusoria, de que su publicidad pueda despertar alguna tendencia hacia el mejoramiento de este importante servicio público.

\*

Los ferrocarriles en Cuba son deficientes por la viciosa organización de las compañías que los mantienen,—esto en primer término; en segundo lugar, por la ignorancia o incomprensible dejadez del público que los paga; y, por último, por la culpable pasividad del Gobierno en el ejercicio de sus facultades y en el cumplimiento de sus obligaciones como mediador entre las Compañías y el público. Estas tres causas no operan separadamente; de su malhadada conjunción provienen los peores resultados.

Desde Pinar del Río a Oriente, en todas nuestras provincias, las líneas férreas importantes son propiedad de compañías extranjeras. Los dueños, los tenedores de acciones de esas compañías, sus directores máximos, son personajes extraños a las necesidades de nuestro país, fuera del alcance de nuestras leyes, con sus valores siempre en salvo por la protección de sus Gobiernos respectivos, que hacen valer sus monopolios contra la relativa debilidad de nuestro Estado. Esos dueños o accionistas no tienen otra mira, ni puede suponerseles otro interés, que el de obtener de su negocio los mayores rendimientos al costo menor posible; que sus acciones suban en los mercados de Londres y Nueva York es lo único que les preocupa, pero que no se les hable de inversiones que no se traduzcan en una ganancia positiva e inmediata.

No sucede entre nosotros lo que ocurre en otros países en que los ferrocarriles son poseídos y administrados por compañías nacionales, a quienes, si no de buen grado, por la fuerza se puede obligar a que mejoren el servicio. Conocida es también la tendencia a nacionalizar los ferrocarriles, colocándolos directamente

bajo la administración y el dominio del Estado; y resulta un verdadero contrasentido que en Cuba no sólo no se intente de veras esa nacionalización, sino que se tolere que los inmensos beneficios de esa industria, y las altas finalidades públicas que representa, estén entregados a entidades que, por ser extranjeras, luchan con ventaja contra nosotros en el terreno de los intereses económicos de la República, y aun logran, con sus reclamaciones, poner en peligro nuestra soberanía, como desgraciadamente ocurrió en 1906, puesto que la voladura de unas cuantas alcantari-llas y locomotoras constituyó uno de los motivos principales de la segunda intervención americana.

Como hemos dicho anteriormente, nuestras compañías de ferrocarriles, por su viciosa organización, no incurren en ningún gasto que no haya de convertírseles en una ganancia o lucro positivo e inmediato. Esta es la razón primera que se advierte de las innumerables deficiencias del servicio ferrocarrilero que padecemos. Bien conocidos son los incómodos carros de "tercera clase" en que viaja la gran mayoría de nuestro pueblo, con sus estrechos asientos de filos y planos de madera, en los que el pasajero acaba su viaje rendido de cansancio. Todos los carros carecen, en sus ventanillas, de las elementales telas metálicas para evitar al pasaje la molestia y la suciedad del polvo del carbón. Sus trenes son lentos en el andar, porque sus locomotoras apenas si cuentan con fuerzas para subir una ligera pendiente, y no tienen frenos suaves, por lo cual sus movimientos son bruscos en la parada. Sus carrileras antiguas, faltas de nivel, con ondulaciones mil, sobre las que saltan en equilibrios milagrosos las ruedas de los carros, muelen los huesos al viajero y lo ponen en perenne sobresalto. Su falta de dobles vías origina continuos retrasos en la llegada y salida de los trenes y aumenta el peligro de los choques. Sus cruces al nivel de las calles, en las poblaciones, provocan la detención del tráfico y son causa de numerosos accidentes y asimismo de continuas pitadas y otros ruidos molestos. No cuenta el servicio con verdaderos trenes expresos que acorten, como tanto sería de desear, los viajes entre los puntos distantes de la Isla. Hay escasez evidente de trenes de carga, con la consecuencia natural de demoras perjudiciales en el transporte de las mercancías, sucediendo a veces que artículos de ur-

gencia, como maquinarias para ingenios, han tardado semanas en llegar a sus lugares de destino. Se hace un aprovechamiento injustificable, de los trenes de pasajeros, para la conducción de ciertos productos como la leche, cuyo embarque prolonga excesivamente la duración de las paradas en las estaciones intermedias. Se niegan absolutamente las Compañías a establecer ramales en busca de regiones por explotar, sin otro fundamento que el sacrificio económico que la explotación de esos ramales les representaría durante los primeros tiempos. Faltan cribas apropiadas en las chimeneas de las locomotoras y sobra el descuido en las limpiezas del terreno adyacente a los raíles, para evitar la propagación de los incendios que se producen por las ascuas que de aquéllas se desprenden. El personal está mal retribuido y recargado de trabajo, lo que redundará en perjuicio del público bajo distintos aspectos. Las tarifas son casi prohibitivas para el transporte de pasajeros y mercancías. Acaban de aumentarlas ahora en un veinte por ciento. Y existen tantas y tantas deficiencias, que nos sería muy difícil relacionarlas con completa exactitud.

Muy particularmente, las elevadas tarifas del transporte de mercancías son la causa principal de que en nuestros campos no se haya desarrollado el cultivo de los frutos menores y de otros de mayor importancia, ni en nuestras ciudades y pueblos el establecimiento de provechosas industrias, para el consumo interior de la Isla. La permanencia de estas altas tarifas se explica, independientemente de la culpa del Gobierno en no rebajarlas de por sí, como pudiera hacerlo, por el hecho de que las Compañías prefieren seguir explotando casi exclusivamente los transportes de nuestros productos que se exportan al extranjero, como el azúcar y el tabaco, donde se venden a precios tan crecidos que permiten a los cargadores satisfacer los actuales fletes ferroviarios con mayor o menor holgura; y no quieren las Compañías aventurarse a especular con el mayor número de transportes que trajera una reducción de las tarifas, presumiendo de antemano que los rendimientos de este mayor número no habrían de compensarles las pérdidas de dicha rebaja. De aquí que no se sabe hasta cuándo continuaremos viendo arribar a nuestros puertos, traídos por los bajos tipos de los fletes marítimos, centenares de artículos y mercaderías que pudieran obtenerse en el país, y

cuya producción iría aumentando, con la riqueza, el bienestar de nuestro pueblo.

\*

Cierto es, como se ha expresado, que son tan poderosas las empresas extranjeras de ferrocarriles, que su conducta abusiva es difícil de contrarrestar; pero, sin embargo, en muy mucho las deficiencias del servicio que prestan no dependen de su propia culpa, sino de las otras dos concausas que señalamos al comenzar: la ignorancia o el abandono del público y la pasividad de nuestro Gobierno.

Es un hábito muy generalizado entre nosotros rehuir la defensa de nuestros derechos, si ha de ser a costa de un esfuerzo continuado. Somos dados, en cambio, a vindicarlos por impulsos violentos, aunque también el temor a las consecuencias de estos mismos impulsos en ocasiones nos inclina a la inacción. Conocedoras las empresas ferroviarias de esta idiosincrasia del público que explotan, no tienen reparo en cometer en su perjuicio toda clase de infracciones, incluso en el cumplimiento de sus deberes más elementales. Muchas de las deficiencias del servicio, que dejamos anotadas, podrían reprimirse si los perjudicados por ellas, con exacto conocimiento de sus derechos, establecieran las oportunas reclamaciones ante los Tribunales de la República. Así, por ejemplo, en lo que respecta al contrato de transporte, los cargadores deberían reclamar, día por día, los perjuicios que se les irrogan con las demoras excesivas de las entregas, y con mayor razón en los casos de pérdida o deterioro de sus mercancías. Tampoco los cargadores debieran tolerar pacientemente los privilegios y favores que en el servicio las empresas dispensan a determinados individuos o corporaciones, con evidente infracción del precepto igualitario que preside a todo servicio público. Asimismo, pasajeros y cargadores deberían protestar en cada caso, por denuncias a las autoridades o demandas en lo judicial, de la negligencia o del mal trato de los empleados de las Compañías, así como de todas las faltas que notaran en la atención de sus personas, sus equipajes o en la remisión de sus cargamentos.

Los dueños de nuestras fincas azucareras, con la autoridad que tienen por ser los principales cargadores de la Isla, podrían hacer un gran beneficio al país y a sí mismos, coligándose con-

tra las pretensiones y abusos de las empresas, planteando a éstas de frente el problema de rebajar las tarifas y mejorar el servicio, bajo la alternativa de que, si no son complacidos, unirían sus capitales para la construcción de vías propias con que dar salida hacia las costas a sus productos. Pero es lo sensible, entre nosotros, que las reclamaciones de los derechos más justos no se acostumbren, ni esas dignas actitudes de defensa se adoptan; y mientras tanto, dejadas a su libre voluntad, las compañías de ferrocarriles seguirán cobrando lo más, gastando lo menos y ofreciendo un pésimo servicio.

\*

Nos referiremos, por último, a la culpable pasividad de nuestro Gobierno en su gestión intermediaria entre el público y las Compañías ferrocarrileras. Veamos en qué consisten las facultades atribuídas por la Ley al Gobierno, al efecto de asegurar esa finalidad de mediación:

El artículo 1º del capítulo 2º de la Ley de Ferrocarriles (Orden 34, de 27 de febrero de 1902) establece que,

la dirección de los Ferrocarriles, en sus relaciones con el Estado, con el público y entre dichos Ferrocarriles, queda encomendada a una Comisión de Ferrocarriles, compuesta del Secretario de Obras Públicas, del de Agricultura y del de Hacienda, siendo el presidente de la misma el de Obras Públicas.

A continuación la Ley regula el funcionamiento de esta Comisión del Gobierno, y llega, en su importante artículo 12º a disponer que la Comisión

tendrá la alta inspección de todos los ferrocarriles, examinará los mismos y será tenida al corriente de su situación y dirección para garantizar la seguridad y conveniencia del público y el cumplimiento de las cláusulas de las escrituras de constitución de dichos Ferrocarriles, así como de la Ley.

Después, en el no menos importante artículo 13º, preceptúa:

La Comisión tendrá facultades para investigar, tramitar y resolver cualquiera solicitud, queja o controversia respecto de lo siguiente (a) Determinar la situación o la manera de usar cualquier derecho de vía por las fincas ocupadas por cualquier compañía de ferrocarriles. (b) Cambiar la colocación de las líneas para disminuir curvas, reducir pendientes o mejorar los ferrocarriles, o para cualquier otro fin de conveniencia pública. (c) El cruce de las líneas de una Compañía por las de otra. (d) La ali-

neación, disposición, colocación y fijación de las paralelas. (e) El uso por una Compañía de las líneas, estaciones o terrenos de las estaciones de otra Compañía. (f) La construcción de obras que afecten ríos navegables. (g) La construcción de ferrocarriles a lo largo o a través de vías públicas. (h) Peaje y tarifas para el transporte de pasajeros y carga; el arreglo de dichos peaje y tarifas entre las Compañías de ferrocarriles, y del tráfico y trasbordo de carga que se disponen en esta Orden. (i) Preferencias injustas o desigualdades con respecto al transporte de personas o mercancías. (j) Cualquier vía pública, calle, zanja, cloaca, o tubería de gas, agua u otras clases que existan sobre o a través de terrenos de la propiedad u ocupados por las Compañías de ferrocarriles; y la compensación que deba pagarse a cualquier persona o Compañía, por consecuencia de cualquier obra o medida ordenada, con relación al costo de la misma, o la proporción de tal costo que deba ser pagada por cualquiera persona o Compañía. (k) Cualquier asunto, acto o cosa que esta Orden dispone, y que se requiera sea hecho o se prohíba de la manera especificada en la misma. (l) La Comisión de Ferrocarriles deberá también oír y resolver todas y cualesquiera cuestiones que surjan entre los accionistas y Juntas Directivas de las Compañías de ferrocarriles con respecto a la interpretación de los Estatutos de dichas Compañías. (m) La Comisión deberá también conocer y resolver cualesquiera cuestiones que surjan sobre derechos, poderes y obligaciones establecidos por las concesiones a las Compañías de ferrocarriles que existan al tiempo de la promulgación de esta Orden y sobre sus derechos, poderes, deberes y obligaciones con respecto al Estado, al público y a las demás Compañías de Ferrocarriles.

A fin de facilitar su labor a la Comisión, la Ley, sumamente previsoramente, otorga, a los comisionados o inspectores que designen, la facultad necesaria para entrar en las propiedades de las Compañías, en sus oficinas, talleres, máquinas, carros y demás pertenencias; a realizar en ellos las investigaciones que estimen oportunas para asegurarse del estricto cumplimiento de las medidas que adopten en favor del público o del Estado. También por la Ley puede la Comisión exigir de los Administradores de las empresas la exhibición de sus libros y papeles, para comprobar directamente la verdad en los expedientes que se cursan ante ella. Tienen por su parte las empresas, según la misma Ley, la obligación de someter a la Comisión sus reglas para la explotación general de los ferrocarriles y sus Reglamentos para el servicio de sus trenes y estaciones, para la dirección de su tráfico y para el debido cuidado de sus vías férreas, puentes y demás accesorios del ferrocarril; pudiendo la Comisión desechar, alterar, enmen-

dar o añadir lo que tenga por conveniente con respecto a tales reglas y reglamentos. En cuanto a las tarifas máximas, fijando los precios de los transportes y conducción de pasajeros, equipajes, mercancías y ganado, así como el peaje y las tarifas y el arreglo del tráfico y el trasbordo de personas, bultos y mercancías con cualquiera otra línea férrea en combinación, dice la Ley que serán preparadas por cada Compañía de ferrocarril en la forma prescripta por la Comisión, y sometidas a éstas para su aprobación; teniendo la Comisión, la primera vez que se le sometan las tarifas, la facultad de modificarlas o alterarlas, y en lo sucesivo, a intervalos de dos años, deberán dichas tarifas ser sometidas a la Comisión para su revisión. Y con otras muchas facultades, no menos interesantes que las anteriores, concluye la Ley invistiendo a la Comisión del poder esencialísimo de impetrar el auxilio de las autoridades públicas para exigir el cumplimiento de sus acuerdos a las Compañías de ferrocarriles, y especialmente la facultad de imponerles multas de a cien pesos por cada día que dejaren transcurrir sin cumplir dichos acuerdos.

¡Cuántas y qué preciosas no son todas esas facultades que la Ley confiere a la Comisión de Ferrocarriles! ¡Cuánto no pudiera esperarse de la Comisión, en bien del país, si las ejercitara con la energía que demandan el abuso y el monopolio de nuestras empresas ferroviarias! Por el simple relato que hemos hecho de tales facultades, se comprende que la Comisión tiene en sus manos el poder de remediar todas las deficiencias del servicio ferrocarrilero, tanto en lo técnico, tratándose del trazado y condiciones de las líneas y de los trenes, como en lo económico, en el particular importantísimo de las tarifas.

Pero es inútil que se tenga la autoridad escrita en la Ley, si no se hace sentir en la práctica. De nada sirve el poder de remediar el servicio de ferrocarriles, que tiene la Comisión, si ésta, con olvido o abandono de sus funciones públicas, o debido quizás al defecto de su constitución—por estar integrada por tres Secretarios del Despacho, cuyo tiempo está ya de sobra embargado con las ocupaciones propias de sus Departamentos—, no atiende como debiera los altos fines que le están confiados en la materia. Sería de considerarse que se reorganizara la Comisión, que se constituyera con personal más adecuado a la importancia

de estos fines tan trascendentales; personal que se dedicara a ello con el consejo y actuación de verdaderos expertos, que bien se merece este cuidado un servicio tan beneficioso a los intereses generales del país.

\*

Concluimos este artículo alentando, como dijimos al principio, la esperanza de que su publicidad despierte alguna tendencia hacia el mejoramiento de nuestras vías férreas de comunicación. Que él signifique, para las empresas, una voz de alarma; para el público, un consejo desinteresado, y para nuestro Gobierno un recordatorio sincero y respetuoso.

DR. JOSÉ M. CABARROCAS.

La Habana, 28 nov. 1917.

## NOTAS EDITORIALES

### CUBA CONTEMPORÁNEA EN EL EXTRANJERO

Aunque son numerosas las reproducciones que en América y en Europa se hacen frecuentemente, por principales revistas y diarios, de artículos publicados en CUBA CONTEMPORÁNEA, queremos señalar en especial la que en su número de septiembre último hizo la acreditada publicación mensual de Londres, *El Marcónigrama*, dirigida por el notable escritor D. Enrique Pérez, del artículo titulado *La Entrada de Cuba en la Guerra Universal*, escrito por nuestro distinguido colaborador el Dr. José Agustín Martínez, y las traducciones que al inglés y al francés hicieron respectivamente, en sus números de junio y julio del corriente año, de nuestra Nota Editorial publicada en el número de abril de CUBA CONTEMPORÁNEA bajo el título de *Cuba y Alemania*, las importantes publicaciones norteamericana y francesa tituladas *The American Review of Reviews*, de Nueva York, y *Bulletin de l'Amérique Latine*, de París. Ambas revistas comentan esa Nota Editorial, si bien en sentido distinto: la primera la interpreta como un reflejo exacto de la opinión cubana, y la segunda cree que es meramente la de una revista que se ocupa más de literatura que de política internacional; basándose para esta inconsistente apreciación que desde luego negamos, porque CUBA CONTEMPORÁNEA, sin olvidar nunca su fin principal, dedica atención a cuanto pueda interesar a América—y especialmente a Cuba en el orden internacional—, en la distinción que establecimos y que mantenemos, por ser cierta no sólo respecto de Cuba, sino de

los demás pueblos americanos, entre el pueblo alemán y el Kaiser.

Se explica, sin embargo, el punto de vista de la publicación francesa: los europeos quieren que nosotros los americanos veamos las cosas de Europa según la conveniencia y los intereses de ellos, y en esa Nota Editorial afirmábamos que frente a Europa, en paz o en guerra, la América entera tenía que darse cuenta de que su verdadero papel debe ser netamente americano. Y esto, claro está, no puede agradar a quienes están acostumbrados a ver a ciertos pueblos americanos acatar como sagradas e intangibles las opiniones europeas.

Pero no disputaremos acerca de esto. Al contrario; agradecemos tanto esta apreciación contraria, como las no pocas favorables que en otras ocasiones ha tenido la citada revista francesa para CUBA CONTEMPORÁNEA.

\*

También *The American Review of Reviews*, en su número de noviembre último y en la sección *Artículos notables del mes*, extracta nuestro trabajo titulado *La única interpretación racional de la Enmienda Platt*, comentándolo favorablemente (páginas 539-40).

Mucho agradecemos a la notable publicación norteamericana esta nueva prueba de estimación, que demuestra el cuidado con que sigue el movimiento de ideas en Cuba, como lo sigue en el mundo entero.

---

### EL MONUMENTO A MÁXIMO GÓMEZ

El 9 de mayo de 1916 el Presidente de la República sancionó la Ley votada por el Congreso para erigir un gran monumento en La Habana al Generalísimo del Ejército Libertador Cubano, Máximo Gómez. CUBA CONTEMPORÁNEA toma del precioso volumen recientemente editado por la Comisión del Monumento, volumen en que hay un excelente estudio biográfico del Libertador por el Dr. Juan G. García Enseñat, Presidente de la Sección de Escultura de la Academia Nacional de Artes y Letras,

la Ley y las Bases del concurso, para darlas a conocer también en todo el mundo y excitar a los escultores de fama a que tomen parte en él. Helas aquí:

LEY:

ARTÍCULO I.—Se acuerda erigir un monumento a la memoria del Mayor General del Ejército Libertador, Generalísimo de sus fuerzas, Máximo Gómez y Báez, consistente en una estatua ecuestre, en bronce, sobre pedestal de mármol y granito.

ARTÍCULO II.—El monumento se levantará en el lugar que, a juicio de la Comisión y del autor de la obra, se estime más procedente.

ARTÍCULO III.—Para la construcción del monumento se convocará un concurso internacional de artistas, anunciándose ampliamente en esta Capital y, por conducto de las Legaciones de Cuba, en los demás países que designe la Comisión que se crea por el artículo siguiente.

Se concederá un plazo, que no excederá de un año, para la presentación de los proyectos, presupuestos y memorias, y el monumento deberá quedar concluido para el día 20 de mayo de 1919, en el que se efectuará la inauguración oficial.

ARTÍCULO IV.—Para todo lo que se refiere al concurso, elección del proyecto definitivo, dirección, ejecución y administración de la obra, se crea una Comisión compuesta del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, un miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras y otro de la Academia Nacional de la Historia, Presidente del Centro de Veteranos, Presidente de la Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos, Director de la Academia de Pintura y Escultura "San Alejandro" de la Habana, y tres miembros designados por cada uno de los Cuerpos Colegisladores. La Presidencia de la Comisión será desempeñada por el Secretario de Obras Públicas, y la misma designará de su seno el que haya de actuar de Secretario.

ARTÍCULO V.—Para la ejecución de esta Ley se concede un crédito de doscientos mil pesos, en moneda de curso legal, que se incluirá, por partes iguales, en los Presupuestos de 1917 a 1918 y 1918 a 1919.

ARTÍCULO VI.—Se concede un crédito de diez y siete mil pesos, en moneda de curso legal, para distribuirlo, a juicio de la Comisión, en tres premios a los artistas que se presenten al concurso, consistentes dichos premios en uno de diez mil pesos, otro de cinco mil y el último de dos mil. Los proyectos premiados pasarán a ser propiedad del Estado.

Se concede un crédito de cinco mil pesos, en moneda de curso legal, para los gastos de anuncio y publicidad que se originen.

Los dos créditos concedidos por este artículo se abonarán con cargo a los fondos del Tesoro nacional no afectos a otras obligaciones.

ARTÍCULO VII.—Se declaran exentos del pago de toda clase de dere-

chos las piezas de bronce, mármol y granito que se importen para la construcción del monumento.

ARTÍCULO VIII.—Esta Ley empezará a regir desde su publicación en la *Gaceta Oficial de la República*.

Por tanto: mando que se cumpla y ejecute la presente Ley en todas sus partes.

Dada en el Palacio de la Presidencia, en la Habana, a nueve de mayo de mil novecientos diez y seis.

M. G. MENOCAI.

LEOPOLDO CANCIO,  
Secretario de Hacienda.

#### BASES:

Cumpliendo con lo dispuesto en la citada Ley, se convoca por la presente, a los artistas nacionales y extranjeros, para el Concurso Internacional de este monumento, según las siguientes:

PRIMERA: Dicha obra consistirá en una estatua ecuestre en bronce, sobre pedestal de mármol y granito, sin que se limite la libertad del artista sobre la composición del monumento.

SEGUNDA: El monumento será emplazado en el Parque de Colón, antiguo "Campo de Marte".

TERCERA: Los artistas presentarán uno o más proyectos, consistentes, cada uno, de una "maquette" del monumento en escala de 1: 10, en metros; el busto, tamaño natural, del Generalísimo Máximo Gómez, en la forma que ha de figurar en el monumento; un plano de planta; un dibujo de frente; una sección transversal y una vista perspectiva; todos estos planos y dibujos serán en escala de 1: 20. También presentarán dibujos indicando los detalles de construcción.

Estos planos y dibujos podrán hacerse en lápiz, tinta o colores, haciendo resaltar la clase de los materiales que entren en la obra. Se unirá una memoria explicativa de dicho trabajo, indicándose los diferentes materiales que se han de emplear, acompañando muestras del mármol y granito, forma de ejecución y presupuesto de la obra, limitado éste a la parte arquitectónica y escultórica que se compromete a suministrar el artista, incluyendo los gastos de transporte, flete y seguro hasta el muelle de la Habana. El valor de todo lo indicado no deberá exceder de \$ 175,000.00 (ciento setenta y cinco mil pesos), puesto que el resto del crédito se destinará a la cimentación y erección del monumento que estará a cargo de la Secretaría de Obras Públicas, en la forma que oportunamente acuerde la Comisión.

Los artistas deberán acreditar haber realizado obras de esta naturaleza, acompañando, con los documentos necesarios para ello, fotografías de las mismas. Los proyectos para este monumento serán originales e inéditos.

CUARTA: Estos proyectos se presentarán hasta el día treinta y uno de marzo de mil novecientos diez y ocho, antes de las doce del día, en el local que ocupa la Escuela de Artes y Oficios de esta ciudad; después de dicha fecha y hora no será admitido ningún proyecto que se presente. El Secretario de la Comisión, que será el encargado de recibirlos, entregará a cada uno de los señores que los presenten un recibo para su resguardo.

QUINTA: Los artistas extranjeros designarán un representante legal en esta capital, para el recibo de sus proyectos y entrega de los mismos a la Comisión; ésta sólo se hará cargo de los que reciba en esa forma. Si alguno de los proyectos viniese roto, su autor o representante legal podrá repararlo, pero sin introducir ninguna modificación en él, y precisamente en el plazo prudencial que le fijará la Comisión.

SEXTA: Los artistas quedan en libertad de firmar sus proyectos si lo desean, y aquellos que quieran reservar sus nombres, marcarán todos y cada uno de los documentos que integren el proyecto, con un lema; este lema se repetirá en un sobre, en cuyo interior irá expresado el nombre y domicilio del autor o autores del proyecto, debiéndose lacrar y sellar este sobre.

SÉPTIMA: Se adjudicarán tres premios: uno de diez mil pesos, otro de cinco mil pesos y otro de dos mil pesos, para recompensar a los autores de los proyectos que, a juicio de la Comisión, sean primero, segundo y tercero en orden de mérito.

OCTAVA: Al autor del proyecto que obtenga el primer premio se le entregará, tan pronto como la Comisión haya dado su fallo, la suma de cinco mil pesos; y los cinco mil pesos restantes, después de haber introducido en la "maquette" las modificaciones de detalle que pudiera acordar la Comisión, y al tiempo de firmar el contrato a que se hace referencia en la base Décimatercera.

NOVENA: La Comisión facilitará fotografías del General Máximo Gómez, y su biografía con todos aquellos datos que pudieran ser de utilidad a los artistas, y fotografías y planos del lugar en que se va a erigir el monumento.

DÉCIMA: La Comisión se reserva el derecho de rechazar los proyectos que, a su juicio, no fueren merecedores de los premios.

ONCENA: Diez días después de vencida la fecha de la presentación, los proyectos se exhibirán al público, durante quince días. La Comisión, al expirar este plazo, se reunirá en sesión permanente y decidirá por la mayoría de votos de la totalidad de los miembros que la integran, dentro de un plazo siguiente de treinta días comunes, cuáles son los proyectos que deben premiarse. La votación será nominal.

DUODÉCIMA: Los proyectos premiados pasarán a ser propiedad del Estado; los autores de los no premiados podrán retirarlos, por sí o por sus representantes legales, dentro de los cincuenta días siguientes a contar de la fecha en que la Comisión haya hecho la adjudicación de premios. Si no lo hicieren dentro de este plazo, se entenderá que los abandonan.

DÉCIMATERCERA: El artista premiado celebrará un contrato con la Comisión, cuyo cumplimiento garantizará con una fianza a satisfacción de aquélla, y de la cual se incautará el Estado si no cumplierse aquél. Al artista se le abonará el importe de su obra en la forma y condiciones que se fijarán al redactarse dicho contrato.

DÉCIMACUARTA: El artista a quien se adjudique la ejecución del monumento, queda obligado a entregarlo, terminado en todas sus partes, en el muelle de la Habana, libre de gastos, antes del día primero de febrero de mil novecientos diez y nueve.

LA COMISIÓN DEL CONCURSO:

J. M. VILLALÓN,  
*Presidente.*

ROBERTO MÉNDEZ PEÑATE,  
*Secretario.*

---

# ÍNDICE DEL TOMO DÉCIMOQUINTO

(SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1917)

## POR MATERIAS

### Páginas

ACERCA DEL MUNDO NUEVO.—Antonio Castillo Plaza. . . . .	105
BOLÁVAR Y LA INDEPENDENCIA DE CUBA.—Gabriel Porras Troconis. . . . .	191
EL ALMA DE AMÉRICA.—Luis López de Mesa. . . . .	23
EL ARTE CARACTERÍSTICO Y SU LIBRE DESARROLLO FUERA DE LA TIRANÍA ESCOLAR.—Dulce María Borrero de Luján. . . . .	177
EL PASADO (Drama en un acto).—Alfonso Hernández Catá. . . . .	47
EL PROGRESO DE LA VERDAD EN EL JUICIO DE LAS OBRAS LITERARIAS.—Julio L. Lupus. . . . .	165
GUILLERMO HICKLING PRESCOTT (1796-1859) HISTORIADOR DE ESPAÑA.—M. Romera-Navarro. . . . .	131
JUICIO ACERCA DE LOS SUCESOS POLÍTICOS DE CUBA EN 1906.—Rafael Martínez Ortiz. . . . .	118
LA CARICATURA EN SUD AMÉRICA.—Bernardo G. Barros. . . . .	81
LA CRÍTICA EN CRISIS.—Enrique José Varona. . . . .	33
LA LIBERTAD DE CONCIENCIA.—Federico Castañeda. . . . .	210
LA REPÚBLICA DOMINICANA.—Pedro Henríquez Ureña. . . . .	38
LA TRAMA FERROVIARIA.—José M. Cabarrocas. . . . .	318
LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CONTINENTE AMERICANO. 1782-1917.—Raúl de Cárdenas. . . . .	303
LIBROS Y LIBREROS EN MADRID.—Alfonso Reyes. . . . .	151
LOS ESCRITORES JÓVENES DE COLOMBIA.—Gonzalo París. . . . .	226
LOS ESLAVOS ENTRE LAS NACIONES.—Manuel F. Cestero. . . . .	70, 155
NOTAS EDITORIALES:	
CUBA CONTEMPORÁNEA <i>en el extranjero</i> . . . . .	327
<i>El monumento a Máximo Gómez</i> . . . . .	328
<i>Nuestro premio de San Francisco</i> . . . . .	176
<i>Oriente y el libro "Pensando en Cuba"</i> . . . . .	174

	<u>Páginas</u>
NUEVAS ORIENTACIONES DE LA JUVENTUD CUBANA.—Julio Villoldo. . . . .	5
ORIENTACIONES SOBRE EL RITMO EN LA PROSA.—Luis A. Baralt y Zacharie. . . . .	308
PROBLEMAS DE NUESTRA AMÉRICA.—LECTURAS DE BUNGE Y RODÓ.—Max Henríquez Ureña. . . . .	97
REVISTA DE REVISTAS:—C. de V. <i>La Revista del Mundo</i> : “Embajadores de amistad panamericana”. . . . .	93
RUSIA Y LA DEMOCRACIA. II.—Julio Villoldo. . . . .	241
SEAMOS CUBANOS.—José Antonio Ramos. . . . .	257
TACNA Y ARICA. UN PELIGRO PARA LA PAZ SUDAMERICANA.—Félix Nieto del Río. . . . .	281
UN PROBLEMA LITERARIO.—Pedro Henríquez Ureña. . . . .	251
VARONA.—Alfonso Hernández Catá. . . . .	288
VERDADES SABIDAS Y OLVIDADAS.—Nicolás de Cárdenas. . . . .	144

---

POR AUTORES

	Páginas
BABALT Y ZACHARIE, Dr. Luis A.— <i>Orientaciones sobre el ritmo en la prosa</i> . . . . .	308
BARROS, Bernardo G.— <i>La caricatura en Sud América</i> . . . . .	81
BORBERO DE LUJÁN, Dulce María.— <i>El arte característico y su libre desarrollo fuera de la tiranía escolar</i> . . . . .	177
CABARROCAS, Dr. José M.— <i>La trama ferroviaria</i> . . . . .	318
CÁRDENAS, Nicolás de.— <i>Verdades sabidas y olvidadas</i> . . . . .	144
— Dr. Raúl de.— <i>La política de los Estados Unidos en el Continente Americano. 1782-1917</i> . . . . .	303
CASTAÑEDA, Dr. Federico.— <i>La libertad de conciencia</i> . . . . .	210
CASTILLO PLAZA, Antonio.— <i>Acerca del mundo nuevo</i> . . . . .	105
CESTERO, Manuel F.— <i>Los esclavos entre las naciones</i> . . . . .	70, 155
C. DE V.— <i>Revista de Revistas</i> : “La Revista del Mundo”: Embajadores de amistad panamericana. . . . .	93
HENRÍQUEZ UREÑA, Dr. Max.— <i>Problemas de nuestra América. Lecturas de Bunge y Rodó</i> . . . . .	97
— — Pedro.— <i>La República Dominicana</i> . . . . .	38
— — — <i>Un problema literario</i> . . . . .	251
HERNÁNDEZ CATÁ, Alfonso.— <i>El pasado</i> (drama). . . . .	47
— — — <i>Varona</i> . . . . .	281
LA DIRECCIÓN.— <i>Notas Editoriales</i> : CUBA CONTEMPORÁNEA en el extranjero. . . . .	327
<i>El monumento a Máximo Gómez</i> . . . . .	328
<i>Nuestro premio de San Francisco</i> . . . . .	176
<i>Oriente y el libro “Pensando en Cuba”</i> . . . . .	174
LÓPEZ DE MESA, Dr. Luis.— <i>El alma de América</i> . . . . .	23
LUPUS, Dr. Julio L.— <i>El progreso de la verdad en el juicio de las obras literarias</i> . . . . .	165
MARTÍNEZ ORTIZ, Dr. Rafael.— <i>Juicio acerca de los sucesos políticos de Cuba en 1906</i> . . . . .	118

	<u>Páginas</u>
NIETO DEL RÍO, Félix.— <i>Tacna y Arica. Un peligro para la paz sudamericana.</i> . . . . .	281
PARÍS, Gonzalo.— <i>Los escritores jóvenes de Colombia.</i> . . . .	226
PORRAS TROCONIS, Gabriel.— <i>Bolívar y la independencia de Cuba.</i>	191
RAMOS, José Antonio.— <i>Seamos cubanos.</i> . . . . .	257
REYES, Alfonso.— <i>Libros y libreros en Madrid.</i> . . . . .	151
ROMERA-NAVARRO, M.— <i>Guillermo Hickling Prescott (1796-1859) historiador de España.</i> . . . . .	131
VARONA, Enrique José.— <i>La crítica en crisis.</i> . . . . .	33
✓ VILLOLDO, Dr. Julio.— <i>Nuevas orientaciones de la juventud cubana.</i> . . . . .	5
— — — <i>Rusia y la Democracia. II.</i> . . . . .	241











UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00041848279